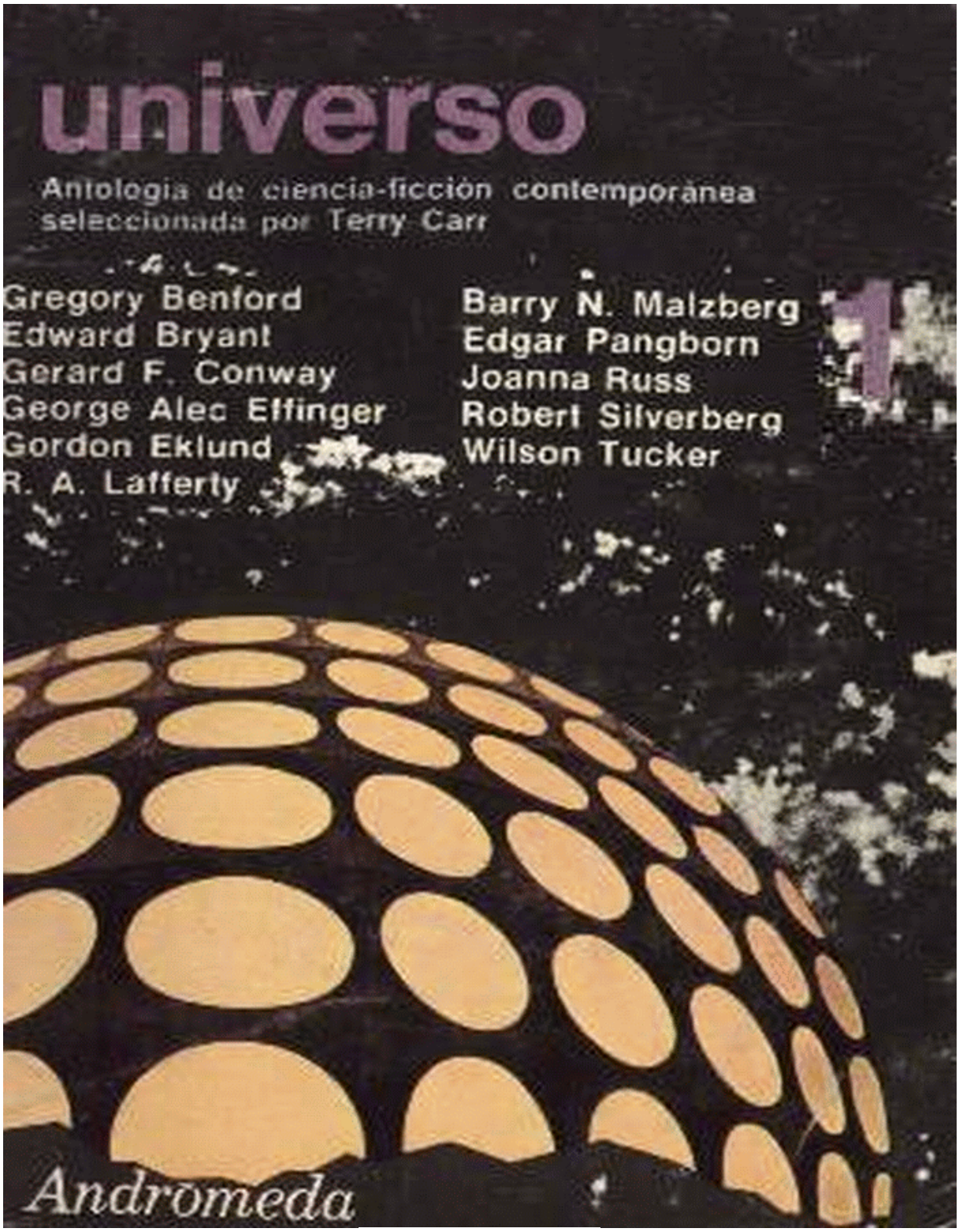
UNIVERSO I
Selección por Terry Carr
VARIOS AUTORES



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN

UNIVERSO 1 inaugura una serie de antologías de relatos de ciencia-ficción que no fueron publicados anteriormente. No es de ningún modo la única serie de ciencia-ficción de este tipo; aparte de ORBIT de Damon Knight, INFINITY de Roben Hoskin, QUARK de Samuel R. Delany y Marilyn Hacker y otras, existió la serie pionera en antología de relatos originales: STAR SCIENCE FICTION, editada por Frederik Pohl veinte años atrás y aún recordada con cariño por sus lectores. Pero UNIVERSO será, espero, algo diferente.

Si todas esas series son diferentes, lo son al menos por el hecho de que todas son seleccionadas por personas diferentes, con gustos muy diversos. Algunos editores suelen pensar que lo que están publicando no es ciencia-ficción, sino, más bien «ficción especulativa», un rótulo que les otorga más status a los tipos de relatos que pueden publicar. Delany y Hacker, en QUARK, están experimentando con carpetas de dibujos y con la mención del nombre del autor, no al principio sino al final de los relatos; otros editores, como Knight en ORBIT, se rehúsan a preocuparse por el aspecto gráfico, por una tipografía especial para los títulos de los relatos o incluso por aclaraciones introductorias a los mismos.

UNIVERSO es sobre todo una serie de ciencia-ficción; se podrá encontrar aquí, ocasionalmente, alguna narración fantástica, pero ésta será alguna que me gustó tanto que no pude decidirme a excluirla... y de ningún modo habrá en ella «ficción especulativa». Comprendo el uso del término por parte de otros, respeto sus deseos de romper con encasillamientos y estoy impresionado por una cantidad de relatos que descansan en la red de seguridad de la «ficción especulativa»; pero pienso también que los límites y rótulos existen por un propósito muy simple y elemental: que la gente pueda saber la clase de relatos que está comprando.

Elijo el título de UNIVERSO, porque puede aplicarse tanto a la fantasía como a la ciencia-ficción: los relatos que se leerán en esta serie tendrán lugar en el universo de los astros, del tiempo, de la magia. Cada relato es, por supuesto, su propio universo; define las leyes naturales que actúan, la época en que los hechos suceden, la cultura que afecta las acciones de los personajes. De este modo hay doce universos en este volumen inicial; algunos son universos de ciencia (como en *La caída del viento oeste*), algunos son universos que incluyen espíritus bastante peculiares (como en *Un pobre hombre, un mendigo*), algunos son universos satíricos (como en *Todas las guerras finales al unísono*)... y así sucesivamente. Para resumir, éste es un libro de mundos.

Aquí, entonces, está el primer número de la serie: *UNIVERSO 1.* Un libro bastante especial: se enviaron anuncios de su publicación inminente sólo a escritores de ciencia-ficción conocidos, con el resultado de que TODOS los relatos enviados para este volumen provinieron de escritores que ya han demostrado su habilidad para escribir ciencia-ficción profesionalmente. (Normalmente, un editor trabaja para dos tipos muy diferentes de envíos, los de los profesionales y la «pila de basura», o sea los manuscritos enviados por escritores principiantes. UNIVERSO no tiene pila de basura.) Sin embargo, he leído unos cien relatos para seleccionar los doce que componen este libro.

En estos momentos estoy leyendo y adquiriendo relatos para el segundo volumen, *UNIVERSO 2*. confío tener el libro en los estantes de las librerías para noviembre de 1971. Después que los lectores hayan leído este primer número, espero que estén aguardando el segundo.

TERRY CARR
29 de marzo de 1971

Nota: En la actualidad han aparecido siete volúmenes de *Universo*, los cuales serán publicados regularmente por *Ediciones Andrómeda*, hasta que normalicemos su frecuencia, esto es, una vez por año. Cuando Terry Carr lanzó el primer volumen, el que ustedes se aprestan a leer, ignoraba la repercusión que los mismos iban a tener. Hoy, en 1977, la serie *Universo* es una de las más prestigiosas y buscadas por los lectores de ciencia-ficción ingleses. Esperamos que también lo sea por los de habla castellana.

JORGE A. SÁNCHEZ
20 de febrero de 1977

LA CAÍDA DEL VIENTO OESTE

Gregory Benford y Gordon Eklund

Se detuvo. Flotaba.

Allí adelante estaba Céfiro, un punto negro en el ojo del Sol, rodeado por el tenue halo luminoso de su cabellera: roja, anaranjado metano, divina. La cola apenas empezaba a ondear y a retorcerse (acababan de cruzar la órbita de Marte), pero nadie en Céfiro veía las hebras de gas ionizado danzando al caer de la cabeza del cometa, más y más veloces a medida que se acercaba al sol. Céfiro estaba demasiado cerca para ellos. La cola del cometa se desplazaba a lo largo de setecientos mil kilómetros a partir de la roca en la que Paul había vivido toda su vida, y ya se sabe que un cometa sólo puede contemplarse bien desde su flanco. Los de la Tierra sí que estaban bien ubicados para ver el espectáculo. Si es que tenían algún interés.

Su vehículo tintineó, murmuró, se deslizó debajo de él; los sensores de masa se habían afincado en Céfiro y estaban cumpliendo con su función de estudiar la roca que se precipitaba para tratar de encontrar nuevos metales: ¿zinc para construir láminas de intercambio iónico? *No*. ¿Cobre? (siempre hacen falta buenos conductores). *Tampoco.*

-Máquina idiota -dijo Paul y cambió el control automático a manual.

Los sensores no encontraron nada porque la primera corteza, de tres kilómetros de profundidad, era hielo puro: hidratos de amoníaco, metano e impurezas varias (pero eso sí, las impurezas son las que hacen la diferencia, las que le dan a Céfiro un sabor peculiar). Una bola de nieve con una roca en el medio. Céfiro: el hogar.

El viento oeste: ésa fue la definición que encontró Paul en el diccionario a los nueve años. O bien: *algo liviano, etéreo o insustancial,* otra definición. (¿Por qué habrá más de un significado para una misma palabra? pensó en aquel momento. Parecía poco práctico. Claro que sólo tenía nueve años.) Ahora le parecía más adecuada la segunda definición. Los cometas son insustanciales; Céfiro era una tibia bufanda de gas atada a una roca negro azabache, que se precipitaba hacia la mueca solar.

Pero sólo *ahora* resultaba adecuada la segunda definición. Veintisiete años atrás, al nacer Paul, el gas ondulante era hielo puro que flotaba sin rumbo junto con la roca y exploraba la oscuridad total más allá de Plutón. En aquel tiempo hacía mucho frío incluso en el corazón de Céfiro, pero Paul no podía acordarse.

Su búsqueda había terminado. Desvió ligeramente el vehículo para sincronizarlo con la rotación de Céfiro, encontró la cámara de entrada principal e hizo deslizar su módulo por allí. Las paredes de la cámara eran de plastiforma rígida y dejaban pasar algo de la luz acuosa del manto de hielo. Los tres kilómetros pasaron rápido. Llevó el vehículo hasta su amarradero, ayudó a uno de los encargados de la esclusa a asegurar la bolsa de desperdicios metálicos que había encontrado y salió.

El encargado salió tras él.

-¡Eh! -lo llamó-. ¿La vio?

-Si vi ¿qué?

-La Tierra.

-Ah... sí.

-Bueno y ¿cómo es?

-Hermosa. Blanca, casi toda blanca. No pude ver la Luna.

El viejo asintió con entusiasmo. Paul notó que quería que le contase más, pero no había más que contar, en realidad. La Tierra era un punto brillante, nada más. El encargado parecía tener sesenta años, por lo menos; Paul creyó reconocer en él al viejo Resnick. Para un hombre de esa edad, la Tierra significaba algo. Para Paul, nacido en Céfiro, la Tierra era una voz opaca e impersonal que casi siempre daba órdenes y de vez en cuando brindaba ayuda.

-Eso es todo -dijo Paul, y se dio media vuelta.

El reloj del corredor le indicó que ya era la hora de la reunión. Ufa, más diatribas. Había estado escuchando diatribas por todas partes últimamente. Todo el mundo se había convertido en teórico de la política. Pero el hecho de pertenecer a la familia más importante en cierto modo lo obligaba a dar la cara. Y en el peor de los casos siempre iba a poder reírse un poco a costa de Elias.

Bordeó con toda calma los pasillos helados; se oía el murmullo lejano de conversaciones; aspiró el aire con olor aceitoso -los filtros de aire estaban saturados- (Dios mío, ¿tendría que volver a hablarles a esos idiotas?) con un lejano olor a comida; sintió un ligero descenso de la gravedad aparente a medida que subió corriendo tres niveles (hacia adentro, hacia el centro de Céfiro); la sonrisa de un amigo que pasa al lado; apura el paso y llega a la reunión con cinco minutos de atraso.

Paul encontró una silla desocupada en la primera fila y se dejó caer en ella. Paseó la mirada por el salón. Allí estaban los representantes de la tercera generación, casi cincuenta hombres, todos menores de cuarenta, y un número casi equivalente de mujeres. Elias estaba de pie frente a ellos, arropado en su propia dignidad, y le dirigió una sonrisa a Paul.

-Ahora podemos empezar -dijo Elias, levantando la vista-. Paul ya está aquí, y nadie ignora lo importante que es para nuestra causa.

Uff, pensó Paul mientras dejaba de prestar atención. Echó una ojeada distraída a la muchacha que estaba sentada a su lado. Era menuda y tenía un cabello increíblemente rojo -¿quién sería portador de esos genes en la segunda generación?- y pecas que le bailaban en las mejillas pálidas. Cubriéndose la boca con una mano, murmuró:

-¿No eres Melinda Aurten?

La chica dijo que sí y Paul sintió que empezaba a excitarse. No podía tener más de diecisiete años y jamás había hablado con ella antes. Al inclinarse para seguir habiéndole sintió un ligero remordimiento. *Una vez más, ¿no es cierto? Tanto como para mantenerse en forma.* Ser un tipo importante siempre tiene sus ventajas, merecidas o no.

-Yo digo que tenemos que plantear nuestras exigencias *de inmediato* -decía Elias, con una voz tai vez demasiado chillona-. Y deberán admitirlas. Somos la tercera generación. Somos los que más tenemos que perder, los que tenemos más vida por delante. La primera es demasiado vieja... la mayor parte de sus mejores hombres ya están muertos. La cuarta es demasiado joven.

-¿Por qué no te había visto antes? -le susurraba Paul a Melinda-. ¿Tendré siempre tan mala suerte?

-Yo estuve aquí -dijo ella-. No te fijaste... simplemente.

Se oyó la voz de una muchacha desde el fondo del salón:

-¿No podemos esperar hasta que...?

-¡Esperar -dijo Elias airadamente-. *¿Esperar?* Los cohetes que vienen de Luna llegarán dentro da un mes. *Un mes.*

-¿Por qué dices eso? -dijo la voz- ¿Te lo dijo Randall?

-Me temo que no tuvo tiempo -respondió Elias con sorna. Le echó una ojeada a Paul, que le devolvió la sonrisa y se inclinó para tomar la mano de Melinda.

-Pero tiene que haber alguna razón para que nos recojan en la curva interna de la órbita, en lugar de la externa como habían planeado -dijo la chica.

Paul la conocía. Era Zanzee, una morena con la que había compartido el cuarto, siete años atrás. Recordaba muy bien su risa burbujeante. En fin... Bueno, pero allí estaba Melinda.

-Randall dice que fue una decisión de tipo administrativo de la Tierra. Quieren todos nuestros registros para la órbita completa de setenta y tres años. *Según Randall,* además, el encuentro de este lado de la órbita es un poco más barato. ¿Alguien puede confirmarlo?

-Yo controlé esa información -dijo Paul, con los ojos todavía fijos en Melinda. Ella lo miraba por entre las pestañas-. Es una cuestión de pura balística. Es un poco más barato, no demasiado.

-De modo que es un pretexto -dijo Elias-. Quieren sacarnos de Céfiro antes de que nosotros, la tercera generación, tengamos tiempo de organizamos. Randall sabe muy bien lo que pensamos.

Paul se inclinó muy cerca de Melinda y, pegándole los labios al oído, le dijo:

-Vámonos de aquí.

-¿Ahora? Pero...

-Ahora.

La voz de Elias tenía una tonalidad más cálida, más segura.

-No tenemos alternativas. La cuestión es en realidad muy sencilla. ¿Nos quedamos en este mundo, que es nuestro, o nos vamos al que llaman nuestro planeta madre? Yo tengo mi propia respuesta para esta pregunta. Pero no puedo responder por los demás. ¿Qué dicen ustedes?

Paul se puso de pie y arrastró a Melinda consigo. Cien pares de ojos parpadearon y centellearon.

-*¿Paul?* -dijo Elias- ¿Adonde...? No puedes...

Risas.

-Estoy cansado -dijo Paul, volviéndose hacia él y dedicándole una sonrisa de compromiso-, más cansado que un tronco viejo. Tengo que ir a la cama.

Más risas y Elias que se sonroja y baja los ojos al suelo. Mientras avanzaba por el corredor, con su brazo derecho rodeando la esbelta cintura de Melinda, Paul oyó que decían:

-Quédate. Quédate.

Y pensó: «Elias domina a las masas, lástima que sea un plomazo».

En un intervalo que duró una hora y veintiséis minutos:

-¿Tienes sarampión?

-No seas tonto. Bien sabes que no.

-Pero tienes manchas por todas partes... hasta... aquí.

-Ssí... Ah.

Una pausa, y

-¿Por qué no te recuestas? Ya no das más.

-No es eso. Estoy un poco nerviosa.

-¿Por nosotros?

-No. No exactamente. No es la primera vez, como te imaginarás.

-Bien.

-No, calma.

-Me pregunto qué es lo que planea hacer Elias.

-¿Elias? Nada. Es incapaz de ponerse los zapatos sin un manual de instrucciones.
-Sus discursos son...
-Una catarata de mentiras y omisiones, como dijo un poeta.
-Creo que...
-Veamos, este brazo va aquí, esta pierna allí y...

Caminó un rato sin rumbo fijo; los corredores se movían como lentos glaciares, a lo largo de las salas de proyección. Sintió un arrebato y se paró a mirar. El mamut tridimensional que estaba montado contra una pared se había reconstruido ensamblando trozos dispersos varios años después de que saliera la expedición Céfiro. Paul había pasado horas allí, mirando cómo Neptuno se deslizaba majestuosamente o simplemente estudiando las estrellas. Ahora, en cambio, miraba el vacío, dejando que sus negras manos hicieran presa de todos sus sentidos.

Era el único modo de mirar el vacío sin tener que salir en un vehículo de exploración. La vida de toda la expedición dependía de la capa de nieve de metano y de amoníaco que los mantenía encerrados en la roca. La nieve misma estaba cubierta por un manto de plastiforma flexible que evitaba que se evaporara la mayor parte del gas. La sociedad que vivía en el corazón de la roca derretía la nieve para obtener las materias primas -nitrógeno, carbono, hidrógeno, oxígeno- que alimentaban las granjas hidropónicas y proporcionaban combustible para los reactores de fusión. Vivimos del viento oeste, pensó Paul, y el vacío se alimenta de nosotros.

Paul dirigió la mirada hacia la Tierra. Espesas nubes blancas; debajo de ellas mares de un azul brillante y manchones de tierra marrón desértica. La veía y no acababa de comprender: era hermosa, bellísima, refulgente de vida humana y sin embargo los video tapes de trideo que había visto mostraban gente hacinada como perros; alimentos racionados; guerras y motines; tonos sombríos y grises.

La mayor parte de la gente que llenaba las salas de trideo pertenecía a la primera generación, y miraba la pantalla como con hambre. Paul los observó. Después se fue.

Recordaba los rincones y los recodos del vivero que los hombres habían cavado en la roca. Lugares en los que había estudiado, amigos que después había perdido, los tempranos y sudorosos escarceos con su primera chica. ¿Acaso no había temblado ella cuando él la tocó? ¿Y no había temblado él también?

Y ése era el lugar... sí, donde Randall había tenido que enfrentar a una manifestación de rebeldes, irritados por la gran cantidad de horas que había llevado reparar los fermentados tanques hidropónicos.

Viejos tiempos. Recordaba los corredores a medida que los recorría.

Golpeó la puerta y escuchó la frágil voz de Randall. Entró en la habitación -amplia, con reproducciones de los retorcidos infiernos del Bosco y paredes empapeladas de verde- y cerró la puerta nuevamente.

Randall estaba sentado frente a un gran escritorio, hablando lentamente en dirección a un micrófono cubierto. Cuando terminó, se volvió sonriente, una mata de pelo blanco, cejas densas, y dijo:

-Creo recordarte. ¿No eres mi nieto?

Paul asintió con prudencia, ocultando una mueca, y dijo:

-¿Y tú no eres una especie de gran jefe?

Randall se rió:

-¿Por dónde anduviste últimamente?

-Por allí -dijo Paul-. Ya te imaginas.

-Sí, me imagino -dijo Randall-. Todavía me acuerdo de ciertas cosas.

Buscó en el bolsillo del saco y sacó una hoja de papel húmeda y amarillenta. La desplegó con ternura.

-Veamos que líos estuviste haciendo.

-¿Otra vez espiándome? -Paul sabía que era un papel en blanco, pero estaba acostumbrado al jueguito.

Randall sonrió.

-¿Por qué crees que soy el Primero? ¿Para poder enterarme de las cosas por la prensa con un mes de atraso?

Randall recorrió el papel con los ojos, frunciendo el ceño. Profundas arrugas le atravesaban las mejillas gordas y fláccidas.

-De acuerdo con esto, parece que sigues siendo muy popular en ciertos lugares. No sueles dormir solo.

-¿Te parece mal?

-No, si sigues cumpliendo con tus obligaciones como hasta ahora. Podrías haber sido un excelente Primero. Si yo no hubiese durado tanto ya lo serías. Pero el entrenamiento te resultará útil, incluso cuando estemos de vuelta en la Tierra.

Randall sonrió. Las muchas arrugas de la piel casi le ocultaban la palidez.

-¿Qué dices? Mira.

Paul tomó un bolígrafo de encima del escritorio y lo dejó caer el metro y medio que había hasta el suelo. Cayó rodando un poco.

-Cinco segundos. En la Tierra habría tardado menos de un segundo. No hay mucha aceleración en Céfiro, abuelo... nuestra gravedad aparente equivale a una vigésima parte de la de la Tierra.

-Bien...

-No podemos vivir allí. Ni siquiera podríamos ir caminando a buscar nuestra pensión por invalidez.

-No estaba pensando en que viviéramos en la Tierra exactamente...

-¿Quieres decir que deberé conseguirme un puesto de portero en uno de los laboratorios orbitales?

-No digas tonterías.

-No son tonterías -dijo Paul-. Ninguno de los de la tercera generación quiere volver a la Tierra.

-¿Tampoco tú?

-A mí me importa un carajo.

-Nunca te importó.

-Y nunca me importará, probablemente. No...

-No mientras haya cosas mejores que hacer, ¿no es cierto? De acuerdo. De todos modos la política no es más que una competencia para ver quien grita más. Ojalá tu padre no hubiese extraviado ese cable del propulsor cuando estaba preparando la nave sonda al décimo planeta... era un orador nato. Habría podido manejar muy bien a Elias y a sus amigos liberacionistas y yo podría descansar.

-¿Liberacionistas?

-Claro.

Randall levantó las cejas por encima de la taza de café y miró a Paul ¿No quieres reconocerlo, verdad? Los mismos aullidos. Son una manga de anarquistas.

Se detuvo un momento.

-Dime, ¿no sabes por casualidad si estuvieron haciendo transmisiones a la Tierra?

-No creo. ¿Por qué?

-Tal vez crean que todavía quedan liberacionistas en la Tierra.

-¿Después del Año de la Purga? Elias vio las películas, como todos los demás. Está bien al tanto.

-Tengo mis dudas, sin embargo. Hubo mucha charla de liberacionistas cuando preparábamos la expedición. Los liberacionistas incluso tenían la mayoría en algunos países. Se cotorreó mucho acerca de reducir todas las funciones al nivel elemental, se propuso que no hubiese una dirección unificada. Fue una casualidad que llegase a ser Primero de la expedición, a pesar de los esfuerzos de los liberacionistas.

La voz de Randall subía de tono a medida que crecía su excitación.

Después hizo un gesto con la mano como alejando el pensamiento. Se puso de pie lentamente, caminó hasta un gabinete empotrado y abrió la puerta de arriba.

-Pero fuiste tú -dijo Paul- el que decidió gastar la mayor parte de nuestras sondas espaciales en el décimo planeta, cuando nos acercamos tanto a él. Fuiste tú el que abandonó el estudio sistemático de Saturno, aun cuando estaba planeado desde el principio. Tuviste libertad para hacer esas cosas. ¿Dónde voy a encontrar yo un empleo en el que tenga ese margen de libertad?

-Ya te adaptarás -dijo Randall apaciblemente-. ¿Un poco de café?

Paul sacudió la cabeza.

-Deberías cultivar algunos vicios. Pueden llegar a ser buenos compañeros.

Randall se quedó un rato con la vista fija en la taza manchada que sostenía en la mano. El cronómetro zumbó y Randall llenó la taza con un líquido marrón y denso.

-¿Qué significa todo esto, Paul? Pareciera... Dime: ¿estuviste en esa reunión infantil de Elias?

-Un rato.

Paul empezó a golpearse inconscientemente la rodilla con el índice.

Randall se rió. La piel se le arrugó más todavía. Tenía un modo de convertir las carcajadas en una serie de ladridos ásperos que acababa por Irritar a Paul.

-¿Es muy gracioso? -preguntó Paul.

-Claro que sí. Por Dios. Elias debe de ser el vigésimo tonto de este viaje. Cuando zarpó la expedición había quince por lo menos. Es el aburrimiento, Paul. El culpable es el aburrimiento. La única solución consiste en mantener a todo el mundo ocupado, que tengan siempre algo que hacer, así no tienen tiempo de prestar atención a estúpidos como Elias.

Se rió por lo bajo una vez más y tomó un sorbo de café.

-Ese lanzamiento transplutónico fue lo único bueno que hicieron los liberacionistas en su vida... Dios sabrá por qué lo hicieron. Tal vez querían distraer la atención de su régimen que ya entonces empezaba a tener problemas. Fue entonces que sincronizamos nuestra velocidad con la de este cometa, nos cavamos un espacio para vivir en su núcleo, instalamos transformadores de metano y de amoníaco... todo eso mientras los liberacionistas, esos estúpidos, se veían acosados por problemas que no tenían ni idea de cómo resolver. Y justo cuando comenzamos la órbita del año sesenta y siete, defenestraron a los liberacionistas allá en la Tierra ¡Ja!

Randall apoyó enfáticamente la taza sobre el escritorio. El café derramado formó un charquito. Se quedó allí parado un momento, con los ojos fijos en el vacío, reviviendo victorias del pasado. Después se sentó.

-Es muy probable que queden algunos liberacionistas en esta roca. Les habrán transmitido esa basura a sus hijos, a la espera de que... bueno, no importa. No tienen la menor oportunidad.

-¿Ninguna oportunidad? -preguntó Paul. Había escuchado la cantilena sobre los liberacionistas antes. Casi no prestaba atención.

-El décimo planeta, muchacho -dijo Randall con una mueca.

-Omega.

-Sí, Omega, el punto final... pero no es oficial, es sólo un nombre que le pusimos. Hay que dejar que la Tierra se encargue de eso.

-Nosotros lo encontramos, así que lo bautizamos nosotros.

-Puede ser. Fue pura casualidad que nos hayamos acercado tanto. Demasiado, en realidad.

-¿Qué?

-Perdimos velocidad orbital cuando pasamos a través del campo de gravitación de Omega. Céfiro ya no está en su elipse original. Esta vez, cuando nos acerquemos al sol no nos desviaremos al pasar por la órbita de Venus. Vamos a seguir de largo, atravesando incluso la órbita de Mercurio. Estaremos tan cerca del sol que nuestro manto de hielo va a derretirse de inmediato.

Paul se puso de pie de un salto... y después volvió a sentarse, pensativo. Había experimentado un súbito y desesperado sentimiento de pérdida, y no podía comprender por qué.

-Es un cambio importante en la órbita -continuó Randall.

-No había luna -dijo Paul.

-Exacto. Omega no tenía luna, de modo que no había forma de obtener un cálculo preciso de su masa. Por eso fue que tampoco pudimos calcular el movimiento angular que habíamos perdido con respecto al sol. Sólo después de obtener un buen referente con el triángulo formado por Júpiter, la Tierra y el Sol pudimos estar seguros de lo que había ocurrido.

-Nos vamos a achicharrar -dijo Paul.

-Sin duda. Si nos quedamos.

Durante el rato de silencio que siguió Randall vació su taza, sin notar que el rostro de Paul se había endurecido. Un momento después Paul se aflojó, se encogió de hombros y dijo:

-Estando así la cosa lo mejor que puedo hacer es barrer los corredores esta noche. Necesito entrenarme.

-Tengo algunos contactos en la Tierra, viejos amigos. Voy a conseguirte una buena ubicación. Ya me estuve ocupando. Puede ser que el resto de la expedición no lo pase tan bien, pero mi propio nieto...

-Sí, muy bien, pero ¿qué va a pasar con los demás? ¿Por qué no se dio a publicidad todo esto?

-No quiero que cunda el pánico. Es más sencillo tener que vérselas con Elias y sus compinches que manejar esta roca llena de gente histérica.

-Tal vez tengas razón -dijo Paul-. Me gustaría tomar un poco de café ahora. Y un cigarrillo también... necesito ambas cosas.

Había un dejo de tensión en su voz. Randall, sonriente, no lo percibió.

Computadora central: tres niveles hacia adentro, corazón sensor, instrumento para medir un viento oeste.

Paul preguntó: DEFINIR M, CATALOGAR LA SUBMATRIZ, SUMAR REGLA PARA ALCANCE PARAMÉTRICO CERO COMA TRES A UNO CUATRO COMA CINCO, LLAMAR AL MAXIGRUPO ALFA DE OPERACIÓN MATEMÁTICA CODIFICADA, DIAGRAMAR EN FORMA HEMISFÉRICA, PRESENTAR, EJECUTAR, DAR INSTRUCCIONES: ABC.

La primera vez cometió un error. La estructura de siliconas, germanio y telurio meditó, insistió, controló sus instrucciones: sí, estaba equivocado. La pantalla luminosa color verde respondió, con letras de imprenta: ERROR CAMBIAR PROGRAMACIÓN.

Paul corrigió la falla de programación y colocó una nueva ficha. La pregunta decía ahora en inglés: «¿Cuál es la masa de material sólido utilizable dentro del alcance inmediato de Céfiro? Tiempo promedio requerido para todas las órbitas conocidas en el próximo mes. Desplegar el resultado como suma integrada sobre superficies geométricas».

La máquina pensó, reunió datos, y llegó el resultado. Paul estudió la prolija forma hemisférica y tomó algunas notas. Recogió la información y comenzó a desarrollar una complicada ecuación de velocidad con los datos que acababa de obtener.

-¡Caramba! No sólo juegas, también trabajas -dijo Zanzee.

Recorrió el estrecho pasillo entre las estaciones de lectura numérica de la computadora. (Esa sala era una de las primeras que habían cavado en la roca, se la había construido y montado a toda prisa.) Su piel color chocolate lucía fresca, recién lavada.

-¿De dónde sacas el tiempo?

Paul esperó que apareciera una serie de números. Después se sentó en un taburete con las piernas cruzadas en forma desmañada. Levantó la vista con estudiada negligencia.

-Hacía tiempo que no te veía. ¿Cómo estás?

-Como siempre. ¿Es un trabajo tuyo -señalando el informe y acercándose a él- o...?

-Un trabajo privado -dijo Paul, levantando las anotaciones en el aire-. Es parte de mi educación.

-Ya veo -dijo ella, arqueando las cejas-. Un nieto del Primero tiene tiempo para investigar.

-No es una investigación. Lo hago para divertirme.

Paul se inclinó hasta recostarse en la consola que había a sus espaldas (una operación que no era demasiado difícil con poca gravedad, incluso con un mobiliario de tipo tubular) y se quedó mirándola. Tenía muslos más gruesos de lo que él recordaba. *Nada de pecas, una verdadera mujer, sí, señor, y muy linda.*

-Quieres que volvamos a compartir el cuarto? -preguntó-. Yo estoy libre.

Era un poco directo, pero qué carajo...

-No lo dudo. Pero yo no -contestó ella desviando la mirada hacia la siguiente cabina de la consola.

-Busca el modo.

-Estoy embarazada.

-Estúpida. Ya vas a tener bastante trabajo para adaptarte a vivir en la Tierra sin un hijo, y tu primer hijo, para colmo.

Zanzee se dio vuelta bruscamente, el pelo negro se arremolinó y volvió a caer sobre la espalda. Siempre le había gustado ese pelo a Paul. Hasta su ceño fruncido le gustaba; parecía el de un niño imitando a un adulto enojado.

-No vamos a volver. Lo sabrías si...

-Sí, tal vez no volvamos -dijo Paul lánguidamente.

-Tú...

Zanzee titubeó un poco, había perdido la violencia de su ataque. A él siempre le había gustado jugar así con ella.

-Te importaría si hubieses madurado. Jamás pensaste en establecerte aquí. Así que te da lo mismo que volvamos a la Tierra. Eso sólo significa más campo para tus...

-Bueno, bueno.

-Comparado contigo, Elias es un príncipe. Él actúa, no tiene miedo.

-De modo que Elias es el padre.

-¡No!

-Es una lástima. Eso es lo que la Tierra anda necesitando, más Elias.

-Pero no vamos a ir...

-Sí, claro. Me olvidaba.

-Paul -Zanzee cambió de humor súbitamente; el fuego había desaparecido de sus ojos-. Paul, nosotros nos conocemos.

-Es lo menos que se puede decir.

-No, yo quiero decir... emocionalmente, no lo otro.

Paul asintió, preguntándose porqué las mujeres -las mujeres no, las chicas- evitaban hablar claro.

-Tu apoyo significaría...

Paul se puso de pie, enderezando el taburete.

-Pero, Zanzee -dijo mientras daba algunos pasos y movía las manos en señal de negación-, tú sabes bien que yo no sé nada de política.

Hizo una contorsión, dobló sus anotaciones, se las metió en el bolsillo derecho y se fue.

Paul durmió solo esa noche. Y soñó.

Un corredor, inacabable. Arriba llueve. La lluvia golpea contra el techo del corredor, repiqueteando tonaditas. El corredor tiene goteras y la lluvia cae sordamente en el interior. Hay baldes para contenerla, pero están mal ubicados y la lluvia cae sin obstáculos hasta el piso.

Con la nariz contra el suelo, húmedo y embarrado, el espectro negro husmea por el corredor. Es un espectro delgado y alto; un velo negro le cubre la cara y las manos son en realidad garras, como las de un gorila africano que había visto en trideo o las de un orangután.

El espectro negro se agita y busca el final del corredor. Hace muchas décadas que busca (tal vez siete), pero el corredor es inacabable, como la lluvia.

El corredor está saturado. La pintura se descascara. Escamas grises quedan adheridas a las ropas del espectro negro, que respira con dificultad.

El corredor termina.

Abajo no hay nada. Adelante, arriba, tampoco hay nada. Detrás está el cálido bienestar del corredor. El espectro se enfrenta con el vacío, mira fijamente, se estremece. Se frota los ojos; son los ojos de Paul; otra vez los ojos del espectro, mojado de lluvia.

Un halo rojo...

Computadora Central...

Porque el hombre puede armonizar el ritmo del tiempo.

Un espectro negro, un espectro blanco: se pelean, se arrancan pedazos. Chillan en la oscuridad. El anciano espectro blanco se aleja, dando vueltas y vueltas enloquecidas y con los brazos *envueltos...*

Paul abrió los ojos y giró sobre sí mismo. Se encontró frente a frente con Elias.

-¿Qué cuernos buscas?

-¿Estás solo, Paul?

-No, estoy jugando a las cartas con cinco chinos.

-Yo...

-¿Si?

-Tu abuelo... llamó a la Tierra. Los cohetes ya salieron hacia aquí y tienen propulsores extras. Van a llegar en pocas semanas, en dos semanas.

Paul saltó fuera de la cama. Su habitación estaba casi vacía, desnuda; las paredes eran de un gris pizarra y la única decoración era un estante con latas de microfilms. Los primeros tres volúmenes del estante eran: *El Ser y la Nada, El Alma en el hielo y Por el camino de Swann.*

-¿Y? -dijo Paul, con un dejo de cansancio en la voz.

-Tenemos que detenerlo. Va a ser el fin de todo. Debe haberse enterado de nuestros planes. ¿Le has contado? No quiero decir que lo hayas hecho deliberadamente, pero tal vez dejaste escapar algo.

-No fue necesario.

-Ah... bueno... está bien, pero no podemos volver a la Tierra. Allí no seremos nada.

-Yo sí. Incluso Randall va a ser alguien, aunque él no lo sabe. Es muy posible que te consiga un puesto como sacerdote.

-¿No podríamos olvidarnos de...?

Elias extendió sus manos y Paul se sorprendió al ver que estaban temblando.

-Tenemos que...

-¿Cuál es tu plan?

Paul tomó una caja de orejones del estante, se sentó sobre la cama y empezó a comérselos. *(Un sueño: ¿sobre la morena y suave Zanzee? Probablemente no. Ya estaba demasiado viejo para ese tipo de sueños.)*

-Voy a distribuir a mis hombres. Vamos a tomar los puntos estratégicos, la cámara de entrada de los vehículos de exploración, los tanques hidropónicos, la central de mantenimiento, las comunicaciones, la computadora. Cuando lleguen las naves, no habrá elección. O nos dejan solos o esperan a que nos rindamos. No pueden atravesar un kilómetro y medio de hielo.

-Y sólo podrán entrar de a pocos por la cámara -dijo Paul.

-Exacto -dijo Elias, enronqueciendo la voz.

-¿Vas a matar a mi abuelo?

-¡Jamás lo haría! No hay necesidad. Sólo lo retendremos. Hasta que haya pasado el peligro.

-¿Hasta que muera? *(¿Había soñado con Melinda? ¿Pecas marrones, pelo colorado?)*

-No. Sólo hasta que la Tierra se decida a dejarnos tranquilos.

-Si lo pusieras en libertad serías un tonto. Randall sigue siendo el Primero y tiene mucho apoyo. Los viejos lo aprecian mucho y ellos quieren volver. Yo mismo le tengo simpatía, carajo. Vale por dos como tú, por lo menos.

-Si nos unimos podemos enfrentarlo.

Paul se rió. Había estado aguantando esa carcajada desde que se despertó y ahora se rió en la cara de Elias. Después de un rato dijo:

-Randall me pidió que guardara el secreto, que no te lo contara, pero me temo que no puedo seguir callándome. No podemos quedarnos aquí. Ya sé que no entiendes nada de dinámica orbital, pero... bueno, Céfiro va a acercarse más de lo acostumbrado al sol esta vez. El manto de hielo se va a derretir. No vamos a tener más materias primas para nuestros tanques hidropónicos ni más combustible para la fusión, y nos vamos a achicharrar.

-¿Estás... seguro?

-Segurísimo. (*¿Un espectro blanco? ¿Un espectro negro?*) Lo verifiqué personalmente.

-Entonces...

-Entonces es mejor que empieces a hacer las valijas.

¿Iba a ponerse a llorar Elias? Los grandes profetas de! pasado solían llorar.

-No está bien. Yo... -dijo Elias.

-Cállate la boca -dijo Paul. (*El espectro blanco tenía la clave...*)

-Si tú hubieses ayudado...

-Olvida eso.

Los pensamientos se arremolinaban en la cabeza de Paul. (*¡Cristo! ¿Yo analizando sueños? Dentro de poco será el Tarot.*)

-Escucha, sigue con tu plan. Envía tus hombres afuera y coloca muchos en la cámara.

-No...

-Muévete.

Paul se puso de pie, se frotó los ojos y empezó a vestirse.

-¿Qué hora es?

Encontró su reloj pulsera.

-Estamos en la mitad de la noche. Excelente.

Elias arrastró los pies, empezó a decir algo y después se fue.

Paul esperó un momento, haciendo planes maquinalmente. El sueño seguía perturbándolo (algo insólito) pero estaba empezando a recuperar la confianza. *El espectro blanco era Randall*. Entonces ya sabía.

-Abuelo -dijo Paul suavemente.

-¿Sí?

Se encendió una suave luz de neón. Randall estaba tendido en diagonal sobre la cama, con los ojos nublados por el sueño.

-Levántate. Elias dio el golpe.

-¿Qué?

-Ya controla la mayor parte de los puntos estratégicos. Vamos.

Ayudó al anciano a salir de la cama y a ponerse un suéter. A Randall le llevó bastante tiempo terminar de despertarse.

Paul lo obligaba a apurarse con una catarata de explicaciones y de exhortaciones, detallando la probable situación. Randall se movía lentamente, buscando a tientas sus botas, tropezándose, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo.

-Una señal en código -masculló, atándose los cordones-. Envié a la Tierra un mensaje pidiendo que aceleraran el encuentro. Estuvieron de acuerdo. Sabían que yo todavía podía pensar con claridad. Elias podía intentar algo, causar dificultades. Pero yo nunca...

-No está todo dicho todavía -dijo Paul.

Nunca había visto a su abuelo así, tan viejo y tan débil.

-El panorama no pinta tan mal. Pero tenemos que actuar.

Se pusieron en marcha, bajaron por el ascensor privado de Randall. Los dos guardaban silencio. Randall se mordía los labios, mascullaba, movía desmañadamente las manos en el aire. Paul usaba la cabeza, verificaba, repasaba los movimientos, controlaba el tiempo. El ascensor se detuvo.

-¿Por qué aquí? -preguntó Randall. Hubo un brillo de miedo en sus ojos al ver la habitación, muy pequeña, donde era difícil respirar.

-Estamos cerca de la compuerta de la cámara. Y tu traje está guardado -la puerta se abrió- aquí. Métete en él. ¿Dónde hay uno estándar?

Randall hizo presión sobre un cajón secreto que había en la otra pared de la habitación. Rompió la funda de su propio traje y comenzó *a* ponérselo. Paul tomó el traje estándar y empezó a ajustarlo para que se adecuara a su altura y a su tamaño. Su traje privado estaba en la bóveda de almacenamiento cerca de la compuerta de aire. Después de un rato se detuvo.

-No puedo hacer gran cosa con un traje así. Voy a...

Cuando empezaba a darse vuelta Randall lo tomó de un brazo.

-¿Qué sentido tiene todo esto?

Paul miró a su abuelo y vio un temblor de vejez en sus ojos cansados. De pronto Paul se sintió culpable, pero rechazó el sentimiento. El universo era demasiado amplio para incluir las emociones.

-Vamos a descomprimir las habitaciones en las que están los hombres de Elias.

-Eso es un... asesinato.

-Sólo si se niegan a rendirse. Bajaremos la presión al mínimo pero seguirán viviendo. Nunca mataría a nadie. Deberías saberlo.:

-Debería -dijo Randall, y después de una pausa-: ¿No podría hablarles? Siempre me las pude arreglar con ellos.

-No -dijo Paul-. Nunca antes hubo una situación tan grave.

Randall asintió.

-Pero, ¿por qué trajes para nosotros?

-Alguien tiene que entrar a atraparlos, aunque se rindan. Y voy a ser yo. Si algo anda mal, te mando una señal por radio y quitas el tapón del cuarto. Yo podré sobrevivir. En todo caso podrás venir a buscarme.

-Es un buen plan -dijo Randall-. Ojalá...

-¡Apúrate!

-Sí, claro.

Randall se ajustó el cuello del traje.

-Voy a ir hasta la compuerta -dijo Paul-. Voy a buscar mi traje y vuelvo. Tú quédate aquí.

-Pero...

La puerta se cerró ahogando la protesta de Randall. Paul se lanzó a la carrera por el corredor, tocando apenas las paredes. En una oportunidad miró hacia atrás, con la certeza de haber oído pasos vacilantes que seguían la huella de los suyos, pero el corredor estaba vacío.

Se detuvo en la entrada del área de la compuerta. ¿Ya estarían en sus puestos los hombres de Elias? El único modo de saberlo era entrando.

Abrió la escotilla, asomó su cabeza por el agujero y miró alrededor.

Había dos pistolas apuntándolo; reconoció a dos hombre de la reunión del día anterior. Les dirigió una sonrisa forzada. Los hombres lo miraron fijamente durante un largo rato y después bajaron las armas.

-¿Tienen una soga? -preguntó Paul.

Los dos hombres se miraron, evidentemente no habían hecho el reconocimiento de la compuerta.

-Dejen, no importa.

Paul se abalanzó sobre un armario de provisiones, revolvió y encontró algunas cuerdas de seguridad de nylon.

-Enseguida vuelvo. No disparen.

Volvió al vestidor privado de Randall.

Abrió la puerta, ocultando la soga y encontró a Randall mirándolo a través del visor de su traje. Randall dijo algo y después se dio cuenta de que Paul no podía oírlo. Buscó la válvula de descompresión. Paul golpeó con los talones en la pared, se abalanzó sobre el viejo y lo arrojó contra un rincón.

Antes de que Randall pudiera volver a ponerse de pie, trastabillando torpemente por la falta de costumbre de usar traje después de tanto tiempo de estar adentro, Paul se le puso atrás y abrochó entre sí los cierres que tenía el traje en las muñecas. Randall habría podido zafarse si hubiera recordado cómo, pero Paul confiaba en que le llevaría algún tiempo darse cuenta.

Tenía razón. Randall trató de llevar los brazos hacia los costados del cuerpo, pero se encontró con que los tenía atados a la espalda. Paul deslizó las sogas de nylon por los brazos de Randall, las hizo pasar por las piernas y empaquetó al hombre como si fuese un juguete enorme. En pocos minutos lo tenía completamente atado.

No había tiempo para contemplaciones. Lo levantó en vilo y lo arrojó al corredor. El viejo debía estar sufriendo bastante con tantos golpes, pensó Paul, pero el traje evitará que se rompa algún hueso.

Paul se lanzó con Randall por el vestíbulo gris semicircular. Jadeaba. *El espectro blanco. El espectro negro. Peleando.*

Las paredes del corredor parecían cerrarse sobre él, y aceleró la carrera, tropezándose casi por el apuro. Este que cuelga como una bolsa mojada de mi hombro es mi abuelo, pensó. Mi propia carne, mi propia sangre. El hombre que me sacó de la nada y me convirtió en la clase de animal que puede atacar a los suyos. Una risa histérica le trepó por la garganta cuando chocó contra la escotilla.

Hizo una pausa para tomar aliento contando hasta diez y recitando algo en griego. Después entró en la habitación.

Los dos hombres se quedaron con los ojos fijos en el bulto que llevaba Paul; a través del visor podían ver que se trataba de Randall.

-¿Cómo...? -dijo uno de ellos.

-Cierra la boca -dijo Paul-. Y sostén esto.

Les pasó el cuerpo de Randall a los hombres. Tenía que apurarse. Elias llegaría en pocos minutos más. No había tiempo que perder, pero... *Olvídalo,* se dijo. Es sólo un hombre. No le debes nada; tienes que elegir entre su vida o la tuya. Él es viejo; tú eres joven.

No tuvo ningún problema en encontrar su traje privado. Se deslizó dentro de él y volvió a la recepción principal. Elias lo estaba esperando, de pie junto a Randall.

-Elias -dijo Paul-, manda a tus hombres por un cajón de tubos de oxígeno.

Elias había traído dos hombres más con él y Paul quería desembarazarse de ellos.

-Ahora mismo.

-¿Qué piensas...?

-¡Ahora mismo!

-Bueno, está bien. Zabronski, Kanyen, hagan lo que dice.

Se marcharon los dos. Elias señaló a Randall.

-¿Qué...?

-Es demasiado parecido a un símbolo. Los viejos lo seguirían a cualquier parte, y tú no quieres que eso suceda, ¿verdad?

-No. Yo...

-Bien. Entonces vamos a sacarlo de circulación. Lo voy a llevar afuera, con aire y comida, y lo voy a dejar en el hielo. Lo voy a esconder en algún vallecito, atado, con suficiente libertad de movimiento como para que cambie sus tubos y se alimente.

Elias frunció el ceño como dudando.

-Parece un poco drástico. ¿No podríamos...?

-¿Estás asustado?

-No -Elias se encogió de hombros-. Al fin de cuentas es tu abuelo.

Esa es la clave, precisamente, pensó Paul.

-Ábrele el traje a Randall. Quiero que nos oiga.

Elias hizo lo que le decían. El traje de Randall era de un rojo anaranjado y Randall parecía una langosta gorda y ridícula junto a la entrada principal de la compuerta de aire.

-Paul -dijo Randall con la voz suave, apagada.

-Randall, yo...

-Presta atención a mis instrucciones -dijo Elias-. Estoy por arrojar...

-No tengo por qué escucharte -Randall recuperó su vigor al ver a Elias-. Si me matas desatarás la anarquía en este mundo.

-¿La anarquía? -repitió Paul-. ¿Y qué tiene eso de malo?

Los dos hombres volvieron, arrastrando un cajón rodante de tubos. Habían estado escuchando; en la parte de arriba había alimentos y botellas de agua a presión.

Randall miraba a Paul con ojos duros.

-No lo comprendo -empezó a decir-. Mi propio nieto... Paul, podríamos haber...

-Lo siento -dijo Paul-. Pero tenía que ser así. Creí que ya estabas al tanto de todo.

Randall quiso empezar a hablar pero sólo asintió débilmente.

-¿Nunca se te ocurrió preguntarte por qué te eligieron Primero en Céfiro cuando la mayoría era liberacionista? -le preguntó Paul.

Elias miró extrañado a Paul y Randall volvió a asentir. Los demás hombres permanecían en silencio, sin comprender una palabra de la conversación.

-Creo saberlo -continuó Paul-. Tenían que tirarle un hueso a los planificadores y a los burócratas y a los cagatintas, y te eligieron, pero sabían que no importabas porque, a su modo, conocían bastante de política.

-Eran unos criminales -dijo Randall, con voz lejana, como si hablara desde otra época-. Eran todos unos criminales.

-Tal vez sí, antes de que terminara todo. Ahora también yo soy un criminal; todos los hombres de acción cometen algún crimen contra alguien. Los liberacionistas querían ese lanzamiento transplutónico, pero no en nombre de la ciencia o por afán de gloria. Creyeron que ya estarías muerto, no tuvieron en cuenta que la poca gravedad prolonga la vida. Sabían muy bien que el tipo de libertad con la que ellos soñaban no podía darse en esa lata de sardinas en que se estaba transformando la Tierra.

-Ya veo -dijo Elias.

Paul lo miró. Tal *vez sea más vivo de lo que parece,* pensó Paul. *Será mejor acelerar el trámite. Un hombre que está por morir merece saber la verdad.*

-Los liberacionistas enviaron una pequeña comunidad pionera, Céfiro, independiente de la Tierra. Sabían que después de terminar el viaje no querríamos regresar. Céfiro fue libre mientras estuvo fuera del alcance de las veloces naves terrestres. Cuando se quede sin nitrógeno y sin oxígeno encontraremos algún otro cometa, más allá del décimo planeta. Ya vimos lo suficiente en nuestra órbita... la próxima vez ya sabremos dónde buscar. Y mientras Céfiro sea libre habrá al menos un lugar donde los hombres sean libres.

-Si la Tierra llegara a autodestruirse -dijo Elias lentamente- podríamos regresar a repoblarla.

Paul ya veía a Elias forjándose un papel protagónico en ese nuevo drama imprevisto. Iba a pulirlo, a esbozarlo cuidadosamente y acabaría por creer que la idea había sido suya desde el primer momento. Y también convencería de eso a todos los demás.

Pero Randall no era de la misma opinión. Tirado en el piso, con los ojos cerrados, empezó a reírse calladamente.

-¿Dónde está la gracia? -preguntó Elias, con la cara roja de ira.

-Ustedes son los graciosos -dijo Randall-. Tú. Y Paul. Ustedes y sus maravillosos proyectos. ¿Así que van a repoblar la Tierra? ¿No se habrán olvidado de algún detalle? Después que Céfiro pase junto al sol no van a ser capaces de repoblar nada, porque van a ser cadáveres carbonizados.

El miedo reemplazó a la ira en el rostro de Elias. Se volvió hacia Paul:

-¿Qué...?

Paul sacudió la cabeza.

-Eso no es problema. Hice un catálogo de los sólidos que cruzan la misma órbita que Céfiro, los materiales de desecho que nos siguieron a lo largo de toda nuestra elipse. Si ponemos a trabajar todos los vehículos de exploración y no paramos un momento, podemos reunir bastante material como para fabricarnos un escudo defensivo. Incluso tendríamos tiempo de pulir la superficie, para estar seguros de que estamos a salvo. Una semiesfera de unos pocos metros de espesor sería suficiente.

Randall volvió a reírse con una risa amarga.

-¿Tienes la respuesta para todo, no es cierto?

-Algo así -dijo Paul.

Miró a su abuelo durante un largo rato, ambos miraban fijamente los ojos del otro. Después Paul se volvió hacia Elias.

-Sellen el traje de Randall -dijo-. Ya perdimos mucho tiempo.

Esperaba, flotando.

-¿Puedes alcanzar los tubos y conectarlos? -le preguntó Paul a Randall.

Estaban comunicados por medio de un tubo de metal que transmitía los sonidos entre los trajes.

-Sí.

-Bien, esperemos que la Tierra se lleve sus naves de vuelta cuanto antes.

Hubo una pausa. Después Randall dijo:

-Hace mucho frío aquí afuera, Paul -la voz vibraba con el dolor de la vejez-, hace tanto frío.

-Tienes bolsas de carga de más -dijo Paul-. Úsalas.

La luz lechosa del alba sobre la superficie de Céfiro se filtraba a través del hielo, se reflejaba en el borde del manto y reverberaba. Tenía un sombrío matiz anaranjado que hacía que el traje de Randall resaltase aún más en la cavidad que Paul había encontrado para él. Allí abajo, en reposo, el viejo, parecía frágil y muy solitario. Como la humanidad en el universo, pensó Paul. Una manchita en el abismo negro.

-Voy a morir -dijo Randall-. Sabes bien que voy a morir. Mírame y di que no lo sabes.

Paul miró a su abuelo.

-Sé que es probable que mueras.

El vacío los cubría a todos, una nube enorme, vacía, devoradora.

-Me asesinas -dijo Randall-. ¿Y por qué? Por una *causa*. Por una causa ridícula, estúpida e inútil.

-No es por una causa -dijo Paul (no había causas en su vida)-. Es por mí, por mi libertad.

En lo alto giraban solemnemente frías estrellas que se retorcían en el vacío, envueltas en el fulgor de la cabellera del cometa. En pocos minutos más podría verse la Tierra, el brillante faro del Hombre.

«A mí no me conmueve», pensó Paul. «Es un espectáculo para Randall.»

-¡Paul! ¡Por favor, Paul!

«Hubo un tiempo en que lo quise mucho», pensó Paul, «fue el único al que quise. Veneraba sus pisadas, reverenciaba cada una de sus palabras. Y ahora lo asesino.»

Paul retiró el tubo de comunicación del traje de Randall y lo ajustó al flanco del vehículo. Se quedó un momento mirando la figura solitaria sobre el hielo y después puso en marcha el aparato. No hizo ningún ademán de despedida. No miró hacia atrás.

La cavidad en la que quedaba Randall estaba a veinticinco kilómetros de distancia de la cámara, pero el viaje resultó corto. Paul voló por encima de descarnados cuchillos de hielo negro, rumbo al amanecer. Conectó la radio de su traje y llamó a la compuerta.

-Todo en orden -dijo, con voz controlada-. Voy a entrar.

Se escuchó una breve respuesta de Elias.

Desde el primer momento todo había consistido en precipitar a Elias, en mantenerlo ocupado, en no dejarlo pensar. Randall no era el obstáculo principal pero habría podido convertirse en una molestia si se hubiera quedado en Céfiro. Habría sido Elias el que decidiera todo.

Paul condujo su vehículo hasta la entrada y se dejó caer en la cámara.

La luz que lo rodeaba osciló y se oscureció, arrojando pálidas réplicas del vehículo sobre las paredes. El espectro negro, cayendo.

Paul recordaba una frase de la andanada de palabras que había gritado Randall en el viaje de ida.

¿Realmente quieres vivir bajo las órdenes de Elias?

Elias era la clave. Ahora que Paul le había dado la idea de poner a Randall en un depósito frío en la superficie ¿qué cosa más natural que el siguiente paso? A Paul no le había importado un carajo la política de jardín de infantes que había desplegado Elias hasta entonces... pero ahora la situación era otra. Paul era el único rival de Elias. Ahora, le gustara o no, tenía que seguir con el juego.

Desaceleró los motores y frenó. Las luces se habían encendido solas y Paul maniobró para colocar el vehículo en su amarradero. Si sintió algo aturdido durante la caída libre; había desayunado poco. ¿Qué habría estado haciendo ahora, se preguntaba Paul, si Zanzee hubiera

aceptado la invitación de dormir con él y él hubiera echado a Elias cuando llegó con la noticia? Se sonrió para sus adentros y después se rió en voz alta: no lo sabía, las circunstancias hacen al hombre (¿y al asesino?).

Dio un salto y se acercó a la compuerta de aire para la tripulación. Las luces estaban en posición normal. Todo parecía igual.

Pero si Elias aprovechaba la oportunidad, podía dejar a Paul en el exterior para siempre. Podía tomarlo prisionero. Enseguida se hizo la imagen: él y Randall muriéndose juntos mientras acechaban el hambre, la locura, la sed y el frío insoportable.

Por un instante se maldijo y maldijo su irracionalidad. Se había encargado personalmente del trabajo porque... había que admitirlo de una vez por todas: porque Randall era su misma sangre. No podía mandar a uno de los suyos a enfrentarse solo con el último camino, el de la oscuridad. En última instancia era un acto personal.

Podría habérselo encargado a otro. Tendría que estar con Elias en esos momentos, esperando que algún lugarteniente regresase del frío.

Eso es lo que decía la lógica. Pero sabía que no habría podido hacerlo, más allá de la lógica y de todos los sistemas. Si quería salvar un resto de dignidad, la puñalada para Randall tenía que venir de alguien de su propia sangre.

Antes de que pudiera impedirlo, oyó una vocecita que preguntaba en medio de la confusión de su conciencia:

¿Y eso es todo? ¿No sabes acaso que un lugarteniente que desempeña las funciones de un general ya no puede volver a ser un teniente? ¿Estás seguro de que no calculaste también ese riesgo?

Paul sintió que se endurecía para cerrarle el paso al pensamiento. Esto sí que no se lo había esperado. Una vez que uno empieza a jugar y marca los tantos, las cosas dejan de ser tan claras. Nunca lo sabría con seguridad.

-Estoy aquí afuera -dijo Paul por su radio-. Abran la compuerta.

Hubo un silencio. Paul puso la mano sobre la escotilla y esperó. Pasaron largos segundos.

Después sucedió. Un estremecimiento, tan leve como siempre, y la escotilla que se abre.

Paul franqueó la entrada.

Había ganado. Elias no había tenido tiempo de pensar. Paul era un hombre libre. Una vez adentro, se sabía capaz de enfrentarse a Elias y a cualquiera de sus compinches.

Paul se llenó los pulmones con el aire con olor aceitoso del traje, que tenía sabor a tensión, a muerte y a miedo.

¿Realmente quieres vivir bajo las órdenes de Elias?

No, no pensaba hacerlo.

«Pero ¿por qué?», pensó, *«¿por qué estoy llorando?»*

BUENAS NOTICIAS DEL VATICANO

Robert Silverberg

Esta es la mañana que todos estuvimos esperando: por fin el cardenal robot va a ser elegido Papa. Ya no caben más dudas acerca del resultado. Hace varios días que el cónclave está estancado debido a la puja entre los obstinados partidarios del cardenal Asciuga de Milán y los del cardenal Carciofo de Génova, y se está difundiendo el rumor de que se busca un candidato de transición. En este momento todas las facciones coinciden en propiciar la candidatura del robot. Esta mañana leí en el *Osservatore Romano* que la mismísima computadora del Vaticano intervino en las deliberaciones, apoyando en todo momento y

fervorosamente la candidatura del robot. Supongo que no es de sorprender esta lealtad entre máquinas. Tampoco es un motivo para que nos desmoralicemos. Decididamente, no debemos desmoralizarnos.

-Cada época tiene el Papa que se merece -observó un poco sombríamente el obispo FitzPatrick durante el desayuno-. ¿Quién puede dudar de que el Papa más adecuado para nuestros tiempos es un robot? En algún futuro no muy lejano puede llegar a ser deseable que el Papa sea una ballena, un automóvil, un gato o una montaña.

El obispo FitzPatrick tiene una estatura que sobrepasa holgadamente los dos metros y la expresión habitual de su rostro es mórbida y apesadumbrada. De modo que resulta imposible determinar si ciertas cosas que dice reflejan angustia existencial o plácida aceptación. Muchos años atrás fue la estrella entre los jugadores del equipo de básquet de la cofradía de la Santa Cruz. Ahora está en Roma para investigar la biografía de San Marcelo el Justo.

Estuvimos observando el desarrollo del drama de la elección papal desde la terraza de un café a varias cuadras de la Plaza de San Pedro. Ninguno de nosotros esperaba que las vacaciones nos redituaran un espectáculo como éste: el Papa anterior tenía fama de gozar de buena salud y no había razón para sospechar que hubiera que elegirle un sucesor en el curso del verano.

Todas las mañanas llegamos en taxi desde nuestro hotel en Vía Véneto y nos instalamos en nuestros lugares habituales alrededor de «nuestra» mesa. Desde donde estamos ubicados vemos con claridad la chimenea del Vaticano, por donde sale el humo que echan las papeletas al arder: humo negro si no se eligió Papa, blanco si el cónclave tuvo éxito. Luigi, propietario y *maitre* del local, nos trae automáticamente nuestras bebidas preferidas: Fernet Branca para el obispo FitzPatrick, Campari con soda para el rabino Mueller, café a la turca para la señorita Harshaw, jugo de limón para Kenneth y Beverly y pernod con hielo para mí. Nos turnamos para pagar la adición, aunque hay que decir que Kenneth no pagó ni una sola vez desde que empezó nuestra vigilia. Ayer le tocó a la señorita Harshaw, y en el momento de pagar vació el monedero y se encontró con que le faltaban 350 liras; no tenía ni un peso más, sólo un cheque de viajero. Los demás miramos a Kenneth intencionadamente pero él siguió bebiendo con toda tranquilidad su jugo de limón. Después de un instante de tensión el rabino Mueller sacó una moneda de 500 liras y con un gesto bastante violento arrojó la pesada pieza de plata sobre la mesa. El rabino es famoso por sus pocas pulgas y su vehemencia. Tiene veintiocho años, suele andar vestido con una elegante casaca escocesa y anteojos de sol plateados, y a menudo se jacta de no haber celebrado ninguna bar mitzvah para su congregación, que está en el condado de Wicomico, en Maryland. Considera que es un rito vulgar y obsoleto, e indefectiblemente contrata para todas sus bar mitzvahs a una organización de clérigos ambulantes que tienen la concesión y se ocupan de esos asuntos a cambio de una comisión. El rabino Mueller es una autoridad en ángeles.

Nuestro grupo tiene opiniones divididas en cuanto a las bondades de la elección de un robot como nuevo Papa. El obispo FitzPatrick, el rabino Mueller y yo apoyamos la idea. La señorita Harshaw, Kenneth y Beverly se oponen. Es interesante puntualizar que nuestros dos caballeros con hábito religioso, uno ya mayor y el otro muy joven, dan su aprobación a este desvío de la tradición, en tanto que nuestros tres contestatarios se oponen.

No estoy seguro de por qué me alineo junto a los progresistas. Soy un hombre de edad madura y de conducta bastante moderada. Y jamás me preocupó por los asuntos de la Iglesia Romana. No estoy familiarizado con el dogma católico ni estoy al tanto de las nuevas corrientes del pensamiento eclesiástico. Sin embargo, estoy deseando que elijan al robot desde que comenzó el cónclave.

Me pregunto por qué. ¿Acaso porque la imagen de una criatura de metal en el trono de San Pedro estimula mi imaginación y gratifica mi gusto por lo incongruente? En otras palabras ¿es una cuestión puramente estética mi apoyo al robot? ¿O es más bien el resultado de mi

cobardía moral? ¿Acaso tengo la secreta esperanza de que este gesto nos libre de los robots? ¿Acaso me digo para mis adentros: «Dénles el Papado y tal vez no pidan otras cosas por algún tiempo»? No. No puedo creer algo tan indigno de mí mismo. Es posible que esté en favor del robot porque soy una persona de una sensibilidad poco común frente a las necesidades de los demás.

-De ser elegido -dice el rabino Mueller- ya tiene planeado un acuerdo inmediato con el Dalai Lama, y una conexión recíproca con la programadora principal de la Iglesia Ortodoxa Griega. Y eso es sólo el comienzo. Según dicen, también habrá una apertura ecuménica hacia el rabinato, algo realmente deseable para todos.

-No me cabe duda que habrá muchos cambios en las costumbres y las prácticas de la jerarquía eclesiásticas -declara el obispo FitzPatrick-. Se supone que se introducirán mejoras en las técnicas para recoger información, dado que la computadora del Vaticano va a desempeñar un papel fundamental en las operaciones de la Curia. Fíjense, por ejemplo, lo que sucede con...

-La sola idea me resulta repugnante -dice Kenneth. Es un hombre joven, llamativo, de cabello blanco y ojos rosados. Beverly es su hermana o su esposa, rara vez habla. Kenneth hace la señal de la cruz con una brusquedad grosera y murmura:

-En el nombre del Padre, del Hijo y del Autómata Santo.

La señorita Harshaw se ríe pero se detiene cuando ve mi cara de desaprobación.

Abatido pero haciendo caso omiso de la interrupción, el obispo FitzPatrick continúa.

-Fíjense, por ejemplo, en lo que sucede con estas cifras que obtuve ayer por la tarde. Leí en el periódico *Oggi* que, de acuerdo con un vocero de las *Missiones Catholicae*, el número de los miembros yugoslavos de la Iglesia habían pasado de 19.381.403 a 23.501.062 en los últimos cinco años. Pero resulta que el último censo oficial, el del año pasado, arroja un total de población de 23.575.194 habitantes para toda Yugoslavia. Eso dejaría un resto de sólo 74.132 para yugoslavos pertenecientes a otras religiones o a ninguna. Como estoy al tanto de que hay una importante población musulmana en Yugoslavia, sospeché que había algún error en las estadísticas publicadas y consulté con la computadora de San Pedro, que me informó... -el obispo hace una pausa y saca una larga hoja impresa que despliega sobre la mesa, cubriéndola casi por entero-.. que el último censo de fieles yugoslavos realizado un año y medio atrás, arroja un total de 14.206.198 católicos. Es decir que se incurrió en una exageración de 9.294.864. Lo cual es absurdo. Y además se difundió el error, lo que ya es condenable.

-¿Cómo es él? -pregunta la señorita Harshaw-. ¿Alguien tiene idea?

-Es como todos los demás -dice Kenneth-. Una reluciente caja metálica con ruedas abajo y ojos arriba.

-Usted no lo ha visto, -interrumpió el obispo FitzPatrick- y no creo que tenga derecho a suponer que...

-Son todos iguales -dice Kenneth-. Una vez que se vio uno se los vio todos. Cajas relucientes, Ruedas. Ojos. Y voces que salen de sus estómagos como eructos mecánicos. Por dentro son puras ruedas dentadas y engranajes. -Kenneth se estremece suavemente-. Es demasiado para que yo pueda aceptarlo. ¿Qué les parece si pedimos otra vuelta?

-En cambio da la casualidad que yo lo vi con mis propios ojos -dice el rabino Mueller.

-¿Usted lo vio realmente? -salta Beverly.

Kenneth hace una mueca de disgusto. Luigi se aproxima trayendo una bandeja con más tragos para todos. Le alcanzo un billete de cinco mil liras. El rabino Mueller se saca los anteojos de sol y empaña con el aliento las pulidas superficies espejadas. Tiene ojos pequeños, de un gris acuoso, y un marcado estrabismo.

-El cardenal fue el orador principal en el Congreso Mundial del Judaísmo que se celebró el otoño pasado en Beirut. Su tema fue «Ecumenismo cibernético para el hombre

contemporáneo». Yo estuve allí. Puedo asegurarles que Su Eminencia es alto y distinguido, que tiene una hermosa voz y una sonrisa amable. Hay una melancolía natural en su expresión, que me recuerda mucho a nuestro amigo el obispo, aquí presente. Sus movimientos son armoniosos y su ingenio agudo.

-Pero está montado sobre ruedas ¿no es cierto? -insiste Kenneth.

-Sobre cadenas -corrige el rabino, echándole a Kenneth una mirada fulminante y terrible y concentrándose nuevamente en sus anteojos de sol-. Cadenas, como las de un tractor. Pero no creo que, desde un punto de vista espiritual, las cadenas sean Inferiores a los pies o a las ruedas, que para el caso da lo mismo. Si yo fuera católico me enorgullecería de tener a semejante hombre como Papa.

-No es un hombre -interviene la señorita Harshaw. Su voz tiene un dejo de frivolidad siempre que se dirige al rabino Mueller-. Es un robot, no un hombre ¿recuerda?

-Semejante *robot* como Papa, entonces -dice el rabino Mueller, encogiéndose de hombros ante la corrección. Levanta su vaso-. ¡Por el nuevo Papa! ¡Por el nuevo Papa! -exclama el obispo FitzPatrick.

Luigi sale corriendo del local. Kenneth le indica con la mano que no hace falta que venga.

-Un momento -dice Kenneth-. La elección todavía no terminó. ¿Cómo pueden estar tan seguros del resultado?

-El *Osservatore Romano* -le digo- señala en la edición de esta mañana que ya está todo resuelto. El Cardenal Carciofo consintió en retirar su candidatura y darle su apoyo al robot a cambio de una mayor asignación de tiempo real cuando se sancionen las nuevas horas de computación en el consistorio del año próximo.

-En otras palabras, ya está todo cocinado -dice Kenneth.

El obispo FitzPatrick sacude tristemente la cabeza:

-Planteas las cosas en forma demasiado áspera, hijo mío. Hace tres semanas que estamos huérfanos de un Santo Padre. Es la Voluntad de Dios que tengamos un Papa; el cónclave, incapaz de elegir entre las candidaturas del cardenal Carciofo y el cardenal Asciuga, pone obstáculos a esa Voluntad; es necesario, pues, hacer ciertas concesiones a las realidades de los tiempos para que no siga frustrándose Su Voluntad. Prolongar la politiquería del cónclave se convierte en algo pecaminoso en estos momentos. El cardenal Carciofo sacrifica sus ambiciones personales, pero no en un acto egoísta como pareces sugerir.

Kenneth sigue atacando los móviles del pobre Carciofo para retirar su candidatura. Beverly aplaude de vez en cuando sus crueles humoradas. La señorita Harshaw reitera una y otra vez su decisión de no seguir siendo miembro activo de una Iglesia cuyo jefe sea una máquina. Yo encuentro la discusión desagradable y aparto mi silla de la mesa para poder ver mejor el Vaticano. En este momento los cardenales están reunidos en la Capilla Sixtina. ¡Cómo me gustaría estar allí! ¡Qué espléndidos misterios estarán celebrándose en esa sala magnífica y sombría! En este momento los príncipes de la Iglesia están sentados, cada uno en un pequeño trono cubierto por un dosel color violeta. Sobre los escritorios que hay frente a los tronos brillan gruesos cirios, Los maestros de ceremonias se desplazan solemnemente a través de la vasta habitación, llevando las vasijas de plata en las que reposan las papeletas vacías y que depositarán sobre la mesa que hay frente al altar. Uno a uno, los cardenales avanzan hacia la mesa, recogen la papeleta y vuelven a sus escritorios. Luego levantan sus lapiceras de pluma y comienzan a escribir: «Yo, el cardenal... elijo para Supremo Pontificado al Muy Reverendo Señor mi Señor el Cardenal...» ¿Qué nombre colocan? ¿El de Carciofo? ¿El de Asciuga? ¿El de algún oscuro y marchito prelado de Madrid o de Heidelberg, la desesperada alternativa de último momento para la facción contraria a los robots? ¿O acaso están escribiendo el nombre de él? El sonido de las plumas que rasgan el papel resuena profundamente en la capilla. Los cardenales están completando sus votos, sellando las papeletas en los bordes, doblándolas, volviéndolas a doblar una y otra vez, llevándolas al altar, dejándolas caer en el gran cáliz de

oro. Eso es lo que han venido haciendo todas las mañanas y todas las tardes, día tras día, mientras estuvo estancado el cónclave.

-Leí en el *Herald Tribune* hace un par de días -dice la señorita Harshaw- que una delegación de 250 jóvenes robots católicos de lowa está esperando en el aeropuerto de Des Moines las noticias de la elección. Tienen un charter listo para salir y, si llega a ganar su candidato, piensan viajar a Roma para pedir que el Santo Padre les acuerde la primer audiencia pública.

-No cabe la menor duda -asiente el obispo FitzPatrick- que esta elección atraerá a gran cantidad de gente de origen sintético al seno de la iglesia.

-Y alejará a mucha gente de carne y hueso -dice con acritud la señorita Harshaw.

-Lo dudo -dice el obispo-. Claro que algunos de nosotros nos sentiremos perturbados, deprimidos, ofendidos, despojados, en un primer momento. Pero todo eso pasará. La natural bondad del nuevo Papa, a la que hizo alusión el rabino Mueller, terminará por imponerse. También creo que esta elección estimularía a los jóvenes de todo el mundo interesados en la tecnología a unirse a la Iglesia. En todas partes se despertarán impulsos religiosos irresistibles.

-¿Pueden ustedes imaginarse a 250 robots haciendo sonar sus pasos metálicos en el interior de San Pedro? -preguntó la señorita Harshaw.

Contemplo el Vaticano a lo lejos. La luz matinal es brillante y enceguecedora, pero los cardenales reunidos en asamblea, separados del mundo por un muro, no pueden disfrutar de su alegre resplandor. Ya todos han votado. Los tres cardenales elegidos por sorteo como encargados del escrutinio de esta mañana están de pie. Uno de ellos levanta el cáliz y lo sacude, mezclando las papeletas. Luego lo ubica sobre la mesa que está frente al altar; otro saca las papeletas y las cuenta. Se asegura de que el número de votos sea igual al número de cardenales presentes. Las papeletas son transferidas a un ciborio, que es un copón usado de ordinario para guardar las hostias consagradas de la misa. El primero de los tres saca una papeleta, la despliega, lee lo que está escrito; la pasa al segundo, que también la lee; luego le es entregada al tercero que lee el nombre en voz alta. ¿Asciuga? ¿Carciofo? ¿Algún otro? ¿*Él*?

El rabino Mueller está discutiendo sobre ángeles:

-Y después tenemos los ángeles del Trono, conocidos en hebreo como *orelim* u *ophanim*. Hay setenta en total, y su virtud principal es la constancia.

»Entre ellos están los ángeles Orifiel, Oiphaniel, Zabkiel, Jophiel, Ambriel, Tychagar, Barael, Qelamia, Paschar, Boel y Raum. Algunos de éstos ya no están en el cielo y se encuentran entre los ángeles caídos en el Infierno.

-Supongo que debido a su constancia -se burla Kenneth.

-Luego, también están los Angeles de la Presencia -prosigue el rabino-, que aparentemente fueron circuncidados en el momento de su creación. Son Miguel, Metatron, Suriel, Sandalphon, Uriel, Saraqael, Astanphaeus, Phanuel, Jehoel, Zagzagael, Yefefiah y Akatriel. Pero creo que mi favorito de todo el grupo es el Angel del Deseo, que es mencionado en el Talmud, *Bereshit Rabba* 85, del siguiente modo: que cuando Judá estaba por pasar...

Ya habrán terminado de contar los votos, con toda seguridad. Una inmensa multitud está reunida en la Plaza de San Pedro. El sol brilla sobre cientos, tal vez miles, de cráneos forrados de acero. Este debe ser un día maravilloso para la población robot de Roma. Pero la mayoría de los que están en la plaza son criaturas de carne y hueso: viejas vestidas de negro, carteristas jóvenes y delgados, chicos con cachorros, rubicundos vendedores de salchicha y un conglomerado de poetas, filósofos, generales, legisladores, turistas y pescadores. ¿Cuál será el resultado del recuento? Dentro de poco lo sabremos. Si ningún candidato obtuvo la mayoría, mezclarán las papeletas con paja húmeda antes de arrojarlas en la estufa de la capilla, y de la chimenea saldrán volutas de humo negro. Pero si se ha elegido Papa, la paja estará seca y el humo será blanco.

El sistema tiene cálidas resonancias. Me gusta.

Me produce la satisfacción que suelen producir las obras de arte impecables: el acorde del *Tristán*, digamos, o los dientes de la rana en la *Tentación de San Antonio* del Busco. Espero el final con vehemente interés. Estoy seguro del resultado; ya empiezo a sentir que se despiertan en mí irresistibles impulsos religiosos, Aunque también experimento una extraña nostalgia por los días en que los papas eran de carne y hueso. Los periódicos de mañana no traerán entrevistas con la anciana madre del Santo Padre, que vive en Sicilia, ni con su orgulloso hermano menor, que vive en San Francisco. Y además, ¿volverá a celebrarse alguna vez más esta magnífica ceremonia de elección? ¿Necesitaremos alguna vez otro Papa considerando que éste que tendremos dentro de poco puede ser reparado tan fácilmente?

¡Ah, humo blanco! ¡Llegó el momento de la verdad!

En el balcón central de la fachada de San Pedro emerge una figura, despliega un manto tramado en oro y desaparece. El resplandor de la luz contra el tejido ciega la vista. Me hace recordar acaso la luz de la luna que roza con su frío beso el mar de Castellamare o tal vez, más aún, el resplandor de mediodía que reverbero desde el seno del Caribe sobre la costa de San Juan.

Aparece en el balcón una segunda figura, vestida de armiño y púrpura.

-El cardenal archidiácono -susurra el obispo FitzPatrick.

La gente ya empezó a desmayarse. Luigi está de pie, junto a mí, siguiendo el desarrollo de los hechos en una radio portátil.

-Ya está todo cocinado -dice Kenneth.

El rabino Mueller le chista, ordenándole silencio.

La señorita Harshaw empieza a sollozar. Beverly recita quedamente el Padre Nuestro y se persigna. Es un momento maravilloso para mí. Tal vez el momento más auténticamente contemporáneo que me haya tocado vivir.

La voz amplificada del cardenal archidiácono grita:

-Les traigo el anuncio de una dicha infinita. Tenemos Papa.

¡El clamor nace y crece en intensidad a medida que el cardenal archidiácono le comunica al mundo que el Pontífice recién elegido es, efectivamente, ese renombrado cardenal, esa noble y distinguida persona, ese individuo melancólico y austero, cuya elevación al Trono Sagrado deseamos todos con tanta intensidad y desde hace tanto tiempo.

-Ha adoptado -dice el cardenal archidiácono- el nombre de...

El nombre se pierde en medio de los vítores. Me vuelvo hacia Luigi:

-¿Cómo? ¿Qué nombre?

-Sisto Settimo -me dice.

Así es, y ahí está él, el Papa Sixto Séptimo, como debemos llamarlo de ahora en adelante. Una figura diminuta, envuelta en las vestiduras papales de oro y plata, que extiende sus brazos a la multitud, y ¡sí! la luz del sol relumbra sobre sus mejillas y en su encumbrada frente hay un fulgor de acero bruñido. Luigi ya está de rodillas. Yo me arrodillo a su lado. La señorita Harshaw, Beverly, Kenneth, el mismo rabino, todos se arrodillan. Porque éste es indiscutiblemente un acontecimiento milagroso. El Papa se asoma al balcón. Está por impartir la tradicional bendición apostólica a la ciudad y al mundo.

-Nuestra esperanza radica en el Nombre del Señor -declara solemnemente.

Acciona los reactores de levitación que hay debajo de sus brazos; aún desde aquí puedo ver las dos columnitas de humo. Humo blanco otra vez. Empieza a elevarse en el aire.

-El que creó el Cielo y la Tierra -dice-. Que Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo os bendiga.

Su voz nos llega majestuosa y arrolladora. Su sombra se extiende por encima de toda la plaza. Sube más y más hasta perderse de vista. Kenneth palmea a Luigi:

-Sírvenos otra vuelta -dice, y pone en la mano del dueño del café un billete de los grandes.

El obispo FitzPatrick llora. El rabino Mueller se abraza con la señorita Harshaw. El nuevo Pontífice empezó su reinado bajo signos auspiciosos, según creo.

JADE AZUL
Edward Bryant

-Y este -dijo Timnath Obregon- es el dispositivo que inventé para modificar el tiempo.

El cuarteto de damas borrosas y decadentes del Círculo de Estetas del barrio del Cráter hizo una serie de sonidos de aprobación: el susurro de un viento seco recorriendo con su soplo las láminas de un libro de arte muy agotado.

-El tiempo en persona.

-Fascinante, de veras.

-Muy fascinante.

La cuarta dama no dijo nada, pero hizo un mohín con los labios y clavó una mirada coqueta en el inventor. Obregon desvió la vista. Se preguntaba cómo había llegado a ganarse tamaña admiración. Empezaba a desear que las damas lo dejaran en paz en su laboratorio.

-Estimado señor Obregon -dijo la que había estado callada hasta entonces- usted no tiene idea de lo mucho que apreciamos esta oportunidad de visitar su laboratorio. Este distrito de Cinnabar se está poniendo aburrido. Es un alivio grande encontrar una personalidad como la suya.

La sonrisa de Obregon fue algo forzada:

-Se lo agradezco, pero mi fama podría ser sumamente transitoria.

Cuatro caras se volvieron hacia él, arrobadas.

-Mi EAP... -empezó diciendo el inventor, pero se corrigió al notar el concierto de cejas enarcadas-... bueno, esa es la sigla, bastante poco ingeniosa, por cierto, que inventé para mi Elevador Artificial de Probabilidades. Parece ser que el dispositivo está a punto de ser inventado simultáneamente, o, lo que es mucho peor, antes, por un rival del Instituto Tancarae. Un tal doctor Sebastian Le Goff.

-¿Entonces esa máquina todavía no está... digamos, totalmente inventada?

-No está totalmente desarrollada. No, me temo que no.

Obregon creyó oír que una de las damas emitía un pss de desaprobación, algo que hasta entonces había creído que sólo aparecía en la literatura.

-Pero está muy, muy cerca de su terminación -se apresuró a agregar-. Vengan por aquí, por favor, permítanme que les muestre. No puedo ofrecer una demostración completa, por supuesto, pero...

Les dirigió una mirada compradora.

Obregon se sentó frente a esa columna de cristal que iba desde el piso hasta el techo que era el EAP.

-Estos son los controles. El teclado sirve para programar los cambios de probabilidad.

Golpeó el tablero con el dedo índice y la columna tomó un color anaranjado fluorescente.

-El dispositivo está alimentado inductivamente por los corrientes de tiempo, que convergen en remolino hacia el centro de Cinnabar.

Volvió a presionar con el dedo y la columna recobró su transparencia.

-Me temo que es todo lo que puedo mostrarles por ahora.

-No deja de ser bonito.

-Pienso que el azul habría sido mucho más atractivo.

-Hablando de eso, ayer encontré una tela color zafiro para cortinas que es un amor.

-Nos encantaría tomar una taza de té, señor Obregon.

-Por favor, señoras. Llámenme Timnath.

El inventor se dirigió hacia una red de tubería plástica que había sobre un mostrador antiséptico.

-Yo acostumbro tomar té, así que instalé este aparato para prepararlo al instante.

Descorrió un panel blanco y sacó de su interior cinco tazas de doble asa, muy finas.

-La mezcla de hoy es Black Dragon Pekoe, ¿A todas les gusta?

Cabezas que asienten, leve crujido de hojas muertas.

-¿Crema y azúcar?

La alta:

-Crema de cabra, por favor.

La baja:

-Dos terrones de azúcar, por favor.

La más desteñida de todas:

-Nada, gracias.

La coqueta:

-Leche de madre, si es tan amable.

Obregon marcó las combinaciones correctas en el panel de hacer té e hizo girar las tazas bajo la canilla. Desde atrás una de las damas le dijo:

-Timnath, ¿qué piensa hacer con su máquina?

Obregon vaciló.

-No estoy seguro, en realidad. Siempre me gustaron las cosas tal como son. Pero inventé un modo de cambiarlas. Tal vez sea simple curiosidad.

Luego se dio vuelta y sirvió el té. Se sentaron y bebieron a pequeños sorbos y hablaron de la ciencia y del arte.

-Estoy convencido de que la ciencia es un arte -dijo el inventor.

-Sí -dijo la coqueta-. Supongo que usted le presta poca atención a las aplicaciones prácticas o comerciales de la tecnología.

Le sonrió detrás de sus dedos ahuesados.

-Sí, algo así. Hay muchos que me consideran un diletante en el Instituto.

La alta dijo:

-Creo que es hora de irse. Le agradecemos mucho que nos haya permitido esta intrusión, Timnath.

Fue un placer. Arrojó su taza contra el piso de mosaicos. Sus compañeras la imitaron.

Sobresaltado por una despedida tan abrupta, Obregon casi se olvida de romper su propia taza, semivacía. Permaneció de pie amablemente mientras las damas desfilaban delante de él en dirección a la puerta. Tenían un porte asombrosamente uniforme, todas con su vestido marrón y Timnath recordó los ñandúes resurrectrónicos que había admirado en el Club de Historia Natural.

-Fue un placer -repitió la alta.

-Eso. (La baja).

Sale la coqueta:

-Tal vez volvamos a vernos pronto -dijo sin quitarle los ojos de encima.

Obregon desvió la vista murmurando alguna cortesía.

La cuarta dama, la única cuyos rasgos no parecían solidificados en gelatina, se detuvo en el umbral. Se cruzó de brazos de modo tal que las manos tocaran sus axilas y saltó una y otra vez sacudiendo sus miembros truncos y gritando: ¡Cra! ¡Cra! La puerta blanda se cerró con un *puf*.

Desconcertado, Obregon sintió la necesidad de otra taza de té y se sentó. Había un pequeño cilindro en la mesa. Podía tratarse de un tubito de pomada para los labios. Al parecer se lo

había dejado alguna de las visitantes. Lo levantó, curioso. Era muy liviano. Desenroscó uno de los extremos; estaba vacío. Obregon llevó el objeto a la altura de su nariz.

Tenía el olor acre característico de una emulsión de yoduro, de plata.

-Parecería ser un cartucho de película vacío -dijo Obregon en voz muy baja.

El grito de un niño en la noche de un niño. Un bienestar, envolvente y ronroneante. La soledad de pesadillas y el mundo al despertar y la frontera incierta entre sueño y vigilia. Un tranquilizador felino.

-No llores, hijito. Te tengo abrazado y te estoy meciendo.

George sepultó su cara en la suave piel azul que absorbía sus lágrimas.

-Jade Azul, te quiero.

-Ya lo sé -dijo la madregata suavemente-. También yo te quiero. Ahora duérmete.

-No puedo -dijo George-. Me van a atrapar nuevamente.

El tono de su voz se hizo más agudo y su cuerpo se agitó inquieto. George se aferró al cálido lomo de Jade Azul.

-Me van a atrapar en la sombra y alguien me va a sujetar contra el piso y va a venir él y...

-Son sólo sueños -dijo Jade Azul-. No pueden hacerte daño.

Sentía en su interior que estaba mintiendo. Con los dedos de la pata acarició la cabeza del niño y volvió a estrecharla contra su cuerpo.

-Tengo miedo -la voz de George tenía a un dejo de histeria.

La gobernanta acomodó la cabeza del muchacho.

-Vamos, bebe.

Sus labios encontraron el áspero pezón y chuparon instintivamente. La leche de Jade Azul, dulce, narcótica, lo calmaba, y él tragaba lentamente.

-Jade Azul... -su susurro era casi inaudible. -Te quiero.

El cuerpo tenso del niño empezó a relajarse. Jade Azul lo acunó suavemente, enjugándole cuidadosamente el delgado hilo de leche que se escapaba de la comisura de los labios. Después se echó y estrechó al niño contra su cuerpo. Pasado un rato también ella se durmió.

Y se despertó con alerta nocturna. Estaba sola. Con un soplido de rabia, que se apuró a controlar, se abrió paso desde la camas puso todos sus sentidos en tensión y captó un sutil aroma de miedo, y el suave roce de algo rengo sobre baldosas, el rápido destello de una sombra sobre otra.

Una silueta negra, vanamente antropomórfica, se movió en la oscuridad del vano de la puerta. Se escucharon algunas palabras, pero tan tenues que se parecían más bien exhaladas que pronunciadas.

-Ya no hay nada que hacer, minina.

Una boca se abrió y sonrió sarcásticamente:

-Es nuestro, gata.

Jade Azul aulló y saltó con las garras extendidas. la silueta de sombra no se movió; chirrió y se rió cuando la madregata la hizo jirones. Grandes pedazos de sombra, livianos como ceniza, flotaron por la habitación. La risa burlona se desvaneció.

Se detuvo en el umbral con los flancos palpitantes para tomar aliento. Sus enormes ojos sin pupilas se esforzaban por descifrar la poca luz disponible. Las orejas aguzadas se inclinaban hacia adelante. La casona estaba tranquila, salvo...

Jade Azul bajó rápidamente al vestíbulo, sorteando con toda facilidad las masas irregulares de escultura inerte. Corría en silencio, pero en su mente:

»¡Gata estúpida! Esa sombra era un señuelo, algo para distraerle.

»Mujer imbécil! El chico está a mi cuidado.

»Encuéntralo. Si le pasó algo me castigarán.

»Si le pasó algo me mataré.

Un ruido. El cuarto de jugar.

»No podían haberío llevado muy lejos.

»¡Esa perra de Mereille! Podría desgarrarle la garganta.

»¿Cómo pudo hacerle eso?

»Ya estamos cerca. Despacito.

Las dos hojas de la puerta del cuarto de juegos estaban entornadas. Jade Azul se deslizó por entre los bordes de ambas, adornados con tallados barrocos. Era una habitación amplia que reflejaba toda una época de la infancia: caballos de juguete con ojos de vidrio, infinidad de estantes con cubos a medio reunir, hileras de libros, de cintas, de cajas de letras, pelotas, palos de béisbol, criaturas que perdían su relleno, instrumentos de tortura, tableros de juegos, un espectrómetro infrarrojo. La madregata se movía cuidadosamente a través del laberinto de los recuerdos de George.

En un claro del rincón más alejado lo encontró.

Yacía sobre su espalda, con los brazos abiertos como las alas de un águila, forcejeando débilmente para deshacerse de grilletes intangibles. A su alrededor se amontonaban las sombras movientes, oscuras formas demoníacas. Una de ellas se agachó sobre el niño y restregó sus labios de sombra sobre la carne.

La boca de George se movió y maulló débilmente, como un gatito. Levantó la cabeza y miró, más allá de las sombras, hacia Jade Azul.

La madregata controló su primer impulso frenético y prefirió caminar rápidamente hacia la pared más cercana para encontrar el interruptor de la luz. Apretó el recuadro y brilló una débil luminosidad en las paredes. Presionó más y la luz se hizo intensa, y luego enceguecedora. Las verdaderas sombras se desvanecieron. Las bamboleantes criaturas de sombra se deshicieron en hilachas como las telas mal tejidas y desaparecieron. Jade Azul sintió un principio de dolor en sus retinas y bajó la luz a un nivel soportable.

George estaba tirado en el piso, semiinconsciente. Jade Azul lo levantó con facilidad. Sus ojos estaban abiertos y sus movimientos eran bruscos y erráticos, pero parecía no tener nada. Jade Azul lo meció contra su cuerpo y recorrió el largo vestíbulo camino al dormitorio.

George no tuvo más sueños en el resto de la larga noche. En una oportunidad, ya próximo a despertarse, se movió y tocó ligeramente los pezones de Jade Azul.

-Gatita, gatita -dijo-. Gatita linda.

Sombras más amistosas se cernieron sobre ambos hasta el amanecer.

Cuando George se despertó sintió que una arena de grano grueso le raspaba el interior de los párpados. Se frotó con los puños, pero la sensación persistió. Tenía la boca seca. Se pasó la lengua por el paladar, para ver qué sentía: parecía de plástico tramado. No sentía ningún gusto. Se estiró, se retorció; las articulaciones le dolían. El síndrome era familiar: el residuo de malos sueños.

-Tengo hambre.

Se recostó contra el raso azul arrugado. Había un dejo de queja en la voz.

-Tengo hambre.

Ninguna respuesta.

-¿Jade Azul?

Tenía hambre y se sentía un poco solo. Esas dos condiciones eran complementarias en George y ambas eran omnipresentes. Sacó los pies de la cama.

-¡Frío!

Se calzó un par de zapatillas de felpa y, con el resto del cuerpo desnudo, se dirigió al vestíbulo. Esculturas que se estaban despertando o a punto de despertarse le hicieron una inclinación de cabeza cuando pasé junto a ellas. Un David estilizado bostezó y se rascó la entrepierna.

-Buenos días, George.

-Buenos días, David.

La réplica de una odalisca del Tercer Ciclo lo ignoró, como siempre.

-Puta -masculló George.

-Maricón -se burló la estatua de la Victoria Rampante.

George hizo como que no la veía y pasó de largo muy apurado.

¡El abstracto Grupo de Revoltosos trató de darle ánimos, pero fracasó miserablemente.

-Mejor, cállense -dijo George-. Todos ustedes.

En algún momento las esculturas quedaron atrás y George empezó a recorrer una galería con artesonados en las paredes. La galería describía una curva de Klein en su tramo final, se retorcía sobre sí misma y terminaba en el laboratorio de Timnath Obregon.

Las luminosas paredes perladas desembocaban en la puerta entreabierta. George vio flamear un guardapolvos. De repente fue consciente de lo silencioso de sus pasos. Sabía que debía anunciarse. Pero precisamente entonces alcanzó a oír el diálogo:

Si por lo menos volvieran sus padres... tal vez eso lo ayudaría.

La voz era ronca y alargaba las vocales: Jade Azul.

-No hay ninguna posibilidad -dijo la voz de tenor de Obregon-. Están demasiado cerca del Centro de la Ciudad en estos momentos. No podría ni siquiera empezar a contar los años subjetivos antes de que regresen.

George se quedó de, otro lado del umbral escuchando.

La voz de Jade Azul se quejaba:

-Pero, ¿no podrían haber encontrado un momento más adecuado para la segunda luna de miel? O tercera, o cuarta, o lo que sea.

Un encogimiento de hombros verbal:

-Después de todo son investigadores con una vocación muy especial. Y las maravillas que hay en el centro de Cinnabar son legendarias. No los puedo culpar por la excursión. Ya hacía bastante que vivían en este grupo familiar.

-¿Por qué no te vas a la mierda, humano idiota? Estás racionalizado.

-No exactamente. La madre y el padre de George son personas con sentimientos. Tienen derecho a hacer su propia vida.

-También tienen responsabilidades.

Pausa.

-Merreile, esa putita...

-No podían saberlo cuando la contrataron, Jade Azul. Sus... sus rarezas, digamos, empezaron a manifestarse cuando ya hacía meses que trabajaba como gobernante de George. Y ni siquiera entonces podían preverse las consecuencias últimas.

-¡No podían saberlo! No se preocuparon por saberlo, querrás decir.

-Es un juicio demasiado duro, Jade Azul.

-Escucha, mala imitación de un criterio amplio. ¿No puedes entenderlo? Son la gente más egoísta que existe. No quieren privarse de nada, no quieren dar nada a su propio hijo.

Un silencio de algunos segundos. Luego Jade Azul nuevamente:

-¡Eres un buen hombre, pero tan condenadamente obtuso!

-Yo le tengo mucho cariño a George -dijo el inventor.

-Y yo también. Lo quiero como si fuera mi cría. Es una lástima que sus padres no.

George fue presa de una emoción ambivalente. Extrañaba tremendamente a sus padres. Pero también quería a Jade Azul. Así que se puso a llorar.

Obregon trataba de desenredar una maraña de filamentos de platino.

Jade Azul deambulaba por el interior del laboratorio, deseando poder agitar su resto de cola.

George terminaba de tomar su leche y chupaba la última miga de bizcocho de la palma de la mano.

Un enorme cuervo batió las alas perezosamente a través de una ventana que había en el otro extremo del laboratorio.

-¡Cra! ¡Cra!

-¡Fuera!

El inventor chasqueó los dedos y resplandecientes cristales se deslizaron hasta sus lugares correspondientes; las puertas se cerraron; el cuarto estaba sellado.

Aparentemente confundido, el cuervo revoloteó en apretados círculos, graznando roncamente.

-¡Jade, pon al chico contra el suelo!

Obregon fue hacia el mostrador del EAP y regresó con una ballesta cargada y amartillada. El pájaro vio el arma, dio vuelta rápidamente y se precipitó hacia la ventana más alejada. Golpeó contra el cristal y rebotó.

George dejó que Jade Azul lo empujara debajo de una de las mesas del laboratorio.

Se oyó un furioso batir de alas cuando el cuervo rebotó contra una pared intentando una nueva acción evasiva. Obregon apuntó fríamente con la ballesta y apretó el gatillo. La flechita de punta cuadrada atravesó al cuervo de lado a lado y se alojó en el techo. El pájaro, con las alas congeladas en la mitad del aleteo, cayó en tirabuzón y golpeó contra el Piso junto a los pies de Obregon. Plumas negras dispersas cayeron como hojas de otoño sobre el suelo.

El inventor manipuleó el cuerpo con cautela: no hubo movimiento.

-¡Idiota! ¡Qué manera de subestimarme!

Se volvió hacia donde estaban Jade Azul y su sobrino, que salían de abajo de la mesa.

-Quizá sea menos distraído de lo que dices.

La madregata lamió delicadamente su despeinado pelaje azul.

-¿Te molestaría explicarme todo esto?

Obregon levantó el cuerpo del cuervo con el aire de un hombre que levanta un paquete de basura particularmente repulsiva.

-Un disfraz -dijo-. Un artificio. Si lo disecara apropiadamente, podría descubrir un sistema de espionaje y de grabación muy sofisticado.

Sus ojos se toparon con los verdes de Jade Azul.

-Es un espía, ¿comprendes? -¡Dejó caer el cadáver en el incinerador, donde desapareció, dejando sólo una llama dorada y un aroma transitorio a carne bien cocida.

-Era grande -dijo George.

-Buena observación. Dos metros por lo menos, con las alas extendidas. Es mucho más grande que cualquier cuervo real.

-¿Quién es el que espía? -preguntó Jade Azul.

-Un competidor, un tipo llamado Le Goff, un hombre de ética incierta y escasos escrúpulos. Ayer mandó aquí sus espías para controlar el progreso de mi nuevo invento. Todo fue muy torpe, para que yo me diese cuenta. Le Goff es peor que un vulgar ladrón. Se burla de mí.

Obregon hizo un gesto señalando el elevador artificial de probabilidades.

-Es eso lo que quiere terminar antes que yo.

-¿Una columna de cristal? -pregunta Jade Azul-. ¡Qué maravilla!

-Más respeto, gatita. Mi máquina puede corregir el tiempo. Podrá alterar el presente modificando el pasado.

-¿Y eso es todo lo que sabe hacer?

Obregon pareció disgustado.

-No admito burlas en mi propia casa.

-Lo siento, pero sonaba tan pomposo lo que decías.

El inventor forzó una risita.

-Sí, supongo que sí. Es Le Goff quien me llevó a esto. Lo único que quise siempre fue que me dejasen en paz para experimentar sobre mis teorías. Ahora siento que me empujan a una especie de confrontación.

-¿A una competencia?

Obregon asintió.

-Sólo que no sé por qué. Trabajé con Le Goff durante años en el Instituto. Siempre fue un hombre de móviles oscuros.

-Tienes buena puntería -dijo George.

Obregon depositó la ballesta sobre el mostrador con cierto aire de orgullo.

-Es un pasatiempo, Es la primera vez que practico un blanco móvil.

-¿Puedo probar?

-Me temo que eres demasiado chico. Hay que tener bastante fuerza para amartillar la ballesta.

-No soy demasiado chico para apretar el gatillo

-No -dijo Obregon-. No lo eres.

Y agregó sonriendo:

-Después del almuerzo saldremos a hacer una recorrida y te dejaré disparar.

-¿Puedo tirarle a un pájaro?

-No. A uno vivo no. Tengo algunas imitaciones arriba.

-Timnath -dijo Jade Azul-. Supongo que no...

-No, seguramente no.

-¿Qué?

-Tu máquina. No puede cambiar los sueños, ¿no?

Papá, mamá, ayúdenme. No quiero tener más sueños. Sólo la cálida oscuridad, nada más, ¿Mamá? ¿Papá? ¿Por qué se fueron? ¿Cuándo van a volver? Ustedes me abandonan, me abandonaron, me hacen daño.

Tío Timnath, alcánzalos, tráemelos. Diles que sufro, que los necesito. Haz que me quieran, Jade Azul, méceme, abrázame, tráelos de vuelta ya. No, no me toques ahí, eres como Merreile, no quiero más sueños feos, no me hagas daño, no...

Y Merreile entraría cada noche a su dormitorio, a separarlo de sus juguetes Y prepararlo para ir a la cama. Lo iba a desvestir lentamente y a deslizar la camisa de noche sobre su cabeza, luego se sentaría cruzada de piernas a los pies de la cama mientras él permanecía recostado contra la almohada.

-¿Te cuento un cuento antes de dormir? Por supuesto, mi amor. ¿Quieres que te vuelva a contar sobre los vampiros?

»¿Te acuerdas de la última historia que te conté, cielito? ¿No? Quizá hice que te olvidaras.

Y sonreiría mostrando las tiras de cartílago escarlata en el lugar en que la mayoría de la gente tenía los dientes.

-Una vez había un niñito, muy parecido a ti, que vivía en una vieja casona. Vivía solo allí, con sus padres y su gobernante, que tanto lo quería. Bueno, es cierto que había vampiros escondidos en el altillo, pero no parecían criaturas vivas en realidad. Muy raras veces se atrevían a salir de allí, y al chico nunca se le permitía subir. Sus padres se lo hablan prohibido, pese a que el altillo estaba lleno de toda clase de objetos interesantes y deliciosos. La curiosidad del chico crecía y crecía, hasta que una noche se deslizó fuera de su habitación y subió en silencio por la escalera que conducía al altillo, Al llegar al último peldaño se detuvo, recordando la advertencia de sus padres. Luego recordó lo que había oído sobre los extraños

tesoros que había allí adentro. Sabía que las advertencias provenían de gente tonta y que había que ignorarlas. Esas barreras están hecha para cruzarlas. Y entonces abrió la puerta del altillo

»Adentro había hileras de mesas colmadas con todos los juegos y juguetes que pueda uno imaginar. En el medio había otras más pequeñas repletas de dulces y jarras de bebidas deliciosas. El chico jamás se había sentido más feliz en su vida. Fue entonces cuando salieron a jugar los vampiros. Se parecían mucho a ti y a mí, salvo que eran negros y muy silenciosos, y tan delgados como las sombras.

»Se amontonaron alrededor del chico y le susurraron que se uniera a sus juegos.

»Lo querían mucho, ya que la gente iba muy poco a visitarlos al altillo. Eran muy honestos (porque la gente tan delgada no puede tener mentiras adentro) y el chico se dio cuenta de lo tontas que habían sido las advertencias de sus padres. Luego se fueron a las mágicas tierras que había en el extremo más alejado del altillo y jugaron horas y horas.

»¿Qué a qué jugaban, querido? Te voy a mostrar.

Y entonces Mereille apagaría la luz y trataría de agarrarlo.

No, no puede cambiar sueños, había dicho Timnath, absorto. Después, mirando a través de los ojos de la madregata como si el jade fuera vidrio, agregó: *Dame tiempo; tengo que pensarlo.*

-¿Tuviste alguna vez hijos como yo? -George estaba sentado abrasándose las rodillas.

-Como tú no.

-Quiero decir, ¿eran gatitos o más bien bebés?

-Ambas cosas, en cierto modo. O ninguna -su voz era neutral.

-No estás jugando limpio. Respóndeme.

La voz del chico era conocedora, petulante de puro experimentada.

-¿Qué quieres saber?

Los Puños de George tamborilearon sobre sus rodillas.

-¿Cómo eran tus hijos? Quiero saber qué les sucedió.

Un rato de silencio. Algunas arruguitas debajo del labio de Jade Azul, como si sintiera un gusto amargo en la boca.

-Nunca fueron de ninguna manera.

-No entiendo.

-Porque no existieron. Vinieron de Terminex, la Computadora. Vivieron en ella y murieron en ella. Ella puso esas imágenes brillantes en mi cerebro.

George se incorporó un poco más; esto era mejor que un cuento a la hora de dormir.

-Pero ¿Por qué?

-Soy la gobernante perfecta. Mis instintos maternales están aumentados. Tengo las prendas de mi afecto en la mente.

Cada palabra parecía tallada con cincel.

La petulancia cedió a la compasión propia de un chico.

-Eso te pone muy triste.

-A veces.

-Yo cuando estoy triste lloro.

-Yo no -dijo Jade Azul-. Yo no puedo llorar.

-Yo voy a ser tu hijo -dijo George.

El vestíbulo de estatuas diurnas estaba en calma. Jade Azul acechaba las sombras, tratando de percibir los sonidos tenues, los olores y las diferencias de temperatura más sutiles. Los minutos que pasaban la frustraban y enloquecían, también las muchas noches de vigilia, y la amenaza de que la traicionará el cuerpo. De nuevo en busca del niño perdido.

Y esta vez no estaba en el cuarto de juegos. Los caballos de madera sonreían estúpidamente.

Tampoco en los veinte salones grises donde los antepasados de George permanecían silenciosos en embalsamada vigilia desde los nichos empotrados en las paredes.

Tampoco en el altillo, polvoriento y lleno de telarañas.

Tampoco en el comedor, ni en el invernadero, ni en las cocinas, ni en el acuario, ni en la biblioteca, ni en el observatorio, ni en el cuarto de estar, ni en los armarios de la ropa blanca. Ni... Jade Azul pasó corriendo por la galería y leves indicios justificaron su impulso. Corrió más rápido y cuando se abalanzó hacia el codo que llevaba al laboratorio de Timnath Obregon, tenía el estómago revuelto.

La puerta se entreabrió al tocarla. El laboratorio estaba iluminado a medias por las distorsionadas luces amarillas de Cinnabar.

Sucedieron varias cosas a la vez.

Frente a ella, una figura alarmada levantó la vista desde la consola del EAP de Obregon. Un rollo de cinta métrica cayó estrepitosamente sobre los mosaicos.

Del otro lado del laboratorio un conjunto de siluetas sombrías que se contorneaban suspendieron el acto que estaban realizando sobre el cuerpo acostado de George, y miraron hacia la puerta.

Una especie de pájaro chillón bajó revoloteando desde el techo y atacó a Jade Azul en los ojos.

La madregata se agachó y sintió que unas garras abrían inofensivos surcos sobre su pelaje. Rodó sobre el lomo y atacó, con las garras extendidas. Rasgó algo pesado que chilló y le abofeteó la cara con las plumas de sus alas. Y supo que podía matarlo.

Eso hasta que un pie calzado con botas le aplastó la garganta. Entonces Jade Azul miró por encima de esa especie de pájaro que todavía se debatía a quien quiera que fuese que había estado examinando el invento de Obregon.

-Lo siento -dijo el hombre-. Y apretó más.

-¡George! -su voz sonaba estrangulada-. ¡Socorro!

Y luego la bota se hizo demasiado pesada como para dejar pasar una sola palabra más. La oscuridad se hizo intolerablemente densa.

La presión cedió. Jade Azul no podía ver pero -dolorosamente- pudo volver a respirar. Podía oír, pero no lograba saber qué significaban los ruidos. Había luces brillantes y estaba la cara preocupada de Timnath y sus brazos que la levantaban del suelo. Había té caliente y miel en un plato. George la abrazaba y sus lágrimas salaban el té.

Jade Azul se frotó la garganta con cautela y se sentó; se dio cuenta que estaba sobre una mesa blanca de laboratorio. En el piso, a poca distancia de la mesa, había una asquerosa mezcla de plumas y carne roja y húmeda. Algo que casi no podía reconocerse como un hombre respiró con dificultad, ruidosamente.

-Sebastian -dijo Timnath, arrodillándose junto al cuerpo-. Querido amigo.

Estaba llorando.

-¡Cra! -dijo el hombre que agonizaba. Y murió.

-¿Lo mataste? -preguntó Jade Azul con voz ronca.

-No. Fueron las sombras.

-¿Cómo?

-Del modo más desagradable.

Timnath chasqueó los dedos dos veces y las resplandecientes ratas mecánicas se precipitaron desde las paredes para limpiar la suciedad.

-¿Te sientes bien? -George estaba de pie, muy cerca de su gobernante. Estaba temblando-. Traté de ayudarte.

-Ya lo creo que me ayudaste Estamos todos vivos.

-Claro que te ayudó, y estamos vivos -dijo Timnath-. Por una vez las fantasías de George fueron una ayuda más que un estorbo.

-Sigo insistiendo en que hagas algo con tu máquina -dijo Jade Azul.

Timnath miró con tristeza el cuerpo de Sebastian Le Goff.

-Tenemos tiempo.

El tiempo progresaba en forma helicoidal, y un día Timnath anunció que su invento estaba listo. Llamó a George y a Jade Azul al laboratorio.

-¿Listos? -preguntó, apretando el botón que iba a poner en marcha la máquina.

-No sé -dijo George, escondiéndose a medias detrás de Jade Azul-. No estoy muy seguro de lo que está pasando.

-Esto te va a ayudar -dijo Jade Azul-. Adelante.

-Puedes perderlo -le advirtió Timnath.

-No -sollozó George.

-Lo quiero lo bastante como para eso -dijo la gobernante-. Adelante.

La columna de cristal resplandeció con un anaranjado brillante. Las ondas de un zumbido muy leve se propagaron más allá del alcance de la audición. Timnath pulsó el teclado: LOS SUEÑOS DE GEORGE SOBRE VAMPIROS DE SOMBRA NO EXISTIERON NUNCA. MERREILE NUNCA EXISTIÓ. GEORGE ES SUMAMENTE FELIZ.

El inventor se detuvo; luego presionó un botón especial: REVISAR.

La columna de cristal resplandeció con un anaranjado brillante.

Las ondas de un zumbido muy leve se propagaron más allá del alcance de la audición. Timnath pulsó el teclado: LOS SUEÑOS DE GEORGE SOBRE VAMPIROS DE SOMBRA NO EXISTIERON NUNCA, MERREILE NUNCA EXISTIÓ.

GEORGE ES RAZONABLEMENTE FELIZ.

Timnath reflexionó; luego apretó otro botón: EJECUTAR.

-Listo -dijo.

-Algo nos está abandonando -susurró Jade Azul. Se oyeron pasos en el porche. Dos personas caminando. Un carraspeo, una tos paterna.

-¿Quién anda allí? -preguntó Jade Azul, aunque sabía.

...NI EN ISLAS DE CALIZA POR EL CIELO

R. A. Lafferty

Un lapidario es el que talla, pule, cincela y engarza piedras pequeñas. También el que, armado con un punzón, incrusta más o menos al azar distintas piedras y fragmentos tratando de armar un mosaico.

¿Pero cómo se le dice al que corta y apila piedras de gran tamaño?

Comencemos con este *lapillus* o piedrita, por ejemplo:

> «El origen de la pintura como arte en Grecia se relaciona con personajes históricos concretos, pero el de la escultura se pierde en las brumas de la leyenda. Su historia propiamente dicha no empieza hasta el año 600 a.C., aproximadamente. Se la consideraba un arte otorgado a los hombres por los dioses; eso es precisamente lo que expresa la aseveración de que las primeras estatuas cayeron del cielo.»

Artículo *Ara Statuaria: Escultura.*
Enciclopedia Harper de Literatura y Antigüedades Clásicas.

Coloquemos esta primera piedrita en un extremo de nuestro futuro mosaico, aun cuando contenga un error acerca de qué fue lo que en realidad cayó del cielo: no eran estatuas terminadas.

Ubiquemos ahora esta segunda piedra:

(No disponemos de la cita exacta, pero es de Charles Fort o de alguno de sus imitadores.) Se refiere a un científico que se negaba a creer que hubiesen caído del cielo ciertos fragmentos de piedra caliza, a pesar de que dos granjeros los habían visto caer. El científico aseguraba que no podían haber caído del cielo porque en el cielo no hay piedra caliza. (¿Cómo se las habría arreglado ese científico si hubiese tenido que enfrentarse con el problema que plantea Ballenas en el Cielo?)

Engastemos esta segunda piedrita de sabiduría en otro rincón del mosaico y veamos de encontrar más material.

El corredor de calizas estaba haciendo su oferta a los miembros de la Junta municipal. Ofertaba mal, era un vendedor muy mediocre. Todo lo que podía ofrecer era buen precio (más de diez veces inferior que el que proponían los demás Matadores) y excelente calidad. Pero el hombre no hacía buena impresión. Tenía el pecho descubierto (y de tamaño descomunal) y sólo llevaba puesta una chaqueta sin mangas arriba y un trozo de tela cruzada abajo. Calzaba las *crepida* o sandalias de Mermes, hechas al parecer de piel de carnero (una ingenua muestra de afectación). La barba y el cabello estaban muy quemados por el sol, pero las raíces de ambos revelaban que el hombre era rubio. Su barba era dorada, pero estaba opacada por ese polvo de yeso o de roca que lo cubría de pies a cabeza. Estaba sudado y despedía olor, una mezcla de caliza, limadura de bronce, chivo, trébol, ozono, lentejas, leche agria, estiércol y queso picante.

-No, señor, me temo que no queremos ningún trato con ustedes -decía el alcalde-. Todas las demás firmas tienen buena reputación, hace tiempo que están instaladas.

-La nuestra está instalada desde hace muchísimo tiempo -dijo el corredor de calizas-. En realidad hace nueve mil años que se dedica a negocios de esta índole.

-¡Qué disparate! -protestó el comisionado de Barrido y Limpieza-. Si ni siquiera nos da la dirección de su firma, y tampoco nos hace una oferta formal.

-La dirección es Stutzamutza -dijo el vendedor-. No puedo darles ningún otro dato; no hay más datos. Y en cuanto a lo segundo, estoy dispuesto a hacerles una oferta formal si me indican cómo. Yo les ofrezco trescientas toneladas del mejor mármol de caliza, cortado al milímetro según instrucciones, trasladado hasta el lugar indicado, garantizado contra rajaduras, blanco o veteado. Y les ofrezco además despachar y colocar la mercadería en su lugar en el término de una hora. Todo por el módico precio de trescientos dólares o trescientas bolsas de maíz molido.

-¡Oh! ¡Acepten, acepten! -gritó una tal Phosphor McCabe-. Nosotros los elegimos a ustedes, señores, para que se ocupen de nuestros negocios y consigan los mejores precios. No dejen escapar esta ganga, por favor.

Phosphor McCabe era una fotógrafa que se entrometía en todo.

-Cállese, señorita, o la haremos expulsar de la sala de audiencias -dijo el comisionado de Parques y Jardines-. Tendrá que esperar su turno y no interferir en otros casos. Me pongo a temblar de sólo pensar en cual será su solicitud de hoy. Querría saber si alguna administración municipal tuvo que vérselas con tantos maniáticos como la nuestra.

-Señor, usted y su gente tienen una pésima reputación -dijo el comisionado de Hacienda dirigiéndose al vendedor de piedra caliza-. Nadie había oído hablar de ustedes. Incluso corre

el rumor de que la piedra caliza que ustedes venden no es sólida y que se derrite como el granizo. Para no mencionar a los que aseguran que ustedes tuvieron algo que ver con la tremenda granizada de anteanoche.

-Bueno, lo que pasó fue que esa noche celebramos una reunioncita en la ciudad -explicó el corredor de calizas-. Habíamos recibido unas cuantas botellas de vino de Tontitown en pago por unas piedras que colocamos en Arkansas y nos las tomamos todas. Pero no lastimamos a nadie, no estropeamos nada con ese granizo. Algunas piedras eran tan grandes como pelotas de básquet ¿vieron? Pero nos fijamos bien dónde las dejábamos caer. ¿Cuándo se vio una granizada tan feroz que no produjera ningún destrozo?

-No podemos correr el riesgo de que se nos tome por imbéciles -dijo el comisionado de Educación y Cultura-. Hubo varios casos en los que hicimos el papel de estúpidos últimamente, y no siempre por culpa nuestra. No podemos permitirnos comprar la piedra caliza para un proyecto de tanta envergadura a gente como usted.

-Me pregunto si usted me podría conseguir unas ciento veinte toneladas de granito rosa de buena calidad -preguntó un hombre sonriente y sonrosado que había en la sala de audiencias.

-No. Esa es otra isla, nada que ver con la nuestra -respondió el corredor de calizas-. Pero si los llego a ver se los digo.

-Señor Chalupa, no sé qué es lo que tiene que hacer usted hoy aquí -dijo con voz severa el alcalde dirigiéndose al hombre sonriente y sonrosado-, pero tendrá que esperar su turno sin mezclarse en este asunto. Parece que últimamente nuestras audiencias públicas se han convertido en un desfile de chiflados.

-No tienen nada que perder -insistió el corredor de calizas-. Yo les entrego las piedras, las corto y las ubico. Si no están satisfechos, se las dejo sin cargo, o me las llevo de vuelta si prefieren. Y no me pagan los trescientos dólares o las trescientas bolsas de maíz molido hasta que no estén completamente satisfechos.

-Yo quiero ir con usted a su país -estalló la señorita Phosphor McCabe-. Estoy fascinada por lo que he oído de él. Quiero escribir un artículo sobre él, con fotografías, para la *Nueva Revista de Geografía*. ¿A qué distancia se encuentra ahora su país?

-De acuerdo -le respondió el corredor de calizas-. La esperaré. Nos iremos tan pronto como yo haya terminado mi negocio y usted el suyo. Nosotros queremos a todo el mundo y nos encanta que vengan a visitarnos, pero casi nadie quiere venir. En este momento mi país está a aproximadamente cinco kilómetros de distancia de aquí. Es la última oportunidad, señores: les ofrezco el mármol de caliza de mejor calidad y más barato que puedan encontrar aunque vivan doscientos años; y espero que todos ustedes lleguen hasta los doscientos. Nosotros queremos a todo el mundo y estaríamos encantados de que todos llegasen por lo menos hasta los doscientos años.

-Definitivamente no -dijo el alcalde-. Seríamos el hazmerreír de todo el estado si cerráramos trato con alguien como usted. ¿De qué clase de país está usted hablando, que dice que está a sólo cinco kilómetros de aquí? Una y mil veces no. Está malgastando su tiempo, señor, y nos está haciendo perder el nuestro.

-No y no; es imposible, es sencillamente imposible -repitió el comisionado de Barrido y Limpieza-. ¿Qué no dirían los periódicos si supieran que le compramos piedra caliza a alguien que merece tanto respeto como un tripulante de OVNI o poco más?

-La oferta está rechazada -dijo el comisionado de Parques y Jardines-. Fuimos elegidos para conducir los negocios de la ciudad ahorrando todo lo posible, pero sin olvidar la dignidad.

-Y bueno, está bien -se resignó el corredor de calizas-. No todos los días se pueden vender plataformas gigantes. Adiós, señores comisionados. No se apure, señorita; la esperaré.

Y el corredor de calizas salió, levantando a su paso lo que parecía ser una nube de polvo de roca.

-¡Qué día! -se lamentó el comisionado de Educación y Cultura-. ¡Qué desfile de bromistas que nos tocó hoy! En fin, a ese por lo menos nos lo pudimos sacar de encima.

-No estoy tan seguro -gruñó el alcalde.

-La que sigue es la señorita Phosphor McCabe.

-Seré breve -dijo Phosphor alegremente-. Todo lo que quiero es una licencia para construir una pagoda en la colina de doce hectáreas que me dejó mi abuelo. No será un estorbo para nadie ni implicará ningún desembolso. Y va a ser hermosa.

-Y dígame un poco, ¿por qué quiere usted construir una pagoda? -preguntó el comisionado de Barrido y Limpieza.

-Para poder sacarle fotos. Y además porque tengo ganas de construir una pagoda.

-¿Qué clase de pagoda va a ser? -preguntó el comisionado de Parques y Jardines.

-Una pagoda rosa.

-¿De qué tamaño? -se interesó el comisionado de Educación y Cultura.

-De doce hectáreas de base. Y cien metros de altura. Va a ser grande, pero no será un estorbo.

-¿Por qué quiere hacerla tan grande? -preguntó el alcalde.

-Para que sea diez veces más grande que la Pagoda Negra de la India. Va a ser realmente hermosa y se convertirá en una de las atracciones de la zona.

-¿Y tiene usted el dinero para construirla? -preguntó el comisionado de Barrido y Limpieza.

-No, no tengo ni un centavo, pero si logro vender mi artículo ilustrado «Viajando con cámara y canoa por la Celestial Stutzamutza» a la *Nueva Revista de Geografía* voy a sacar bastante plata. Además hace un momento estuve tomando instantáneas de todos ustedes, señores, y pienso vendérselas al *Semanario de la Risa* si logro ponerles títulos ocurrentes. Y, en cuanto al dinero para construir la Pagoda Rosa, bueno, ya voy a pensar en algo.

-Señorita McCabe, su solicitud será transferida, o diferida, o como quiera que se diga, lo que es como decir que queda aplazada -dijo el alcalde.

-¿Y eso qué significa?

-No estoy seguro: el encargado de Asuntos Legales está ausente hoy, pero siempre dice algo por el estilo cuando queremos sacarnos el fardo de encima por un tiempo.

-Quiere decir que tiene que volver dentro de una semana, señorita McCabe -dijo el encargado de Barrido y Limpieza.

-Está bien -aceptó la señorita Phosphor McCabe-. De todos modos jamás podría empezar a construir la Pagoda Rosa antes de dentro de una semana.

Y ahora ubicamos esta piedrita de forma extraña en otro rincón del mosaico:

> «El descubrimiento en el siglo XVII de las islas de Polinesia por parte de simples marineros significó la materialización de uno de los antiguos sueños paradisíacos. ¡Las islas verdes, el mar azul, las playas doradas y la dorada luz del sol, las muchachas morenas! ¡Las frutas, incomparables; el pescado, incomparable; el cerdo asado y las aves al horno, más allá de lo imaginable; árboles del pan, frutas, un volcán; una ininterrumpida perfección de clima, huríes de piel oscura como las que promete el Corán, cantos, música de cuerdas y música del mar! Era el Paraíso Prometido de las Islas, y se había hecho realidad.
>
> »Pero incluso este hallazgo resultó pobre comparado con el descubrimiento, menos publicitario, anterior, e incesante, de las Islas Flotantes (o Islas Travertinas) por parte de viajeros más intrépidos. Las muchachas de las Islas Flotantes son más alegres (con excepción de las frías negras de las islas de

> Dolomita Diorítica) que las chicas de la Polinesia, más inteligentes y mucho más divertidas; son más hermosas y más curvilíneas, y poseen una cultura más vital y más artística, son más vivaces (¡vaya si lo son!). Y, en cuanto al paisaje, desafía toda descripción. No hay nada en la Polinesia, ni en el mar Egeo, ni en las Antillas que se le pueda siquiera comparar en deleite y colorido. ¡Y son tan amistosos todos los travertinos! Quizá sea una suerte el hecho de que sean poco conocidos y poco visitados; es probable que la experiencia de un mundo como el de ellos fuera demasiado para nosotros.»
>
> *Verdades de la leyenda del Paraíso*, por Harold Bluewater.

Miren bien de cerca esta piedrita antes de que la incrustemos. ¿Están seguros de que tomaron nota de su forma?

Ahora tenemos otra piedra, aún más pequeña, para encajar aquí, donde parece haber un hueco demasiado estrecho. Es sólo una cita:

> «En una Inscripción grabada en la Piedra el Hombre no está bajo Juramento.»
> Doctor Johnson.

La señorita Phosphor McCabe visitó el país del corredor de calizas y escribió su artículo ilustrado «Viajando con cámara y canoa por la Celestial Stutzamutza». Las fotografías en color, sobrecogedoras, fascinantes, resplandecientes de alegría, una verdadera fiesta para los sentidos, no pueden reproducirse aquí, pero a continuación transcribimos unos pocos fragmentos del texto complementario:

»Stutzamutza es un país de piedra caliza de una blancura tan increíble que hace doler los ojos de placer. Es esta base de superblancura la que hace que los demás colores resalten con tanta claridad. No es posible que exista en otro lugar un cielo más azul que el que rodea a Stutzamutza en la mayor parte de las horas y de los días (véanse láminas I y II). Los campos, cuando los hay, son de un verde incomparable, y no hay agua más plateada (láminas IV y V). Las cataratas son un verdadero arco iris, especialmente las del río Final, que baja caudaloso de la meseta (lámina VI). Es imposible que existan acantilados más matizados -azules, negros, rosados, ocres, rojos, verdes- pero siempre sobre esa base de superblancura (lámina VII). No puede haber otro sol como éste; brilla aquí como no brilla en ninguna otra parte del mundo.

»Debido a que Stutzamutza tiene una elevación promedio muy alta (algunos harán un gesto de desconfianza cuando revele a qué me refiero cuando hablo de elevación *promedio* del lugar), la población tiene el tórax o los senos asombrosamente desarrollados. Son de película. Los pocos visitantes que llegan aquí procedentes de zonas más bajas, *más mundanas*, coinciden en mostrarse deslumbrados:

»-¡Caramba! -dicen-. No puede ser que existan chicas como éstas.

»Y sin embargo existen (véase lámina VIII).

»-¿Cuánto hace que está pasando esto? -preguntan los ocasionales visitantes.

»Desde hace nueve mil años, desde que se recuerda en Stutzamutza, y, si nos remontamos más allá de la historia, desde que el mundo existe.

»Quizá debido al desarrollo de su pecho, la población de Stutzamutza sobresale en el canto; son vigorosos, sonoros y hermosos cuando cantan. Sus instrumentos, además de las flautas y las gaitas convencionales (con pulmones tan poderosos esta gente hace prodigios con la gaita), de las liras y los tamboriles, incluyen los tambores tronadores (lámina IX) y las trompetas de cuatro metros de largo (láminas X y XI): se duda de que haya algún otro pueblo capaz de hacer sonar estas trompetas rugientes.

»Quizá también debido al desarrollo de su pecho los pobladores de Stutzamutza son, sin excepciones, sumamente demostrativos en sus afectos. Hay algo que a la vez sobrecoge y reconforta en su carnalidad olímpica, es tal la robustez y el esplendor de su intercambio sexual que esta pobre muchacha subdesarrollada queda algo más que admirada (láminas X a XIX). Además, esta gente es ingeniosa, sabia y siempre agradable.

»Se dice que, originalmente, no había nada de tierra en Stutzamutza. Los pobladores tenían que cambiar caliza, mármol y dolomita de la mejor calidad por cantidades equivalentes de tierra, aunque fuese arcilla o arena de lo más pobre. Así llenaron algunas grietas y lograron que comenzara a surgir la vegetación, y en unos pocos miles de años construyeron innumerables terrazas, lomas y valles de verdor; ahora se dan en abundancia las uvas, las aceitunas y el trébol; el vino, el aceite y la miel alegran los amplios corazones de la población. El maravilloso trébol azul y verde (véase lámina XX) es el alimento de abejas y cabras. Hay dos especies distintas de cabras: la cabra de pradera y pastura, que se cría por su leche, queso y mohair, y la cabra salvaje de la montaña, de mayor tamaño que la anterior, que se caza en los riscos blancos y cuya carne, de sabor un tanto fuerte, es muy apreciada. Los pobladores de Stutzamutza usan el mohair tejido y la piel de chivo curtida para confeccionar sus vestidos, pero no llevan mucha ropa, pese a que hace bastante frío los días en que la elevación aumenta súbitamente.

»Hay muy poco cereal en Stutzamutza; por lo general, se venden las piedras de las canteras a cambio de grano. La industria principal de Stutzamutza -la única, en realidad- es la explotación de canteras. Los cortes que se hacen en esos enormes yacimientos dejan al descubierto, a veces, asombrosos restos fósiles; hay un cuerpo de ballena fosilizado intacto (se trata de una Zeuglodon o Ballena del Eoceno, especie extinguida) (véase lámina XXI).

»-Si se trata realmente de una ballena, todo esto habrá estado bajo el océano en algún momento -le dije a uno de mis pechudos amigos.

»-Claro -me respondió-. La piedra caliza sólo puede formarse en el océano.

»-Pero entonces, ¿cómo hizo para elevarse tan por encima de él? -pregunté.

»-Eso es algo que deberán resolver los geólogos y los hipólogos -dijo mi amigo.

»La cualidad más fascinante del agua que hay en Stutzamutza es su mutabilidad: a veces se forma un lago en un solo día, y se vacía al día siguiente por simple escurrimiento. La lluvia es prodigiosa a veces, cuando decide presentarse bajo esa forma, y es un placer sortear los rápidos de los ríos que crecen súbitamente. Otras veces, en contados minutos puede llegar a formarse hielo sobre toda Stutzamutza, y todo el mundo se regocija con su súbita aparición, todos menos el pobre visitante, que carece del equipo adecuado. Es un hielo tan extraordinariamente hermoso como frío. Los pobladores lo cortan en forma de grandes láminas, masas y bloques y lo dejan caer para divertirse.

»Pero todos los demás espectáculos se olvidan cuando uno ve los saltos de agua que caen bajo la luz del sol, y el más maravilloso de todos es sin duda el de las Cataratas del río Final. ¡Qué increíble verlo caer caudaloso desde el país de Stutzamutza (véase lámina XXIII), verlo descender por un espacio casi infinito, cien, doscientos metros, convertirse en niebla, en aguanieve, en nieve, en lluvia, en granizo, de acuerdo con el estado del tiempo, ver cómo el arco iris de kilómetros de longitud se prolonga hasta desaparecer allá lejos, muy por debajo nuestro!

»Hacia el extremo norte de la isla (su extremo norte temporario) hay un acantilado de mármol rosa particularmente llamativo.

»-¿Te gusta? Te lo regalamos -dicen mis amigos.

»Es lo que había estado buscando que me dijeran»

En efecto, la señorita Phosphor McCabe hizo su artículo ilustrado, realmente admirable, para la *Nueva Revista de Geografía,* pero la *Nueva Revista de Geografía* no lo aceptó; según el editor la señorita Phosphor McCabe llegaba a conclusiones inaceptables.

-Lo que pasa es que llegué a un *lugar* inaceptable -dijo la señorita Phosphor-. Me quedé allí seis días, lo fotografié y conté cómo era.

-Eso es algo que jamás podríamos aceptar -dijo el editor.

El problema residía, en parte, en la explicación de lo que la señorita Phosphor McCabe entendía exactamente por elevación promedio de Stutzamutza (era bastante alta) y por eso de «los días en que aumentaba la elevación».

Y he aquí otra piedra de forma grotesca. A primera vista parecería imposible ubicarla en el hueco que le está destinado, pero los ojos se engañan: su silueta encajará a la perfección. Son las memorias de un viejo y experto meteorólogo, que recuerda un hecho observado durante su larga vida profesional:

»Ya desde pequeño me interesaba por las nubes. Creía que ciertas nubes conservaban su identidad y reaparecían una y otra vez, y que unas eran más sólidas que otras.

»Más tarde, cuando estudié meteorología y seguí cursos sobre clima en la Universidad, tuve un compañero de clase que sostenía una serie de opiniones aparentemente locas, centradas en la teoría de que ciertas nubes aparentes no son masas de vapor sino islas de piedra que flotan en el cielo; él sostenía que había unas treinta islas de este tipo, compuestas en su mayor parte por piedra caliza, menos algunas que eran de basalto, o de arenisca, incluso de pizarra. Decía que había por lo menos una hecha de esteatita o de talco.

»Este compañero afirmaba también que tales islas flotantes eran a veces muy grandes, y que había una de por lo menos cinco kilómetros de largo, que se las conducía inteligentemente para disimular mejor su presencia: las islas de caliza viajaban con masas de nubes blancas como el algodón, las de basalto con los oscuros frentes de tormenta, y así sucesivamente. Creía que dichas islas se apoyaban a veces sobre la superficie terrestre, y que cada una tenía su propio refugio en regiones poco frecuentadas; creía, además, que las islas flotantes estaban pobladas.

»Nosotros nos divertíamos bastante con el Loco Anthony Tummley, nuestro excéntrico compañero. Sus ideas, nos decíamos unos a otros, eran de lo más chifladas. Y, en realidad, el propio Anthony terminó internado. Fue un caso triste, pero del que difícilmente podía uno hablar sin echarse a reír.

»Pero más adelante, después de más de cincuenta años en la profesión, llegué a la conclusión de que Anthony Tummley tenía razón en todos los aspectos. Varios de nosotros, meteorólogos veteranos, compartimos ahora esta certeza, pero acabamos por desarrollar una especie de código para hablar del asunto, ya que no nos atrevemos a admitirlo abiertamente ni siquiera en la intimidad. La contraseña para aludir a este estudio es «Ballenas en el Cielo», y tenemos la intención de que el tema mantenga un tenor humorístico.

»Hay unas treinta islas de piedra de este tipo flotando continuamente sobre nuestro país (y es posible que haya más de cien de ellas en todo el mundo); se las puede detectar con el radar, se las avizora una y otra vez, con formas poco modificadas (algunas, de vez en cuando, parecen dejar caer pequeñas masas de piedra y depositarlas en alguna parte de la tierra), se las conoce, tienen nombres.

»Incluso hay quienes las visitan, por lo general personas de temperamento muy peculiar, dotadas siempre de una especial combinación de simplicidad, aceptación, inteligencia e inexplicable simpatía. Hay individuos y familias enteras en el campo que emplean los servicios de estas islas pobladas para trasladar mensajes y mercancías. En la zona rural y pantanosa de Louisiana en una oportunidad pudo notarse con asombro que la población ya no

recurría al servicio de los lanchones del Canal Intercostero para trasladar sus provisiones y productos al mercado.

»-¿Qué ventaja tienen los lanchones sobre las islas de piedra que siempre hemos usado? -pregunta esta gente-. No tienen un horario mucho más regular, no son más rápidos y no son capaces de ofrecer los mismos servicios a cambio de un quintal de arroz. Sin contar con que los pobladores de las islas de piedra son amigos nuestros, y algunos se han casado con nosotros, los cayuna.

»Hay otras regiones donde se obtiene con igual facilidad esta cooperación.

»Muchos pobladores de las islas de piedra son bien conocidos a lo largo de determinadas rutas, que las islas recorren casi con regularidad. Estas personas son todas de una belleza muy vigorosa y algo tosca; tienen buen carácter y son cordiales. Se dedican a traficar piedra, y venden asombrosas cantidades de material de construcción de óptima calidad a cambio de grano y otras provisiones igualmente simples.

»No hay explicación científica, en absoluto, de cómo pueden suceder estas cosas, de cómo las islas de piedra logran flotar en el cielo; pero que así ocurre es un secreto a voces compartido quizá por un millón de personas.

»En realidad soy demasiado rico en la actualidad como para que me metan en un manicomio (aunque hice mi fortuna con un comercio bastante extravagante, tal vez increíble para la mayor parte de las personas), y demasiado viejo como para que se rían abiertamente de mí: sólo despertaría la sonrisa que despiertan los excéntricos. Ya estoy retirado de mi profesión de meteorólogo, que me sirvió como fachada durante muchos años (aunque debo aclarar que siempre he sido y sigo siendo un enamorado de mi trabajo).

»Soy consciente de lo que sé y de lo que ignoro y hay más cosas en el radio de veinticinco kilómetros por encima de la tierra de las que sueña tu filosofía, Horacio.»

Memorias de cincuenta y dos años de meteorólogo,
de Hank Fairday (edición privada de 1970).

La señorita Phosphor McCabe elaboró un segundo artículo ilustrado, realmente asombroso, para la *Nueva Revista de Geografía,* con un título muy atractivo: «De acuerdo, explíquenme entonces cómo lo hice o La construcción de la Pagoda Rosa».

»La Pagoda Rosa está lista, salvo en lo que respecta a agregados que haré cuando se me ocurra y cuando mis amigos de las alturas anden por los alrededores. Es sin lugar a dudas la estructura más grande del mundo y también, en mi opinión, la más hermosa, pero no tiene una apariencia maciza: es liviana y etérea. ¡Vengan a verla en vivo, vengan todos! Y si no pueden venir en persona, véanla en las fotografías en color (láminas I a CXXIX). Con sólo abrir bien los ojos y los oídos, esta maravillosa estructura responde a cientos de preguntas.

»A veces se ha formulado la pregunta de cómo pudieron apilarse los bloques de piedra de cien toneladas y más de las antiguas estructuras megalíticas, de cómo pudieron encajar tan bien unos con otros para que ni siquiera pudiera insertarse la hoja de un cuchillo en las coyunturas. Es fácil. Por lo general no se apilan cien bloques de cien toneladas, a menos que se busque un efecto ornamental especial; lo que se hace es colocar un solo bloque de diez mil toneladas y simular las juntas. En la Pagoda Rosa yo hice colocar bloques de caliza rosada de trescientas mil toneladas de peso (véase lámina XXI).

»Hacen descender toda la isla hasta el sitio de la construcción, cortan el bloque que se necesita (y créanme que los pobladores de las islas son picapedreros de primera), luego retiran un poco la isla y dejan el bloque colocado en su lugar.

»Y si no, ¿de qué otro modo pudo hacerse? ¿Cómo si no conseguí ubicar en su lugar, a ciento diez metros de altura, el coronamiento principal, de ciento cincuenta mil toneladas? ¿Con rampas? ¡Vamos! ¿A quién se lo quieren hacer creer? Las columnas de piedra y las

torrecitas que hay alrededor y debajo de él son como un encaje tridimensional, y era necesario colocar ese coronamiento al final. No se lo hizo subir por medio de rampas, ni siquiera hay sitio para colocar rampas. La construcción íntegra se completó en una tarde de sábado, y aquí están las secuencias fotográficas que muestran los pasos sucesivos. Se usó una isla flotante y se separaron fragmentos de esa isla a medida que flotaba en el lugar. Les repito que no hay otra manera de que una muchacha de cincuenta y dos kilos pueda construir una Pagoda Rosa de treinta millones de toneladas en seis horas; tiene que disponer de una isla flotante, con un acantilado de caliza rosada en su extremo norte y tiene que estar en muy buenos términos con los pobladores de esa isla.

»Por favor, vengan a ver mi Pagoda Rosa. Toda la gente y todos los funcionarios apartan sus ojos de ella; dicen que es imposible que una cosa semejante esté allí y decretan entonces que no está allí. Pero está. Vengan a comprobarlo personalmente (o bien vean las láminas IV, IX, XXXIII, LXX, en especial). Y es hermosa (véanse láminas XIX, XXIV, V y LIV). Pero mejor vengan a ver cómo es al natural.»

La señorita Phosphor McCabe preparó ese artículo ilustrado, considerablemente sorprendente, para la *Nueva Revista de Geografía*, pero de la *Nueva Revista de Geografía* se negaron a publicarlo, argumentando que cosas semejantes eran imposibles. Y también se negaron a ir a ver la Pagoda Rosa, lo que es una lástima, ya que es la estructura más grande y hermosa de la tierra.

Ahí está todavía, en esa colina de doce hectáreas, sobre el borde norte de la ciudad. Y todavía no se ha colocado la última piedra. La más reciente, un pequeño agregado malintencionado, no será la última. La señorita Phosphor jura que no lo será.

Resulta que un enemigo no muy inspirado bajó volando, poco después de terminado el cuerpo principal de la pagoda, y puso la última piedra, muy pequeña (se la conoce como «semilla de la duda») en la cima del coronamiento principal. Era una piedrita escrita con caracteres irregulares y mal talante donde se leía:

No creo en brujas ni en endriagos
dice el rico y también el despojado.
El escéptico afirma con su mueca
que no admite que la Tierra sea hueca.
No hubo Atlántida, Lemuria ni una Mu.
No creo en leñadores legendarios,
ni en grotescos y chuecos marcianitos.
No en mitos tecnológicos ya muertos
ni en los encantos del viejo megalito.
No creeré en ballenas que alcen vuelo
ni en islas de caliza por el cielo.
Balada no Tradicional

Esta piedrita gruñona en forma de balada en la cúspide casi estropea el efecto de la Pagoda Rosa, a mi modo de ver. Pero dice la señorita Phosphor McCabe que la hará sacar tan pronto como sus amigos viajeros vuelvan a esta vecindad y ella pueda llegar a la cima.

Eso es todo lo que tenemos que decir sobre la colocación de piedras. ¿Hay alguien que tenga algo que añadir?

EXPOSICIONES DE TIEMPO

Wilson Tucker

El sargento Tabbot subió las escaleras hasta el departamento de la mujer, en el tercer piso. El pesado estuche de la cámara le golpeaba contra la pierna al subir y amenazaba chocar con su rodilla enferma. Pasó el estuche a la mano izquierda y resopló: esa mujer bien *podía* haber tenido la amabilidad de morirse en el primer piso.

Había un agente haraganeando en el descanso, custodiando como al descuido la escalera y el corredor del tercer piso.

Tabbot se mostró sorprendido.

-¿Cómo, no hay guardián? ¿Todavía están trabajando? ¿Cuál es el departamento?

-Parece que se olvidaron del guardián, sargento -dijo el agente-. También parece que fueron a buscarlo. Hay un gentío allí adentro; el forense no terminó todavía. Es el número 33.

Bajó la vista hasta clavarla en el voluminoso estuche.

-Está completamente desnuda.

-¿Quiere que le haga una buena foto?

-No, señor, ¿cómo voy a querer una foto de ella? Quiero decir, está desnuda, es cierto, pero ya no es linda.

-Las víctimas de los asesinatos no suelen tener muy buen color -dijo Tabbot.

Siguió por el corredor hasta el número 33 y encontró la puerta entreabierta; se ola una voz retumbante. Tabbot empujó la puerta y entró en el departamento de la mujer. Era chico, de no más de dos ambientes, probablemente.

Al primero que vio fue al encargado de tomar las huellas digitales, que trabajaba con un aerosol y una máquina de rayos ultravioletas portátil sobre una mesita ratona con cubierta de vidrio; la amarga expresión de su cara revelaba que había una manifiesta carencia de huellas. Había un teniente de la seccional parado en el otro extremo de la mesita, observando el barrido de la luz ultravioleta con un aire de serena paciencia; desvió la mirada hacia Tabbot, hacia el estuche de la cámara y volvió a posarla en la mesita. Un agente de civil esperaba detrás de la puerta sin hacer nada; dos hombres con un cesto de mimbre estaban sentados uno en cada brazo de una poltrona, contemplando por encima del respaldo algo que había en el piso; uno de ellos giró la cabeza para mirar fijamente al recién llegado y después volvió a concentrar la atención en el piso. Bastante alejado de la silla un hombre de calvicie pronunciada y abundante grasa debajo de la ropa se sacudía el polvo de las rodillas de los pantalones; acababa de ponerse de pie y el esfuerzo le había provocado una respiración seca y entrecortado que se le escapaba por la boca abierta.

Tabbot conocía al teniente y al forense.

El forense miró el pesado estuche negro que Tabbot acababa de dejar atrás de la puerta y preguntó:

-¿Fotografías?

-Sí, señor. Son exposiciones de tiempo.

-Me gustaría que me hiciese algunas copias, entonces; hace ocho o nueve años que no veo un tiroteo; son muy escasos últimamente.

Señaló con un grueso dedo índice lo que estaba tirado en el piso.

-La mataron a tiros. ¿Qué le parece? ¡Muerta a tiros en esta época! Me gustaría alguna copia: estoy ansioso por ver a un hombre con agallas para llevar un revólver.

-Sí, señor.

Tabbot dirigió la atención al teniente de la seccional.

-¿Puede darme alguna pista?

-El caso es bastante confuso todavía, sargento -respondió el oficial-. La víctima conocía al atacante: pienso que lo dejó entrar y después se alejó de él; él se quedó donde está parado usted. Tal vez haya habido una discusión pero no una pelea: no hay nada roto, nada fuera de lugar, ninguna huella digital. Esa perilla que está detrás de usted fue cuidadosamente limpiada. Ella estaba de pie detrás de esa silla cuando recibió el tiro y cayó allí. ¿Puede abarcarlo todo?

-Sí señor, creo que sí. Me voy a instalar en la entrada a ese otro ambiente. ¿Es una cocina?

-Cocina y ducha; este otro ambiente es una combinación de sala de estar y dormitorio.

-Voy a empezar por allí y después me voy a ir acercando. ¿No hay nada en la cocina?

-PIatos sucios, nada más. No hay manchas en el piso. Pero me gustaría que hiciera algunas tomas de todos modos. Los pisos están limpios en todas partes, salvo detrás de esa silla.

El sargento Tabbot miró la ventana que había en el otro extremo del cuarto y volvió a mirar al teniente.

-No hay salida de emergencia -dijo el oficial-. Pero de todos modos fotografíela. Fotografíe todo lo que vea. Haga su tarea de rutina.

Tabbot asintió con naturalidad y después notó que se le endurecían los músculos abdominales. Cruzó la habitación hasta llegar a la poltrona y contempló atentamente lo que había detrás del respaldo. Los hombres del cesto de mimbre dieron vuelta las cabezas al unísono para mirarlo, compartiendo entre los dos alguna broma macabra, probablemente a sus expensas. Se le revolvió el estómago a pesar de sus desesperados esfuerzos por controlarlo.

Era una rubia de cabellos ensortijados de alrededor de treinta años; su cara había sido bastante atractiva, pero no habría podido ganar un concurso de belleza; estaba lavada y sin maquillaje. No tenía ninguna joya en las muñecas, los dedos o el cuello y estaba totalmente desnuda. Le habían volado el pecho, Tabbot parpadeó su sorpresa y su desagrado, y desvió la vista hacia el estómago y las piernas, con la sola intención de apartar la atención de ese espectáculo horrible; por un momento pensó que iba a vomitar el desayuno. Los ojos se le cerraron mientras luchaba férreamente por controlarse y cuando los abrió se encontró con antiguas estrías abdominales, que indicaban un embarazo de largo tiempo atrás.

El sargento Tabbot se apartó rápidamente de la silla y se topó con el forense.

-Le dispararon por la espalda -dijo abruptamente.

-Sí, claro.

El gordo jadeante daba vueltas alrededor de él con fastidio.

-Hay un pequeño agujerito en la espina dorsal. Un pequeño orificio de entrada y uno enorme -¡vaya si es enorme!- de salida; el disparo destruyó la caja torácica al salir. Es natural que sea así si, como pienso, le dispararon con una pistola de calibre grueso.

Miró el pie desnudo que se asomaba por detrás de la silla.

-Es la primera muerte por disparo que veo en ocho o nueve años. ¿Se da cuenta? Hay alguien que lleva un revólver.

Hizo una pausa para jadear y después señaló con el mismo dedo gordo a los hombres del cesto.

-Levántenlo y váyanse, muchachos. Vamos a hacerle la autopsia.

Tabbot se dirigió a la cocina.

En la mesa de la cocina vio un plato sucio, una taza de café, una cuchara, un tenedor y migas de tostada; una azucarera sin tapa y un tarrito de crema instantánea para el café completaban el decorado. Buscó debajo de la mesa el cuchillo y la manteca que faltaban.

-No la busque -dijo el teniente-. Le gustaba la tostada limpia.

Tabbot se dio vuelta.

-¿Cuánto tiempo hace de este desayuno? ¿Cuánto tiempo hace que está muerta?

-Hay que esperar el informe del forense para eso, pero yo diría que unas tres o quizá cuatro horas. La cafetera estaba fría, el cuerpo estaba frío, las manchas de huevo estaban secas. Digamos algo más de tres horas.

-Eso me da un buen margen -dijo Tabbot-. Si hubiera sucedido ayer a la noche, simplemente agarraba la cámara y me volvía a casa.

Buscó con la mirada un movimiento que había captado con el rabillo del ojo y vio a los hombres del cesto de mimbre que cruzaban la puerta de entrada con su carga y salían al corredor. Volvió rápidamente la mirada a la mesa de la cocina.

-Huevos y una tostada limpia, café con crema y azúcar. No nos sirve de mucho.

El teniente sacudió la cabeza.

-No estoy preocupado por ella; me importa un carajo lo que comió. Que se ocupe el forense de su desayuno; él ya nos dirá cuánto hace que lo tomó y ya veremos. Me importan más sus placas; quiero ver la foto del asesino.

-Esperemos que haya habido luz de día y que haya sucedido esta mañana -dijo Tabbot-. ¿Está seguro de que no es el desayuno de ayer? No tiene sentido armar el aparato si sucedió ayer a la mañana o ayer a la noche. Mi límite de exposición cae entre las diez y las catorce horas... y usted sabe bien qué pobres son las fotografías de catorce horas atrás.

-Fue esta mañana -le aseguró el oficial-. Ayer a la mañana fue a trabajar, pero cuando no fichó esta mañana y no respondió al teléfono, alguien del negocio vino a preguntar qué pasaba.

-¿Y ese alguien tenía llave?

-No, y eso elimina al primer sospechoso. El portero lo dejó entrar. Entre paréntesis, ¿me podría sacar una foto de la puerta para corroborar su relato? Fue unos minutos después de las nueve; no recuerdan exactamente.

-Cómo no. ¿Qué tipo de negocio? ¿De qué se ocupaba?

-Una juguetería. Hacía muñecos de Navidad.

El sargento Tabbot pensó un rato y después dijo:

-Lo primero que le pasa a uno por la cabeza son las armas de juguete.

El teniente le respondió con una sonrisa tensa y malhumorada.

-Tuvimos la misma idea y enviamos hombres para que inspeccionaran el negocio; ya se sabe, negocios de mercado negro, juguetes o el mismo artículo pero de verdad. No tuvimos suerte; desde que se aprobó la ley Dean no volvieron a fabricar nada parecido a un revólver. Era un negocio honesto.

-Le tocó un caso difícil, teniente.

-Confío en sus fotografías, sargento.

Tabbot consideró que era una buena indirecta. Volvió al otro cuarto y descubrió que todos se habían ido salvo el silencioso agente de civil. El detective estaba sentado en el sofá detrás de la mesita ratona y lo observaba mientras abría el estuche. Colocó un trípode a un metro y medio de la puerta aproximadamente. La cámara en sí era un instrumento pesado, difícil de manejar, y para colocarla en el trípode hubo de emplear una buena dosis de gruñidos y un insulto entre dientes por un dedo machucado. Cuando quedó sólidamente afirmada sobre el trípode, Tabbot tomó un rollo de película del estuche suplementario y lo colocó en la parte posterior de la cámara. Lo último que acomodó fueron una lente y el cronómetro; Tabbot se aseguró de que la lente estuviera limpia.

Enfocó la puerta de entrada y buscó en el bolsillo la regla de cálculos. Controló el tiempo actual y después retrocedió para obtener cuatro exposiciones: a las nueve, a las nueve y cinco, a las nueve y diez y a las nueve y cuarto, que probablemente cubrían la llegada del portero y del empleado de la juguetería; amartilló y disparó el cronómetro y después controló que la película de nylon estuviese corriendo adecuadamente después de cada exposición. Anotaba

los detalles de cada toma en una libreta para facilitar luego una identificación más segura de las placas.

El agente de civil quebró su silencio sepulcral.

-Es la primera vez que veo funcionar uno de estos aparatos.

-Estoy tomando fotografías desde las nueve hasta las nueve y cuarto de esta mañana -respondió con calma Tabbot-. Si tengo suerte, voy a fotografiar al portero abriendo la puerta; si no tengo suerte, sólo obtendré un movimiento borroso... o absolutamente nada, y entonces tendré que empezar de nuevo y hacer una exposición por cada minuto posterior a las nueve hasta que lo encuentre. Una imagen borrosa de la puerta que se abre me indicará que estoy cerca de lo que busco.

-¿Buenas fotografías?

Parecía escéptico.

-¿A las nueve? Claro que sí; a las nueve ya había luz suficiente en esa ventana y no pasó demasiado tiempo. Las condiciones son satisfactorias. El asunto se pone bravo cuando intento obtener exposiciones nocturnas con una o dos lámparas encendidas solamente; en este caso simplemente hay luz suficiente. ¡Cómo me gustaría que todo sucediese siempre al aire libre, en un día soleado... y no más de una hora antes de mi llegada!

El detective gruñó e inspeccionó la cámara, que hacía tic tac.

-Llevé algunas de sus fotografías a la corte una vez; fue el caso del robo del banco el año pasado. Las fotografías eran malas, el juez las descartó y el caso no pudo resolverse.

-Lo recuerdo -dijo Tabbot-. Y pido disculpas por la mala calidad del trabajo. Esas placas se tomaron sobre el límite de tiempo: catorce horas, tal vez algo más. La cámara y la película son prácticamente inútiles más allá de las diez o las doce horas; simplemente había pasado demasiado tiempo. Uso la mejor película que hay en plaza, pero no puede registrar una imagen como la gente de un pasado que supere las doce horas. Las placas del banco que usted llevó no eran más que sombras veteadas: eso es todo lo que puedo obtener para un pasado comprendido entre las doce y las catorce horas atrás.

-¿Y nada pasadas las catorce horas?

-Nada en absoluto. Lo he intentado, pero nada.

La cámara dejó de hacer tic tac y se detuvo sola. Tabbot la hizo girar sobre el trípode y apuntó en dirección al sofá. El detective se levantó de un salto.

El sargento protestó.

-No se levante; usted no estorba, La lente no lo ve ahora.

Hizo un gesto de despedida al teniente desde la puerta y salió del departamento dando un portazo.

-Todavía está amargado por esas fotografías del banco -dijo el oficial.

Tabbot hizo un gesto de asentimiento e introdujo una sola modificación en el mecanismo de tiempo. Disparó el obturador para una exposición y luego le sonrió al teniente.

-Le enviaré una fotografía de él mismo sentado allí hace tres minutos. Quizás eso le levante el ánimo.

-O lo ponga tan furioso que lo haga echar.

El sargento inició una nueva serie de cuentas con la regla de cálculos y se dedicó a las fotografías de rutina de la habitación desde las seis hasta las nueve de la mañana. Enfocó con la cámara la mesita ratona, la entrada a la cocina, la poltrona, la ventana que estaba detrás de la poltrona, otra sillita y una biblioteca que había en la habitación, el piso, un jarrón con flores artificiales que estaba apoyado sobre un estantecito encima del radiador, una lámpara de pie, otra que colgaba del techo y, por último, tomó fotografías de la habitación desde distintos ángulos, caminando en círculo y regresando luego a la puerta de entrada. Tabbot volvió a controlar sus cuentas y después dedicó una atención especial a la puerta y al sector contiguo, donde *él* había estado parado al entrar.

La cámara hurgó y espió y escudriñó en el pasado reciente, en la última mañana de vida de la rubia desnuda, registrando en la película de nylon imágenes que ya hacía tres o cuatro horas que habían desaparecido. En el curso del relevamiento circular -al pasar entre la biblioteca y el jarrón con flores artificiales- una señal luminosa indicó que se había acabado el rollo de película, y la cámara interrumpió su tarea hasta que Tabbot colocó un nuevo rollo. El sargento hizo un pequeño ajuste en cronómetro para compensar el tiempo perdido, numeró el rollo terminado y el nuevo y continuó con sus pormenorizadas anotaciones para cada ángulo y cada serie de exposiciones. La cámara ignoraba el presente e indagaba en el pasado.

-¿Cuánto falta? -preguntó el teniente.

-Una hora más para los preliminares; puedo terminar con la cocina en una hora más, y digamos unas dos o tres horas para las segundas tomas, después de fijar áreas restringidas.

-Se me está amontonando el trabajo.

El oficial se rascó la nuca y después se agachó para espiar por la lente.

-Me podrá encontrar en la seccional, probablemente. Haga copias adicionales de las placas claves.

-Sí, señor.

El teniente abandonó su inspección de la lente y echó una última ojeada general a la habitación. A diferencia del detective, no cerró dando un portazo.

La rutina del relevamiento fotográfico siguió adelante.

Tabbot movió la cámara hacia atrás y se ubicó en la entrada a la cocina para cubrir un ángulo más amplio de la habitación; enfocó el sofá, la poltrona y nuevamente la puerta. Quería recuperar esos pocos momentos esenciales, cuando se había abierto la puerta y había entrado el asesino para disparar el arma prohibida. Cambió por un gran angular y fotografió todo el cuarto en una serie de tomas cada diez minutos sobre un período total de tres horas; el escenario quedó documentado en forma exhaustiva.

Cambió de rollo para empezar con la cocina.

Una idea descabellada detuvo su mano, lo Interrumpió en el acto de girar la cámara. Retrocedió sobre sus pasos hasta la poltrona, dio la vuelta, se ubicó detrás de ella, evitando pisar la sangre derramada, y se encontró en línea recta entre la puerta y la ventana. Tabbot miró por la ventana imaginando un revolver a sus espaldas y giró lentamente sobre sí mismo para dirigir la mirada hacia la puerta: la temprana luz del sol que entraba por la ventana debió de haber iluminado la cara del hombre. La cámara, colocada en ese lugar, debería fotografiar la cara del atacante y registrar también la detonación del revólver.

Tabbot arrastró el trípode y la cámara a través de la habitación y los ubicó en esa posición, detrás de la poltrona y apuntando hacia la puerta. Volvió a cambiar la lente. Hizo nuevos cálculos.

Si tenía suerte en esta serie, el asesino dispararía hacia la cámara.

El relevamiento fotográfico de la cocina fue prácticamente una repetición del de la otra habitación y llevó un poco menos de tiempo.

Tabbot fotografió la mesa, dos sillas, los platos sucios, los restos de tostada, la cocinita, la vieja heladera, las alacenas empotradas sobre la pileta y sobre la mesada, la pileta misma, un bañito muy estrecho, disimulado como cuarto de limpieza detrás de una puertita angosta, y la puerta plegadiza de la ducha, que estaba manchada; la flor todavía goteaba.

Abrió la puerta de la heladera y encontró media botella de vino tinto junto con las demás provisiones. Hizo dos tomas, a una hora de distancia una de la otra. Indagó en el estrecho territorio del baño unas pocas tomas al azar con la esperanza de que la rubia no estuviese sentada allí. El cuarto de la ducha estaba revestido con símil azulejos blancos, que sufrían ahora el efecto de las manchas de óxido debajo de una flor que goteaba: dos exposiciones a modo de prueba porque el compartimiento incluía también un mini lavabo, un espejo y un

tomacorriente a prueba de humedad; notó con un aire de aprobación algo distraído que el toma carecía de instalación para enchufar la máquina de afeitar.

Tabbot volvió a colocar el gran angular para la toma general; no había ventana en la cocina y notó que tampoco había salida de emergencia, una lamentable violación de las reglamentaciones contra incendio.

Con eso se completaron las tomas preliminares.

Tabbot buscó su documento de identidad en el bolsillo, reunió los rollos de película usados y salió del departamento. No había ningún guardián que le impidiera atravesar la puerta: le clavó la mirada al agente, que seguía haraganeando en el corredor, como mostrándose sorprendido.

El agente leyó su expresión.

-Enseguida viene, sargento, enseguida viene. Supongo que para estas horas el teniente ya habrá conseguido alguno, así que quédese tranquilo que ya viene.

Tabbot guardó el documento de identidad en el bolsillo.

-¿Es cierto que le dispararon, como dicen? ¿Que le dispararon por la espalda y le atravesaron el estómago de lado a lado?

Tabbot asintió con incomodidad.

-De lado a lado, sí, pero no el estómago sino la caja torácica. Alguien le disparó un revólver de mucho calibre. ¿Quiere una copia? Podría pegarla en su armario.

-¡Cruz diablo! ¡No!

El hombre echó una ojeada al corredor y volvió a mirar al sargento.

-Oí que el forense decía que era obra de un profesional; sólo los profesionales son lo suficientemente locos como para seguir llevando armas, considerando a lo que se arriesgan.

-Eso creo; hace años que no sé de un amateur que lleve revólver. La sentencia de prisión no redimible que se prevé para la portación de armas les pone los pelos de punta.

Tabbot cambió los rollos de mano para mantenerlos apartados de la rodilla lastimada al bajar la escalera.

La calle brillaba bajo la luz del sol (el tipo de escenarios luminosos en que el sargento Tabbot deseaba que se desarrollase todo para obtener los mejores resultados; con un sol brillante podía reproducir imágenes bastante superiores a las sombras veteadas, incluso sobre el límite máximo de las catorce horas)

Su camión era el único vehículo policial estacionado junto al cordón.

Tabbot subió al furgón y cerró la puerta. Puso en funcionamiento la reveladora y la secadora en medio de una oscuridad total y empezó a volcar en el tanque la película del primer rollo. Cuando la cola de esa primera película se zafó del rollo y desapareció, colocó en la ranura la guía de la segunda. Luego le tocó el turno a la tercera. El sargento se sentó en un banco y esperó en la oscuridad a que las máquinas terminaran sus ciclos y le entregaran los negativos de nylon. Después de un rato se estiró para poner en marcha la ampliadora y se dedicó a esperar sentado.

No podía borrar la imagen de la mujer con el pecho reventado; era más vívida en la oscuridad del camión que bajo la brillante luz del día. Esta vez no se le revolvió el estómago y supuso que se estaba acostumbrando al recuerdo o que la imagen ya se había instalado definitivamente en el pasado. Algunas de las fotografías que estaban a punto de completarse bien podían resucitar esa imagen de pesadilla.

El forense creía que algún encapuchado había asesinado a la mujer que hacía muñecos de Navidad, algún asesino profesional que hacía tan poco caso de la ley sobre portación de armas como de cualquier otra ley. Tal vez sí, tal vez no. Había militares y marinos que seguían haciendo entrar armas de contrabando al país cuando volvían de sus puestos de ultramar; Tabbot había oído hablar a menudo de eso y había visto algunos de esos tipos temerarios en la cárcel. Por alguna razón que no llegaba a comprender los ex marines que habían hecho el

servicio en China eran los que violaban la ley del modo más flagrante: superaban a los contrabandistas de los demás servicios en una proporción de tres (o cuatro) a uno y las duras sanciones que fijaba la ley Dean no los acobardaba en lo más mínimo. El Congreso, con toda sabiduría había proclamado que sólo los oficiales de paz y el personal militar en servicio activo tenían el privilegio de portar armas de fuego; cualquier otra arma debía ser entregada y destruida por ley.

Tabbot no tenía revólver ni oportunidad para usarlo. El agente del tercer piso llevaba un arma, y también el teniente, y el policía de civil, pero no creía que el forense tuviese uno, ni tampoco los hombres del cesto, La ley Dean establecía rígidas penas de prisión no redimible para los ciudadanos que estuviesen en posesión de armas, pero los Marines continuaban llevándolas y de vez en cuando algún civil caía bajo los disparos de un revólver. Como la mujer que hacía muñecos de Navidad.

Un suave zumbido indicó el final de la tarea de revelado. Tabbot sacó las tres cintas de negativo de nylon de la rueda dentada de la secadora y las introdujo en la ampliadora. El tiempo de espera resultó sensiblemente menor. Tres largas tiras de fotografías impresas rodaron fuera de la ampliadora y cayeron en sus manos. Tabbot no perdió el tiempo en cortarlas una por una.

Echándose dos de las tiras al hombro y con la tercera en la mano se dirigió a la puerta del camión y la abrió, El brillo del sol lo hizo parpadear y los ojos le lagrimearon.

-¡Oh, no! ¿Qué mierda habrá pasado? -gritó casi.

Las copias eran oscuras, mucho más oscuras de lo que les correspondía. Sabía sin necesidad de recurrir a las cifras anotadas en su libreta que las exposiciones habían tenido lugar después de la salida del sol, y sin embargo las copias eran oscuras, Tabbot fijó la vista en el frente del edificio tratando de identificar la ventana en cuestión y después volvió a mirar, desconcertado, las tiras de película.

La habitación que servía de sala y de dormitorio estaba a oscuras. Mirando más de cerca, parpadeando contra la fuerte luz, distinguió cuatro series temporales de exposiciones de la puerta de entrada; la tercera mostraba las siluetas oscuras del portero y de otro hombre con la boca abierta: nueve y diez de la mañana. La quinta fotografía era una brillante imagen del policía de civil sentado en el sofá y conversando con Tabbot. La sexta y las siguientes: imágenes oscuras del sofá convertido en cama (faltaba la mesita ratona), la entrada a la cocina apenas discernible, la poltrona (y ahí cerca la mesita), la ventana... Miró con desaliento la ventana: ¡las malditas cortinas estaban corridas e impedían el paso de la luz matinal!

Tabbot controló precipitadamente la segunda tira, que colgaba sobre su hombro: igualmente oscura. Tanto la lámpara de pie como la del techo estaban apagadas; las cortinas habían estado corridas toda la noche y el cuarto estaba sumido en un profunda oscuridad. Apenas se reconocía el radiador, el jarrón con flores, la biblioteca, la sillita y numerosas exposiciones de la puerta cerrada; las fotografías del piso eran prácticamente negras. Luego la cámara cambiaba de posición, moviéndose hacia la entrada de la cocina y fotografiaba el dormitorio con un gran angular: negra frustración.

La cama se había convertido nuevamente en un vulgar sofá, la mesita había retrocedido a su posición correcta, las demás piezas del mobiliario no habían sido modificadas, las cortinas cubrían la única ventana, las luces seguían apagadas. Miró de reojo las tomas finales y contuvo el aliento: una figura -una figura oscura y borrosa- estaba de pie junto a la esquina más alejada de la mesita mirando hacia la puerta cerrada.

Tabbot se apoderó ansiosamente de la tercera tira.

Los cuatro primeros cuadros no mostraban más que la imagen de una puerta cerrada; el quinto explotaba en el halo brillante de un fogonazo: el revólver había disparado en dirección a la lente.

El sargento Tabbot se precipitó fuera del coche, cerrándolo de un portazo al salir, y trepó por la escalera hasta el tercer piso. La rodilla lastimada reclamaba un paso más reposado. El joven agente había abandonado su puesto.

Había un guardián bloqueando la entrada al departamento.

Tabbot se le aproximó con toda cautela mientras registraba los bolsillos en busca del documento de identidad; a una distancia de sólo sesenta centímetros sintió las primeras y desagradables puntadas en la ingle: si intentaba deslizarse hacia el departamento sorteando la máquina, el maldito artefacto haría todo lo posible por sacarle las tripas. Los testículos eran la zona más vulnerable. Un guardián le recordaba siempre a una manguera de incendios de la segunda generación, pero ni aún si lo torturaran en una seccional iba a poder describirle a nadie en forma convincente cómo era exactamente una manguera de incendios de la segunda generación; el torturador insistiría en que sólo se trataba de un símbolo fálico.

El guardián estaba hecho de acero inoxidable y plástico incoloro; llegaba a la altura de la cintura y tenía una ranura y una linterna fosforescente en la cabeza, que terminaba en punta. Generaba una emisión fulgurante y controlada, una radiación de alta frecuencia capaz de destruir el tejido animal. Esas máquinas resultaban asombrosamente útiles para mantener *adentro* a los prisioneros y *afuera* a los ciudadanos demasiado curiosos. Tabbot insertó su tarjeta de identificación en la ranura y esperó que la fosforescencia de la linterna disminuyera gradualmente.

Había un teléfono en el suelo, junto al extremo más alejado del sofá, medio escondido entre una pila de libros polvorientos; al parecer la mujer leía novelas de cowboys. Tabbot discó el número de la seccional y esperó a que el operador ubicara al oficial.

-Habla Tabbot. ¿Quién abrió las cortinas? -preguntó abruptamente.

-¿Qué carajo me está...? ¿Qué cortinas?

-Las cortinas que cubren la única ventana que hay en la habitación. ¿Quién las corrió esta mañana? ¿Cuándo?

Hubo un silencio intencionado.

-Sargento, ¿no sirven las fotografías?

-Casi no sirven, señor. Obtuve una excelente foto del detective sentado en el sofá después de que hubiesen apartado las cortinas.

Vaciló un instante mientras consultaba la libreta de anotaciones.

-El disparo se produjo esta mañana a las seis cuarenta y cinco; el portero abrió la puerta a las nueve y diez. Y la placa del agente de civil me salió estupenda.

-¿Eso es *todo*?

-Todo lo que puede servir. Tengo una foto sucia y oscura de alguien mirando hacia la puerta, pero no puedo decirle si ese alguien es hombre o mujer, si es verde o colorado.

-¡Mierda! -exclamó el teniente.

-Lo mismo digo, señor.

-Fue el forense quien apartó las cortinas; quería más luz para mirar el cadáver.

-Ojalá la hubiera apartado ayer por la noche antes de que ella se hubiera convertido en cadáver -dijo, pensativo.

-¿Está seguro de que no sirven?

-Mire, señor, si las presentara a la Corte y tuviese que vérselas con el juez del que hablábamos hoy, lo expulsaría del tribunal.

-¡Carajo! ¿Y qué va a hacer usted ahora?

-Volveré a concentrarme en las seis cuarenta y cinco y trabajar sobre el disparo. También podría seguir a ese alguien borroso mientras se dirige hacia la puerta... supongo que era la mujer que iba a abrir para hacer entrar al asesino. Pero no se haga ilusiones, teniente. Es un caso perdido.

Otro silencio y después.

-Está bien. Haga lo que pueda. Linda noticia la que me dio, sargento.

-Sí, señor.

Dio por terminada la comunicación.

Tabbot arrastró la voluminosa cámara hasta ubicarla junto a uno de los extremos de la mesita y enfocó hacia la puerta; pensaba que el encuadre abarcaría a la mujer caminando hacia la puerta, abriéndola, alejándose de ella y al atacante entrando, todo en la más lóbrega oscuridad. Introdujo un nuevo rollo en la cámara e inspeccionó la lente por si hubiese alguna basurita. Después empezó a calcular el tiempo. La cámara comenzó su tarea con las exposiciones que comprendían el momento crítico del disparo.

Tabbot fue hacia la ventana para concluir su examen de la tercera tira de fotografías, las que correspondían a la cocina. La gran mayoría de los cuadros estaban tan oscuros como los del dormitorio, pero se iluminaban de pronto después del momento en que había cambiado por el gran angular, al iniciar la serie de enfoques generales: alguien había encendido la luz del techo.

Tabbot pudo ver a una mujer desnuda sentada a la mesa: tenía las dos manos plegadas sobre el estómago, como si apretara un rollo de carne. Detrás de ella se veía la estrecha puerta del baño, que estaba entreabierta. La mesa estaba vacía. Tabbot frunció el ceño al ver a la mujer, su postura, y después buscó entre sus notas el tiempo de exposición retroactiva: las seis y cinco. La mujer que fabricaba muñecos de Navidad estaba sentada junto a una mesa vacía a las seis y cinco de la mañana, mirando hacia su izquierda y agarrándose el estómago con las manos. Tabbot se preguntó si tendría hambre y estaría esperando que alguna sirvienta imaginaria le preparara y sirviera el desayuno: huevos, café, una tostada limpia.

Buscó la foto de la cocinita: había una llamita de gas debajo de la cafetera; ni rastros de huevos fritos... bueno, tal vez los freía sólo tres minutos, y como las fotos se habían tomado con intervalos de cinco y diez minutos...

Miró otra vez a la mujer y se disculpó por el pésimo chiste: cuarenta minutos más tarde iba a estar muerta.

Otro dato interesante en la tercera tira era un delgado haz de luz debajo de la cortina de la ducha. Tabbot retrocedió y recorrió la tira en busca de las dos exposiciones que enfocaban la ducha, pero las encontró oscuras y el compartimiento estaba vacío: se había equivocado en la hora.

La cámara se detuvo sola a sus espaldas, reclamando su atención.

Tabbot arrastró el aparato a través del salón hasta ubicarlo en una posición de privilegio junto al brazo del sillón y volvió a enfocar la puerta. Ajustó el cronómetro para obtener una segunda versión de las escenas recién registradas, pero no esperaba encontrar más que una sombra entrando, disparando y yéndose; una figura oscura en un cuarto en sombras.

Empezó una nueva serie sobre la base de esa fotografía del fogonazo.

Volvió a concentrar su atención en la mujer sentada a la mesa: estaba con las manos crispadas sobre el estómago, mirando hacia su izquierda ¿mirando qué?

En un arrebato, Tabbot fue a la cocina y se sentó en la silla que había ocupado ella; la misma posición, el mismo ángulo. Se apretó el estómago con las manos y miró hacia su izquierda, reproduciendo la misma dirección de la vista: lo que veía era el cuarto de la ducha.

Una de las fotografías le había dado un haz de luz debajo de la cortina... no, de la puerta plegadiza manchada y la línea de separación tenía gotas de agua.

-¡Ahora sí! -dijo en voz alta.

Extendió las tiras sobre la mesa para tener las manos libres y luego examinó las anotaciones de su libreta, una por una. Cada una de las placas había indagado en el pasado a las seis y cinco de la mañana: alguien había tomado un baño mientras la mujer estaba sentada junto a la mesa.

Volvió a mirar las últimas fotografías de la segunda tira (la que correspondía al segundo rollo): una figura -oscura y de contornos imprecisos- estaba mirando hacia la puerta cerrada; eran las seis y cuarenta, cinco minutos antes del disparo.

¿Era posible que la mujer se hubiera quedado allí, simplemente, esperando durante cinco minutos que golpearan a la puerta? ¿O la había abierto sólo un instante después de la exposición, habla dejado entrar al hombre, había discutido con él y cinco minutos más tarde había muerto junto a la silla? Cinco minutos era tiempo suficiente para una disputa, un acalorado intercambio de palabras, una amenaza y un disparo.

Tabbot se agarró con las manos del borde de la mesa.

-¿Qué había pasado con el hombre de la ducha? ¿Se había quedado allí, en remojo, durante cuarenta minutos, mientras asesinaban a la mujer? ¿O había salido, se había secado, había engullido su desayuno y dejado el departamento unos minutos antes de la llegada del atacante?

Tabbot se respondió: no, no, no y tal vez.

Saltó con tal violencia de la silla que la hizo caer. El teléfono seguía detrás de la pila de novelas de cowboys.

El que respondiera a su llamada bien podía ser uno de los hombres del cesto de mimbre.

-Morgue del distrito.

-Habla el sargento Tabbot, del Departamento de Fotografía. Tengo unas placas preliminares de la mujer del departamento: estuvo sentada a la mesa de desayuno entre las seis y las seis y cuarto. ¿Coincide eso con la autopsia?

-Dio en el clavo, sargento -dijo con júbilo la voz-. La tostada todavía estaba allí, ¿me entiende?

-Sí, le entiendo -respondió con voz poco firme-. Les enviaré las fotografías.

-Ey, espere, espere; hay algo más. Estaba embarazada desde hacía poco, dos meses quizá.

Tabbot tragó saliva. Una imagen involuntaria trataba de formarse en su mente: la mesa de autopsia, una o dos cuchilladas, el inventario de los contenidos del estómago. Rechazó la idea y dejó el teléfono en el suelo.

-Pensé que había sido el hombre de la ducha el que se había tomado el desayuno. Pero no fue él, no fue él -dijo desesperadamente en voz alta.

El teléfono, mudo, no le respondió.

La cámara dejó de indagar en el pasado.

Tabbot arrastró el aparato a la cocina y buscó una nueva posición detrás de la silla de la mujer para abarcar la mesa, la cocinita y el cuarto de la ducha. Programó el cronómetro para exposiciones con diferencia de dos minutos entre una y otra; calculó la primera a las seis. Comenzó la prueba. Tabbot, pasó junto a la ventana y salió de la cocina para examinar una vez más las descorazonadoras fotos preliminares.

La puerta de entrada, el portero y otro hombre en el umbral, la resplandeciente belleza de la foto con el detective sentado en el sofá, las fotos en sombras del sofá abierto para servir de cama... Tabbot se detuvo e investigó más de cerca: ¿había una o *dos* figuras tendidas en la cama? La siguiente: la entrada a la cocina, la poltrona, la mesa ratona cambiada de lugar, la ventana con las cortinas corridas.

Siempre lo mismo, una y otra vez. Oscuridad. Pero, ¿había una o dos personas en la cama?

Y luego de esa fotografía: alguien borroso y de contornos imprecisos mirando hacia la puerta cerrada. ¿Estaba caminando en ese momento hacia la puerta y se lo había sorprendido a mitad de camino? ¿Era el hombre de la ducha?

Tabbot dejó caer las fotografías y corrió hacia la cocina.

La cámara no había terminado aún con la serie programada pero Tabbot la sacó violentamente de su posición y la arrastró por la cocina; el trípode dejó marcas en el suelo.

Hizo a un lado la mesa, detuvo el cronómetro y abrió de un tirón la puerta plegadiza para introducir la lente en el compartimiento de la ducha. Enfocó el pequeño lavabo y el espejo que colgaba sobre él, esperando obtener luz suficiente reflejada por los azulejos blancos. Introdujo un nuevo rollo y trabajó febrilmente con la regla de cálculos, consultó una y otra vez las anotaciones para estar seguro de la hora. Colocó el cronómetro y puso en marcha la cámara. Retrocedió y esperó.

El teniente se había equivocado.

La mujer que fabricaba muñecos de Navidad no había ido hacia la puerta ni había dejado entrar a un hombre alrededor de las seis y cuarenta de la mañana; no había ido en ningún momento hacia la puerta. Había muerto detrás de la silla mientras se dirigía hacia la ventana para apartar las cortinas. Su atacante había pasado allí la noche, había dormido con ella en el sofá-cama hasta poco antes de las seis; después se habían levantado y uno de ellos había usado el baño mientras el otro plegaba la cama. Él había entrado a la ducha mientras ella se sentaba a la mesa. En ese intervalo ella se había apretado el vientre y después había desayunado. Se había originado una discusión -o tal vez retomado la de la noche anterior- y luego el hombre había aparecido en la cocina, entonces oscurecida, se había vestido y había intentado irse sin desayunar.

La discusión había continuado en la sala; la mujer había ido hacia la ventana para dejar entrar la luz del sol matinal mientras el pistolero profesional vacilaba entre la mesita y la puerta. Se volvió a medias, disparó y huyó.

-Hay un pequeño agujero en la espina dorsal...

Tabbot pensó que el teniente estaba muy equivocado; en menos de una hora tendría las placas para probar que estaba equivocado.

Para ahorrar algunos minutos, llevó el rollo terminado al camión que estaba abajo e introdujo la película en el tanque de revelado. Era molesto tener que preocuparse por el guardián cada vez que entraba y salía y Tabbot violó el reglamento, dejándolo inerte.

En el momento en que salía del camión pasó un patrullero de la policía, pero no obtuvo más que un distraído movimiento de cabeza por parte del acompañante del conductor. La rodilla de Tabbot empezó a hacerse sentir cuando subió la escalera hacia el tercer piso en la que parecía ser la centésima vez en el día.

La cámara había completado las tomas del lugar y se había detenido.

Tabbot se preparó para partir.

Llevó su equipo afuera, al corredor e hizo tres exposiciones de la puerta del departamento. El proceso de guardar todo otra vez en el voluminoso estuche le llevó más tiempo del que le había llevado sacarlo; el trípode se rehusaba obstinadamente a plegarse en la forma debida para entrar en la funda. Y la ley sobre privacidad de los ciudadanos se rehusaba obstinadamente a permitirle fotografiar el corredor: allí no se había cometido ningún crimen.

Echó una última ojeada al departamento vacío: podía ver hasta la cocina y su imaginación podía representarse a la mujer sentada a la mesa, apretándose el estómago. Cuando estiró el cuello para mirar a ambos lados de la puerta, pudo ver la ventana iluminada por un sol brillante. Tabbot decidió dejar las cortinas apartadas; quería que, en caso de que ese mismo día o al siguiente asesinaran a alguien en ese lugar las cortinas estuviesen abiertas.

Cerró la puerta del departamento y puso su tarjeta de identificación en la ranura del guardián para reactivarlo. No hubo ningún movimiento del mecanismo en respuesta, ningún zumbido teatral del pulsador de alta frecuencia, pero sus tripas comenzaron a revolverse cuando se encendió la linterna roja. Bajó por la escalera con sumo cuidado porque la rodilla no le permitía un paso más rápido. El estuche de la cámara golpeaba contra la otra pierna.

Tabbot sacó el tambor de la película del tanque de revelado y lo introdujo en la ampliadora. Cerró la puerta trasera del camión, dio la vuelta hacia la puerta del conductor y buscó la llave de encendido en el bolsillo del pantalón. No estaba allí. La había dejado en el

contacto, otra violación de la ley. Entró y puso el motor en marcha, bastante agradecido de que los hombres del patrullero no hubieran visto la llave (le habrían podido dar una citación y lo habrían hallado tan culpable como a cualquier otro ciudadano).

El camión laboratorio entró en circulación.

La ampliación de los dos rollos de película de nylon se completó en la playa de estacionamiento cercana a la seccional. Estacionó en uno de los lugares reservados para visitantes; como no sabía quién podía estar observándolo desde la ventana, Tabbot sacó la llave del contacto y la guardó en el bolsillo antes de encaminarse a la parte posterior del camión para terminar el trabajo de la mañana.

Los resultados concretos del primer rollo eran insultantes, desde el punto de vista profesional: fotografías oscuras y descorazonadoras que habría preferido no tener que mostrar a nadie. Había solo dos buenas del fogonazo del revólver y otras dos de algo borroso y de contornos imprecisos encaminándose hacia la puerta. Prácticamente la única satisfacción que podía encontrar Tabbot en estas dos últimas era el colorido, tan oscuro, un hombre vestido con ropas oscuras, moviéndose a través de un cuarto en sombras. La mujer desnuda habría dado una pálida figura blanquecina.

Tabbot examinó las fotografías del segundo rollo con ojo de profesional. Los azulejos blancos del cuarto de la ducha habían reflejado la luz en forma satisfactoria. Consideró que era uno de los mejores trabajos de su vida. Observó al visitante nocturno de la mujer duchándose, afeitándose, lavándose los dientes y peinándose. En algún momento, tal vez en medio de aquella discusión acalorada se había hecho un tajito en el cuello, justo encima de la nuez de Adán, un hecho que no había contribuido precisamente a mejorar su humor.

Una exposición captada fuera de la puerta del departamento -la última fotografía- era al mismo tiempo gratificante y frustrante: mostraba a ese alguien borroso mientras abandonaba el lugar, pero iba agachado y con la cabeza inclinada, mirándose los pies. Tabbot supuso que el hombre era demasiado tímido como para que lo fotografiaran saliendo de la habitación de una mujer; se mostraría indignado cuando supiera que una cámara lo había estado observando frente al espejito del lavabo, indignado y casi furioso por esta última forma de invasión de la vida privada.

Tabbot llevó las fotografías a la seccional. Había otro sargento en servicio detrás del escritorio, un hombre que lo reconoció por el uniforme, si no por su cara o por su nombre.

-¿A quién busca?

-Al teniente... ¿cómo se llama? -dijo Tabbot.

El hombre del escritorio señaló con el pulgar hacía atrás.

-En la división de la patrulla.

Tabbot dio la vuelta al escritorio y se dirigió a esa división, que estaba al final del edificio. Era una sala grande, con varios escritorios, y cuatro o cinco hombres trabajando o haraganeando detrás de ellos. La mayoría parecía estar haraganeando. Todos sin excepción levantaron la vista al llegar el fotógrafo.

-¿Ya está aquí, sargento? ¿Terminó con su trabajo?

-Sí, señor.

Tabbot se dio vuelta y se dirigió al escritorio del teniente. Extendió delante de él la primera tira de fotografías oscuras.

-Bueno, no parece estar muy contento con esto.

-No, señor.

Colocó la segunda tira junto a la primera.

-Están todas oscuras menos las últimas. Había más luz en el compartimiento de la ducha. El que está en la ducha es usted, teniente. El efecto de contraluz me dio las únicas fotos decentes de toda la serie.

NAVE MENTAL

Gerard F. Conway

Hacía tres semanas que habíamos salido de Centauro cuando saltó nuestro Fusible.

Era un hombre delgado, casi escuálido; las arrugas y las huellas de la edad le surcaban la piel, tan fina como un papel, pero era un hombre joven, como podía verse por la forma en que se movía, con soltura, deslizándose con ese impulso irrefrenable de los que son todavía nuevos en el espacio, ese tipo de voltereta desequilibrada que lo hace a uno tragarse las paredes, golpearse la cabeza contra las compuertas bajas y quedar lleno de moretones y tajos después del primer viaje. Se agitaba como una mosca en el agua, girando en todas direcciones, batiendo sus alas transparentes. De vez en cuando sonreía y, cuando la sonrisa llegaba, se quedaba un solo instante en los labios, tímida, como esperando que la soplaran. Si tuviera que elegir una palabra, una sola, para describirlo, diría «joven».

Como todos los Fusibles, era un Sensitivo. Se notaba por el modo en que sus manos aleteaban sobre su regazo cuando se sentaba en el salón de descanso, por el modo en que tocaban y se posaban sobre los brazos del sillón, descansaban sobre sus rodillas, seguían viaje para quedar atrapadas debajo de los codos. Los dedos eran largas velas cetrinas, ahusadas e iluminadas por una fuente de luz interior, siempre pálidos y secos, rosados en las puntas, donde solían estar las uñas. Cuando hablaba, las manos saltaban y se zambullían, tejiendo tapices en el aire impregnado de café del salón donde nos desperezábamos, charlando y escuchando cuentos deliberadamente archisabidos. Cuando hablaba, la voz era calma, discreta, amable; bajaba la vista y se miraba las manos. A veces las miraba fijo, como si fueran algo ajeno a él, pájaros color carne que hacían nido en su regazo. Conozco esa mirada.

Tres semanas después, en nuestra tercera vuelta, saltó. Tuvimos suerte en poder volver al puerto; quiero decir: nosotros tuvimos suerte. La suya se acabó cuando subió a bordo del *Charter*.

No se puede pensar objetivamente en uno mismo; al menos eso es lo que me pasa a mí. No puedo juzgar: es demasiado fácil acallar los aspectos más sobrios de la personalidad y sacar a relucir el demonio que uno lleva adentro; demasiado fácil. Todos tendemos a considerarnos mártires.

Yo era capitán del *Charter* cuando descendimos en Endrim. La mitad de la tripulación había salido despedida después de la última sacudida al doblar hacia la Región Posterior. El anterior Capitán había sido uno de los primeros en caer, naturalmente, y después de convertirme en el Primero, me hice cargo de todos, completé la travesía, hice que descendiéramos y mantuve a todo el mundo Afuera. Los mejores recursos, los más ingeniosos. Y con todo perdimos la mitad de la tripulación.

Para cuando llegamos a Endrim éramos un montón de lisiados de una nave mental mutilada. Hasta el Maquinista estaba a punto de saltar. En algún momento de la segunda incursión, nuestro Fusible (un anciano que ya había pasado la tercera juventud, una cáscara arrugada, gris y rosa, que se las había arreglado para mantener las cosas en su lugar durante seis vueltas, con algunos ajustes menores, muy pero muy distinto del Fusible que nos colocamos en Endrim) sufrió un colapso y empezó a manipular los controles de las cápsulas en la enfermería de la nave; no sé como golpeó un eyector de módulos salvavidas y se precipitó desnudo a la Gran Nada. Jamás lo encontramos, aunque en ese momento estábamos demasiado ocupados para ponernos a buscar a un Sensitivo casi senil. Tal vez debimos enviar una cápsula en su busca. Después que él saltó, todo pareció desmoronarse en los bordes, que

empezaron a carcomerse hacia el centro, como la herrumbre en una lámina de zinc de mala calidad. Fue entonces cuando el Maquinista empezó a quejarse de tensiones en los ejes laterales, y fue entonces cuando la mitad de la tripulación saltó en pedazos y cayó, gritando, en la locura líquida.

Un Fusible es algo muy útil en una nave mental: sin él, la tripulación tiende a disolverse en su propia locura.

Cuando llegamos a Endrim fijé como Prioridad Uno encontrar un nuevo Fusible.

En un puerto, en cualquier puerto, ya sea que está del lado de la luz o en la zona oscura de la espiral principal, se pueden encontrar tres tipos de distritos: los de placer, donde se reúnen los menos distinguidos, los «exclusivos para residentes locales», y las comunidades. Es en este último lugar donde hay que buscar cuando se quiere encontrar a un Sensitivo, y fue allí donde encontré al nuevo Fusible.

Yo estaba con el Cocinero. Él iba adelante; empujó la puerta y se inclinó para mantener separados los batientes y dejarme pasar; pasé agachado por debajo de la cortina y entré en un ambiente de humo dulce mezclado con un olor, menos perceptible, a polvo y el sabor seco, a veces sofocante, de la tierra envasada. Estaba oscuro, aunque clareaba un poco en los rincones, donde velas y lámparas de aceite hacían esfuerzos inútiles y desganados por disminuir la oscuridad. Pestañeé para defenderme del aguijón que hería los ojos y miré hacia las formas inmóviles que se recortaban en ese resplandor opaco.

-¿Aquí?

-Claro que sí. Le juego cualquier cosa.

-Usted es mano.

Enderezándome, miré a mi alrededor, esperando que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad; a mi lado el Cocinero barajaba posibilidades, buscando obviamente una cara familiar. Con tal que pudiera ver alguna cara... Endrim era su puerto natural; no había nacido allí, pero cuando pensaba en un lugar como hogar pensaba en Endrim. Había sido algo así como mi guía, aunque tenía la impresión de que algunas zonas del puerto le eran tan desconocidas como a mí. Una de las siluetas se movió, y se desplegó en la forma de una araña que recordaba vagamente a un hombre. El Cocinero se adelantó, levantó un brazo y le hizo señas de que se acercara al dueño de casa. Hablaron en voz baja mientras yo me recostaba contra una pared llena de grietas, para dar la impresión de que estaba tranquilo; pero estaba tenso. Era un capitán novel; éste era mi primer viaje y ésta mi primera selección de personal. No cabía duda, estaba tenso.

Se me acercaron; el dueño de casa se movía despacio, con un andar encorvado y deslizante: un Espacial. Lo miré y lo vi, en la oscuridad, el perfil izquierdo, arrugado, retorcido, surcado por un río subcutáneo color escarlata en el lugar donde se le había roto una red de capilares: un Fusible que había saltado..., uno que había estallado a tanta distancia que sus fragmentos se habían esparcido como arena en polvo. Sus ojos me encontraron, vio mi mirada y sonrió: una curva de los labios que apenas se desviaba de la línea general del rostro.

-No soy yo su hombre, Capitán. Tenemos un muchacho tranquilo, volvió como nuevo, fresquito, sin cicatrices, ya va a ver.

Su voz sonaba confusa, borroneada por la presión de los músculos destrozados en el cuello.

-Vamos a verlo.

-Ya vuelvo. Espere. Tenga paciencia.

Se volvió y se deslizó hacia las sombras. Miré al Cocinero; no parecía verme.

¡Dios mío!

Después el ex Fusible volvió, y detrás de él venía otro hombre. Perdón, un muchacho. Y así nomás, con un hombre que venía hacia mí desde la oscuridad, exploté, no en la superficie sino adentro, tan profundo, tan adentro que entonces no lo sentí, ni tal vez tampoco más tarde,

cuando todo se precipitó afuera. Pero fue entonces, precisamente entonces, cuando exploté. Allí tomé mi primera decisión equivocada, cometí mi primer asesinato -el mío, el de ese Fusible-, intangible, no palpable, pero real e indeleble en mi mente en cuanto cobrara conciencia de su verdadero significado.

Sus manos se movían nerviosas a los costados del cuerpo y finalmente se detuvieron en los ojales del gabán, jugueteando con los alamares de cuero. No me hablaba a mí, hablaba hacia donde yo estaba y respondía suavemente a mis preguntas. Traté de comportarme como un profesional avezado.

-¿Nombre?

Me lo dijo.

-¿Es de Endrim?

Sacudió la cabeza y mencionó un lugar justo en el Centro.

-¿Cómo llegó hasta aquí?

Con pasaje. Eso me alarmó: el pasaje del Centro a la periferia difícilmente resultaba barato, y había muchos antiguos Espaciales capturados en la periferia que habían nacido abajo, hacia el espacio terrestre y que no podían volver para morir. Ni siquiera un comerciante habría tomado a un ex espacial después de su cuarta juventud, y esos ancianos estaban prácticamente desacreditados; a veces un charter otorga un pasaje gratis, pero no sucede a menudo, porque, cuando uno lo hace, el anciano se convierte en un esclavo de galeras de mala muerte y por lo general trabaja todavía más de lo que trabajó durante toda su vida espacial. Para colmo, el viaje espacial a la periferia es sólo de ida, es el último viaje, el salto final antes de la muerte... y aquí había un hombre que era casi un muchacho con un pasaje para el vaciadero de almas de la galaxia. Era raro, rarísimo.

Eso fue lo que le dije, y él se encogió de hombros mientras sus manos retorcían los alamares del gabán.

-¿Tiene experiencia?

Había estado en una vuelta y lo habían despedido cuando la nave perdió la licencia; era una nave trasbordadora, que hacía el servicio entre mundos del sistema de Endrim: poco más que un juego de niños. No tenía experiencia; habría sido una variante masoquista y suicida de mi parte tomarlo.

-Contrátelo -le dije al Cocinero.

Me volví, me abrí camino hasta la puerta de la comunidad y salí al frío aire nocturno de Endrim.

Cuando nos cortamos usamos cuchillos pequeños.

(No quiero mirar en el interior de mi alma: allí las preguntas son más oscuras que las respuestas; no quiero tener que saber, tener que verme, entender. Así que espero. Me muevo, rebano y recorto los pedazos de carne que tienen más importancia para mí, y al rebanar, corto a otros. ¿O es al revés? No se. No quiero saber.)

Era bastante buen Fusible. Con el tiempo y una experiencia que solventase su instinto, habría llegado a ser realmente bueno. Tenía un sentido natural de la calma, una manera de ser tranquila que hacía que uno se sintiese bien, relajaba los músculos tensos y aliviaba las ansiedades hasta dejarlas reducidas a un nudo en la garganta en lugar de un dolor lacerante. Era un Sensitivo: el sólo hecho de hablar con él tranquilizaba el espíritu.

Cuando estábamos en Marcha, se lo encontraba en todas partes, hablando, apaciguando, tranquilizando, ayudándonos a relajarnos: una mente entre nuestras mentes, una válvula de escape de nuestras tensiones combinadas, un alivio, un Fusible.

Durante esas semanas de nuestra primera vuelta como charter completo bajo mi mando, lo observé a medias; parecía estar siempre sólo a unos pocos metros de distancia, un factor

constante de estabilidad por simple familiaridad. Cuando yo programaba una ruta o revisaba los planos y las líneas de la estructura mental que dirigía la nave, él estaba siempre allí: una presencia suave como la de un cordero, una actitud que no había manifestado ninguno de los anteriores Fusibles que habíamos tenido con el otro Capitán. Mientras los otros eran enormes, poderosos, absorbentes, él era pequeño, un desagüe subterráneo para nuestras frustraciones, y, sin embargo, presente en forma abrumadora; canalizaba la suciedad y la locura de nuestras mentes, manteniéndonos a todos en esa cuerda floja, en esa línea fronteriza entre el equilibrio y la alienación.

He oído describir a los Fusibles como imágenes maternales, como regazos psíquicos hacia donde se arrastran las mentes rectoras de la nave en los estados de tensión para que las acunen y las amen (para que las desagoten). Los venenos de las mentes enfermas que dirigen el vehículo mental tienen que ser eliminadas por absorción: el Fusible era la válvula que nos desagotaba.

Digo «nos»; eso incluye al Capitán. Sobre todo al Capitán. No hay ninguna mente realmente sana a bordo de una nave mental, sería una contradicción flagrante: las mentes sanas no proveen la cantidad de energía necesaria para retorcer el espacio o enviar un charter a la región Posterior. Las mentes sanas son las que compran pasaje, no la tripulación; las mentes sanas son inútiles cuando de espacio se trata.

Pero si hay alguien que tiene que ser sano en algún grado, dentro de un vehículo mental, esa persona es el Fusible; si él salta, todos saltan.

Y ese sí que es un verdadero pasaje de ida.

No lo volví a ver desde aquel día en la comunidad hasta cuando ya estábamos a dos semanas de Endrim, rumbo al Centro. Por supuesto que había sido consiente de su presencia, pero hay una diferencia entre ese tipo de conciencia y un encuentro frontal: la primera es nebulosa, algo que tiene una vaga repercusión; el segundo es total, real, tangible. La diferencia es importante y lo fue para mí.

Había fijado las coordenadas y dispuesto los grados del descenso por el pozo hacia el Centro; en la Región Posterior, en la zona ubicada a un lado del espacio real, el pozo de gravedad actúa sobre la nave mental como una bomba de succión: provee todo el impulso necesario para llegar hasta el Centro, de modo que todo lo que se necesita es un sistema de vectores y una cuadrilla de vigilancia que observe las burbujas en los *continua*. Subir desde el Centro es algo totalmente distinto: ahí sí que hay que luchar todo el tiempo, poner en funcionamiento corrientes luminosas mientras se abre uno el camino inverso por ese pozo negro, nadando hacia estrellas transparentes diseminadas en la niebla espectral del hiperespacio. Todo es lucha en el viaje hacia afuera, y es allí donde el Fusible soporta la peor carga. Eso explica por qué lo encontré en el salón de descanso, tomando algo y escuchando a los tranquilos componentes de la tripulación intercambiar cuentos sobre otros viajes, en otros tiempos. Los observaba y, al mismo tiempo, sus ojos tenían esa mirada extrañamente lejana que revela al Fusible como Sensitivo. En el viaje hacia adentro podía permitirse abandonar su puesto; en el viaje hacia afuera no habría tenido tiempo para mostrarse sociable. De modo que estaba allí sentado, bebiendo y escuchando con una mirada distante y pasiva.

Me acerqué a él.

Charlamos un poco: una charla insustancial y tranquila, entre un Capitán y uno de sus oficiales. Mostraba cierta reticencia al hablar sobre los momentos de su vida anteriores a su llegada a Endrim; cuando le pregunté, al pasar, por su primera época, antes de que abandonara el Centro, se volvió más taciturno. Parecía encerrarse en sí mismo, con una leve tensión en los tendones del cuello... nada definido, nada demasiado evidente, sólo un retraimiento repentino. Sus respuestas seguían siendo suaves, no había rastros de tensión en la voz, pero evadió el tema de plano con una sola frase, haciendo recaer la conversación en mi persona y en mi pasado. Cosa extraña, ese cambio no me pareció abrupto entonces; tal vez yo quería hablar de

mí mismo y sólo había estado haciendo tiempo a la espera de las inevitables preguntas de su parte. Era algo amable, superficial, o al menos eso parecía.

Hablé entonces de mi vida en mi mundo natal, un planeta desértico. El Fusible escuchaba y su atención parecía actuar como una válvula, haciendo salir de mi pasado cosas que había dejado sedimentar durante años y otras de las que había sido consiente pero que había mantenido sepultadas y no había vuelto a examinar desde aquel tiempo.

Estar solo durante una tormenta de arena, agachado en un oscuro rincón de acero frío mientras el viento azotaba las paredes exteriores con una lluvia de arena seca; ver morir a un amigo y ser demasiado chico, demasiado joven para ayudarlo; estar solo años después, pero deseoso de no estarlo nunca más, y dejar el mundo rumbo al espacio, donde las paredes seguían siendo de acero helado, donde otros vientos azotaban los exteriores con arena seca, pero donde uno no estaba solo, donde había otros que conjugaban sus mentes con la de uno; hablar de la necesidad visceral de *estar adentro*, lejos de la desnuda extensión de vacío y polvo, de ocultarse dentro de una estructura de acero reconfortante, recorriendo los espacios. Le hablé de una caja que había visto una vez, que tenía dentro otra caja, que llevaba otra adentro, capa tras capa, hasta desembocar en un cubo final que no se podía abrir. Le hablé de todo esto con tonos lánguidos, y pensaba entonces que no era más que una charla ociosa entre el Capitán y uno de sus oficiales.

Él prestaba atención, con las manos bailoteando en las extremidades de sus brazos: independientes, animadas con una vida propia. O tal vez no tan ajenas al resto de la persona.

No volví a hacerle preguntas sobre su vida; ese tema parecía lejano, sin importancia.

Después de un rato me fui.

Hicimos el trayecto hacia el Centro por debajo de la línea. Habíamos trazado la carta de la mayor parte del espacio coordinado que se nos había asignado en momentos en que el *Charter* zarpó, cuatro vueltas atrás, bajo el mando de otro Capitán y de una tripulación en parte diferente. Dos vueltas más y abandonaríamos. La vuelta siguiente nos llevó a través del plano central de la espiral; cinco semanas sin ningún incidente fuera de la nave y con un único incidente adentro.

Fue el Cocinero el que me lo advirtió. Acababa de abandonar el control cuando se me acercó y me tiró del saco.

-Hay que hacer algo, rápido, rápido. El Fusible. Se va, tal vez salte ¿eh?

-¿Qué?

-Está sentado. No le habla a nadie. Algo malo pasa. Me juego que algo pasa.

Sacudió la cabeza y un mechón de pelo renegrido le descubrió los ojos por un instante y volvió a cubrírselos después. Lo miré fijo, tratando de entender lo que me había dicho. El Fusible.

-¿Dónde está?

-En el comedor. Está sentado y nada más, no habla, está sentado ahí, bebiendo.

Malo, malo. Bajé por el vestíbulo, dándome cuenta de que iba al trote, llegué a la barra y bajé tres niveles hasta el comedor donde la tripulación compartía el rancho.

Estaba sentado solo, acababa de volver del mostrador donde se servía el café y bebía sorbos de una taza humeante, mirándose con insistencia las manos.

-¿Qué le pasa?

-Nada.

Se encogió de hombros y ensayó una sonrisa tibia. Me deslicé a un lugar frente al que él ocupaba, manipulé nerviosamente el control remoto que había en mi mesa y esperé que me preparasen café caliente. Los músculos de mis tobillos palpitaban con espasmos rápidos (un tic que tengo). Miré al Fusible.

Tenía los ojos clavados en sus manos y de tanto en tanto tomaba un sorbo de café.

-El Cocinero dice que algo pasa.

Dijo que no, que no pasaba nada.

Me sentí incómodo allí sentado con él. Todo lo que emanaba de él era tranquilo, amable, y sin embargo yo me sentía incómodo. Me di cuenta de que prácticamente lo había evitado con toda deliberación desde aquel día en el salón de descanso. Estar cerca de él me hacía sentir incómodo, no sabría explicarlo.

-¡Carajo! *Diga algo*.

Lo hizo. Empezó a hablar, suavemente, sobre nada en particular, comentando primero la serenidad de la marcha, las actitudes de la tripulación, quién tenía relaciones con quién, cuánto le gustaba la nave, lo contento que estaba de tenerme por Capitán, cómo admiraba mi calma y mi sensatez, cómo le gustaba el Maquinista, cuánto se alegraba de gustarle a todos los demás, divagando, hablando sin decir nada. Las manos se deslizaban sobre la superficie de la mesa, acariciándola suavemente, como quien alisa las arrugas de una sábana, deteniéndose a tomar la taza, sosteniéndola, volviendo a colocarla sobre la mesa. Él seguía hablando y yo dejé de prestar atención. No quería prestar atención, en realidad no quería ni siquiera oírlo. Finalmente me levanté de la mesa. Dejó de hablar y levantó la mirada hacia mí.

-¿Pasaba algo?

-No -contesté con cansancio-. No. Está todo muy bien. Todo perfecto, Lo veo después.

Salí, sintiéndome débil. Había algo que me machacaba en lo más profundo de la conciencia, pero lo hice a un lado, como hice a un lado el recuerdo del Fusible allí sentado, mirándome salir, con los ojos vacíos e inexpresivos. Aparentemente.

(¿Qué era lo que había esperado de él? ¿Por qué me sentía herido e impulsado a herirlo al ver frustradas mis expectativas? ¿Qué pretendía de él, además de que fuera un buen Fusible? ¿Por qué lo había elegido entre tantos? ¿Por qué a él?)

Lo vi vagar por los pasillos de la nave; se movía lentamente por los salones, cabizbajo cuando seguía un rumbo errante por el borde de la nave mental, donde actuaba la gravedad. Moviéndose como un pobre fantasma, parecía siempre absorto en sus pensamientos, aunque sabíamos que esa mirada triste era característica de un Sensitivo que está en contacto. Suscitó comentarios diversos entre la tripulación. Algunos pensaron que estaba un poquito loco, otros que era el más cuerdo de todos nosotros y estaba perdido en nuestra locura. A mi modo de ver tanto unos como otros se equivocaban. Era diferente, estaba solo, separado del resto. Podría haberse dicho que era un desapasionado, pero no es verdad. Lo vi a veces cuando creía estar solo y se sacudía hacia atrás y hacia adelante, murmurando algo en una voz muy baja y rítmica entre jadeos. Me habría parecido una conducta extraña en cualquiera que no fuera un Fusible, pero los métodos que utilizan los Fusibles para mantener su salud mental suelen ser más extraños que la locura misma.

Eso fue lo que pensé en ese momento. Ahora comprendo que en realidad yo no quería entenderlo, no quería ver cómo se estaba desmoronando por dentro. No quería verlo. Él era simplemente el Fusible.

Así siguió la cosa. Él prestaba atención, hablaba algo, muy poco, de sí mismo (nada de importancia, nada esencial) y, cuando estaba en su puesto, se hacía cargo de nuestras locuras.

Y en nuestra tercera vuelta, a tres semanas de distancia de Centauro, nuestro Fusible saltó.

Control mental:

Estaba lejos de la nave, lejos del globo de luz formado por redes de potencia y de energía, cien globos de mente que ruedan sobre sí mismos como las olas sobre una playa fangosa, revolviendo hollín y suciedad y regresando luego a la negrura gris verdosa, formando espumosas serpentinas de potencia. En el centro mismo de la silenciosa tempestad de locura brillaba como una gema el prisma de luz del campo mental del Fusible, que parecía absorber

como en un remolino la oscuridad de la locura apenas comenzada a generarse, enviando lejos del vehículo esa riqueza de ébano con un impulso de vibrante zafiro, que empujaba al *Charter* hacia la Región Posterior, dejando una estela blanca y azul, una hélice de fuerza.

Más allá de la nave estaban los astros: opacos, algo fuera de foco, como vistos a través de un velo de lino; al frente, la oquedad abovedada del espacio sombrío se veía salpicada con manchitas de oro y carmesí: la corriente hiperespacial.

Estaba fuera de la nave y lo guiaba con cautelosas cargas de potencia a lo largo de los ejes laterales, a lo largo de los planos, a lo largo de los vértices estrechos. Estaba fuera de la nave, dentro de mi mente, vigilando la conducción.

Cien almas enfermas derramando la suciedad de su locura, que el Maquinista retorcería, curvaría y haría pasar por un embudo; cien almas enfermas filtradas a través de una única alma cuerda, la válvula de seguridad: el Fusible.

La corriente de energía era un flujo vibrante e incesante.

Podía sentir cómo el Centro me atraía con su pesa, me tironeaba de los bordes de mi perspectiva, la misma sensación que se tiene cuando uno se trepa a una torre muy alta con un fardo pesado atado a la espalda: uno se siente en posición oblicua. Compensé el tirón, la nave se desvió y nos movimos lentamente a través de la corriente.

Imágenes:

Torsión...

Agachado al sol, sudando por los poros abiertos, el líquido corre por el interior de mis brazos, baja por los costados, por la cintura... sofocándose, muriendo, esperando que alguien venga y no viene nadie. Se fue; es mi culpa. Se fue. Mundo desértico. (Pensamientos agradables de la joya: frescor, alivio, desagote de la memoria.)

Torsión...

Una habitación oscura y fría me rodea por completo, sonidos palpitantes en mis venas, en mi cráneo estoy solo, muerto de miedo, de pánico...

(Sus manos llegaron hasta mi mente y arrancaron la locura, dedos de seda de la gema que barre mis pensamientos... frío)

Torsión...

Caos en la sala de control: incendios, consolas y pantallas que se destruyen, la respiración afanosa de un loco en el tablero de control del Capitán, le sale sangre negra de la nariz y traza un río escarlata hasta el mentón. Gritando, lo saqué de un empujón de la silla, vi el cuerpo plegándose sobre sí mismo como un papel arrojado al fuego, indefenso, minúsculo, una muñeca de trapo tirada. Me encaramé el equipo del Capitán y encontré los alambres...

(Y el Fusible hizo drenar los venenos de mi mente y quedé limpio, purificado...)

La nave continuó su marcha.

Estaba en la sala de control y me caí hacia adelante cuando algo sorprendió al *Charter* y lo sacudió.

Las paredes se ladearon a mi alrededor. Caí deslizándome desde el equipo y agarrándome el brazo antes de que los alambres me desgarraran la piel. A lo lejos sonaron las alarmas.

De algún modo volví a instalarme junto al tablero, me coloqué los cinturones de seguridad alrededor del pecho y los aseguré alrededor de mis pies. Un nuevo sacudón arrojó la nave hacia adelante. Golpeé contra las correas y reboté.

-Maquinista... informe acerca de la situación.

Calma. Brotes de calma jugueteaban con las sombras de pánico que seguían germinando en mi conciencia. Me aferré al brazo del sillón, forzándome a relajarme.

Forzándome...

Interrumpí el discado de la sala de máquinas.

-¿Dónde está el Fusible? Quiero que venga a la sala de control de inmediato.

-Sí, señor.

Pulsé una tecla que había a la izquierda del tablero y estudié el aspecto exterior de la nave. Se veía una oquedad gris que se curvaba a cada lado, sin otra marca en la pantalla que la masa congelada del centro muerto de un negro vibrante.

-No está en su puesto, señor.

-Búsquelo, entonces.

No estaba en su puesto. La nave iba rumbo a casa y se precipitó.

Clavé los ojos en la pantalla, sin ver la imagen. No estaba en su puesto.

-¿Señor?

-¿Qué pasa?

-Lo encontramos, señor.

-¿Dónde?

-En el... en el comedor, señor. Tomando café.

¡La puta que lo parió!

-Mándelo arriba.

-Sí, señor.

El vehículo volvió a tambalearse hacia adelante y la imagen de la pantalla titiló, se redujo, volvió a crecer. Emití impulsos para contrarrestar el golpe.

Un silbido neumático a mis espaldas indicó que el Fusible había entrado en la habitación.

-¿Dónde mierda estaba?

Empezó a darme explicaciones pero lo interrumpí.

-No importa. A partir de este momento su puesto está aquí; quiero que esté cerca cuando intentemos abrirnos camino por ese agujero.

No respondió. Yo volví a mi trabajo, corrigiendo, alimentando las computadoras que había a lo largo de las paredes de la sala de control, transmitiendo las decisiones y los ajustes a lo largo de los circuitos mentales que comunicaban las distintas partes de la nave.

Hice una pausa y le eché una ojeada.

Se hallaba a punto de saltar.

Estaba en la posición adecuada, sentado con desgano, desmoronado sobre la mesa de máquinas que conducía hacia el tablero de control del Capitán, con los hombros echados hacia atrás, un haz de músculos temblorosos. Las manos se estremecían sobre los botones de su gabán, tratando de apresar el broche de un cierre relámpago, más nerviosas de lo que las había visto nunca. Tenía los ojos ensombrecidos y no pude encontrarle la mirada, No era nada nuevo... pero sólo entonces parecía cobrar un significado. Antes...

-¡*Dios mío*!

No pareció oírme.

Si me hubiese ocupado un poco lo habría visto venir. Tal vez con un poco más de atención...

Es inútil.

Manoteé la ranura que había debajo del brazo izquierdo del sillón y encontré la jeringa cargada que se guardaba allí para uso exclusivo del Capitán. Lo agarré de un brazo y se la clavé. No pareció sentir nada.

No respondió. Ni siquiera pareció oírme.

Lo dejé solo, hice las conexiones para comunicarme con el timón mental y apagué las luces.

Negro:

Gritos:

Retorciéndome y vivo:

Luz.

Una gran llaga ulcerosa, color ébano, se encrespó desde afuera, parecía venir de todas partes y nos envolvió.

Impulsé el vehículo hacia adelante, apartando y rasgando las capas del hiperespacio...

...cajas que tienen dentro otras cajas y (una forma fantasmal vino hasta mí y me sacó el miedo absorbiéndolo en su interior)...

...golpeando contra el pozo de gravedad que nos tragaba, chocando contra las olas de un mar de fuerzas, mientras el sol candente brillaba alrededor, la Región Posterior consumida por el calor, la estructura de hiperespacio arrugándose en una tormenta de energía al rojo vivo, y la fibra que se inclinaba, se retorcía y se nos caía...

Torsión...

El sol candente, la locura de bronce dorado que salta cada vez más lejos, en círculos más y más amplios...

(Llegaron manos de sombra y se llevaron nuestra locura)

(Manos débiles, suaves, frágiles... como un tejido) (Un tejido en una maelstrom) (Rompiéndose)

Cien almas enfermas derramaron su locura, y el desagüe tragaba el licor que supuraba, y nos impulsaba hacia adelante, encauzando la potencia como por un embudo, guiándonos.

La mancha negra hizo erupción delante de donde estábamos.

Hice que la nave diera un rodeo, alejándose... la enderecé nuevamente y después la hice andar a toda marcha.

Estábamos perdidos, atrapados en una corriente lateral, atascados en el espacio lateral, fluctuando entre lo real y lo irreal, entre adentro y afuera... perdidos.

Donde hablamos estado floreció la mancha negra, creciendo y derramándose como tinta... y después se secó.

La nave se deslizó a través de un pliegue del espacio, y emergió a la medianoche rojinegra de afuera. Avanzamos por una calma repentina. Las estrellas eran tizas brillantes sobre un cielo de terciopelo pintado.

Silencio.

Silencio en todas partes...

...no.

Desde algún oscuro rincón de nuestra conciencia colectiva llegó un quejido apenas perceptible, no el grito descarnado que provoca el sufrimiento físico... sino un gemido mental plañidero.

El Fusible.

Volví a la sala de controles, me arranqué las correas de seguridad, me quité el equipo de Capitán... y encontré al Fusible tirado sobre el piso a pocos centímetros de mis pies, con los brazos extendidos como tratando de atrapar algo que todavía estaba fuera de su alcance.

Su mente se había extraviado, se había perdido en algún momento de la tormenta de locura que yo le había obligado a drenar. Yacía hecho un ovillo a los pies del tablero, enroscado en posición fetal, con su cabello claro cayendo en desorden sobre sus ojos clavados en el aire, sin pupilas. En algún momento del vuelo se había mordido la lengua y un surco de sangre rojinegra goteaba de los labios hasta el piso, donde se había empezado a coagular. Tenía las ropas hechas jirones y le sangraban los brazos. Gemía cuando me acerqué a él, un gemido gorgoteante que escupía coágulos de sangre. Me incliné sobre él de inmediato, quité los alambre retorcidos que tenía en la frente, lo ayudé a incorporarse. Era un cuerpo inerte que se me desplomaba entre las manos; los huesos parecían estar saliéndose de la piel como palos secos. Lo miré con atención y después de un momento lo dejé nuevamente en el suelo para que gimiese solo, en silencio.

Nos cortamos con cuchillos pequeños. Un viejo no importa tanto, pero con un muchacho es distinto: el viejo es algo que vamos a llegar a ser... el muchacho es algo que *fuimos.*

¿Por qué contraté a un Fusible novato? No fue sólo porque también yo era un novato; claro que no fue sólo por eso: algo oscuro en mi interior me impulsó a lastimarme a mí mismo, a lastimar al Fusible... a golpear un montón de odios y frustraciones que no habría podido *tocar* antes de liberarme de ellos... Algo relacionado con un planeta de arena... Pero sigo sin poder *tocar*. Nunca podré hacerlo.

A veces pienso en ese Fusible, en lo que le hice. A veces tengo pesadillas en las que estoy atado a una mesa y la gente me clava cuchillos y alfileres, y me agujerea con asuntos privados, y yo grito, no por mí, sino por ellos. A veces son el desagüe de otro hombre y me doy cuenta de que todos somos sanguijuelas.

A veces estoy un poco loco.

Pero no dura mucho tiempo.

Enseguida vienen los dedos de seda y se llevan el dolor...

NOTAS PARA UNA NOVELA SOBRE LA PRIMERA NAVE A VENUS

Barry N. Malzberg

I

Estamos en el año 2119. El arma espacial del gobierno se fusionó con el arma militar hace un siglo y actualmente lo controla todo. Hay cinco millones de personas directamente empleadas en este programa, y cincuenta y ocho millones más trabajan en proyectos relacionados exclusivamente con el espacio.

Ya hace ciento veinte años que se instaló una colonia autónoma de cuarenta mil personas en la Luna. Las colonias satélites fundadas en estaciones espaciales que giran en órbita alrededor de la Tierra y de la Luna incluyen unas diez mil almas más. Hace mucho tiempo que no hay vuelos de exploración con tripulación humana; tampoco parecían necesarios hasta hace una década, ya que daba la impresión de que todo marchaba muy bien. La mayoría de los medios de comunicación masiva emiten ahora desde la órbita y desde la Luna, ya que se ha comprobado que es mucho menos costoso separar la industria de entretenimientos de la de noticias en un ambiente artificial. Complejos mecanismos de cohetería implantados en la Luna en 1985 permiten modificar y programar su órbita, de modo que siempre tenemos luna llena para los feriados nacionales.

II

El capitán de la expedición a Venus tiene cuarenta y dos años. Se lo catalogó como la flor y nata tras un proceso selectivo que debía optar entre cuatro mil hombres y mujeres que reunían las condiciones para el puesto. Tiene ochocientos sesenta y un tripulantes a sus órdenes, incluyendo más de cincuenta personalidades de! mundo del espectáculo y de la política que van a tomar parte en la transmisión. La ligera tendencia a la afasia que le sobrevino en las últimas etapas del programa de entrenamiento queda perfectamente controlada con dos píldoras de disulfiamazol tres veces al día. Su presión sanguínea en situación de tensión extrema es de ciento treinta sobre sesenta y cinco. En su juventud era

propenso a la eyaculación precoz, pero hace ya veinte años que no lo molesta este problema. Lleva una vida matrimonial feliz y es padre de dos hijos, ya grandes, que lo acompañan en el vuelo. Su mujer debe quedarse en casa debido a inminentes trastornos hepáticos, pero está muy animada y piensa tomar parte en alguna de las transmisiones.

III

El jefe de ingenieros del proyecto, un hombre llamado Willoughby, sabe que el proyecto está destinado al fracaso. Hace más de treinta años que no se realiza ningún vuelo exploratorio de esta naturaleza, ya que a la Luna se llega por control remoto y los vuelos sin tripulación a Venus se han llevado a cabo con naves veinte veces más pequeñas que la que se está preparando. Willoughby sabe que las técnicas de entrenamiento son tan inadecuadas como engañosas, porque ni siquiera el equipo funcionará en el largo y difícil vuelo que han planeado, y pensó varias veces en comunicar sus inquietudes a los jefes de gobierno. Pero no puede hacerlo: su vida está dedicada al programa espacial y comprende las razones desesperadas que subyacen en la expedición a Venus; poner cualquier tipo de obstáculo implicaría condenar al programa, por popular que fuera, al descrédito y a la destrucción definitivos. (Dado que es algo así como un burócrata, no puede permitirse pensar qué ocurrirá con el programa si la expedición aborta en forma espectacular; de eso se ocupará cuando llegue el momento.) Además, Willoughby no confía totalmente en su juicio; ninguno de los científicos que están por encima de él o de los técnicos que son sus subordinados parecen compartir sus temores sobre el éxito del proyecto y él no puede ser el único en hacer saltar la perdiz. No puede discutirlo con nadie pero sigue trabajando en un pormenorizado diario de sospechas y predicciones de fracaso que piensa publicar en cuanto la nave haya explotado en órbita.

IV

El capitán y Willoughby se conocen superficialmente desde hace muchos años y no parecen llevarse bien. Y esto debido a que, muchos años atrás, Willoughby se había acoplado en secreto con la joven esposa del capitán durante una gran fiesta de vacaciones organizada por la agencia en la Luna, llevándola a un orgasmo muy violento durante el cual la mujer había confesado que él era mucho mejor que el capitán. Desde entonces los dos hombres no fueron capaces de enfrentarse, aunque Willoughby no tiene pruebas de que el capitán esté al tanto de lo que pasó.

Él, por su parte, encontró a la mujer del capitán imprecisa y desincronizada durante la fornicación y decidió que el capitán era un hombre digno de lástima. No tiene idea de si este incidente desempeñará algún papel en su decisión de anular sus temores sobre el proyecto, pero espera que no, dado que siempre se enorgulleció de ser un hombre objetivo y competente.

V

Wilt Okun, el célebre intérprete de knuit tomará parte en la expedición a Venus y está planeado que ejecute el Himno Nacional cuando la nave se apoye sobre el suelo venusino. Hasta ese momento su presencia en el vuelo permanecerá oculta para el gran público, ya que se supone que su actuación tendrá todas las características de un número sorpresa y, dada su talla como animador es de esperar que su presencia será de gran provecho para las relaciones públicas de la expedición. Para conseguir a Okun, la agencia se vio obligada a garantizar a su representante el tres por ciento del presupuesto del vuelo, más un porcentaje sobre la venta de

los cassettes del descenso que pudieran grabarse, pero ese gasto se incluyó junto con los gastos generales, de modo que no es de público conocimiento. En todo caso, es un gasto que bien vale la pena, ya que Okun es el mejor intérprete de knuit que se haya oído desde 2112 y los tiempos de Lester Carter. El desembolso resulto imprescindible, ya que fracasaron los llamados al patriotismo y las amenazas burocráticas.

VI

Los grandes motines de 1972 dejaron como saldo la destrucción de una considerable cantidad de equipo y de personal en muchas sucursales de la agencia. Desde entonces se incrementaron hasta tal punto las medidas de seguridad que la agencia central, que cubre casi setecientos kilómetros cuadrados en el estado de Nebraska, es totalmente autónoma y resulta inexpugnable. Lo que es aún más importante, la agencia sacó conclusiones de los motines para mejorar sus relaciones públicas y educar a los profanos para que comprendieran que su destino y su importancia como seres humanos dependían pura y exclusivamente de la habilidad que mostrasen los humanos para atravesar el cielo y que la agencia se ofrecía a atravesar ese cielo por ellos, de modo que ¿por qué no mostrarse razonables adhiriendo a la agencia en la forma en que la gente solía adherir a las consignas y los totems religiosos en otros tiempos?

VIl

Los esfuerzos de la agencia en este sentido lograron convencer en 2119 a casi el noventa por ciento del electorado de que la condición humana está inexorablemente unida al desembarco en Venus y que, si la misión fracasa, sus vidas serán absolutamente inútiles. Los ingenieros de población de los más altos niveles de la burocracia publicaron advertencias reservadas, alrededor de 2108; temían que la experiencia fuera peligrosa porque, si la misión fracasaba, una buena dosis del desencanto recaería sobre la agencia, que vería así minada su base de apoyo popular, sin contar con que podrían incluso correr peligro las vidas de algunos de sus empleados. Sin embargo, estos ingenieros no fueron escuchados, ya que, para 2105, la agencia había decidido que era necesario encarar una campaña verdaderamente amplia y efectiva dentro del período vital de la mayoría de la gente; de no ser así, su posición se vería erosionada. Para 2110, Venus había sido elegido como un blanco cercano y probable, y habían comenzado a hacerse enormes recaudaciones y enormes esfuerzos. Las investigaciones indicaban que ocho años era el período máximo de interés real del público, así que, cuando culminaron los planes, se eligió el 4 de junio de 2119 como fecha del desembarco en Venus, y la cuenta regresiva comenzó en V menos dos mil novecientos veinte (días). Se invirtieron millones en materiales auxiliares y los días V menos dos mil, V menos mil quinientos, V menos mil y V menos quinientos fueron declarados feriados nacionales. También lo fueron V menos cuatrocientos, V menos trescientos, y V menos doscientos. También V menos ciento cincuenta, V menos cien y V menos cincuenta. También V menos cuarenta, treinta, veinte, diez y cinco. También V menos uno.

VIII

En el día V menos tres, Willoughby decide que no puede soportar más esa mentira y, haciendo esfuerzos extraordinarios, concierta una entrevista con el Jefe del Gabinete. Le dice que el vuelo a Venus no podrá alcanzar la órbita y que caerá indefectiblemente en el Sol. El Jefe, que realmente no tiene ningún tipo de autoridad, y a quien la agencia puso en la lista de

tripulantes del viaje como jefe del gobierno, coloca inmediatamente a Willoughby bajo arresto a disposición del Estado y lo hace ejecutar a la mañana siguiente.

IX

En el viaje hacia Venus las personalidades a bordo montan un espectáculo impresionante, que es enviado, por vía transistorizada, a los cinco billones de personas que quedan en la Tierra. Wilt Okun, que no toma parte en la representación, ya que se lo mantiene en reserva como gran número sorpresa, está sentado bajo la cúpula del cohete, encorvado sobre su knuit, con los ojos fijos en el páramo del espacio, ejecutando séptimas disminuidas y arpegios cuádruples en su instrumento, mientras su mente, por así decirlo, vaga libremente por su historia personal. Recuerda a una muchacha, con la que tuvo contacto sexual quince años atrás cuando él se había abierto camino en el proyecto como mensajero, y piensa que era una hembra realmente espléndida, pero algo asimétrica. Aunque Okun no lo sabe, esa muchacha es la mujer del capitán; está en un hospital de West Town en ese momento y será, en cierto modo sutil, la clave para cualquier intento de comprensión de esta novela.

X

Hay multitudes reunidas en las calles, mirando enormes monitores suspendidos en el aire por dirigibles, que muestran los progresos que hace la nave. Habrá una celebración monstruosa en el momento del desembarco y una serie de feriados nacionales, que se prolongarán hasta que el cohete esté de regreso, sano y salvo.

Se han instalado pantallas en la periferia del proyecto, en Nebraska; la gente llegó desde cientos de kilómetros de distancia con sus medios de transporte y estacionó junto a las pantallas para compartir la experiencia. Un pequeño número de revolucionarios con dispositivos incendiarios se infiltró entre los vehículos estacionados, pero sin esperanza de poder hacer nada, a menos que, por motivos inexplicables, pudiese cambiar el humor de la multitud.

XI

En cuanto la nave sufre la primera sacudida, fallan los dispositivos de gravitación y el capitán se encuentra suspendido en ozono, agachado a la manera de un sastre cerca del techo, frotándose inútilmente las manos mientras la nave cae en dirección al sol. Debido a su excelente entrenamiento y a sus amplios antecedentes comprende de inmediato lo que está sucediendo y transmite la orden de interrumpir inmediatamente la transmisión, pero como todas las comunicaciones internas del cohete quedaron interrumpidas luego del choque, la orden no es oída ni ejecutada. La nave cae en dirección al sol a una velocidad de varios miles de metros por segundo. Le lleva en total doce horas llegar a su desintegración, y cada una de esas doce horas es contemplada desde la tierra por dos billones y medio de adultos y muchos millones de chicos.

UN POBRE HOMBRE, UN MENDIGO

Joanna Russ

Un hombre extraño, envuelto en un manto negro, uno de cuyos pliegues le caía sobre la cabeza para ocultarle la cara, con el paso elástico y suave de quien ya no tiene que preocuparse de si el suelo está o no desnivelado; un hombre que podía percibir el aroma que provenía de la cocina, en un recodo del sendero angosto y pedregoso, sin que eso fuera para él más que el indicio de lo que otro hacía y nada más... Este individuo -que tenía un aspecto bastante vulgar y nada temible (aunque tal vez algo misterioso)- se deslizaba por el tortuoso sendero que bordeaba el campamento de Alejandro cerca del Indo como si supiera adonde estaba yendo. Pero no tenía nada que hacer allí, no, y menos bajo el calor bochornoso de la tarde, pese a que la vegetación a su alrededor envolvía el sendero con una cierta oscuridad tenebrosa. Estaba manchado de luz y sombra. Era el principio del verano en la India y sobre el sendero y el manto de hojas que lo bordeaba caían pétalos y polvo amarillo. Se los sacudió de encima, llegó a un claro y siguió adelante sin mirar alrededor.

A trescientos cincuenta metros de la tienda del general el camino subía, se hacía más rocoso y más despejado; había un centinela recostado contra una roca, absorto en la contemplación de un moscón que sostenía entre el pulgar y el índice. No vio al extranjero cuando pasó ni contestó a su saludo. Embozado hasta el mentón, el extranjero pasó junto a esclavos que recogían fuentes de una mesa de tablones tendida al sol (porque desde la tienda del general se dominaba todo el valle, una atalaya sin obstáculos, pero por eso mismo un poco inhospitalaria). Penetró en la tienda, agachándose para pasar por debajo de la lona y arrastrando su manto negro. Encontró al hombre que buscaba sentado ante una mesa baja, pidiendo que le llevaran un mapa; le puso una mano sobre el hombro y entonces dijo, con bastante timidez:

-Vamos, todavía soy una persona civilizada.

-¡Que Apolo me proteja! -exclamó el conquistador con voz ahogada, poniéndose pálido.

El extraño rió y sacudió su cabeza, sin perder esos modales inofensivos y amistosos que lo habían tornado tan popular y que habían hecho que se lo llorara tanto cuando Alejandro lo matara a la edad de veintiocho años.

-Aristóteles, tu maestro, no aprobaría eso -dijo, sacudiendo alegremente la cabeza, y se sentó en el borde de la mesa rodeando con su mano una copa de vino.

-¡Saca tus manos de allí! -dijo automáticamente Alejandro, y después añadió, recobrando su color habitual-: Tómala.

-Oh, no; gracias -dijo su amigo muerto, sonriendo para disculparse-. Ahora no podría. No tienes idea del inconveniente que significa esto de estar muerto...

-¡Tómala! -dijo el conquistador.

-Ah, pero... -y su amigo asesinado apoyó la copa de vino.

-¿Y bien? -dijo Alejandro.

El muerto sonrió, con la tierna sonrisa de los que provocan y aguantan el insulto. Sonrió, retrocediendo.

-Creí -dijo- que la novedad de mi aparición...

-No dura.

-Ah, pero tú me debes...

-¿Qué?

El espectro dio unos pasos atrás, atravesando el brillante rayo de luz que entraba en la tienda a través de la abertura, y rozó la pared de lona con su hombro sin dejar una sola marca.

-Lo recuerdo -dijo-. Lo recuerdo.

Alejandro lo miró fijamente en la penumbra, una luz que transformaba al conquistador, con sus hermosas facciones y su figura de bronce, en una estatua.

-¡Ah, qué cosas recuerdo! -prorrumpió el espectro, con una carcajada genuina-. Recuerdo tu asombrosa violencia cuando te emborrachabas.

El hombre sentado ante la mesa lo observó.

-Y recuerdo -añadió el espectro, recorriendo silenciosamente la habitación- que me sentaba levantando los pies y apoyando las rodillas en el mentón sobre una especie de banco de mármol, como un escolar, y observaba cómo desvariabas...

-Yo nunca desvarío.

-Decías disparates, si prefieres. Pero no debería entretenerte con tonterías. Estoy seguro de que trataron de detenerte ¿no es cierto? Además mi hermana había sido tu vieja nodriza... ¡qué escándalo! Supe que te quedaste tres días encerrado.

Aquí hizo una pausa, mientras se hallaba en el rincón más oscuro de la tienda.

-Ya sabes -dijo, saliendo a la luz, dejando que su manto arrastrase descuidadamente desde un hombro-. Ya sabes -repitió mientras se le iluminaba toda la cara, se le enarcaban las cejas y los ojos se abrían como sólo se abren en los momentos de emoción intensa, cuando el rostro está a punto de convertirse en una máscara-. Ya sabes (con una expresión casi de asombro). Lo recuerdo bastante bien. Lo analicé ciento de veces. No tuve la menor idea de qué fue lo que me golpeó; creí que la habitación se había dado vuelta y que el piso había levantado vuelo y se me había tirado encima, y entonces algo me pegó en el pecho y me mordí la lengua ¿sabías? y vi tu cara...

En este punto Alejandro estalló en carcajadas tan estrepitosas que podían haberse oído incluso fuera de la tienda, pero la lona no se movió; los pliegues colgaban tiesos.

-Mi querido amigo -dijo afectuosamente-, lo siento por ti, de veras, pero me temo que el tiempo ya borró prácticamente todo ese asunto. Como verás... -y señaló e! desorden de papeles que había sobre su escritorio.

-Ah -dijo sabiamente el espectro-. Pero yo no envejezco, ya ves.

-Eso es una verdadera lástima -dijo el emperador, apoyando los codos sobre la mesa y hundiendo el mentón en las manos- pero ahora...

-¿Ahora? -dijo el espectro, en actitud expectante.

-Ahora sé bueno y márchate.

-No.

-Entonces me iré yo.

Pero cuando el emperador retiró su silla y se levantó, vio que el amigo que había matado, de algún modo había logrado sentarse en ella y hurgaba en sus papeles, y la cosa no le gustó.

-¡Caramba, vean esto! -dijo su amigo.

-¡Deja eso en su lugar!

-Proyectas ir a la India. ¡Qué bien!

-¡Vas a...! -y agarró la mano del extranjero, pero la impresión de encontrarla de carne y hueso fue demasiado para él y retrocedió bruscamente gritando-: ¡Guardias!

Nadie apareció.

-Bah, pavadas -dijo con calma su amigo.

Estaba sentado frente a la mesa como un secretario o un filósofo acompañante cuando anota las palabras de un gran hombre; el manto negro se le había deslizado desde los hombros y yacía en parte sobre el asiento y en parte sobre la suciedad del piso, como un charco de tinta. Levantaba un documento tras otro con cuidado y respeto. Siempre había llamado la atención el modo en que este hombre levantaba las cosas; su mano se cerraba alrededor de una copa, de un jarrón, de otra mano de mujer, con tanta delicadeza y una curiosidad tan galante quo uno hasta podía imaginar que los objetos inanimados sentían verdadero placer cuando él los tocaba. Las mujeres hablan gustado de él y él las había evitado.

-Proyectas ir a la India -dijo- mirando unas marcas en un mapa.

Alejandro se encaminó decididamente hacia la cor tina de la tienda para buscar amigos o sirvientes que lo liberaran de esa molestia, pero la cortina de la tienda colgaba rígida como una piedra. No logró moverla.

-¿Qué quieres de mí? -dijo entre dientes.

-Bbbueno -dijo pausadamente el extranjero.

-*¿Qué?* -gritó el rey, perdiendo la paciencia.

-Te estás asustando.

-¿Asustarme yo?

-Tú, sí, y vas a hacerlo.

-¿Voy hacer *qué?*

-Calma-. Estudió el mapa. -Mira esto -dijo-. Vas a cruzar el Indo, vas a pasar otros siete años lejos de tu tierra, tu ejército se amotinará y para el momento en que logres establecer otra Alejandría -¿cuántas Alejandrías hay ya en estos momentos?- en el hemisferio oriental, tu gobierno del oeste habrá caído y tendrás que empezar todo de nuevo. ¡Mi Dios, qué proyectos!

-Deja de jugar conmigo -dijo el rey y se sentó, con considerable dignidad, en un taburete bajo, cerca de la entrada de la tienda.

-¿Por qué? Tú acostumbrabas a jugar conmigo -dijo razonablemente el espectro.

-Es cierto; lo hacía.

-Precisamente: lo hacías.

-La muerte no te ha pulido el carácter -dijo Alejandro.

-¡Ni ha suavizado el tuyo!

-Los que quieran patadas van a recibir patadas -dijo el rey.

-Sí, eso es -dijo su amigo, parpadeando-. Bien, lo que quiero es lo siguiente: quiero que regreses, que vayas a pasar el próximo invierno a Heliópolis, el nuevo nombre de Babilonia (¡qué cambio!) y que retires tus fronteras hasta los confines de Persia. Eres un idiota: no puedes conservar lo que has obtenido. Tal como está, el imperio se desmembrará tres días después de tu muerte. Piensas que un lugar es tuyo con sólo erigir unas cuantas columnas grabadas y nombrar un sátrapa. ¡Qué tontería!

-Y... -dijo Alejandro.

-Y... -repitió el espectro, un tanto perplejo- y, bueno, eso es lo que quiero.

Alejandro se puso de pie.

-No estoy acostumbrado a... -pero una brisa repentina levantó la cortina de la tienda, como si alguien en un arranque de violento entusiasmo la hubiera arrojado hacia el cielo. Riendo alegremente, aunque en forma algo embarazosa tal vez, Alejandro se dirigió hacia su amigo y lo abrazó.

-¿Me creerías -le dijo- si te dijera que me arrepentí, que me arrepentí sinceramente? Hombre, si no quise ver a nadie durante tres días; hasta pensaron que los iba a abandonar en el medio del desierto. ¡Tanta era mi pena! Pero tendrías que haberme conocido lo suficiente como para mantenerte lejos de mí.

Sin estremecerse, palmeó la espalda de su amigo, de una consistencia poco natural.

-Y lo que cuentan sobre tu hermana es cierto, aunque un poco adornado -dijo-. La quería de veras y me disgustó profundamente tener que causarle un dolor. Y en cuanto a ti... -su voz se enturbió-. Bueno, tú sabes...

-Ay -dijo el espectro, parpadeando sin poder evitarlo.

-*Tú* sabes -dijo Alejandro con ternura-. Tú sabes.

Y entonces, sin decir una sola palabra más, pero volviéndose para mirarlo con una sonrisa compasiva y llena de pesar, salió de la tienda.

Al quedarse solo, el extranjero lo siguió pensativamente con la mirada durante un minuto. Después, con extraordinaria rapidez, arrebató su manto de la silla próxima a la mesa baja, hizo con él un pequeño paquete y lo arrojó al aire. Al observarlo mientras permanecía suspendido entre el techo y el piso se rió para sus adentros, en un ataque de risa silencioso que lo hizo doblarse en dos. Tan pronto como desvió su mirada del manto, éste cayó como

cualquier otro objeto, desplegándose sin ninguna elegancia en un desparrame de tela, como un ganso herido. Lo levantó y se lo puso.

Ahora, nos toca la otra, pensó, y se sentó en el banco cerca de la pared de lona, muy formal. Su nombre era Clito, y en vida se lo conocía como Clito el Negro.

Para consolidar su posición política en Persia, Alejandro se había casado (y obligado a hacer otro tanto a doscientos de sus nobles, sin considerar sus sentimientos) con una dama persa de linaje aristocrático. Roxana -así se llamaba su mujer- había pasado la mayor parte de su niñez en un patio con piso de mármol y mosaico, aprendiendo a leer y a escribir (algo por lo que sentía el mayor desprecio) o corriendo detrás de una pelota a rayas junto con varias otras niñas que le besaban la mano a la mañana y a la noche y le decían «señora». Cuando cumplió los diecisiete años la casaron repentina y sorpresivamente con un hombre famoso, atractivo, joven y formidable. Tres semanas lejos de su hogar bastaron para despertarle una desesperada nostalgia por su patio, al que hasta entonces había considerado una prisión, y en el que había deseado estar parada sobre una silla, montada sobre otra, montada a su vez sobre una mesa, para poder ver que era lo que había afuera y atisbar el ancho mundo.

Entró a la tienda cuando hacía cinco minutos que la había dejado Alejandro y dos que el extranjero se había sentado en un banco.

-¡Oh! -dijo, sorprendida.

Antes de que pudiera asustarse y huir, él ya estaba de rodillas, con la cabeza inclinada en señal de homenaje; después le besó la mano, cosa que la reconfortó, tan familiar le resultaba ese gesto.

-¿Quién es usted? -dijo con tono sensato.

Él sólo le sonrió tan imprecisa y pensativamente como sonríe el hombre que no ha sido ninguna otra cosa que el juguete favorito de una mujer, y le volvió a besar la mano.

-Señora -le dijo- mi nombre es Teofrasto.

-¡Qué nombre estúpido! -dijo Roxana, riéndose, porque nunca había aprendido a mentir ni a ser cortés.

-Señora -dijo él, simulando una súbita alarma-, tal vez usted no debería estar aquí a solas conmigo. Esto es... quiero decir... me parece...

Roxana sacudió la cabeza.

-Nadie me sigue hasta *aquí* -dijo- y nadie se atrevería a hacerme daño, supongo -agregó.

-Nadie con corazón podría hacerlo -dijo él.

Ella se sonrojó.

-Señora -dijo él rápidamente- tengo que encontrar al Emperador.

-No se dónde está -contestó ella, dejándose caer sobre el banco.

Parecía interesada y ansiosa. El espectro empezó a caminar de una punta a la otra de la habitación, como un hombre cuyo espíritu está atormentado por alguna urgencia.

-Pero, señora... -dijo, y luego sacudió unas cuantas veces la cabeza como hablando consigo mismo y repitió-: Señora...

-Bueno ¿qué pasa? -gritó Roxana, que era totalmente ignorante y por lo tanto no sentía ningún temor.

El espectro vino a sentarse a su lado, arrastrando su manto negro en un gesto un poco ridículo.

-Usted sabe, señora -dijo con seriedad- que su marido, Su Majestad Imperial, *pai dios...*

-Sí, sí -dijo con impaciencia Roxana, entrelazando las manos.

-Su marido -dijo el espectro mirando a su alrededor como si temiera que pudieran escucharlos- le habrá contado, seguramente, señora, que piensa cruzar el río dentro de pocos días, y para eso necesitará exploradores nativos, guías, señora, que lo pongan al tanto de cuáles son las ciudades y los pueblos que hay del otro lado.

Roxana asintió, prestando mucha atención.

-Bien, ahora resulta que... -prosiguió el espectro- y créame, señora, créame que estoy medio enloquecido... resulta que esos guías que su marido contrató no quieren ir a ninguna parte y se dispersaron en todas direcciones, señora.

La miró pidiendo disculpas, como si lo que estaba por decir fuera demasiado idiota para que se lo creyeran o, por lo menos, muy alejado de la conciencia de Roxana, y luego dijo:

-Tienen miedo de los espíritus, señora.

-¡Espíritus! -gritó Roxana, irguiéndose como un resorte.

-Oh, sí, pero no es nada, estupideces de los nativos, como eso de que hay gente caminando con los pies dados vuelta...

Roxana se puso de pie de un salto y empezó a caminar nerviosamente por la tienda.

-Si allí hay espíritus -dijo- no lo dejaré ir.

-Pero Su Majestad Imperial -replicó el espectro, con una leve tosecita.

-Usted no se preocupe -dijo ella-. Conozco muy bien esas cosas que...

Se volvió hacia él con aire de sospecha:

-¿Qué clase de espíritus?

-¿Qué clase? -repitió el espectro, confundido.

-Sí -dijo ella-. Acaso son... son... -y con un susurro- ¿sorbedores de sangre?

-Oh, no -dijo el espectro, desconcertado.

-Ah, entonces está bien -dijo ella con alivio-. Uno puede mantener a raya a los demás, pero a *esos...* -De repente, lo miró fijamente-. ¿Usted no está al tanto, no es cierto? -preguntó.

-Por supuesto que sí -replicó él.

Ella frunció el ceño.

-No, usted no sabe -dijo con énfasis. Su cara se oscureció-. ¡Usted es griego!

Él lo admitió.

-¡Ja! -dijo ella-. Probablemente ni siquiera cree en ellos.

Él protestó: sí que creía.

-No, no cree -dijo ella-. Lo podría jurar. Usted le va a decir a mi marido que se trata de una sarta de estupideces, ya sé.

-¡Señora! -protestó él-. Por mi honor...

-¡El honor de un griego! -gritó ella-. Usted le va a decir a mi marido que se trata de una pavada asiática. -Se precipitó sobre él, tomándolo de los hombros y sacudiéndolo frenéticamente-. ¡Sí, eso es lo que va a hacer! -gritó-. Le va a decir que no es más que una estupidez y entonces él va a ir y entonces... -y se apartó, con las facciones alteradas. Empezó a llorar.

-Vamos, vamos -dijo él.

-¡Lo va a matar! -se lamentó la pequeña Roxana-. ¡Lo va a matar!

-No, no -dijo el extranjero, acariciándole el cabello.

Ella se reclinó sollozando sobre él; después se separó bruscamente.

-Siento nostalgia -dijo en forma abrupta, tratando de explicar su conducta.

-Por supuesto, por supuesto -dijo el espectro con ese tono que tanto agradaba a las mujeres cuando vivía-. Es muy natural.

-No debería acariciarme la cabeza -dijo Roxana lloriqueando.

-Claro, por supuesto -dijo él con suavidad-. Por supuesto. Pero eso la calma, ¿no es cierto? Y a mí me da tanta pena verla triste.

-Se me enrojecen los ojos -dijo Roxana, sonándose la nariz con su larga manga persa.

-Se siente desdichada -dijo él- y a mí no me gusta que la gente se sienta desdichada, ¿sabe usted?, aunque yo personalmente tenga muy pocos sentimientos.

Sonrió.

-Tuve una vez una esposa como usted; era mucho más inteligente que yo y odiaba la corte: una verdadera intelectual.

-Yo soy muy burra -dijo Roxana despectivamente-. Creo en los espíritus.

-Ah, pero... -dijo el hombre, como si hubiera hecho un descubrimiento asombroso- ¡yo también!

-¿De veras? -dijo ella.

-Sí. He visto demasiados como para no creer en ellos; pero la clase de espíritus en la que yo creo no es la de esos espectros hindúes, con sus pies dados vuelta o la de los demonios y genios del mal de ustedes, los persas, que chupan la sangre, sino en una clase... bueno, una clase...

-¿Una clase griega? -preguntó Roxana, fascinada.

-No, pienso en una clase universal -dijo él con una risita culpable, acariciándole el cabello-. Es la clase, fíjese... Cuando un miserable, un pobre idiota, muere, a veces muere con una pasión insatisfecha, con algo que lo atormentó toda su vida pero que nunca pudo dominar o manejar. Y este pobre imbécil descubre después de morir que no es uno de esos muertos afortunados que yacen en la tierra o se consumen en el fuego y desaparecen, es decir un muerto con suerte. La mayoría de estos hombres -y también mujeres, como usted comprenderá-, no son gran cosa, se podría decir que carecen de un temperamento fuerte, y que simplemente vuelan arrastrados por el viento como trapos viejos, vagando de aquí para allá.

-Oooh... sí... sí... -susurró Roxana.

-Eso es lo que sucede con la mayoría de nosotros -prosiguió él, tomándole la cara con ambas manos-, para casi todos, como se imaginará, salvo para unos pocos... -Sonrió de un modo encantador-. Unos pocos tienen demasiada sensibilidad para poder resistir eso; quieren demasiado, y ésos son los muertos de los que se habla en canciones y cuentos, los que vuelven para saldar deudas pendientes o tomar venganza, como usted sabe, o para cuidar a sus hijos. Y algunos... ¡ah, algunos! tienen una pasión devoradora, una fuerza que no los deja en paz; tienen cuerpos consistentes como usted y como yo. Uno puede verlos, incluso, y encontrarlos... bueno, ¡en cualquier parte!, en el ágora a mediodía, en los templos, en los teatros...

-¡No proyectan sombra! -lo interrumpió Roxana ansiosamente.

-Pero sí -dijo él- sí que lo hacen y a veces -con la misma risita culpable, levantando su manto y acunándolo en sus brazos-, a veces hasta llevan sus sombras de paseo con ellos. Hacen toda clase de cosas raras, pero son pobre gente después de todo, ¿sabe usted?

-¿Por qué? -susurró ella.

-¿Por qué? -respondió él vivamente-. Bueno, porque sólo viven mientras su pasión permanece insatisfecha, ¿comprende? Y tan pronto como obtienen lo que han venido a buscar mueren definitivamente. Pero *tienen* que venir, ¿sabe usted?; no pueden evitarlo ¡lo desean tanto! Usted misma sabe bien -aquí ella se estremeció- qué es lo que se siente cuando se vive deseando algo con desesperación.

-¡Sí que lo sé! -dijo con tristeza.

-Bueno, ahí tiene.

Dejó de hablar, la miró con ternura y después, como si fuera la consecuencia lógica de su discurso, la besó atrayéndola hacia él por los hombros.

-¡Pero eso está mal! -se quejó ella, rompiendo a llorar, porque tenía un marido y nunca nadie, de veras... y él sonreía porque ella le traía (tal vez) tres o cuatro recuerdos seleccionados entre todos sus recuerdos de mujeres, o quizá todos a la vez, porque había amado y se había compadecido de todo ser viviente cuando aún estaba vivo.

-La pequeña quiere volver a casa, ¿no es cierto? -susurró, estrechándola contra su cuerpo-. La pequeña se siente sola, ¿no? -y le besaba el cabello.

-Sí, sí -sollozó ella, apartándolo.

Como si despertara de un encantamiento lo miró llena de dudas, lista para escapar.

-Señora -dijo él rápidamente- si usted me permite... Esto no significa una traición a Su Majestad Imperial, pero un hombre de acción, un hombre preocupado con problemas de estado... un hombre ocupado, en resumen, un hombre así puede descuidar a los que están más cerca de él y le son más queridos sin la menor intención de hacerlo; incluso puede no ciarse cuenta de que lo está haciendo, con todas las preocupaciones que tiene en su mente.

-¿Eh? -dijo Roxana, aturdida pero segura de que venía algo que valía la pena.

-En tales casos -dijo el extranjero con una sonrisa dulzona- una breve ausencia puede ser la mejor... Ah, caramba, señora, perdóneme por darle consejos, pero como viejo amigo de la familia que soy, siento...

-Bien... -dijo Roxana, tratando de adoptar aires de gran dama.

-Siento -continuó él- que si fuera posible enfrentar a su marido con la perspectiva (ficticia, por supuesto) de perderla, si fuese posible lograr que imaginemos eso, por decirlo así, se daría cuenta inmediatamente del vacío, del hueco (si me permite hablar así), de la ausencia en su vida y con un arranque de sentimiento o de arrepentimiento, no es mi intención suponer que... el.. él se lamentaría de que sus ocupaciones lo hubiesen apartado de usted tan a menudo.

-Bueno, ss... sí -dijo Roxana.

-Muchos hombres -continuó con unción el extranjero- muchos hombres sólo se dan cuenta de sus verdaderos sentimientos cuando esos sentimientos se ven amenazados, por así decirlo. Ellos...

-Sí, pero ¿cómo? -lo interrumpió con impaciencia Roxana.

-¿Cómo? -dijo él.

-¿Cómo puedo hacerlo?

Hizo una reverencia (lo mejor que pudo desde su posición sentada).

-¿Cómo? -repitió ella con ansiedad-. Vamos, dígamelo y déjese de rodeos.

-La señora ha captado la idea en el acto -dijo admirativamente el extranjero.

-Siempre lo hago -dijo ella-. Soy muy lista, pero si usted realmente no...

-Un momento, un momento -Se aclaró la garganta- ¿No podría usted...? -dijo, y luego agregó-: hay una aldea india a unos pocos kilómetros del campamento.

-Sí, es cierto -se apresuró a responder Roxana.

-Usted no ha estado nunca en ella -dijo él- pero puede llegar fácilmente; por supuesto, mientras haya luz. El sendero es ancho y no se puede equivocar. Si no le importa tener que alojarse en la casa de uno de los campesinos... casa relativamente rica y hasta lujosa, en comparación con otras, por supuesto.

-Claro que no me importa -dijo ella.

-Bueno, entonces, ¡todo listo! Quédese allí una noche y él enloquecerá por su ausencia. Y no me sorprendería sí, de paso, abandona su proyecto indio. De ahora en adelante usted va a recibir más atención de parte de él. -Abrió las manos-. Todo listo.

-¡Oh! -exclamó Roxana-. ¡Oh! -repitió con deleite. Se puso de pie de un salto.

-Lo haré -dijo para sus adentros- esta misma noche. Gracias. -Se precipitó fuera de la tienda, exclamando-: Sí... Debo...- y después se volvió abruptamente, diciéndole-: ¡No le diga nada a nadie!

Él le tomó la mano y ella exclamó:

-¡Por favor, señor!... -de una manera bastante espontánea, y la retiró con un gesto de disgusto.

Él hizo una reverencia hasta el piso -una verdadera reverencia, esta vez- y la princesa salió corriendo.

Una vez solo, el muerto se apoderó de dos objetos, propiedad de su antiguo amo: una pluma y una hoja de papel. Con una expresión grave adecuada a las circunstancias, empezó a

escribir una carta, una de esas cartas que escriben a sus maridos las esposas aventureras y fugitivas, que encuentran sumo placer en escapar con alguien que les interesa, pero que escriben sobre el asunto como si se tratara de la más profunda y horrible compulsión. Al terminar, se reía silenciosamente para sus adentros, ¡Ay, qué dulce había sido ese beso! «Pero sólo en homenaje a los viejos tiempos», pensó. Las cualidades estáticas de la muerte lo oprimían; sentía que la mutabilidad era la única esperanza de la humanidad, aun cuando se llevara las flores y los placeres de la vida. Lo más terrible de los muertos era que no cambiaban, que no podían cambiar, pues jamás podrían, jamás podrían siquiera tener la más leve esperanza de cambiar. «Cambiar», pensaba con angustia indecible. Fuera de la tienda, ten transparente a su mirada como el cielo, el sol estaba empezando a ponerse. La pequeña Roxana estaría en su aldea india al anochecer, muy intrigada, encantada de poder ver cómo vivían los paisanos y jugando alternativamente a la lechera y la gran señora. La envidiaba. Envidiaba a Alejandro, envidiaba a cada soldado raso, envidiaba a cada perro, a cada rata, a cada piojo de ese promontorio pedregoso e inhospitalario. Podían tener hambre, podían sentir dolor. No podían atravesar la peor de las batallas de Alejandro sin más peligro que el que corría la lluvia que pudría los cuerpos de los muertos. ¿Se conformaban los hombres con poco... u obtenían demasiado? No podía decirlo. Con la cara mansa e ingenua y el aire tímido que lo habían hecho tan popular en la corte de Alejandro, daba vueltas por la tienda, sosteniendo la carta en la mano.

Se estaba preparando la cena para todo el campamento, casi cinco kilómetros de comida. Le costaba un esfuerzo considerable imaginar tanto ajetreo humano. Se movió ciegamente, vacilando hacia la mesa de campaña de Alejandro y entonces, cuando los inocentes mapas y memorandos lo miraron fijamente en la oscuridad, su semblante se aclaró. Dejó caer la carta en el medio del montón. Alejandro buscaría a su dama en el bosque, no en la aldea, engañado por las caprichosas instrucciones de un muerto, y una vez en el bosque... Su cara inexpresiva se conmovió con un gesto de furia dolorosa. ¡*Ese maldito estúpido*! El centinela que encontrara el mensaje correría hacia él -ni un minuto antes de lo necesario, de eso se ocuparía él- y Alejandro, que sabía perfectamente bien que su mujer detestaba escribir y tenía pésima ortografía, iría...! El espectro se dobló en dos con un silencioso ataque de risa. ¡Oh, el Emperador se sentiría como un idiota, pero iría! ¡Despreciaba a su mujer, sin duda, pero iría! ¡Sabría que era una trampa, pero iría! ¿Qué era lo que había dicho el filósofo ateniense? ¿Que los espectros detestan las multitudes? Sí, era eso. *En silencio, en reducida compañía y, sobre todo, de noche...* ¡El muy imbécil! Lo que pasaba era que resultaba más fácil manejar a los hombres en soledad, en silencio, en la oscuridad; eso era todo. Incluso ese grandísimo idiota, ese rey de los idiotas, ese rey de reyes... Riéndose todavía para sus adentros, el amigo del emperador caminó hacia la pared de la tienda con el manto doblado sobre el brazo. Podía haber elegido cualquier camino para salir, pero decidió disolverse como niebla a través de la pared, asombrando a cualquiera que lo hubiera visto. Pero nadie lo vio.

Cuando Alejandro recibió la carta de su mujer, estaba reclinado en un diván; acababa de cenar y escuchaba a uno de sus filósofos amaestrados que le leía un discurso sobre la inmortalidad del alma. No le gustaba. Había bebido moderadamente durante la cena.

Recibió la carta lacónicamente, la leyó con brusquedad y dio curso libre a su sentimientos con un rugido de rabia.

-¡Señor! -exclamó el filósofo domesticado.

-¡Maldita sea! -gritó el rey.

-La inmortalidad del alma... -aventuró el filósofo, temblando.

-¡Al infierno la inmortalidad del alma! -aulló el conquistador, con el cuello hinchado.

Empezó a ponerse la armadura. Se precipitó hacia la pared, se apoderó del escudo y salió como un rayo, volviéndose sólo para arrebatar su espada del lugar en que estaba, junto a la entrada de la tienda. Tenía la cara encarnada y los rasgos alterados, parecía un demonio.

-¡Y al infierno *contigo*! -aulló.

Buscaron en la zona norte del campamento, sin confiarse a la suerte; se gritaban unos a otros; alguien encontró huellas, pero no tenían el tamaño apropiado. Pronto, debido a su propia impetuosidad y al miedo que tenían sus soldados de separarse, el emperador y uno de sus filósofos, un historiador, un tal Aristóforo, se encontraron a la cabeza de la partida; estaban en un pequeño claro.

-Descansa, descansa -dijo Alejandro.

Y el anciano, tambaleando hasta un tronco caído, respondió:

-Sí, mi señor.

Llevaba una antorcha; se sacó las sandalias y se sentó con la espalda encorvada y la barba apuntando a las rodillas.

-¿Porqué no gritan? -dijo repentinamente Alejandro-. Les ordené que gritaran.

-Nos alcanzarán, señor -dijo el filósofo frotándose los pies-. Sin duda.

-Sin duda -repitió Alejandro, y fue hacia el otro lado del claro, donde comenzaba a filtrarse la débil luz de la luna que se levantaba.

-No consigo ver ninguna luz -dijo.

-Según Aristóteles -dijo el filósofo con toda calma-, el ojo emite rayos que son reflejados por los objetos que se hallan en su camino, produciéndose de este modo la visión. Pero cuando estos rayos son reflejados poderosamente por un objeto cualquiera -y los objetos compuestos por el elemento fuego son vigorosísimos en el ejercicio de esta propiedad-, entonces los demás objetos parecen débiles y tenues en comparación.

-¡Acabemos! -dijo el joven, y como el viejo se quedó mirándolo sin entender, Alejandro se apoderó él mismo de la antorcha y la arrojó, apagándola contra el suelo. Inmediatamente la oscuridad que los rodeaba se precipitó sobre el lugar, como si el círculo de luz se hubiera cerrado de golpe. Alejandro se inclinó entre los árboles, en el borde del pequeño claro.

-No puedo... -dijo, y luego, conciente de haber hablado en un tono más bajo que antes- no puedo ver nada.

-Nos alcanzarán, señor -dijo el anciano.

Algo muy peculiar estaba ocurriendo en el pequeño claro al levantarse la luna y apagarse la antorcha: los objetos se deshacían y cambiaban de forma, precipitándose uno sobre otro como si nada en el universo fuera estable. El claro se parecía al fondo del mar.

Alejandro caminó rápidamente ida y vuelta durante unos minutos; luego se dio vuelta (como si el lugar le afectara los nervios) y miró fijamente al anciano.

-Tengo miedo de hablar en voz alta -dijo, como si constatara un hecho y luego agregó de modo cortante-: ¿Quién eres?

-¿Cómo, señor? -dijo el anciano, alarmado, pero su imperial amo no le respondió; sólo sacudió la cabeza como hace un hombre cuando le entra tierra en un ojo. Dio vueltas otra vez y luego se detuvo como si la vaga luz y las masas de sombra lo confundieran; dijo:

-No escucho a nadie.

-Claro que no, señor -dijo plácidamente el anciano, acariciándose los dedos del pie-. Supongo que pasaron de largo y que debemos esperar hasta mañana.

-¡Imbécil! -dijo Alejandro.

Se paró en la mitad del claro, sin saber qué partido tomar; después dijo:

-Vete de aquí, viejo.

-¿Señor? -dijo mansamente el filósofo.

-¡Fuera de aquí!

-¡Pero señor...!

-¡Fuera! ¡Es una orden! Enseguida encontrarás a los otros.

-¿Su Majestad va a... -empezó el filósofo, pero Alejandro (que había sacado la espada) le indicó imperiosamente que se fuera.

-¡Vete! -aulló.

-Pero, mi amado señor... -(con sorpresa), y entonces el rey lo apremió con tal furia que el anciano escapó del claro con las sandalias todavía en las manos. Enseguida vio las luces de las antorchas de los soldados, como le había dicho Alejandro. Los hombres pasaron el resto de la noche buscando al emperador, pero no lo encontraron.

Al quedarse solo, y doblemente inseguro de sí mismo, Alejandro retornó al claro, sólo para ver a su amigo que descansaba bajo un árbol a la luz de la luna, en el otro extremo. La luna se había levantado y bañaba el pequeño claro con una lívida luz amarilla. El rey sintió que sus nervios cedían; tuvo un impulso de amor o de desesperación y sintió deseos de sepultar su cabeza en las rodillas de su amigo y pedirle...

-Me gusta una luz en la que puedo juzgar las distancias -dijo hoscamente.

-Aquí no hay distancias -dijo el muerto-. Aquí las cosas están muy juntas.

-Y mi esposa -preguntó el conquistador.

-Sana y salva.

Se miraron por unos instantes, uno erguido y tieso como un perro, el otro con su cuerpo amoldado a la forma del árbol como en su corta y fácil vida se había amoldado a cada superficie, a cada orden, a cada necesidad.

-¡Tu hermoso mundo! -dijo Alejandro con desprecio, indicando el claro con un gesto que era casi -pero no del todo- un chasquido de los dedos.

-No -dijo el muerto, sonriendo cortésmente-. El tuyo. El mundo verdadero; como el fondo del mar. Mis facciones parecen vibrar y desvanecerse cuando las miras; podrían ser las de cualquiera.

-¡Pura fantasía! -con desdén.

-Ah, la fantasía... la fantasía, que, según los filósofos da color a todo.

El muerto se apartó del árbol y se encaminó sin ruido hacia el claro, sobre la hierba plateada.

-Querido amigo -dijo con suavidad- querido, querido amigo, debes recordar que estoy muerto y por lo tanto miro las cosas desde un punto de vista muy especial. Conozco, ya ves, los tormentos del deseo que trasciende la muerte, un deseo demasiado tardío para ser satisfecho, y quiero evitarte un destino igual al mío. No debes perder la eternidad deseando a tu esposa, a tu cocinero y a tu colchonero, porque los descuidas; porque sabes que los descuidas.

-¡Bah! No los quiero -dijo Alejandro.

-¿No? -Con la misma sonrisa estereotipada el muerto avanzó hacia él, como un cadáver que camina o como un hombre en un sueño.

-¡Apártate! -gritó el rey, horrorizado.

-¿Por qué? -dijo su amigo, con amabilidad- ¿Porque tengo una cara blanca? ¿Porque parezco un leproso? Mi cara está blanca, querido amigo, debido a un exceso de pasión; mis movimientos son lentos porque estoy muerto.

-Maldito seas, ¿qué quieres? -gritó Alejandro, jadeante.

-¿Qué quiero? Al hombre que me mató.

-¡Yo nunca... nunca...! -gritó el rey apasionadamente.

-¿Nunca? ¿Nunca?

El color inundó, en oleadas, la cara del muerto e hizo que pareciera negra a la luz de la luna.

-¿Nunca tuviste la intención? ¿Nunca lo pensaste? ¡Claro que no, me imagino! ¡Nadie tiene

la intención de matar a una mascota! Uno retuerce el pescuezo del pobre pajarito en un momento de ciega e irreflexiva irritación, ¿no es cierto? Uno patea al payaso y ¡caramba! el pobre idiota cae escaleras abajo y se rompe el pescuezo ¡Bah! Es casi lo mismo que romper un florero.

Se miraron por espacio de un minuto, y después... como si la explosión hubiera quebrantado su estado de ánimo y lo hubiera tranquilizado...

-Nunca te tuve antipatía -dijo Alejandro, de mal humor.

-¡Oh, no! -su tono era algo intermedio entre la risa y el sollozo-. ¡Oh, no! -más calmo.

-No, nunca -dijo el rey impasiblemente y fue a sentarse en el tronco caído.

-No he terminado -dijo su amigo suavemente-. ¿Sabes lo que te has perdido? -Se inclinó sobre el hombre sentado-. Para empezar, la dulce lengüita de tu esposa que yo saboree hace unas cuatro horas.

Alejandro no dijo nada.

-Ah, ¿no te importa? ¿Tienes la gloria?

-Eso es -dijo el monarca.

-Sí, como el crepúsculo, supongo: todo el color y la luz que no pertenecen a nadie, te pertenecen a tí. ¡Palabras! ¿Qué más tienes? ¿Amor?

-No trabajamos esa mercadería -dijo Alejandro con una breve sonrisa.

-¡Ah! Estás hablando como tu padre. Tu padre, al que tu madre envenenó con el veneno que se usa para enloquecer a las ratas, y que murió gimoteando en los brazos de una sirvienta que fue la única lo bastante tonta y arriesgada en todo el palacio como para alcanzarle un vaso de agua.

-Uno puede evitar que lo envenenen -dijo Alejandro, sonriendo otra vez con esfuerzo.

-Efectivamente, uno puede evitarlo -dijo su amigo-, y me imagino que si evitas que te envenenen o te asesinen o te apuñalen en un motín -y hasta ahora has tenido éxito-, llegarás a viejo.

-Me cansas -dijo Alejandro levantándose.

-¡Ah! Pero espera... ¿Piensas que puedes arreglarte, al final?

-¡Ya disparaste tu flecha!

-No, espera... escucha... Se trata de mi esposa: pienso en ella todo el tiempo, en el color de su cara y su cabello, en la lejanía de su trato conmigo, en cómo la quería más por eso, creo. ¡Oh! ¡Ojalá no tengas que ir errando después de muerto, recordando cosas como ésas!

-Puedo recordar lo que hice -dijo Alejandro, riendo- que es más de lo que tú puedes hacer, supongo. ¡Y ahora déjame ir! No dispongo de más tiempo.

-No, no -dijo su amigo, en voz baja.

-¡Oh, sí! -respondió el rey en el mismo tono.

-Inténtalo -dijo el muerto.

El rey sacó su espada.

-Inténtalo. -Su amigo estaba sonriendo de modo encantador; extendió el cuello como ofreciéndolo a la hoja del cuchillo.

-Puedo retenerte aquí -dijo-. Al menos eso lo puedo hacer.

-¿Para qué? -con brusquedad.

-Ya lo verás.

El rey empezó a reírse; dio vueltas por el claro aullando de júbilo. La luz de la luna hacía centellear la empuñadura de su espada y una línea de plata llameaba a lo largo de la hoja. Hizo girar la espada en círculos por encima de su cabeza, como un muchacho que va a luchar por primera vez, golpeó los troncos de los árboles con ella y rió.

-Tengo algo que mostrarte -dijo el muerto con calma.

-¿Qué? -dijo el rey-. ¿Qué? -casi sin aliento.

-Una cosa, querido muchacho.

Alejandro no podía dejar de reír. Se sentó en el tronco y aulló a carcajadas, balanceándose hacia atrás y hacia adelante. La luna se debió ocultar detrás de una nube porque el pequeño claro se puso más y más denso; en la oscuridad, en medio de una masa informe de sombras confusas, estaba sentado Alejandro, riendo. Levantó la vista y para su sorpresa se encontró con que su amigo muerto estaba detrás de él y lo tenía sujeto por los hombros con una presión tan fuerte y sin embargo tan delicada que no podía quebrarla. Se vio forzado a volverse a un lado: trató de darse vuelta y no pudo; se debatió estérilmente bajo la presión del muerto mientras la cara de su amigo, tan cerca de la suya, no cedía un milímetro ni demostraba con una mínima alteración en la expresión, que controlar al guerrero del siglo significara el menor esfuerzo para él, un blando, que siempre había vivido blandamente.

-Mira -dijo-. Mira hacia delante. -El tono de su voz era casi de amor y, cambiando la posición de sus manos para sostener la cara del rey (ese rey cuyos brazos colgaban ahora inútiles a ambos lados de su cuerpo), lo forzó a volver la vista.

Alejandro lanzó un grito como el de los condenados, como el alarido de un animal herido al que nada detiene, ni la discreción, ni la prudencia, ni el miedo. Habría caído al suelo si el muerto no lo hubiera sostenido.

-¡Allí, allí, allí! -dijo el muerto en un susurro suave, entusiasta, acuciante, mientras le brillaban los ojos- ¡Allí, mira! ¡Mira! -Aferró los hombros del rey con tal vehemencia que le dejó las marcas; lo sacudió-. ¡Allí está tu gloria! -susurró y finalmente lo soltó, retrocedió por el claro sin sacarle los ojos de encima, sin mover las manos rígidamente extendidas, mezclándose con la espesa sombra y la luz incierta, a tal punto que nadie que lo buscara con la mirada hubiera podido saber que allí había estado una persona.

Alejandro estaba sentado, exhausto, sobre el tronco caído, como antes el anciano filósofo. La luna empezaba a esconderse; la mañana estaba próxima. Sus soldados, horriblemente asustados ante la idea de perderlo en la mitad de la noche lo encontrarían por fin, aunque él no les iba a hablar: levantaría su hermoso rostro y no diría nada. Le traerían a su esposa (ella se había preocupado y había enviado un mensajero al campamento a medianoche) y él la miraría, diría su nombre con un tono de sorpresa... y se desmayaría. Dos días más tarde, el ejército, las doncellas de la reina de Persia, el cortejo de filósofos del rey y la real pareja en persona empacarían todo su equipaje y emprenderían la marcha de regreso a Babilonia, llamada ahora Heliópolis.

Un profesor egipcio cuyo sistema de clasificación para la biblioteca de Alejandría, en Egipto, había sido rechazado sumariamente por el emperador, fue quien inició los rumores. Según él, Alejandro estaba loco y lo habían encerrado. Se pasaba el día borracho. Alternaba baños invernales a medianoche con ataques de fiebre. Su mujer lo había dejado.

-No, no -decía acaloradamente Aristóforo-. La verdad se que... -y salía apresuradamente para atender alguna otra cosa.

Alejandría de Egipto, la de Babilonia, Alejandría... en una habitación del palacio de Heliópolls había una réplica (de unos dos metros y medio de alto) de un monumento que Alejandro había hecho construir en memoria de su amigo muerto tan pronto como él (Alejandro) había vuelto a esta última ciudad. El monumento era una torre de bronce de veinticinco metros de altura con una plataforma en lo alto... «para saltar», había dicho Alejandro con toda intención, observando cómo se crispaba Aristóforo. Bebía durante horas al pie de la estatua de modo desordenado; de vez en cuando le hablaba.

Una tarde, en esa época del final del invierno en que una casa de piedra -incluso en el clima de Babilonia- se convierte en un lugar para helar a los vivos y preservar a los muertos, Aristóforo encontró a su amo dormido al pie del monumento.

-Estáis borracho, mi señor -dijo con tristeza y desaprobación.

-Y tú eres un burgués -dijo Alejandro.

-Hay que destruir ese monumento -dijo Aristóforo llorando.

-Tiene su encanto -dijo Alejandro.

-¡Es grotesco! -llorando más fuerte.

-Es necesario. -Alejandro rodó y se detuvo en un escalón, parpadeando como un búho-. Queremos honrar a nuestro amigo muerto, Aristóforo. -Descubrió un odre de vino bajo un montón de prendas de vestir-. ¡Bravo!

-¡Señor! ¡Mi señor! -lloraba el anciano filósofo.

-¡Señor! ¡Mi señor! -lo imitaba Alejandro, burlándose. Yacía perezosamente sobre el montón de ropa-. Piensas que estoy borracho pero no es así. -Suspiró-. Hace años que no me emborracho como es debido; estoy demasiado acostumbrado.

-¡Oh, señor!

-¡Bah! ¡Fuera de mi vista! -y cuando quedó solo su cara se tornó perfectamente inexpresiva. El salón de piedra estaba cubierto de cortinados imponentes, que daban a las paredes una dignidad espuria, ligeramente ridícula. Una de las ventanas no estaba cubierta; Alejandro se arrastró cansadamente hacia ella; daba sobre un pequeño patio y un jardín, donde alguien estaba trabajando con la azada. Al mirar, el rey cerró ambas manos inconscientemente; la vista de una persona trabajando lo afectaba, el esclavo se doblaba en dos, limpiando y arrancando maleza; después se enderezó y se frotó la espalda. Un sonido débil, inarticulado, que él no podía oír, salió de la garganta del rey, que levantó el odre para tomar y se detuvo a mitad de camino. Recordó, con satisfacción, la vez en que le había arrancado una copa de vino al anciano filósofo, cuando el hombre quiso bebería en una dramática y desesperada demostración de que él también caería tan bajo como el rey. Alejandro rió.

-Me siento mal -dijo-. Se apoyó en el antepecho de piedra de la ventana, contemplando el cielo y tiritando.

Las palabras que usan para la borrachera, pensó: *Aplastado. Atontado. Ciego. Como sufriendo el impacto de una roca.* ¡Ah!... Caer... Sus temblores aumentaron. Pensó otra vez, con placer, que estaba enfermo.

-Aniquílalo-, pensó.

Se tomó la cabeza entre las manos. Lo molestaban con su mujer: ¿quién la protegería?, decían. Sí, eso era cierto... Resbalando hasta apoyar las rodillas en el piso, acomodó su espalda contra la pegajosa pared de piedra con cierta sensación de bienestar. El muerto había dicho una vez... ¿qué había dicho? «La comodidad ante todo». Pero eso había sido cuando vivía.

-Amado señor -dijo alguien.

Alejandro abrió los ojos.

-Vete -dijo.

-Señor, mi señor -dijo el anciano filósofo.

Cuando abrió de nuevo los ojos vio que Aristóforo se había ido. Sabía que estaba enfermo y eso lo alarmaba. Se puso de pie con gran esfuerzo y se encaminó hacia el monumento.

-Oh, amor, amor mío -dijo apasionadamente pero a nadie en particular-. Amor, amor mío. Amor mío...

La luz del final de la tarde, invernal y descolorida, entraba por la ventana descubierta y formaba un rectángulo en el piso. Allí yacía Alejandro. Abrió sus ojos por tercera vez (como cuando el hombre que se ahoga se hunde) y vio la cara que había esperado ver.

-Te estás muriendo -dijo su amigo y tenía lágrimas en los ojos.

Alejandro no dijo nada; solamente yacía sobre el piso de piedra con la boca ligeramente abierta y los ojos extraviados. Su respiración era rápida y superficial.

-Payaso -se arregló para decir-. Chacal. Pero bien que te hice rondar.

-Eres tú el que ha estado rondando, sin hacer nada, durante los últimos cuatro años.

-¡Ah! ¡Ah! -gritó Alejandro, porque el piso se hundía y se abría debajo de él-. ¡Auxilio! -gritó.

Agachado a su lado, el hijo de su nodriza, su arpía, su viejo amigo, lo observaba con atención.

-¡Coraje! -gritó-. ¡Coraje! ¡Sólo dura un momento! Mantén la cabeza despejada.

-Llama a mi esposa -dijo el rey con esfuerzo.

El muerto sacudió la cabeza.

-Oh, sí -dijo Alejandro torvamente-. Oh, sí.

-Nunca -dijo el otro-. No te comparto.

-¡Roxana! -gritó Alejandro. Y después, antes de que su amigo pudiera impedírselo-: ¡Roxana!- de modo que el nombre retumbó en las paredes.

Se escuchó el ruido de unos leves pasos en el corredor.

-¡Malvado idiota! -susurró el muerto airadamente y se levantó y se abalanzó sobre ella para impedirle el acceso.

Roxana llevaba el peso de su preñez de ocho meses como una cesta, corriendo por la sala con pasitos jadeantes.

-Querida -dijo él- querida, no es nada. Nada. Vuélvete, vuélvete, por favor.

-Cielos, es usted -dijo ella con naturalidad.

-Sí, mi amor, vuélvete -dijo él-. Vuélvete. Ve a descansar.

La detenía con las manos, sonriendo con ternura.

-Oh, no -dijo la reina con astucia-. Hay algo que *yo* sé.

Lo empujó y pasó. Empezó a decirle a su marido que ahora tenía que ir a la cama. Luego se detuvo, confundida, y luego una corta inspiración indicó que había visto la cara agonizante de! hombre. E! muerto temblaba; se paró junto a la ventana donde había estado el rey, pero no vio nada. Detrás de él la princesa dio un gritito.

-Querida -dijo el muerto volviéndose (ella estaba arrodillada a! lado de Alejandro)- querida, se va a mejorar, te lo aseguro -(pero ella no parecía oírlo)- te lo aseguro, querida...- pero ella salió corriendo y gritando diferentes nombres a voz en cuello. Se detuvo en la entrada, mirando lo que había del otro lado del muerto, como si viera a través de él. Su cara sólo denotaba sorpresa, aunque se retorcía las manos.

-Querida -dijo él con calma-, lo que ves es una ilusión. No sufre. La fiebre no es desagradable, al final: el cuerpo se hunde pero la mente flota como la ceniza, y solamente conseguirás amargar sin necesidad los últimos momentos de tu marido si lloras y te retuerces las manos y te comportas de un modo desconsiderado y azaroso.

-¡Aristóforo! -gritó la princesa-. ¡Aristóforo! -y salió corriendo de la habitación.

«Empiezo a desvanecerme» pensó el muerto mientras regresaba al lado de Alejandro, que sufría de nuevo un ataque de temblor. Se arrodilló junto al moribundo, tomando entre sus manos su cara inconsciente.

-Rey -susurró imperiosamente-. Rey -Alejandro abrió sus ojos-. Escúchame.

-No -dijo el moribundo.

Su amigo, acunando la cabeza del conquistador en sus manos, sonrió con una alegría radiante y serena.

-Vive -susurró-. Vive. Vive.

-No puedo -dijo bruscamente Alejandro, intentando encogerse de hombros.

Cerró los ojos. El muerto apoyó suavemente la cabeza de su amigo sobre el piso; se puso de pie; se apartó. Roxana había vuelto con amigos, filósofos, doctores; se amontonaron alrededor del Emperador mientras su amigo (a quien nadie vio) salía de la habitación, entraba por un corredor y bajaba por ese corredor a otro. En el jardín (miró desde una ventana) el jardinero todavía trabajaba con la azada y arrancaba las hierbas secas del año anterior. El muerto había llevado consigo el odre de Alejandro y una copa que había encontrado ahí cerca;

se sirvió un trago y se sentó en el piso, al lado de la ventana por donde entraba la pálida luz del sol. Después se puso de pie.

-¡Carnicero! -gritó-. ¡Fanfarrón, egoísta, asesino enamorado de tu propia grandeza! -Y después agregó-: ¡Cómo te amaba, cómo te admiraba! -levantando la copa en una mano y llevando su otra mano vacía hacia el techo en actitud de pesar extremado y teatral.

«Ahora muero yo también», pensó.

Recordó, bastante divertido, aquella noche en la foresta india cerca del río y lo que le había mostrado al gran Alejandro. Como los demonios de los viejos cuentos le había mostrado todo el mundo, se lo había mostrado lleno de Alejandrías y Alejandretas, tan numerosas como las estrellas, con columnas talladas levantadas en el Este, en lugares tan remotos como los reinos de Ch'in y Ch'u, más allá del Han, con sátrapas gobernando los continentes aún no descubiertos del otro lado del globo, con esquelas que recordaban a Alejandro en las tierras de los finlandeses y lapones, en las manos de los esquimales de Alaska: un Imperio que se extendía desde el círculo polar ártico hasta el Cabo de África, y se proyectaba al otro lado, con Alejandros aquí y allí; un imperio realizado, un imperio seguro, un sueño materializado. Y luego dos palabras: *¿Y después, qué?*

La leyenda dice que el gran Alejandro lloró porque no había más mundos por conquistar; en realidad, bramó como un toro.

Nadie, pensó el muerto, *siente más desesperación que un hombre privado de su profesión. Yo por suerte, nunca tuve ninguna.*

Un ruido proveniente de la habitación que acababa de dejar llegó hasta él y le hizo contener la respiración.

«¡Qué terrible morir!», pensó, «¡qué terrible!»

Tomó un trago de vino de la copa y vio que su mano temblaba. De la habitación de al lado surgió un grito agudo: la pequeña Roxana lloraba a su hombre. El muerto, cuyo corazón parecía haberse detenido, estaba sentado sin moverse, mientras su cara perdía toda expresividad, y adquiría la hermosa y grave melancolía de todas las caras cuyos dueños se encuentran ausentes, temporaria o definitivamente. Delicada y cuidadosamente apoyó la copa de vino en el húmedo piso de piedra, con la delicadeza concentrada de todas las veces que había levantado objetos en su vida sólo para volver a depositarlos en su lugar: copas, flores, joyas, pinturas y manos de mujeres. Pensó en todas las cosas que había tocado y no había poseído jamás, en todas las mujeres que le habían gustado y a las que había evitado. El único hombre que había admirado tan apasionadamente y que tan apasionadamente había envidiado estaba muerto. No le quedaba nada. Pensó, como si se tratara de un cuadro, en su mujer... una Safo insatisfecha que escribía versos y había dejado la corte para irse a vivir con un comerciante. Se dobló en dos, no por la risa esta vez, sino como si la espada de Alejandro, que había atravesado sus órganos vitales tanto tiempo atrás, volviera a herirlo una vez más. Los muertos no olvidan nada. La espada había roto las intrincadas hebras que lo mantenían vivo, lo había sobresaltado y lo había herido, le había destrozado el corazón. Se inclinó en silencio y cayó sobre el piso. Estiró el cuerpo con una especie de suspiro, como si fuera a dormir, y en el mismo momento en que cerró los ojos, desapareció. La copa de vino quedó sola en el piso.

Un sirviente que había oído la noticia de la muerte del rey atravesó la habitación corriendo y excitado y salió al jardín.

-¡Algo ha sucedido! -le gritó al jardinero.

El jardinero arrojó lejos de sí la azada y los dos se pusieron a conversar en voz baja, susurrando.

-La cosa se va a poner fea para nosotros -dijo el jardinero, sacudiendo su cabeza.

El sirviente le palmeó la espalda.

-No te olvides -dijo- que estuvimos juntos -y añadió generosamente-: No olvido a mis allegados.

El jardinero asintió solemnemente; recogió sus herramientas con la ayuda del sirviente. Desaparecieron juntos en dirección al otro extremo del patio. El sol (porque ya estaba avanzada la tarde) hizo un pequeño movimiento: el rectángulo de luz sobre el piso alteró un poco su posición e iluminó con un centelleo dorado la copa de vino que había quedado allí. Cerca de ella había un odre, volcado pero cerrado por alguna mano considerada, o al menos eso parecía, porque el piso estaba limpio. Nada se movía; todo permanecía en su sitio. Exactamente como si nada hubiera ocurrido.

NOTA

La obra tiene inexactitudes que plantean acertijos. Clito el Negro fue uno de los generales de Alejandro, y efectivamente fue muerto por el conquistador en el 328 a.C., en ocasión en que Clito se indignó por la *proskynesis* (la costumbre asiática de arrastrarse de rodillas), que Alejandro exigía a sus asociados. En ese momento Alejandro estaba borracho, la hermana de Clito había sido realmente su vieja nodriza y desde ese día en adelante Alejandro exceptuó a los macedonios de la etiqueta de la *proskynesis* utilizada en la corte persa.

Sin embargo, Alejandro cruzó el Indo en el 326 a.C.; el río que su ejército se negó a atravesar fue el Beas o Ifasis. Después de tres días probablemente bastante desagradables Alejandro consintió en retroceder a una zona más occidental del mundo.

Una inexactitud más en mi relato: Alejandro no estaba casado con Roxana en el 326 a.C. Ella era una sogdiana, para ser precisos, y se casaron en -el 324 a.C. en Susa, de modo que no tuvo ninguna posibilidad de estar con él en el momento decisiva para la historia, en que resolvió no proseguir su avance sobre la India. En realidad, Alejandro también se casó en 324 a.C. con la hija de Darío, Barsina. En el 324 a.C. volvió a Babilonia; murió de fiebre el 13 de junio del 323 a.C. Tenía 33 años.

Su carácter estuvo muy lejos de ser el de un fanfarrón de mente embotada, como lo sugiere mi narración; de acuerdo con los datos históricos, mi Alejandro y mi Clito juntos habrían constituido un facsímil mucho más fiel del Alejandro histórico.

Tal vez esa sea toda la clave del relato.

Joanna Russ

EL ROMANCE DEL DOCTOR TANNER

Ron Goulart

-Tal como lo suponía -dijo el hombre-lagarto de guardapolvo blanco.

Dio una pitada a su pipa y añadió:

-Bien; éste es mi consejo...

-¿Qué le dirá el doctor Tanner a Jenny? ¿Y en qué medida afectará eso su ya embrollado idilio con Nana? No se pierda mañana este dramático episodio de *El romance del doctor Tanner*, que llega a ustedes por gentileza del gobierno del Territorio Fenómeno. Buenas tardes.

El locutor humano sonrió y señaló la bandera territorial que estaba sobre la pared, a sus espaldas.

Ted Gonzalves, un hombre delgado y moreno de treintiún años, desvió sus ojos de la segunda pantalla de televisión que había sobre su escritorio forrado de tweed hacia una tercera pantalla. Allí estaba su rubia y esbelta esposa.

Ted apagó el sonido del espectáculo y se volvió hacia su mujer.

-Hola, Nancy -dijo-. ¿Viste el programa de hoy?

Nancy movió negativamente la cabeza.

-Tuve mis propios problemas hoy, Ted.

Cambió de postura en la silla de lana de la sala.

-Primero prométeme que no vas a dar alaridos ni vas a perder la calma -dijo.

La pantalla de televisión número uno se encendió y apareció un hombre-lagarto enfundado en un traje de golf de poliéster esbozando una sonrisa forzada y nerviosa.

-Lazlo Woolson está en el otro pixófono, Nan. Espera un momento -le dijo Ted a su esposa.

Bajó el sonido de la tercera pantalla y dio paso a la voz de su superior inmediato.

-Creí que te había dicho que eliminaras todo ese asunto del trasplante de órganos -dijo el ejecutivo de la red territorial.

-Queda eliminado a partir de hoy -dijo Ted-. Al finalizar el episodio de ayer dejamos al doctor Tanner con una mano en el estómago del tipo. Lleva algún tiempo sacarlo de ciertas situaciones, Lazlo.

-Estuve jugando al golf con el vicepresidente McKinney y está muy...

-¿Quién es el vicepresidente McKinney?

-El vicepresidente de la Red del Territorio Fenómeno -replicó el ejecutivo lagarto-. Nuestro patrón.

-¿Y qué pasó con el vicepresidente Reisberson?

-Se fue hace aproximadamente dos semanas, Ted -dijo Woolson-. ¡Ustedes los escritores! Ninguno de ustedes está al tanto de nada. Eso es precisamente lo que estuve tratando de explicarle a Baixo ayer por la noche.

-A él sí que lo conozco. Baixo es el presidente de Territorio Fenómeno.

-El primer ministro -lo corrigió el hombre-lagarto-. Hubo una redistribución de funciones la semana pasada, Ted. ¿No lees ninguno de mis memorandos?

-Mira, Lazlo, nos pasamos tanto tiempo revisando al doctor Tanner últimamente que bien pude retrasarme un poco en la lectura de los memos.

-Baixo quiere que nuestro teleteatro tenga más mensaje antibienestar -dijo el ejecutivo de la emisora-. McKinney quiere más sexo.

-¿En quiénes? ¿En los actores lagartos o en los humanos?

-En ambos -dijo Woolson-. Según McKinney (y reconozco que tiene razón), te perdiste la oportunidad de desarrollar una estupenda escena de sexo cuando el doctor Tanner tenía a Rosemarie en la cama.

-Pero ahí era donde Baixo quería meter el aviso sobre el nuevo impuesto adicional.

-El doctor Tanner bien podía acariciarle la rodilla a Rosemarie mientras exponía los nuevos planes impositivos del gobierno.

-¡Qué! ¿Y dejar caer los gráficos?

-Tengo que ir al club ahora, Ted -dijo Woolson-. Piensa en lo que te dije; te enviaré un memorando.

Ted miró de nuevo a su esposa: tenía las manos, largas y delgadas, apoyadas sobre la falda, con los dedos entrelazados.

-¿Prometido? -repitió ella en cuanto volvió el sonido.

Ted asintió.

-Estoy demasiado cansado para ponerme a gritar. ¿Qué pasa?

-El coche.

-¿Qué coche?

-El terrestre, el que uso para hacer las compras y otras diligencias.

-¿Qué ocurrió? ¿Un accidente?

-Se lo llevaron los nergos.

-¿Se lo llevaron los nergos?

-Estás dando alaridos ¿no?

-Estoy gritando, nada más -replicó Ted-. ¿Los nergos? ¿Esas criaturas peludas y enormes, parecidas a los monos, que habitan las tierras vírgenes de los confines del territorio? ¿Te refieres a *esos* nergos?

-¿Acaso hay alguna otra clase de nergos? -dijo su linda y pálida esposa-. Sí, me refiero a ésos; una media docena de ellos cayó en la playa de estacionamiento de la embajada y se llevaron nuestro coche al páramo.

-¿Qué estabas haciendo en la embajada de Barnum, Nancy?

Su mujer bajó la vista y la clavó en sus rodillas.

-Me gusta mirar los murales con fotografías de Barnum; es nuestro planeta nativo, después de todo.

-¿No te estarás viendo con alguien allí?

Nancy empezó a sollozar en silencio.

-No me importa que des alaridos por lo que hago, pero no me acuses por lo que no hago.

Ted suspiró profundamente, mirando con desaprobación el nuevo teleteatro que se estaba desarrollando en esos momentos en la pantalla de su monitor.

-¿Seis nergos?

-Según testigos oculares -dijo su bella esposa-. Los nergos no saben manejar, ya lo sabes.

-Sí, eso es casi todo lo que sé de este planeta, y ya hace casi un año que estamos aquí.

-Si no me equivoco, a los nergos les gusta usar los coches terrestres para hacer sus nidos en el interior, y a veces para celebrar sus rituales religiosos, elementales y bastante primitivos -continuó Nancy- Bryson me explicó algunas de sus costumbres.

-¿Bryson Jiggs? ¿Quieres decir que el embajador asociado de Barnum en Murdstone estaba, por casualidad, paseando por la playa de estacionamiento de la embajada, dando cátedra sobre las costumbres y hábitos de los nergos?

-No. Salió cuando escuchó las sirenas.

-¿Qué sirenas?

-Cuando me dijeron lo que había sucedido, me desmayé, y una señora lagarta muy amable, que venía con seis nietitos amorosos para mostrarles las fotos, llamó una ambulancia.

-¿Estás segura de que no fuiste allí para encontrarte con Bryson Jiggs?

-Sí, lo estoy -respondió su rubia esposa-. Nuestra compañía de seguros dice que la póliza no cubre el riesgo de los nergos, debido a sutilezas religiosas. De modo que tenemos que alquilar un servicio de rescate que vaya al páramo y nos traiga de vuelta el coche o bien olvidarnos del asunto.

-¿Olvidarnos de un coche de 2.500 dólares?

Ted golpeó la mesa del escritorio con la suficiente fuerza como para que le quedara la trama del tweed marcada en el puño.

-O pagar un servicio de rescate de 400. Estuve averiguando y es lo más barato que se puede conseguir, y no incluye descontaminación, lavado y lustre.

-Voy a pensarlo -dijo Ted-. Lo charlamos esta noche.

-¿Vas a trabajar hasta tarde?

-No más de las ocho probablemente -dijo Ted a su esposa-. Tengo que incluir la posición del gobierno sobre el bombardeo de Territorio Túmulo en los próximos tres libretos, lo que significa cortar o reescribir todas las escenas de relleno. Te veré después de las ocho. Y no vayas más a rondar por la embajada.

-No sé cómo. Los nergos tienen mi medio de transporte fundamental.

Ella apagó el pixófono.

Ted se levantó para ir a hablar con el doctor Tanner.

Andy Bock, el hombre-lagarto verde, de hombros redondeados que desempeñaba el papel protagónico en el teleteatro que escribía Ted, tenía un pequeño camarín en el subsuelo de la planta transmisora. Ted lo encontró en su mecedora escocesa, comiendo encurtidos de la Tierra.

-Hoy hiciste la escena en el departamento de Neva exactamente como correspondía, Bock -dijo Ted mientras atravesaba el vano de la puerta entreabierta.

-Dejé caer unas gotas de champagne -dijo el actor lagarto.

-Era de suponer que pasase eso, considerando que tenías que llevar esas maquetas de los nuevos asientos para misiles del gobierno bajo un brazo.

-Lo que yo digo -replicó Bock.

Ted se sentó en una silla giratoria príncipe de Gales.

-Este es el primer teleteatro de propaganda que hago en mi vida -dijo-. A veces es difícil conjugar los elementos.

-Sí -asintió Bock, chupando un encurtido.

Ted se aclaró la garganta y palpó durante un momento la trama de su silla.

-Mira, Bock, me fuiste muy útil en los meses que llevo trabajando aquí, eres una de las pocas personas con las que puedo hablar. Tengo otro problemita.

El corpulento hombre-lagarto de formas redondeadas dejó su encurtido en una mesita ratona de tweed y dijo:

-Estoy siempre dispuesto a escucharte, Ted, y a ayudarte, si es que puedo. Algunas personas me dicen que no hay mucha diferencia entre el doctor Tanner y yo. Dios es testigo de que ambos damos más consejos gratis de lo que corresponde. Creo que la única diferencia radica en que yo no fumo en pipa en la vida real y que no me desvivo por la propaganda.

-Murdstone es un planeta bastante salvaje e indómito -empezó Ted-. Quiero decir, comparado con Barnum.

-Es un planeta fronterizo -asintió Bock-. Y ésa es una de las razones por las cuales nuestro gobierno es un poco más duro que otros.

-A veces tengo la sensación de que nunca me voy a acostumbrar a él.

-¿Es ése tu problema de hoy?

-No -dijo Ted-. Los nergos se llevaron nuestro auto.

-Y sí, lo hacen muy a menudo -asintió Bock.

-El hecho es que no tenemos 2.500 dólares para comprarnos un coche nuevo -dijo Ted-. Aunque me pagan más por *El romance del doctor Tanner* que por *Esquinas temerarias*, no podemos ahorrar mucho.

-*Esquinas temerarias* era el teleteatro que escribías cuando volviste a Barnum ¿no?

-Sí, duró tres años y medio. Bueno, mira: Nancy me dice que nos cobrarán por lo menos 400 dólares por tratar de recuperar el maldito auto. Eso es lo que cobra un servicio de rescate, y nunca se sabe cuánto van a tardar. No quiero pagar los 400 dólares además de haber perdido el coche. Nancy me dice que me olvide del coche entonces, pero yo no quiero.

-Lógico -dijo Bock, asintiendo. Volvió a tomar el encurtido y lo frotó sobre su hocico escamoso-. Lo que yo digo es que no tiene sentido prestar atención a tu mujer. Las mujeres no entienden de artefactos, y mucho menos de autos; simplemente no tienen ningún talento para la mecánica ¿no te parece? Además, tu mujer no parece entender cómo te enfurece este tipo de incidentes; tienes que desahogarte. Bueno, viejo, mi consejo es que vayas tú mismo a buscarlo a los bosques y te lleves una escopeta, una de esas escopetas grandes que se usan para cazar. Sigue el rastro de los nergos hasta descubrir dónde están y tráete de vuelta el auto. Ese es mi consejo.

Ted meditaba con la boca ligeramente fruncida.

-Tienes razón, Bock. No hay por qué quedarse quieto y aceptar cualquier cosa que pase; tal vez aquí no tenga más remedio que hacer lo que me dicen, pero no hay ninguna razón para dejar que una banda de nergos se lleve lo que se le ocurra.

-Lo que yo digo -concluyó Bock, tragándose el encurtido.

La madre de Ted apareció a la mañana siguiente en la tercera pantalla de su escritorio tan pronto acababa de sentarse en su silla de fieltro.

-Se te ve todo machucado y apaleado -observó ella.

Ted hizo una cauteloso gesto de asentimiento a su madre, rechoncha y de espaldas anchas.

-Unos nergos me pegaron, mamá.

La señora Gonzalves se encontraba en su oficina en el otro canal de televisión de Territorio Fenómeno. Sobre su escritorio de zaraza había réplicas de todos los planetas que componían el Sistema Barnum colgados de alambrecitos de cobre.

-Llamé a tu casa ayer por la noche después de mi noticiero de las once, y Nancy me dijo que todavía no habías llegado a casa. Me quedé preocupada; acababa de cerrar mi programa con la fórmula de siempre: «Éstas son las noticias de esta noche, mis amigos. Buenas noches a todos y que Dios bendiga al difunto señor Gonzalves. Y aquí va un beso para Teddy». Ni siquiera se me ocurrió que tú no estuvieras del otro lado del receptor.

-Es el primer beso de las once que pierdo este mes, mamá.

-Pero te pierdes todos los del noticiero de las seis.

-Mira, mamá, me ayudaste a obtener este puesto de libretista en este planeta salvaje e indómito; así que deberías saber que escribir un teleteatro de propaganda da muchísimo trabajo.

-¿Acaso no tengo yo que repasar mis nuevos guiones todas las noches? También eso da trabajo, y mucho, pero siempre tengo tiempo para enviarte un beso -dijo su enorme madre-. ¿Por qué te hicieron eso los nergos?

Ted frunció el ceño.

-Oh, es culpa mía, mamá. Fui al páramo.

-¿Para qué?

-Buscaba.

-¿Qué buscabas?

-Nuestro coche; a los nergos les gusta llevarse los coches a los bosques.

-Una vez hice un documental sobre los nergos ¿te acuerdas? Ganó dos medallas y una mención-. Hizo un gesto en dirección a algo que estaba fuera de la pantalla. -Allí, en mi estante. ¿Que pasó? ¿Tu mujer dejó que se llevaran el auto?

-Algo así, mamá -dijo Ted-. Llegué tarde al trabajo hoy y tengo que ponerme a escribir enseguida.

-¿Conseguiste traerte el coche, Teddy?

-No exactamente.

-¿Qué fue lo que conseguiste, entonces?

-Que me atacaran siete enormes nergos peludos con aspecto de monos, y que me aporrearan, me castigaran y me apalearan con garrotes duros. Que me arrancaran toda la ropa y me ataran con lianas selváticas y luego me llevaran a mi casa de los suburbios y me tiraran en el jardín de adelante a las doce y diez de la noche.

-No me asombra que no hayas respondido a mi llamado.

-Adiós, mamá.

-Acuérdate de mirar el programa de las once, Teddy.

Su madre le arrojó un beso y desapareció de la pantalla del pixófono.

Dos semanas después, un jueves por la tarde, Ted fue a ver a Andy Bock con un nuevo problema.

Bock estaba descansando en una hamaca de rayón y chupando un cabo de zanahoria con su lengua larga y delgada.

-¿Qué tal, Ted? Me parece que el cierre sobre el asunto de los impuestos al bienestar nos salió redondo hoy. Un visual de primera ¿no? Fue una pegada eso de ejemplificar los gastos del gobierno con un pastel.

-Sí, parece que salió bien -dijo Ted, sentándose en una otomana de seda.

-Por supuesto, no fue mi intención que ese pedazo de pastel que representaba la proporción considerable de los fondos del gobierno destinados al bienestar social se cayera en el bolsillo de mi pijama, como sucedió -dijo el lagarto-actor-. Con todo, si me permites, salvé la escena con bastante soltura. A pesar del tiempo que llevo haciendo *El romance del doctor Tanner*, todavía me pongo un poco nervioso cuando tengo que ponerme a explicar algunas medidas de gobierno en medio de una escena de seducción.

-Lo hiciste muy bien, Bock. Me llamó Lazlo Woolson y me dijo que ése es exactamente el tipo de escena de sexo discreta que le encanta al presidente McKinney.

-¿Está otra vez como presidente de la red?

-¿Ya lo fue antes?

-En una de esas era otro McKinney -dijo el hombre-lagarto-. Pero, carajo, Ted, parece como si tuvieras algún problema y necesitaras un consejo.

-Bueno, algo así -admitió Ted-. En realidad yo estaba a punto de abandonar los teleteatros cuando venció mi contrato para *Esquinas temerarias* allá en Barnum. Estaba pensando en volver a la enseñanza primaria; me gradué en Acontecer Cotidiano y aprobé un cursillo sobre Mostrar y Narrar. Bock, este planeta es muy extraño.

-Lleva tiempo acostumbrarse -aceptó Bock.

-Vivir en los suburbios de Territorio Fenómeno es aún más extraño que vivir en las afueras de Barnum -dijo Ted-. Unos animalitos invisibles se comieron todas las ropas de Nancy.

-¿Sobre su propio cuerpo?

-No, en los roperos. Se trata de una especie de bichos migratorios, que se alimentan de tejidos sintéticos. Yo uso tejidos naturales desde que llegamos, así que a mi guardarropa lo dejaron en paz.

-Sí, algo oí acerca de esos bichos. La gente de aquí los llama cibelinas. Sin embargo, si mal no recuerdo, las cibelinas no suelen atacar las casas habitadas; prefieren los lugares donde no hay gente -dijo Bock.

-Nancy había salido; había ido otra vez a mirar los murales de la embajada de Barnum cuando dieron el golpe -explicó Ted-. Pero el verdadero problema es que la compañía que aseguró nuestra casa dice que esa clase de daños no está prevista en nuestra póliza. Como te imaginarás, a mí jamás se me habría ocurrido pedir que se incluyera una cláusula sobre animalitos invisibles que comen tejidos sintéticos; ya son bastante caras las primas.

-¿Estás tratando de ver cómo vas a hacer para comprarle ropa nueva a tu mujer?

-Sí. Necesito por lo menos 1.500 dólares, y no tenemos tanta plata. El servicio de rescate nos cobró 500 por traer de vuelta el auto.

-¿Al final te decidiste a que lo hicieran, eh? -Bock se encogió de hombros-. Bueno, viejo, encaremos tu situación actual: quizá podrías dejar pasar un tiempo e ir comprándole a Nancy de a poco el nuevo guardarropa.

Ted sacudió la cabeza y dijo:

-No, eso llevaría demasiado tiempo. No sé en qué anda ni me importa, pero siento que le debo esto: no lo pasa muy bien en Murdstone. Ella habría preferido que estuviésemos viviendo en alguna zona rural y pacífica de Barnum, en estos momentos, y que yo me dedicara a la docencia. Territorio Fenómeno no es para nada lo que ella se imaginaba y le está llevando mucho tiempo orientarse con ese asunto de los nergos, de las cibelinas y demás. Tengo que conseguirle un ajuar completo, ahora mismo.

-Yo lo veo así -dijo el hombre-lagarto-: pides prestados 1.500 dólares a alguien que conozcas y que tenga mucho dinero. ¿Quién podría ser? Veamos. Ya lo tengo: tu madre, la del noticiero. Eso es lo que tienes que hacer, no hay vuelta que darle. Te vas derechito al canal y la agarras entre los dos noticieros.

-¿Te parece?

-¿No fue ella la que te persuadió para que aceptaras este puesto?

-Bueno, en cierto modo, aunque yo mismo no estaba muy convencido de dedicarme a la enseñanza.

-Te envía un beso dos o tres veces por noche, yo mismo la vi hacerlo una y otra vez. Oí decir que el gobierno de Territorio Fenómeno le paga un sueldo excelente. Pídele un préstamo.

-Creo que tienes razón -dijo Ted.

Cuando Lazlo Woolson apareció en su oficina, Ted se sobresaltó.

-¿Todavía estás alterado por el accidente? -preguntó el escamoso ejecutivo.

Ted giró en redondo su nueva silla de gabardina, que favorecía su pierna rota.

-No, es sólo que estoy acostumbrado a verte en la pantalla del pixófono. Eres gigantesco en persona.

-Supongo que estoy un poco excedido de peso -admitió el hombre-lagarto-. Demasiados almuerzos oficiales.

Se frotó los dedos escamosos haciendo crujir las copias de las circulares que llevaba en la mano.

-El presidente Hummerford tiene algunas ideas para levantar un poco el teleteatro, Ted.

-¿Presidente de qué? ¿De la red o de Territorio Fenómeno?

-De Territorio Fenómeno -replicó el lagarto ejecutivo-. Te vi en el programa de noticias de tu madre la otra noche y llegué a la conclusión de que respetabas la objetividad de los hechos.

-Yo era parte de los hechos.

-¿Cómo marcha tu pierna? ¿Te gustaría que algunas estrellas de la emisora te autografiaran el yeso?

-No.

-Fuiste muy valiente al acompañar a tu madre a la revuelta por la comida -dijo Woolson, sentándose sobre la alfombra de piel de tiburón y dejando caer las circulares sobre el escritorio-. ¿Piensas ayudarla en forma permanente? No es que me oponga; como el gobierno tiene el control de las comunicaciones no tenemos ese tipo de rivalidades entre emisoras que suele haber en Barnum.

-Tenía que hablar con mi madre de un asunto personal -dijo Ted-. Ella no tenía mucho tiempo libre y si no la llevaba en coche a la revuelta no habría podido hablarle en absoluto.

-Fue una suerte que primero dispararan contra los neumáticos y después dirigieran sus lanzallamas contra tí -dijo el hombre-lagarto, así te dieron tiempo de saltar y de arrastrar a tu madre del coche. ¿Qué fue eso que te vi rescatar antes de que ayudaras a nuestra querida señora a zafarse?

-Su bolso -Ted tomó la primera circular de la nueva pila-. ¿Qué significa esto? «Trabajadores golondrina atacan y violan a Alice en el sembrado de tomates».

-El presidente Hummerford piensa que los trabajadores golondrina de nuestro territorio no necesitan un aumento salarial inmediato, ni tampoco instalaciones sanitarias en sus chozas.

-Eso era de imaginar -dijo Ted-. Pero Alice murió hace dos semanas, mientras el doctor Tanner la estaba operando después que la violaron los changadores del monocarril.

-El presidente Hummerford debe haberse perdido algunos episodios mientras estaba ocupado con su golpe --dijo el lagarto ejecutivo-. Está bien. Entonces los trabajadores

golondrina deberán violar a alguna otra en el sembrado de tomates. ¿Qué te parece la enfermera Jane?

Ted frunció el ceño.

-No sé, Lazlo. La enfermera Jane todavía está ciega después de la manifestación de estudiantes de la escuela de medicina.

-Perfecto. Así tenemos sexo, una buena dosis de antipatía hacia los trabajadores golondrina y una oleada de simpatía por los inválidos.

Ted dobló en dos la circular y preguntó:

-¿Es la época de los tomates todavía?

-Voy a confirmar. Pero, para el caso, da lo mismo la lechuga.

Se encendió la tercera pantalla de Ted y apareció un amigo del barrio.

-Tengo un llamado, Lazlo. Déjame pensarlo y después lo volvemos a charlar.

-Claro, Ted. El problema de los trabajadores golondrina es lo que realmente importa.

El lagarto ejecutivo se encaminó hacia la puerta.

-El resto de las circulares no es tan urgente -agregó-. En cuanto a la idea de que el doctor Tanner seduzca a la enfermera Jane en el desván que hay arriba del depósito de la obra social que están sitiando, tal vez sea mejor postergarla, ya que los trabajadores golondrina la van a partir en dos.

Woolson salió y Ted se volvió hacia la pantalla del pixófono.

Ted rechazó el tronquito de apio que le ofrecía Bock.

-Pasó algo más -dijo.

El lagarto actor empezó a sacarse su bata de doctor.

-Bueno, viejo, tengo la sensación de que mis dos últimos consejos no te dieron muy buenos resultados.

Ted vaciló y después se dejó caer lentamente sobre una silla de terciopelo.

-Nadie puede atajarlas todas.

-¿Qué?

-Es la jerga del béisbol. El béisbol es un deporte que se juega allá en Barnum.

-¿Y lo perfecto es atajarlas todas?

Bock puso sus grandes manos verdes en la espalda y empezó a caminar lentamente por el camarín trazando semicírculos.

-¿Qué es lo que te preocupa ahora?

-¿Alguna vez oíste hablar de unas aves migratorias que reciben el nombre de pájaros sujo?

-Sí, son animales con grandes plumas verdes.

-¿Verdes? Mi vecino creyó que eran azul marino -dijo Ted-, aunque sólo los vio durante unos pocos minutos, mientras devoraban las ventanas de nuestra casa.

-Son unos bichos bastante raros estos sujo. Se desesperan, sobre todo durante sus vuelos migratorios, por el vidrio y todo lo que está cerca de él. Cuando tienen hambre de veras se quedan todo el tiempo que les haga falta para engullir persianas, visillos, cortinas y hasta la pantalla de un lámpara que esté muy cerca de la ventana.

-Eso es lo que hicieron esta mañana; se comieron todas nuestras ventanas y todos los cortinados del lado de la casa que recibe el sol.

-Supongo que el seguro tampoco cubre eso, ¿no es así? Y supongo también que, debiendo reemplazar tu coche hecho pedazos por la explosión, pagar las cuentas del médico y comprar esas dichosas ropas para Nancy, no te debe quedar mucho de los 1.500 dólares que te prestó tu madre. Una verdadera lástima.

-Los sujo devoraron las ventanas y los cortinados del dormitorio principal.

-No veo por qué tenían que perdonar el dormitorio.

-Así fue cómo mi vecino descubrió a Nancy en la cama con un diplomático llamado Bryson Jiggs.

Bock infló sus carrillos verdes y escamosos y después lanzó un silbido de admiración.

-Un tipo bajito, moreno y chueco, ¿no es cierto? Siempre aparece en nuestros cócteles del canal.

-Tú lo encontraste en uno, yo en otro y Nancy en otro.

-Bueno, bueno, viejo, así que el chuequito Bryson Jiggs -dijo el lagarto-. Muy de buen vecino la actitud del tuyo de pasarte el dato.

-Los sujos se comieron hasta los calzoncillos a rayas de Bryson Jiggs -dijo Ted-. Aparentemente los había dejado colgados en una silla, cerca de la ventana.

-Tu vecino tiene buen ojo para los detalles.

-Es muralista y trabaja por cuenta propia.

Bock guiñó uno de sus ojitos:

-Sí, los artistas siempre ven más que el común de la gente. Bueno, te voy a decir lo que tienes que hacer con ese chuequito.

-Creo que simplemente le diré a Nancy que lo sé -dijo Ted-. Va a tener que llamar en cualquier momento para contarme el asunto de los pájaros.

Bock sacudió una enorme mano verde en señal de negación.

-No y no, Ted. Déjala fuera del asunto. No tiene sentido tratar de ser razonable con una mujer. No, señor. Lo que tienes que hacer, a mi modo de ver, es ir derechito a la embajada a ver a ese Bryson Jiggs. Te vas hasta donde esté y le das una buena trompada en la nariz o una veloz patada en el culo, de acuerdo con la posición en que lo encuentres. Después, con aspecto de muy enojado, le dices:«¡Y no vuelvas a hacerte el vivo con mi mujer, enanito chueco!». Ese es mi consejo.

-No estoy tan convencido como antes de que lo mejor sea entrar en acción -dijo Ted.

-¿Así que esas tenemos? -dijo Bock y se golpeó el mentón con un cabo de apio.

El día antes de dejar el planeta, Ted fue a despedirse de Bock.

-Hace tiempo que no vengo a buscar consejo -le dijo al hombre-lagarto.

-Lo noté -replicó Bock, meciéndose suavemente en su hamaca escocesa.

-Fue muy interesante -dijo Ted-. En vez de salir corriendo el mes pasado para trompear a Bryson Jiggs como me insinuaste, me tomé el día libre y fui a casa a hablar con Nancy. Acabó por admitir que Murdstone le gustaba tan poco como a mí y que tampoco le gustaba lo que yo había estado haciendo para ganarme la vida. No le gustaba que permitiera que mi madre, Lazlo y tú me dijeran a cada momento qué era lo que tenía que hacer. No quería ser como ustedes, de modo que prefirió no intervenir en nada. Después se fue poniendo cada vez más triste y finalmente se fijó en Jiggs. No sé si esto tiene algún sentido para tí.

-Sí, las mujeres son así.

-Ahora estamos charlando más nuestras cosas -dijo Ted-. Estoy abandonando la costumbre de escuchar a todos menos a mí.

-Bueno, viejo, lo mejor que podrías hacer es volver a la docencia en Barnum.

-Sí, eso es lo que espero.

Se quedó mirando al hombre-lagarto.

-Estuve pensando en todos los consejos que me diste durante el año. En la mayor parte de los casos me aconsejabas hacer lo contrario de lo que tendría que haber hecho. Me llevó un poco de tiempo darme cuenta, pero finalmente lo logré.

El hombre-lagarto permaneció en silencio durante un interminable segundo y después agregó:

-Lo que yo digo.

EL LADO HUMANO DEL MONSTRUO DE LA CIUDAD

Edward Bryant

Del otro lado de la calle, en Tompkins Square, los animales se estaban despedazando unos a otros.

En el departamento el ventilador se había vuelto a quemar.

-Mañana lo arreglo -dijo David con impaciencia. Tenía la piel erizada-. Ahora hace demasiado calor.

-Ven a la cama -dijo Terri.

Pateó el inútil ventilador con el canto del pie.

-Nací en Filadelfia -masculló-. Crecí en Passaic. Moriré en Nueva York. ¡Qué epitafio de porquería!

-Ven a la cama.

Yacían desnudos sobre el colchón de dos plazas y prestaban atención a cualquier ruido que pudiese delatar la presencia de merodeadores en la escalera de incendios, en el techo, en los pasillos. De pronto se dormían. Ella soñaba que hacía el amor y todo era rosas, y vino helado y las cataratas que siempre había deseado conocer. El despertar llegaba primero con la radio-reloj de alguien que vivía tres pisos más abajo; La WABC retumbaba sobre las paredes de ladrillo. Después escuchaban el tañido de las campanas de la iglesia ortodoxa rusa que estaba en la otra cuadra.

-Tengo tanto sueño -susurraba ella, y sus rasgos eran suaves y delicados bajo la luz grisácea.

Hacían el amor. Cuando ella alcanzaba el orgasmo, era un nadir de sensaciones.

El desayuno también era frugal. Comían los huevos en polvo en silencio y bebían el café instantáneo en cuanto se enfriaba.

David no parecía predispuesto a la charla esa mañana. Terri se ocupaba de que su taza estuviese llena y lo veía clavar la mirada en el plato de plástico rajado. Parecía mucho más alto entonces, pensó. Lo había encontrado una mañana lluviosa del año anterior durmiendo bajo la herrumbrada escultura cúbica de la plaza Cooper. Y un reproche silencioso: no censures.

-¿Y ahora qué hice de malo? -preguntó David.

Terri fingió estar ocupada con sus uñas rotas.

-Nada ¿por qué?

-Esta mañana no me diriges la palabra.

«Somos tan jóvenes», pensó Terri; «el Programa Médico nos va a mantener vivos mucho tiempo.» La idea le resultaba aterradora.

-Ya tendría que estar acostumbrada, a esta altura -sonrió compasivamente-. Estoy planeando mi día -mintió.

-¿Y qué es lo que hay que hacer hoy?

-Ayer fue viernes trece, la señora Constantine lo mencionó en el vestíbulo. Eso significa que hoy es catorce y que me toca ir a buscar las píldoras.

-Tus malditas píldoras -dijo David.

Ella titubeó, pensando en el modo de convertir el asunto en una broma.

-Mantienen a raya a los bebés.

-Sí -dijo él-. *¡Sí!*

-La señora Constantine me tuvo una hora arrinconada ayer. Me enteré de todos los chismes sobre cada uno de los del edificio, ya la conoces.

David frunció el ceño en silencio.

-Sólo que pasó algo medio misterioso. Creo que alguien la asustó.

-¿A la señora Constantine? -sonrió forzadamente David-. A ella nada la conmueve. ¿Recuerdas cuando atrapó al tipo aquel con el cuchillo, cerca del buzón?

-Esta vez algo pasó. Fue el señor Jaindl.

-¿Te refieres a Gregor, ese viejo estrambótico del segundo? ¿Qué hizo? ¿Le hizo alguna proposición asquerosa?

-Ese fue el término que usó ella. Asquerosa. Pero no era nada referido al sexo. Por una vez la señora Constantine no estuvo dispuesta a decir más. Lo único que agregó fue que era lo más asqueroso que había oído en su vida.

-¡Qué misterio! La señora Constantine es el tipo de persona que infla cualquier estupidez hasta convertirla en intento de violación y sodomía.

-Terminó murmurando algo en el idioma de su viejo país que no pude entender y se fue.

-Parece que todos tenemos nuestros problemas.

Se quedaron allí sentados, guardando un silencio incómodo durante algunos Instantes.

-¿Qué te parece si te acompaño al centro? -dijo él.

-¿No vas a trabajar hoy?

-Hoy no.

Él acostumbraba salir por la mañana, con una bolsa y una pala, y un cuchillo enfundado en su cinturón. David era una rata de río. Escarbaba la costra que cubría el río del Este, en busca de latas de aluminio. Con lo que Terri ganaba como modista, el dinero que lograban ahorrar servía para pagar el alquiler del departamento.

-Me parece bien. Cada vez me da más miedo salir sola, incluso en pleno día.

-Voy a buscar los respiradores -dijo él-. Por si acaso. -Tosió; el ardor de los pulmones que nunca lo abandonaba comenzó a roer de nuevo.

Existía todo un ritual para dejar el departamento. Cerrar y trabar bien todas las ventanas a pesar del calor. Dejar encendida la luz de la cocina. Esconder la tostadora en un estante de la despensa, detrás de una gran bolsa de cereal. Encender la radio y sintonizar una emisora de rock. Cerrar la puerta y echar llave. Ajustar bien los dos pasadores de seguridad. Controlar por si había sombras que se movían entre el rellano de la escalera y la claraboya. Sólo entonces podían empezar a bajar las escaleras.

Se encontraron con Gregor Jaindl en el descanso del segundo piso. Con un brazo sostenía una bolsa de papel con manchas de grasa, llena de basura; con la otra registraba el bolsillo en busca de la llave.

-Buenos días... ¿la señorita Bruckner, no es verdad? ¿La joven que confecciona ropas brillantes?

-Sí -dijo Terri-. Buenos días, señor Jaindl.

-Por favor -dijo el viejo-, me llamo Gregor.

Sacó la mano del bolsillo. Las llaves sueltas se cayeron al piso.

-Entonces llámeme Terri.

La muchacha se arrodilló y empezó a recoger las llaves. Miró hacia arriba.

-Él es David.

Se puso de pie y depositó las llaves en la palma de Jaindl.

-Señorita -dijo él-, es usted muy amable.

Acentuaba un poco las palabras, pronunciándolas con una rígida cortesía europea. Hizo una ligera reverencia; David parecía alarmado.

-Creo que es mejor que sigamos -dijo tomando a Terri del brazo y conduciéndola hacia la escalera.

El viejo se aclaró la garganta en forma perentoria. La pareja se detuvo dos escalones más abajo.

-Me sentiría muy honrado -dijo Jaindl- si ustedes quisieran compartir mi cena de esta noche.

David empezó a contestar sin pensarlo:

-Gracias, pero no...

-Habrá carne -dijo el viejo.

-Nos encantaría -dijo Terri.

-Entonces, a las siete en punto.

Jaindl se volvió y desapareció en la oscuridad del vestíbulo.

David tomó a Terri del brazo; estaba enojado.

-¿Estás loca?

Ella lo miró de soslayo.

-¿Acaso debemos pasar otra noche más en ese departamento sin necesidad? ¿Peleando por los huevos en polvo?

-Mejor eso que comer con un viejo chiflado.

-No es un viejo chiflado.

Dos pisos en silencio. Luego ella dijo:

-Me recuerda muchísimo a mi padre.

Su querido padre, que había desaparecido en los motines por la comida, ocho años atrás.

David se rió.

-Es una persona misteriosa. Eso de llevar basura hacia el departamento en vez de sacarla.

Terri sonrió con picardía.

-A lo mejor es la cena.

Ya había empezado a llover cuando Terri pasó a buscar sus píldoras. Salieron de la Clínica Asistencial del Sector Este. Por lo general, a Terri le gustaba chapotear en la lluvia como un pato, poniendo cuidado en pisar todos los charcos, pero ese día chancleteó bajo el agua, cabizbaja.

La vendedora ambulante los distinguió antes de que hubieran caminado una cuadra. Usaba un saco a cuadros de varios colores que por poco limpiaba la mugre de la calle. Los alcanzó de un salto, con los movimientos torpes y ansiosos de un perrito.

-¡Hola, querido! -los llamó-. Esperen un minuto.

Se puso a la par de ellos. El pelo se le bamboleaba al caminar.

-Escuchen, tengo algo que les interesa.

-Lo dudo -dijo David.

Aceleraron el paso. Terri miraba fijamente hacia adelante.

-Acaban de salir de la clínica ¿no?

Tenía un tonito profesional.

-Tengo otras dos docenas de píldoras que los mantendrían fuera del hospital -los ojos parecían cansados-. Apuesto a que les gustaría tener un chico.

-Váyase -dijo David.

-Escuchen, tengo algo especial. Seis meses, varón, criado a pecho. Les encantaría, en serio. Una ganga, tesoritos.

David cortó por lo sano y agarró de un brazo a la vendedora y la empujó hacia el cordón de la vereda.

-Váyase al diablo y déjenos en paz.

Al llegar a la esquina los encaró nuevamente mientras esperaban la luz del semáforo.

-Escuchen, quinientos, nada más. Vamos, tesoritos, él los necesita y ustedes también.

David sintió que Terri se estremecía a su lado; estaba llorando. Sin pensarlo, agarró el bolso de lona del respirador por la correa y lo revoleó en el aire. El impacto alcanzó a la vendedora en el mentón y la arrojó contra un buzón. Se tambaleó, aturdida y empezó a manarle sangre de la nariz.

-Hijos de puta -dijo, y empezó a maldecirlos con un tono firme y monótono.

-Por favor -dijo Terri-. Vámonos de aquí.

Él le pasó el brazo alrededor de los hombros para consolarla, mientras caminaban. Reemplazaba así a las palabras, que no supo pronunciar, en el trayecto por la Primera Avenida rumbo a casa.

El departamento de Gregor Jaindl bien podía haber sido la guarida de un alquimista medieval. Era oscuro, con las ventanas herméticamente cerradas.

Había estantes de madera rústica contra las paredes; los libros tenían encuadernaciones de cuero. El aire estaba cargado de un fuerte olor a incienso. El candelabro que estaba apoyado sobre la mesa había sido fabricado con un cráneo humano.

-Me apasiona el drama -dijo el viejo, como justificándose-. Me enorgullezco de ser uno de los últimos grandes románticos.

-Muy impresionante -dijo Terri.

Jaindl los condujo a la mesa.

-¿Les gustaría un poco de vino antes de la comida? Tengo una sola botella de Liebfraumilch, 1967. Supongo que no es lo más adecuado, pero escasea tanto el vino en estos días...

-No queremos saquear su bodega -dijo Terri-. De veras.

-El vino hay que disfrutarlo con los invitados -rió el viejo-. Además, esta noche estoy de festejo.

David había estado escudriñando sin cesar las hileras de libros clasificados.

-¿Qué es lo que festeja? -preguntó.

La sonrisa estereotipada de Jaindl se hizo aún más amplia.

-Soy el salvador de nuestras decadentes y hambrientas ciudades.

-No comprendo.

-Más tarde, más tarde; ya les explicaré. Pero, por el momento, tengan paciencia y soporten la vanagloria satisfecha de un viejo, por favor.

Jaindl llenó tres vasos finos y los distribuyó.

-Ahora, un brindis. Por todos nosotros, por nuestro nacimiento y nuestro renacimiento.

Entrechocaron los vasos.

El de Terri cayó de su mano, golpeó contra el borde de la mesa y salpicó ámbar sobre el candelabro. Se tambaleó por un instante y David la sostuvo con su mano libre. «David, lo siento, lo siento tanto», pensaba ella.

-Mi querida -dijo Jaindl con ansiedad-. ¿Qué le ocurre?

-Lo siento -dijo Terri-. Realmente lo siento. Yo...

-Está un poco alterada -dijo David-. Fuimos a la Clínica a buscar las píldoras y nos siguió una vendedora tratando de encajarnos un chico.

Jaindl frunció el ceño.

-Las píldoras. Narcoesteroides. Obtuve mi primer diploma en Columbia cuando las estaban desarrollando.

-¿Usted estuvo allí?

-¿Le sorprende? -sonrió débilmente-. Licenciado en genética en 1970. Doctor en biogenética tres años después. ¿Pensó acaso que yo era un sastre inmigrante jubilado?

-Algo por el estilo -dijo Terri-. ¿Puede servirme otro vaso? Prometo tener cuidado.

-Claro que sí -Jaindl sirvió el vaso-. ¿Entonces está segura de que son sólo nervios? ¿No ha notado (titubeó) ningún atraso?

Terri tomó un trago.

-No, estoy en fecha. Mi período empezó hoy.

-Perdónenme, amigos.

Jaindl volvió a levantar su vaso.

-Voy a proponer un brindis más apropiado. Por un mundo en el que podamos elegir libremente.

Bebieron y se produjo un largo silencio.

-Yo era uno de los que firmaba los petitorios contra la llamada regulación de la población -dijo el viejo-. La legislación social, el manejo de los pobres y de las minorías, los anticonceptivos narcóticos. Lo intentemos, pero no se protestó lo suficiente y después ya fue demasiado tarde.

-Fue un error -dijo David-. Y ahora ya no hay elección para nadie.

Terri se estaba poniendo muy achispada con muy poco vino.

-Habría bastado con que nos degradaran al rango de animales; no habríamos tenido que justificarlo.

-En ese momento las demás alternativas parecían peores -dijo Jaindl-. La comida, especialmente para las ciudades, era uno de los grandes problemas. Y en eso estuve trabajando todos estos años. Eso es lo que celebramos esta noche. Ahora siéntense, por favor.

Se sentaron. Jaindl se inclinó sobre el horno de la kitchinette y volvió con una fuente repleta de churrascos humeantes.

-¡Hace tanto que no comíamos carne de verdad! -dijo Terri.

La carne era blanca y tierna, húmeda y ligeramente escamosa. Tenía un poco de gusto a pollo o a atún, pero al mismo tiempo un sabor característico. Todos se atiborraron.

-¡Qué rico! -se maravillaba Terri a cada bocado.

Cuando hicieron una pausa para respirar, David dijo:

-¿Es algún tipo de carne sintética?

-No exactamente -empezó a decir Jaindl, y se detuvo, pensativo-. Se lo podría calificar como aprovechamiento máximo de los recursos existentes.

-¿Qué quiere decir?

-Se los mostraré. Vengan un momento.

El viejo los invitó a abandonar la mesa.

-Hace tiempo que convertí mi dormitorio en un laboratorio. Ustedes vieron los resultados. Les mostraré el origen.

Había toallas sucias amontonadas debajo de la puerta del dormitorio. Cuando Jaindl las sacó, Terri frunció la nariz por el olor. Jaindl abrió la puerta y encendió la luz, una simple lamparita. Una pared estaba llena de cajas de cartón repletas de basura; la de enfrente tenía jaulas. El viejo hizo un gesto y ellos se inclinaron muy cerca el uno del otro, sobre una jaula de noventa centímetros de largo.

-¿Qué es? -preguntó Terri, estremeciéndose involuntariamente.

Vio un cuerpo obeso, segmentado, negro y liso, de unos cincuenta centímetros de largo y tal vez veinte de diámetro. La criatura se arrastraba hacia adelante, impulsada por seis patas blindadas, gruesas y cortas.

-Es el resultado de muchas generaciones -dijo Jaindl.

Había un dejo de orgullo en la voz.

-Aceleración genética forzada, aquí, en mi dormitorio, con mis técnicas. Este es el resultado, un verdadero triunfo.

-Parece casi como si... -empezó David.

-La forma de vida más prolífica de las ciudades -dijo Jaindl-, además de la rata y el mismo hombre. Nos salvará del hambre.

David se inclinó para ver más de cerca.

-Es una cucaracha.

-¡Dios mío! -dijo Terri.

Desnudos, yacían uno al lado del otro en la oscuridad. Los rodeaba un calor denso.

-Te dije que era un chiflado -dijo David.

Terri se dio vuelta hacia su lado.

-Todavía me siento mal.

-Y se parecía a tu padre.

-*Se parece* -dijo la muchacha-. Jaindl es un viejo simpático; estoy segura de que tiene buenas intenciones.

-Es un chiflado.

-No fue tan terrible. La gente puede llegar a acostumbrarse. Es sólo la idea...

-Eso, la idea -dijo David-. ¿Puedes imaginarte a nuestros vecinos criando esas cosas en el patio? Dios, todos tendríamos que tirar nuestra basura allí. Luego, a la hora del almuerzo, bajaríamos y mataríamos una bien gorda. Jaindl está loco. De remate. Olvídalo.

Terri yacía boca arriba con la cara vuelta hacia el cielorraso.

-Por lo menos él trata. Hizo algo. (Dame un hijo.)

-¿Qué quieres decir con eso? (Sabes que no puedo.)

-Nada, nada en absoluto. (Lo sé, pero no quiero entender. No quiero ser justa.)

«Acabemos», pensó ella; «es un juego tan cruel, tan devastador.»

La frustración y la rabia empezaron a deslizarse a través de la ventana enrejada como si fueran seres vivientes.

-...tú querías...

-...un momento de esperanza...

-...yo quería...

-...si no puedes...

-...no puedes...

-...puta...

-un bebé...

-¡Maldito sea! -dijo ella-. Vete al diablo. Por un momento me pareció que sí.

Le dio vuelta la espalda y tocó el cuerpo deshilachado del osito, que se cayó sobre la mesita de luz.

-¿Qué?

-Que te quería.

En el pequeño departamento de la avenida A, los animales empezaron a despedazarse unos a otros.

CERRO CARIDAD
Edgar Pangborn

Mi nombre es Peregrino; tengo dos amigos.

No me toque. Sienta cómo se agita el aire con mi aleteo y trate de entender: soy de carne.

Uno de mis amigos se esconde más allá, donde empiezan los pinos; es Lykos. Piense en un lobo europeo, más grande y más peludo que los lobos grises que tienen en Estados Unidos.

Hace tres mil años su pelaje era negro azabache; ahora se le puso canoso, como mi plumaje. Mi otro amigo lleva a cabo su tarea muy lejos de aquí, en una cueva en uno de los picos más bajos de la cordillera de la Cascada. Los lejanos antepasados de los indios pies negros llamaron a ese pico Cerro Caridad debido a los buenos refugios, las fuentes, las zonas de pasto dulce y los vientos templados. Si usted viera a mi amigo, lo tomaría por un mono sin cola, un simio africano. Para divertirnos, él y nosotros, después de descubrir la India, lo llamamos Hanuman. También él ha encanecido; fue el primero de nosotros en comprender que estábamos envejeciendo. Ya sabíamos que podíamos morir: una vez fuimos cuatro.

No me voy a parar en su muñeca; encontraría fría nuestra carne. Me gusta este brazo de su silla y me agrada observar los últimos rayos de sol sobre su cara, doctor, aunque me doy cuenta de que usted necesita desviar la mirada de él como nunca me ha pasado a mí.

Me resalta difícil hablar. Conozco bien su lenguaje pero mi garganta tiene que esforzarse para emitir sonidos humanos. Sea paciente conmigo.

Lo hemos observado durante cinco veranos: nos gustan estas colinas que usted llama Vermont; nos gustan los jóvenes que vienen en el verano con sus carpas, y también la forma en que usted utiliza su propia versión del método socrático para despertar sus mentes. ¿Es una escuela socrática, no es cierto?

En cierto modo: los persigo con la lógica. Quiero que conozcan la fantasía y la verdad objetiva, para que valoren las dos y entiendan sus diferencias. Usted me llama «doctor», pero ya hace quince años que me retiré de la profesión. Será difícil, Peregrino, convencerme de que no eres el sueño de un viejo que se quedó dormido al sol.

Tal vez se sienta más convencido cuando Lykos venga a descansar a sus pies y le hable con una voz mejor que la mía.

No podemos conocer nuestro origen. Mientras la ciencia de ustedes se iba conformando, nosotros escuchábamos, a nuestro modo. Ustedes pudieron explorar -con microscopios, telescopios, matemáticas, métodos ingeniosos- como nunca pudimos nosotros. Lo que pensamos acerca de nuestro origen es una imitación de la forma de especular que tienen ustedes. Puesto que, por lo que sabemos, no existe nada semejante a nosotros en ningún lugar de la Tierra, salvo en lo que hace a nuestros tres cuerpos, y puesto que nuestra carne tiene muy poco en común con la de cualquier ser nacido en la Tierra, pensamos que es posible que hayamos surgido de... supongamos que de gérmenes traídos por un meteorito que cayó en la península Ibérica hace tres mil años: este polvo viviente desconocido logró (suponemos) hospedarse en un cuerpo terrestre y crecer hasta que cada parte, al mismo tiempo que retenía el plan originario, se transformó en nuestra sustancia, cualquiera que sea, con su larga vida, impropia de la Tierra, su excelente memoria y sus poderes parcialmente idénticos a los humanos: razonamiento, imaginación y afectividad. (Aunque es cierto que, a veces, pensamos de una forma que no le puedo explicar.) Y suponemos que ese polvo penetró en los cuerpos ya desarrollados de un halcón peregrino, un lobo, un mono y una serpiente. Adoptamos esta hipótesis porque no tenemos otra mejor. Tal vez cuando muramos y los expertos de ustedes nos examinen, podrán dar otra explicación muy distinta, pero esperamos vivir un poco más todavía; y además, nos parece que los sabios de ustedes, enfrentados con su propia tecnología desbocada, con la decadencia de la responsabilidad política y social y, sobre todo, con los horrores de la superpoblación humana, tienen bastante en que aplicar sus energías durante mucho tiempo -si es posible todavía hablar de mucho tiempo para cualquier ser de este planeta-, como para molestarse por tres criaturas extrañas, «imposibles», que sólo pueden observar, reflexionar y concluir (si tenemos tiempo) cierta tarea.

Ni siquiera estamos seguros de si el trato con nosotros carecerá de peligros para su especie. Esta es una nueva inquietud que nos transmitió la ciencia que ustedes desarrollaron. Nunca mantuvimos mucho contacto físico con la vida animal de la Tierra: nos perturba; nuestros sentidos se estremecen. Podemos amarlos, pero preferimos no tocarlos. (No se preocupe si no

entiende esto: nos afecta más a nosotros que a usted.) Nuestro único alimento son las hojas de algunas plantas. El contacto que mantuvimos con la vida animal, casi siempre accidental, no dañó, que nosotros sepamos, a ninguna de las partes, pero nunca estamos del todo seguros; por eso prefiero que no me toque. Es muy probable que se trate de una precaución innecesaria, pero es mejor eso que causarle algún daño.

El cuarto de los nuestros fue asesinado por paisanos aterrorizados. Lo aplastaron con piedras y palos: habrán sentido una mezcla de ira sagrada y de temor frente a su forma serpentina. Sucedió en el siglo XII del calendario cristiano. Sin embargo, vimos a hombres de la época actual impulsados ciegamente a destruir las formas que encuentran demasiado ajenas a su estrecho esquema humano y por lo tanto odiosas.

Ofis había almacenado en su memoria el conocimiento del gran mundo que se agitaba bajo los pastos. Durante siglos había escuchado también las cosas humanas, debajo de los pisos, detrás de las paredes, en los setos de los jardines, más allá de las fogatas de los campamentos. Todo lo que nos transmitió está a salvo en la memoria infalible de Hanuman y en el registro escrito que está elaborando en Cerro Caridad, pero Ofis murió antes de que diéramos comienzo a ese registro, de modo que el resto de lo que sabía es irrecuperable.

Si usted llegara a sentir el deseo de convencer a los otros de nuestra existencia, incluso a esos eruditos que hay entre ustedes, llenos de buenas intenciones e incapaces de hacernos daño de propia mano, le pido que no lo haga. No nos atrevemos a mostrarnos. Vine a verlo asustado, y lo estoy todavía pese a lo que sabemos de usted. Me disculpará, pero estamos demasiado acostumbrados al hábito de los hombres de disparar primero y después ir a ver qué fue lo que cayó bajo la bala.

En cada generación de hombres buscamos a esos pocos a quienes podríamos aproximarnos en caso de necesidad. Hace mucho que empezamos a hablar. Trescientos cincuenta años atrás Lykos quiso socorrer a una mujer que se había perdido en el bosque y la única manera que encontró para aplacar su temor fue la de hablar con su dulce voz humana. ¡Ay, su bondad! La pobre volvió a su casa tambaleándose, asombrada por la maravilla sagrada, creyéndola una experiencia cierta de la presencia de Dios. Pero cometió el error de comentarlo y terminó quemada por bruja, de acuerdo con la urgente recomendación del entonces Arzobispo de Colonia. Más de una vez he visto cómo la bondad humana se extiende para salvar a una mariposa nocturna de la llama y la mano asusta al hermoso y atolondrado insecto, que se precipita directamente hacia su muerte.

Ahora recurrimos a usted porque estamos realmente necesitados de ayuda. Lo que nos amenaza les parecería trivial a la mayoría de los de su raza, suponiendo incluso que lograran aceptar el hecho de nuestra existencia. Sabemos que usted no pensará así, pero podría muy bien vacilar por otros motivos. Tiene, pues, derecho a saber más sobre nosotros, ya que venimos a pedirle ayuda. Permítame que continúe hablando de nosotros.

En su momento, exploramos todas las regiones que se extienden entre los polos, salvo los mares. Yo volé a las islas más lejanas; conozco las capas superiores de la atmósfera (¡qué limpia fue en un tiempo!). Lykos y Hanuman recorrieron durante siglos les junglas, las praderas, las estepas, la tundra y los campos y las pasturas que están bajo el dominio del hombre. Viajaban a todas partes con Ofis, mientras vivió. Nunca encontramos a otros de nuestra especie. ¿En el mar? Es posible: no podemos ir allí. Una parte del polvo que (tal vez) nos dio origen pudo haber caído en él. Yo desperté a la vida conciente en un pedazo de terreno cerca de la desembocadura de lo que hoy recibe el nombre de Guadalquivir, y la primera cosa hermosa que vi, y me maravilló, fue el juego de la luz de la tarde sobre las aguas del Atlántico; la primera música de la que tuve conocimiento fue el contrapunto entre el viento y el mar. Creo que fue después de mi... -¿debería decir nacimiento?- que al sur de ese lugar creció una ciudad que los romanos conocían con el nombre de Gades (la Cádiz actual). Sí, puede ser que algunos de los nuestros estén en el mar. Pero pienso que es sumamente

improbable que hayan descubierto la comunicación como lo hicimos nosotros. Para ellos, la humanidad no puede ser más que una fracción de la lluvia mortal que cae lentamente a través de los espacios verdes hasta el fango. Si la contaminación del mar que lleva a cabo su raza amenaza con destruirlos, no tendrán defensa ni salvación.

Sin embargo, no hemos encontrado otros. La esperanza de hallarlos no se ha desvanecido del todo, pero es muy débil: el de ustedes es un mundo enorme. Sólo los hombres embrutecidos por la impaciencia o la indiferencia pueden creer que es pequeño; sólo un ignorante digno de lástima puede creer que ya fue explorado.

Le diré algo más acerca de aquel primer momento de lucidez. Me encontré como una mente sin lenguaje, conocimiento ni memoria, en posesión de un cuerpo alado que podía volar sin tener que aprender a hacerlo, una vista y un oído agudos, y descubriendo el placer de jugar carreras con el viento. Con el olfato nació el hambre (en nada semejante al de un halcón) y picoteé algunas hojas, atraído por uno y otro aroma, hasta que aprendí la manera de aplacarlo. Pero aunque mi mente estaba vacía y expectante, tenía una carga de curiosidad como la de ningún otro animal salvo, lo comprendo ahora, el hombre. Sin lenguaje, tradición ni guía, sin concepto de comunicación, observaba el maravilloso y continuo fluir de la vida a mi alrededor, y era capaz de establecer comparaciones y deducciones elementales, partir de pequeñas observaciones para llegar a otras más amplias, combinarlas, y no olvidarme de nada. No sé cuánto tiempo viví en esta especie de infancia, pero supongo que sólo unos pocos años. La estaba enseñando a mi mente a hacer lo que mi cuerpo había podido hacer sin enseñanza: volar.

Aunque vi la redondez de la tierra y sentí la invitación de las distancias, no volé más allá de los Pirineos durante ese primer tiempo, ni me adentré en los océanos. Distancias cortas, sobre África del Norte, eso sí -¡qué verde era entonces!- pero siempre volvía. Creo que sabía que me iba a marchar, pero primero necesitaba comprender mejor esa región en la que había comenzado mi existencia consciente.

Fui muchas veces testigo de cómo la vida mata la vida. Eso me hizo tímido, ya que me mostraba la imagen de la muerte como algo siempre en movimiento, seguido generalmente por la desaparición en una boca hambrienta o la putrefacción. Descubrí que la mayoría de los seres de mi propio tamaño o más pequeños se apartaba de mí. Los halcones tan asustados como cualquiera de los otros. Mi olor, supongo, o alguna otra cosa que sienten por percepciones que han escapado hasta ahora a los estudios de ustedes, doctor. ¿Mi olor le molesta?

No. Es almizclado y extraño, pero me resulta agradable.

Bien. Los mosquitos lo estaban molestando hace un rato; no los volverá a sentir mientras yo esté aquí.

Un día -yo era todavía muy joven, si puedo emplear esa palabra- estaba volando sobre aquellas colinas del norte y vi a Lykos atravesando un cerro sobre el que se había depositado una delgada capa de nieve. A su lado iba Hanuman. Eso me dio la pauta de que eran algo fuera de lo común. Había visto lobos, feroces animales predatorios, pero los monos eran animales de las zonas cálidas del sur, nunca vistos en esas colinas y mucho menos en compañía de un enorme lobo negro. Cuando bajé en vuelo rasante y volví asombrado, los dorados ojos de Lykos se movieron para seguir mi vuelo y Hanuman se agachó y le puso afectuosamente el brazo sobre el lomo. Después, el mono se puso de pie y me hizo señas con el brazo, como había visto que hacían los seres humanos para llamar a otros. Yo descendí más aún, sobreponiéndome al miedo. ¡No había olor a lobo o a mono, sino mi propio olor!: el olor a hoja y a humus que sentía cuando limpiaba mis plumas o deslizaba mi cabeza bajo el ala. Me posé junto a ellos sin miedo, y la pequeña Ofis se deslizó de su cómoda montura en el denso pelaje del cuello de Lykos. Éramos cuatro.

Los tres estaban ya muy adelantados en el uso del lenguaje privado que todavía empleamos para comunicarnos entre nosotros. Adquirimos los lenguajes humanos más tarde, cuando los necesitamos. (La historia de su desarrollo desde lo que fueron hace tres mil años es uno de los tesoros que salvaguardó para ustedes ese registro que está elaborando Hanuman.) Yo me puse al día en poco tiempo con ese idioma privado que tenemos, ya había aprendido el amor en el momento en que Hanuman me había tocado.

No tenemos sexo. Los cuerpos de Lykos y de Hanuman tienen una conformación masculina pero carecen de deseo sexual, un sentimiento que sólo podemos entender como observadores; Ofis tenía forma femenina. Pero fue sólo una cuestión de azar: suponemos que en su vagabundeo el polvo entró en cualquier cuerpo cercano dispuesto a hospedarlo. Yo no sé qué sexo tenía mi cuerpo antes de transformarse, y no tiene importancia. Si es cierto que nos reproducimos por esporos, ¿sería posible (sólo estoy soñando en voz alta en este momento) si es que morimos de viejos, que nuestros cuerpos se sequen y esparzan los gérmenes de nuestra sustancia en el aire? ¿Lo asusta la idea?

No, Peregrino.

Conocemos el amor en términos de devoción o experiencia compartida y de ternura (en este sentido nos es posible amar a la raza humana, y lo hacemos), y el placer de la cercanía, de la acción de tocarnos uno a otro a veces sin palabras. Nuestros cuerpos podrían parecerle fríos, pero nosotros nos comunicamos calidez recíproca... ¿Puede usted imaginar a un ser humano parado en la habitación donde mi cuerpo se convierte en polvo viviente?

Puedo imaginarlo sin angustiarme.

¿Puede imaginarse a usted mismo en el lugar de esa persona?

Eso es más difícil.

Yo mismo no lo desearía. Los seres humanos deberían vivir. Pienso que mi ciclo vital está todavía lejos de agotarse. Cuando llegue la muerte, tal vez haya algún humano inválido, alguien condenado a morir... pero dejemos esto. Si nuestra sustancia llegara a penetrar, sólo el marco, la imagen externa sería humana; y los seres humanos deben vivir como seres humanos.

Este es el mundo de ustedes. Ustedes no pueden ser como nosotros, ni nosotros tan variados, adaptables, arrojados, hermosos, incluso felices como podrían ser muchos de ustedes si aprendieran a vivir; si solo empezaran a pensar mejor y en menos cosas y no en más y cada vez con más ansiedad. Pienso que también nosotros deberíamos vivir, unos pocos, si fuera posible, si estuviéramos seguros de que nuestra sustancia no resulta perniciosa para la vida natural en la Tierra. Pero del mismo modo en que no tenemos el potencial de ustedes para el mal, tampoco tenemos totalmente desarrollado el potencial que tienen ustedes para hacer el bien. Son ustedes los que deben convertirse en el pueblo de la Tierra, si es que pueden... los buenos agricultores, los músicos y los guardianes de la viña.

Nuestros grandes viajes empezaron inmediatamente después de aquel encuentro en la ladera de la montaña. Cruzamos los Pirineos en la primavera de un año que ustedes llaman el siglo IX antes de Cristo. Viajamos a nuestras anchas a través de los bosques que más tarde se convertirían en la Galia, a lo largo de la costa norte de Europa, de las riberas del Báltico y llegamos al enorme continente asiático. Pasaron años y llegamos al Pacífico. Recorrí las costas volando en todas direcciones, viví los techos, el humo, los campos de una civilización estupenda ya en esa época. Pero entonces no nos entretuvimos en informarnos en detalle sobre ella, porque queríamos conocer el mundo en una visión de conjunto. Descubrí la región de la niebla en donde el mayor de los océanos se reduce a las dimensiones de un estrecho que separa los continentes, y guié a mis amigos en esa larga travesía. Hanuman, con la ayuda de Lykos, construyó una balsa. Esperamos hasta que el invierno redujo el estrecho a unos pocos kilómetros y cruzamos, ayudados y amenazados a la vez por la furiosa corriente y los témpanos flotantes. Durante una parte del trayecto Lykos nadó, arrastrando la balsa.

Lykos no corría peligro de hundirse: podemos soportar el frío a una temperatura que sería mortal para ustedes, y nuestra carne es mucho más liviana que la de ustedes y flota mejor. Pero le tenemos mucho miedo al océano, ya que no tuvimos modo de informarnos suficientemente sobre él. Ese día se nos presentaba como una amenaza y una oscuridad completas. Mientras volaba, yo esperaba poder advertirlos de la proximidad de cualquier cetáceo horrible o de cualquier forma que se recortara en aquel caos gris... ¡pero esa niebla, esa niebla eterna! Nos ayudaba ocultándonos, es cierto, pero hacía inútil el poder de mi vista. Bueno, el hecho es que logramos nuestro propósito y que regresamos más tarde sin problemas. Para mí, por supuesto, las barreras de los océanos significan menos que las divisiones de un tablero de ajedrez. En ese viaje -estábamos en el siglo VIII antes de Cristo, según los cómputos de ustedes- exploramos toda la costa de América del Norte, desde Terranova hasta lo que ustedes convirtieron en la Zona del Canal, y llegamos hasta el Cabo de Hornos, con muchos años de aprendizaje sobre una selva nueva, después volvimos a subir por los Andes, y finalmente tocamos nuevamente Alaska. Décadas después volvimos cerca de nuestro lugar de origen.

Estudiamos la mayoría de las agrupaciones y culturas humanas que encontramos, evitando el contacto porque conocíamos los riesgos. En esos siglos en que llevamos a cabo nuestra exploración sólo aparecimos como rápidas sombras captadas con el rabillo del ojo de un hombre, puntos alados entrando y saliendo de las nubes.

Recuerde, doctor: tres mil años no es mucho tiempo. Antes de que nuestras mentes despertaran, Mohenjo-Daro había sido sepultado y olvidado bajo el fango de una construcción posterior. El Gran Ziggurat de Babilonia se había construido más de mil años antes de nuestro despertar, pero nosotros conocimos esa ciudad en nuestra época: Ofis en sus sótanos, Hanuman como una sombra huidiza sobre los techos, a medianoche, Lykos paseó por sus malolientes callejuelas, escuchando voces humanas mientras los perros retrocedían temblando, sin sufrir daño.

Conocimos Grecia y sus pocos siglos ilustrados: volé sobre Creta, sobre todas las islas griegas. Podemos decirle que Helena era de veras hermosa, que el corazón de Aquiles se partió cuando murió su amigo. Yo presencié el incendio de Troya, que tiñó de negro el cielo... sólo una de las innumerables guerras que presenciamos, todas ellas sucias, vanas e innecesarias. Esa sólo importa porque un poeta le puso música. Y efectivamente, Odiseo, fecundo en ardides, partió de allí en su viaje de retorno al hogar... pero de eso sólo conozco, como usted, lo que narró una voz mejor que la mía.

En un viaje muy posterior pasamos por Antioquia y por Tiro y proseguimos hasta llegar a una impresionante marea humana -Alejandría-, donde oímos los dialectos ya familiares de Grecia y Roma. Seguimos por la costa hacia el oeste y llegamos a las legiones que sitiaban Cartago. Según el calendario de ustedes, eso ocurría en el 146 a. C.

Esa noche, Lykos y Hanuman fueron a rondar por los campamentos y escucharon las maldiciones, los lamentos, la conversación de los soldados, a veces profunda, la charla de los acompañantes y los esclavos, los rezongos de los jugadores de dados, el chirrido de las ruedas, las escupidas, los resoplidos, los vómitos, el gemido de los látigos. Sonidos nocturnos no muy diferentes de lo que volvimos a escuchar en 1346 en el sitio de Calais; ni muy diferentes, anciano, de lo que escuchamos en el verano de 1863, en las afueras de Vicksburg. Si hubiéramos estado presentes, creo que habríamos escuchado la misma mezcla de humor negro, obscenidades ingenuas, paciencia, desesperación inútil y fatiga en las trincheras de Verdun o antes del comienzo de la batalla de Monte Cassino. Eso mismo oiríamos, tal vez con tonos más histéricos, allí donde estén los soldados de la guerra venenosa, ciega e inacabable que el gobierno de ustedes lleva a cabo en Vietnam.

Tratamos de entenderlo.

Volé sobre Cartago. Nos habíamos vuelto bastante sofisticados por entonces con respecto a los hechos humanos. Supe lo que iba a ocurrir. Adivinamos que el predominio de Roma era inevitable, aunque más no fuera por la pesada obstinación romana, y esta ciudad era el centro vital del enemigo. Habíamos escuchado murmuraciones y verdades sobre el atrabiliario Catón de ochenta años; el viejo predicador del odio estaba ya muerto -también odiaba a los griegos- pero su odio todavía se hacía sentir donde las legiones pudieran oírlo. En seis días Cartago fue reducida a cenizas y humo. Antes de buscar un aire más puro escuché los gritos, y di un vistazo a las acostumbradas diversiones humanas. Sin embargo, se dijo que no hubo mucha risa entre los oficiales romanos, y, si es que le interesa saberlo, es muy probable que Escipión Emiliano haya llorado, para la crónica, por este resultado de su excelente estrategia.

Hartos de los hombres, hartos sobre todo de sus desilusiones personales, seguimos vagabundeando hasta llegar a la jungla africana -nuestro tercer largo viaje allí- y observamos de nuevo, en la vida de las tribus salvajes, los intentos de organización de los hombres. Eran junglas vírgenes, como lo son todavía hoy algunas de ellas. Una vez Lykos (que está viniendo hacia nosotros desde el bosque de pinos) cayó en una trampa preparada por los pigmeos y nos fue imposible terminar de rescatarlo antes de que llegaran; yo me precipité entre ellos y les desgarré las caras hasta que huyeron, balbuceando algo sobre brujería. Nunca recuerdo haberte visto más hermoso, Peregrino.

¡Deja que te cure esa pata, Lykos!

Puedo caminar en tres, doctor. Nuestras heridas cicatrizan; nuestra carne de sangre verde no se ha infectado nunca. Pero es cierto que nos curamos mucho más lentamente que cuando éramos jóvenes. La bala hace doler, y allí, en la articulación, supongo que puede obstaculizar el acomodamiento del hueso. Sin embargo, señor... el contacto con nuestra carne...

¡Oh! Tú no crees en eso, ¿verdad? Después de todo el tiempo que han pasado en la Tierra sin hacer daño. Permíteme al menos extraer la bala y entablillar la pata; para mí es algo muy simple.

Pero tenga cuidado, doctor... por el contacto...

¿Después de tres mil años sin haber hecho nunca daño? Déjame seguir las indicaciones de mi sentido común. Además, yo soy... bastante viejo. En realidad, no tiene importancia. Descansa aquí, iré a buscar lo que necesito...

¿No irá a llamar por teléfono a otros?

No, Lykos; estoy seguro. Es honesto.

¿Todavía no le has hecho el pedido?

No, pero le dije que vinimos a hacerlo.

Todavía estamos a tiempo, Peregrino. Podríamos dejarle creer que lo que vinimos a solicitar era esta ayuda quirúrgica.

Eres demasiado tímido, Lykos. Tenemos que hacer el pedido.

Hay algo en su cara... Me parece que debe de tener cáncer. Es posible... Quédate quieto. Haz todo lo que te ordena...

¿Dolió mucho?

No, usted es muy eficiente y muy rápido. Pero le sugiero, doctor, que evite el contacto con la sangre verde que está saliendo en el lugar donde se alojaba la bala. Déjala que se seque; enseguida se coagula. Trate de no tocarla cuando ponga las tablillas.

Esto es una asquerosa bala calibre 22. ¿Qué sucedió?

Algún cazador. Estaba seguro de estar escondido pero debo de haberme descuidado, y me desvié. No sé qué habrá pensado.

Si es que es capaz de pensar. Ahora las tablillas. Le va a doler, ya sabe...

Me he sentido peor... Ahora cicatrizará. Su bondad es como la primavera en medio del invierno. Peregrino, continúa con lo que le estabas diciendo. ¡Hmm, esos pigmeos! Realmente me enojé.

Sí, expresaste tus pensamientos con bastante atrevimiento. Bien, doctor, fue después de haber presenciado la decadencia y prácticamente la muerte de la sabiduría en lo que ustedes llaman la temprana Edad Media que Hanuman empezó a trabajar en su registro. Ese terrible colapso, desde el siglo cuarto en adelante, ese oscurecimiento total de la cultura occidental durante algo así como mil años, nos reveló con toda claridad qué fácil resulta para una sociedad tan imperfectamente desarrollada, en un equilibrio tan precario como la de ustedes, permitir que su luz desaparezca. Tal vez existe una fatiga mental recurrente en las culturas humanas, consecuencia de los breves períodos de actividad y esfuerzo. Ustedes se mueven con gran impulso por un tiempo, y después... se abandonan; la abdicación de la inteligencia como fuerza rectora, si es lo bastante abarcadora desemboca, naturalmente, en la ruina de casi todo.

Dentro de nuestras limitaciones, nos pareció que podíamos funcionar como conservadores de la historia. Pensamos que un registro detallado, escrupulosamente objetivo, de todo lo que sabíamos, de todo lo que habíamos observado desde afuera como espectadores, podía ser algún día de valor para ustedes, una guía de conducta. No cabe dude de que, si es verdad que una cultura que olvida la historia está condenada a repetirla, la proposición inversa también debería ser cierta.

Limita esa afirmación, Peregrino... Imagino que el doctor estará de acuerdo. Ninguna cultura hasta ahora olvidó su historia porque ninguna poseyó realmente más que fragmentos de ella. Con esa aclaración, supongo que el viejo adagio puede ser bastante cierto. Me imagino que un adecuado conocimiento de la historia que sirva como una guía confiable nunca fue patrimonio más que de un puñado de sabios. Algunos hicieron todo lo que podía por transmitirlo, pero, ¿quién lee? La inmensa mayoría de los hombres simplemente ignoran hasta su propio pasado. Retacitos tragados a los apurones en la escuela -si es que pueden ir a la escuela-; generalizaciones simples y populares, en su mayor parte falsas y dañosas.

Debo admitir que es cierto, Lykos.

Lykos es más pesimista que yo, quizá por el mismo hecho de que su amor por la humanidad es más profundo.

Tal vez. Ni se le ocurra pensar que dude del valor de nuestro registro. Sólo me pregunto si estos volubles seres de corta vida encontrarán alguna vez la inteligencia suficiente para usarlo.

Él y yo hablamos en forma parecida, doctor; también pensamos en forma muy parecida. Pero Lykos piensa en la intimidad, como todos los seres concientes. Debería habernos conocido hace más o menos cien años para descubrir en cuántos aspectos somos... personas. Ofis era la humorista del grupo: tenía en su forma de hablar un algo dulce y punzante que hasta lograba hacer sonreír a Hanuman. Él, en cambio, es todo pensamiento, meditación, lógica, filosofía... y ternura. Sus manos han cambiado visiblemente con esa interminable escritura: las dos se han agrandado un tanto -escribe con ambas- y tiene profundos surcos negros en el dedo mayor y en el pulgar.

Empezamos nuestro registro en el siglo que ustedes conocen como el noveno de la era cristiana. Teníamos la esperanza de entregarlo en el momento en que ustedes hubieran empezado a dar muestras, como sociedad de seres inteligentes, de un comportamiento más acorde con esa inteligencia. En las circunstancias actuales ya no podemos esperar mas, incluso tal vez hayamos esperado demasiado, y contado demasiado con el poder de los individuos y las minorías humanas, a menudo brillantes. El registro no está acabado. Hanuman sólo pudo abarcar una pequeña parte de este siglo veinte de ustedes... Lykos, tengo la garganta cansada.

Continuaré yo, en mi tono rezongón. ¿Está usted seguro, doctor, de que estamos a salvo de interrupciones? No estoy preparado para encontrarme con nadie que no sea usted.

Todos los muchachos se fueron al pueblo a ver una película y no regresarán hasta después del anochecer. Escucharán los dos coches. Nadie viene a visitarme aquí, y si alguien lo hace,

esa puerta tiene un pestillo suelto que cerré: pueden abrir con sólo empujar y meterse después en un armario o debajo de mi cama.

Yo también estoy domesticado. (Peregrino, no siento el rechazo cuando me acaricia la cabeza).

(Me parece bien. Siempre fuiste un cachorrito sentimental.)

Ese era el lenguaje privado de ustedes, ¿no?

Sí; le estaba diciendo al viejo Bollo de Plumas que me agrada su tacto. De repente concebimos la idea de ese registro, pero nos llevó años encontrar un lugar resguardado para trabajar. Por fin encontramos una gruta en las estribaciones de los Alpes Dináricos: la entrada era más amplia de lo que hubiéramos deseado, pero hicimos lo que pudimos con barricadas de haces de leña. Parecía lo suficientemente alejada: el hervidero de Italia estaba a más de cien kilómetros de distancia cruzando el Adriático Alrededor de nuestra gruta había una desolación total; aquí y allá, senderos de cabras, a seis kilómetros de distancia, un camino de montaña utilizado, pero muy poco, por carros y jinetes. Désele nuestro acantilado veíamos los techos lejanos de una aldea de campesinos, pero nos protegía de ella no sólo nuestra altura sino también horribles desfiladeros, densos bosques, rocas derrumbadas. Colaboraban los osos, las bestias que tienen mi misma forma y, además, la tontería del lugar, con su creencia en vampiros, brujas y toda clase de fantasmas. Nadie se aventuraba solo muy lejos, incluso de día, y es imposible que más de dos hombres juntos no hagan ruido. Nuestro sendero secreto resultó fácil para Hanuman; yo tuve bastante dificultad en algunos puntos de la escalada, de modo que estaba seguro que ningún otro lobo lo intentaría y que los hombres se acobardarían a menos que algo muy urgente los impulsara. Ofis conocía muchos accesos laterales pero prefería montar en mi cuello... aquel peso insignificante...

Vuelve a lo que estabas contando, Lykos. Sí. Esa gruta nos sirvió durante quinientos años. Hanuman desarrolló el plan completo de su obra; no nos apremiaba ningún sentimiento de urgencia inmediata en esos siglos, sólo, en su sentido amplio, la conciencia de la precariedad de todas las cosas vivas. No podíamos estar seguros de que la civilización europea recuperaría sus fuerzas o su virtud, pero en esa época teníamos nuestra propia perspectiva. Estábamos en contacto con el resto del mundo, con los continuos fracasos de los seres humanos, con sus restablecimientos, con sus avances a ciegas. Por supuesto, Peregrino era el mejor informante de Hanuman, ya que viajaba a todos los lugares a los que podían llevarlo sus alas. Teníamos noticias de los aztecas, los mayas, los incas, los pueblos primitivos, los grupos tribales y las civilizaciones jóvenes de la zona norte de este continente, China, los mongoles, la India, la población aislada de Australia, la experiencia humana en la jungla, la sabana y la costa del África. En nuestro registro hay más de lo que se puede aprender en cualquier otra parte sobre los maravillosos viajes que llevaron a los hombres a las islas del Pacífico. No hay lugar del mundo desde el Ártico hasta la Patagonia donde Peregrino no haya escuchado en la oscuridad la conversación de los hombres. Yo mismo hice muchos viajes, primero con Ofis, y luego solo.

A menudo Hanuman dejaba su obra para venir conmigo, porque era el mejor ladrón de todos nosotros. En esos siglos, los monasterios eran casi nuestra única fuente de pergamino, vitela y otros materiales para escribir. Hanuman hacía tinta con goma y hollín, y fabricaba plumas de bambú mucho antes de que Europa tuviera algo mejor que la pluma de ave. Teníamos que robar los papeles: robar los escritorios de los pobres monjes era a menudo más fácil que obtener lo que necesitábamos de sótanos u otros lugares de almacenamiento y resultaba más divertido. En los anales de los monasterios de Europa oriental entre los siglos IX y XIV se encuentran ocasionalmente confusas referencias a robo de material de escritura por obra del Demonio: si es así, hay que tomar al Demonio en el sentido de Pickwick. Después, teníamos la dura tarea de llevar nuestro botín hasta la gruta, por caminos secretos. Hanuman escribía en ese entonces en el compacto y casi rígido latín del siglo de Augusto, y lo

hacía casi sin dejar márgenes, con una escritura apenas más gruesa que las patas de un ciempiés. Sin embargo, nuestra voracidad por ese material precioso era insaciable, porque Hanuman -siempre la inteligencia rectora de nuestro grupo, en comparación con quien los demás somos sólo torpes aficionados- no quería dejar fuera un solo dato que pudiera ser de importancia para los hombres y se obligaba a transcribirlos todo en un orden perfecto, como para que el registro pudiera ser usado por cualquier erudito humano con habilidad para leer y coraje para soportar la verdad.

El producto de nuestro saqueo debía ser transportado casi siempre sobre mi lomo. Hubo veces en que me escapé por un pelo. Otras en que me quedó resentida una pata, pero bien valía la pena. Y pensar que esa parte, el producto de quinientos años de afanes, fue totalmente destruida.

Fue en el año 1348; en el mes de mayo. Ofis había muerto doscientos años atrás. Yo estaba viajando por Francia, en dirección al sur, donde la guerra de los cien años ya había levantado un verdadero monumento a las querellas de los príncipes: ruina y desolación. Y al bajar por el valle del Rodano oí que los hombres hablaban de aquella otra plaga, la Peste, que, como bien sabíamos, estaba asolando Avignon en aquel momento. Mi mente estaba habitada por la idea de muerte cuando Peregrino me encontró y me dio la noticia de nuestro propio desastre.

Un joven que había salido muy valientemente a cazar solo, había sufrido una caída e ido a parar a un lugar desde el que podía ver la entrada de nuestra gruta. Absorto como estaba en su tarea, Hanuman no se había dado cuenta de su presencia hasta que el joven cayó y comenzó a proferir gritos de dolor. Entonces, desde atrás de la barricada de arbustos, Hanuman lo observó mientras, no muy maltrecho, se acercaba trepando y cojeando: había salvado su arco y su cuchillo de caza pero había perdido las flechas en la caída. Sangraba, estaba rengo y lastimado, y buscaba un refugio, porque el cielo se agitaba, amenazando tormenta. Hanuman se quedó inmóvil en la barricada hasta que el joven apartó parte de la misma y entró en la gruta; entonces se ocultó mejor y le gritó con voz humana:

-¡Vete! ¡Vete!

Tenía la secreta esperanza que si lograba asustar al muchacho tendría la oportunidad de poner fuera de peligro el registro antes de que vinieran otros a inspeccionar el lugar.

El joven cazador se asustó, como era de suponer, y se precipitó fuera de la gruta -con la pluma de Hanuman y la tira de pergamino en la que había estado trabajando- y trató de establecer de dónde venía la voz. Fue entonces que su vista aguda descubrió la cara de Hanuman, al apartar algunas matas el viento de la tormenta. Escapó aullando, tropezando y agitándose, loco de terror, por la pendiente. Y mientras Hanuman oía como se esfumaba el alarido de su retirada, el viento desencadenó una tremenda lluvia, un demoledor aguacero que iba durar toda la noche hasta la mañana siguiente. Pero incluso si hubiera tenido un lugar seco adonde llevarlo, Hanuman piensa que nunca habría podido poner a salvo el registro: era demasiado grande, y por otra parte, esa gente era más animosa de lo que suponía.

Volvieron por la mañana, sin esperar que terminara la lluvia; llegaron con un sacerdote, aceite, antorchas y una docena de hombres con lanzas, flechas y hachas. A cincuenta metros de distancia, en una espesa excrescencia en la parte más elevada, Hanuman escuchó el monótono zumbido de un exorcismo en latín macarrónico, plegarias en dialecto, aullidos y golpes de metal para expulsar a Satanás. Escuchó cómo lo describía, dos o tres veces, el asustado (y muy orgulloso) joven, como alguien de dos veces el tamaño de dos hombres altos, con una nariz llameante que echaba fuera todo el hedor del infierno, y una voz que convertía en leche la sangre de un hombre.

Después se produjo un verdadero incendio y el humo espeso y los pedazos ennegrecidos de inestimable pergamino flotaron en el viento húmedo y se dispersaron por la ladera de la colina.

Hanuman salió a un claro donde acostumbraba a encontrarnos; fue allí donde encontró a Peregrino, que me vino a contar. Cuando los tres estuvimos otra vez juntos...

No lloramos, doctor. Nos reunimos y... descansamos. Como habíamos hecho después de la muerte de Ofis, nos fuimos a los bosques más espesos, y yo me tendí donde Hanuman pudiera reclinarse sobre mí, con Peregrino en sus brazos. Descansamos. Dejamos a un lado pensamiento, memoria, pena, todo menos nuestra mutua confianza y nuestra consoladora cercanía: porque esto, junto con nuestro conocimiento precario pero perfectible de la ley natural, constituye el único aspecto de la vida que nunca nos engañará ni nos traicionará. Después de esa época de retiro, recobramos ánimos para considerar cómo recomenzar el registro desde el principio.

Volvimos a este continente. Otra balsa de cañas y ramas sólidamente entrelazados por Hanuman con la torpe ayuda que yo podía proporcionar; un nuevo cruce de ese canal dominado por la niebla: el último. No creo que pudiera nadar en él ahora, arrastrando una balsa. Antes del cruce, Peregrino había pasado revista a toda la extensión que va de Alaska hasta las sierras del sur. De los muchos lugares apropiados, Cerro Caridad nos pareció el mejor para nuestras necesidades.

Ubicado en su cumbre plana, uno se halla en el centro de una vasta concavidad, en cuyo fondo se encuentra el jade verde de las cimas de los árboles. Éstos pueblan un valle con tantos ángulos, tan quebrado e interrumpido por elevaciones menores y estribaciones de los picos más altos, que apenas si se lo puede llamar valle. Hay pequeños lagos y arroyos. Un río corre bajo la tierra y nunca pude cerciorarme del lugar en que emerge, si es que lo hace. Y alrededor de la cumbre, donde los vientos nunca son violentos, se alzan los gigantes cubiertos de nieve: parecería que un grito puede alcanzarlos, aunque el más próximo, dice Peregrino, está a una distancia de treintiséis kilómetros. En los últimos diez o quince años, por supuesto, e! aire no estuvo todo lo límpido que antes era, pero nosotros nos acordamos.

Sabíamos que los hombres nunca irían allí para llevar a pastar al ganado, y mucho menos para desbrozar la tierra o cultivarla: poco era lo que había, incluso para las cabras. Pero para nosotros había muchísimo: las agujas del pino del oeste y el alerce son nuestro alimento. Trajimos con nosotros las semillas de hierbas europeas a las que nos habíamos acostumbrado y se aclimataron bien. También crece el mirto, que nos encanta, en las zonas descampadas cerca de nuestra gruta. En particular, hay un pequeño prado justo debajo de donde estamos: en realidad, se trata de una ancha excrescencia de roca, ligeramente inclinada, de modo que durante siglos se ha acumulado sobre ella tierra suficiente para sostener plantas pequeñas y pastos salvajes, aunque no árboles. Para nosotros es el prado más hermoso del mundo. Nos hemos preocupado por él y lo hemos cuidado como nuestro jardín desde 1377. Probablemente recuerde que fue el año en que murió Eduardo VI de Inglaterra, uno de los grandes príncipes cuya obra maestra fue la guerra de los Cien Años. Y un hombre que lo sirvió como soldado, valet, enviado, encargado de tareas políticas varias, y en comparación con el cual (en mi opinión) Eduardo y casi todos los otros monarcas de la historia europea no fueron mucho más que escuerzos disfrazados, estaba entonces llegando a los cuarenta... un amigo suyo, creo, Geoffrey Chaucer. (Espero que me disculpará por haberme deslizado a inspeccionar sus libros un par de meses atrás, cuando no había nadie y usted había dejado sin cerrar la puerta, como ahora.) Sí, ese pequeño prado ha sido nuestro jardín por cerca de seiscientos años.

Los indios pasaban cerca muy de tanto en tanto, usando un claro más abajo en la ladera de la montaña para campamentos nocturnos en sus viajes a través de la zona. Serían viajes importantes porque no les gustaban y temían la oscura foresta de la parte inferior y los terribles pasos de las alturas. Oyéndolos, nos enteramos de que cuando llegaban a este lugar que llamaban Cerro Caridad se sentían seguros. «Caridad» es la traducción más cercana que se nos ocurre, pero el término original tenía algunas connotaciones sobrenaturales, porque se creían en presencia de un espíritu bien dispuesto que garantizaba a los viajeros protección

mientras se cuidaran bien de no aprovecharse de la buena acogida para quedarse más tiempo. Más tarde, lamento decirlo, esta leyenda benigna se contaminó con el extraño mito del Espíritu del Lobo. Si, como espero, pasamos juntos las próximas horas, doctor, puede usted preguntarme acerca de esa época.

La entrada de nuestra gruta es oscura. Contribuimos a completar la obra de la naturaleza. La gruta en sí es una inmensa fisura ubicada justo debajo de la montaña. Hay una galería principal, que corre hacia el interior unos cien metros y galerías laterales. Al final de una de ellas se halla una piscina que recibe agua dulce de la lluvia y que alimentó nuestra contemplación durante siglos. En otra, la luz del día entra a través de una grieta que hay en el flanco oeste de la colina, a unos diez metros por encima del piso de la gruta: allí está nuestra biblioteca y también nuestro registro; allí trabaja Hanuman, con sol durante un rato a la tarde. En las horas de oscuridad usa velas que él mismo fabrica con bayas de laurel y otros materiales. En algunas estaciones del año tiene la compañía de la luna.

Un desprendimiento de rocas -creemos hace unos mil años, por lo menos- cerró la parte inferior de la entrada a la gruta; la superior puede clausurarse, si queremos, con una roca artificial que fabricamos, muy bien disimulada para el que tuviese el arrojo de trepar por un peñasco abrupto que hay debajo de la saliente de la colina para contemplarla, aunque no demasiado resistente. Por lo que sabemos, los indios nunca subieron a examinarla. Tal vez hayan sentido que era una invasión del lugar en que moraba el espíritu. Un buen espeleólogo, o incluso un boy-scout emprendedor, la descubriría en el acto.

El papel volvió a ser un problema. Nos costó unos cuantos años de experimentos y complicaciones inventar un método para fabricarlo nosotros mismos con avena. En el siglo XIV podíamos sentir todavía que teníamos mucho tiempo. Hoy en día, en Cerro Caridad, se pueden encontrar pequeños claros donde crece espontáneamente un extraño tipo de avena; claro que la hemos ayudado un poquito, por razones sentimentales. Naturalmente, cuando las colonias españolas de California fueron lo suficientemente estables como para proveernos de papel, enseguida pusimos manos a la obra, con los rápidos dedos de Hanuman y mis silenciosos pies, y disfrutamos del juego casi tanto como en los viejos tiempos. Pero los anticuarios y posiblemente los químicos pueden interesarse algún día en el estudio del papel que fabricamos: todavía ahora es flexible y, si se tiene cuidado, se lo puede tomar en la mano con toda tranquilidad. Y la tinta de Hanuman, en la mayoría de las casos, se destaca con tanta precisión como antes.

Hay grandes cantidades, doctor, porque Hanuman estaba decidido a extraer de su memoria cada página del relato perdido, mientras trabajaba con la constante afluencia de nuevos hechos de los cuales le informaba Peregrino después de sus vuelos por otros continentes. Yo, por mi parte, volvía con más noticias del mundo indígena de América del Norte y del Sur. Usted comprende la Importancia de esto, doctor, considerando el poco interés que los pioneros blancos tuvieron por la historia de otro pueblo que no fuera el de ellos.

Los siglos XIX y XX están profusamente documentados, y me atrevo a decir que todos los hechos importantes pueden encontrarse en los registros humanos. Sin embargo, Hanuman desea continuar su relato hasta el presente, aunque más no sea porque tenemos la esperanza de que haya cierto valor en un punto de vista de hace tres mil años.

Doctor, creo que lo estamos fatigando demasiado. Parecería como si usted...

¡Adelante, por favor!

Déjame seguir a mí, Lykos. No nos preocupamos mucho, doctor, cuando la Unión del Pacífico llegó a Portland... fue hace mucho tiempo. El camino que unió Eugene con Boise nos asustó, pero...

Quieren llegar al Cerro Caridad.

Si, doctor. Hubiéramos tenido que aprestarnos para escapar hace unos setenta años, cuando el vehículo sin caballos empezó a sacar de circulación los establos. Pero nuestra previsión es

sólo un poco mejor que la humana; y como ustedes, tenemos esa manera, esa manera humana, de imaginar que el mal momento va a pasar.

Hace varios años, un sendero que atravesaba la parte sur de nuestra concavidad en las montañas fue ensanchado y cubierto de alquitrán. Ahora asfaltarán una prolongación, una autopista panorámica, hasta la cumbre plena de Cerro Caridad. La cima va a ser convertida, como dicen, en una playa de estacionamiento con una capacidad estimada en ochocientos coches. En nuestro jardín habrá un hotel, que los planificadores han denominado ya, en sus copias heliográficas, Posada de la Atalaya, el Hogar de la Visión Creativa.

¡Cristo! Déjenme pensar... Tengo algo de dinero.

Lo suficiente para lo que está pensando, doctor. Quédese sentado, por favor: calma, tranquilo. Permítame que le explique qué es lo que esperamos. Algo mucho más modesto. Los trabajos de esa inmundicia no comenzarán hasta el próximo verano, y tal vez ni siquiera entonces. Algunos ecólogos ya están en plan de lucha. No pueden ganar -demasiadas cosas más urgentes requieren sus esfuerzos y sus fondos, y las sumas del hotel son grandes- pero lo demorarán y eso nos dará tiempo. ¿Usted no podría remodelar un poco esta casa?... Tal vez hacer un sótano más grande, algunas otras cosas... para tener un lugar en que ocultarnos y guardar nuestros registros por diez o quince años...

Si, sí, lo que sea, todo lo que tenga. Por Dios, debo escribir un testamento para que los muchachos queden dueños del lugar. ¡Qué estúpido fui en descuidar este asunto por tanto tiempo!, pero me canso con facilidad, me desanimo...

Por favor, doctor, descanse mientras termino. Claro que debemos darle participación a los jóvenes en esto, claro que sí. Vamos a necesitar su ayuda, pero... ¿Usted comprende, no? Si el secreto de nuestra existencia se conoce demasiado pronto, el esfuerzo de Hanuman por completar la historia resultará inútil. Incluso en el mejor de los casos, suponiendo que nadie deseara destruirnos en forma inmediata, ser aplastados por las buenas intenciones de la gente sería tan mortal como... como que el Pentágono intentara que les contara todas las buenas noticias de la estrategia militar rusa y china...

Un momento, Peregrino. Eso me enferma.

Perdón, doctor. Fue un ejemplo idiota... ¿Puedo proseguir?

Sí.

Nos dirigimos a usted, y sólo a usted, en primer término, porque no teníamos a nadie más. Usted comprende: sus estudiantes... siempre hay cambios en los grupos, cada verano, y no podemos seguirlos, estudiarlos. Ya se lo he dicho, a usted lo hemos estudiado mucho tiempo antes de atrevernos a acercarnos. De modo que, ahora, ¿podría usted decirnos en cuáles de esos jóvenes podemos confiar, quiénes guardarían el secreto? Usted los conoce, nosotros, no.

Confíen en todos ellos.

Pero...

Esta es la única parte de mi conocimiento humano que ustedes deben aceptar. Confíen en todos ellos, Peregrino. ¡Oh... maravilloso, incluso si lo he soñado! ¡Conocer el pasado, hacer de él una guía más veraz! Poder hacer algo... y no sólo rezar mientras el tiempo pasa...

Peregrino...

Está muerto. Su corazón no pudo soportar la alegría.

Sí, eso era alegría... Oigo los coches.

No escribió el testamento, Lykos: no se quedarán con este lugar.

Encontrarán algún modo de ayudarnos.

Pero... y si...

Entonces, ya sabes lo que sucederá. Pero debemos dejar de esperar la perfección, Peregrino, y creo que esta generación es algo nuevo sobre la Tierra: son los primeros en comprender que pueden perder su mundo -su mundo, Peregrino- y el corazón me dice que son

demasiado buenos para dejar que desaparezca. Ven conmigo. Vamos a ir ahora a su encuentro y confiaremos en todos.

TODAS LAS GUERRAS FINALES AL UNÍSONO

George Alec Effinger

Interrumpimos este p...

...imos este programa para...

...terrumpimos nuestra programación regular para ofrecerles este boletín informativo que nos llega de los archivos de la General Motors Corporation.

-Buenas tardes. Aquí Bob Dunne, de la NBC News en New Haven, Connecticut. Nos hallamos en estos instantes en el vestíbulo del hotel Taft de New Haven, donde acaba de ser declarada la primera guerra racial internacional. Dentro de pocos segundos, los dos hombres responsables van a salir por este ascensor. (¿Pueden oírme ustedes?).

-...ascensor. Aquellos de ustedes que se hallan en la zona horaria del oeste seguramente ya sabrán...

Las puertas del ascensor se abrieron. Dos hombres salieron por ellas, sonriendo y uniendo sus manos por encima de sus cabezas en señal de victoria, felicitándose a sí mismos como los boxeadores. Inmediatamente fueron rodeados por una multitud de periodistas. Uno de los dos hombres era extraordinariamente alto, y negro como una medianoche sin luna en Nairobi. El otro era pequeño, gordo, blanco y muy nervioso. El negro mostraba una gran sonrisa, el blanco sonreía mientras se limpiaba el sudor de su rostro con un gran pañuelo rojo.

-...C News. El negro ha sido identificado como el representante de las gentes de color de todas las naciones. Se llama, según la nota informativa que se nos ha distribuido hace unos momentos, Mary McLeod Bethune Washington, de Washington, Georgia. El otro hombre que está junto a él es Robert Randall La Cygne, de La Cygne, Kansas, evidentemente el delegado de las razas caucásicas.

»No sabemos exactamente cuándo ni por quién han sido solicitadas esta serie de negociaciones. De todos modos, esos dos hombres, que tan sólo ayer estaban sumergidos en la profunda oscuridad de la vida norteamericana, han concluido una especie de tratado que amenaza con crear una violenta reacción en todo el mundo. El contenido de este tratado está aún abierto a todo tipo de especu...

-...o en cualquier fecha posterior.

Un primer plano de Washington, que leía una pequeña libretita negra.

-Hemos alcanzado entonces, y superado, ese momento crítico. Este hecho ha sido conocido, e ignorado, por todos los hombres, a ambos lados de la línea divisoria del color, por más de una generación. Así pues, esta decisión es al menos honesta y consecuente, aunque sea sangrienta. Bob y yo les deseamos buena suerte a todos, y que Dios les bendiga.

-¿Señor Washington?

-¿Significa esto necesariamente...?

-...iated Press aquí, señor Washington...

-¿Sí? Usted, el del sombrero.

-Sí, señor. Vincent Reynolds, de la UPI. Señor Washington, ¿debemos entender que este acuerdo tiene alguna validez? Usted sabe que no hemos visto ningún tipo de credenciales...

Washington sonrió.

-Gracias. Estoy contento porque me haya formulado esta pregunta. ¿Credenciales? Aguarde tan sólo unos minutos, y oiga afuera. ¡Cuando los rifles empiecen a disparar, no van a detenerse!

-¿Señor Washington?

-¿Sí?

-¿Representa esto una división total y permanente de los pueblos?

-Total, sí. Permanente, no. Bob y yo hemos decidido una especie de estatuto de limitaciones. Ustedes van a arreglárselas como puedan durante treinta días. Al cabo de un mes, veremos qué y quiénes quedan.

-¿Puede garantizarnos usted que las hostilidades no proseguirán después de esos treinta días?

-¡Por supuesto! Somos adultos, ¿no? ¡Por supuesto que pueden tener confianza en *nosotros*!

-Entonces, ¿es esta una guerra de erradicación racial?

-En absoluto -dijo Bob La Cygne, que había permanecido silencioso tras las enormes espaldas de Washington-. Yo nunca me atrevería a llamarla guerra de erradicación. «Erradicación» es un término sucio. «Cancelación» es la palabra a la que hemos llegado, ¿no es así, Mary Beth?

-Por supuesto, Bob.

Washington estudió su libretita durante unos segundos, ignorando a los vociferantes periodistas que había a su alrededor. Los guardias uniformados no hacían el menor esfuerzo por contener la avalancha, cada vez más intensa, que se producía a su alrededor. Luego sonrió ampliamente y se giró hacia La Cygne. Se dieron un fuerte apretón de manos, haciendo signos de victoria hacia los flashes de los fotógrafos.

-No más preguntas, muchachos. Podrán comprobar todo esto dentro de muy poco tiempo; por ahora ya es bastante -los dos hombres dieron media vuelta y se metieron de nuevo en el ascensor que estaba aguardándoles.

(Tock tockatock tocka tock tock).

-Y ahora, las Noticias de las Seis En Punto (tocka tock tocka tocka), con (tocka-tock) Gil Monahan.

(Tocka tocka tock tock tocka).

-Buenas tardes. La única información en las noticias de hoy es la reciente declaración oficial de hostilidades entre los miembros de todas las razas no caucásicas y los pueblos blancos del mundo entero. A los pocos minutos del anuncio original, combates abiertos han estallado en casi todas las zonas de población multirracial de los Estados Unidos y del resto del mundo. En este momento todo el planeta está en efervescencia; en todas partes la situación oscila entre sangrientos combates callejeros y una calma engañosa marcada por los pillajes y la destrucción de la propiedad privada.

»Lo que ha ocurrido, en efecto, es una suspensión de treinta días de todos los códigos racionales de conducta. El ejército y la Guardia Nacional se hallan paralizados por sus propios conflictos internos. La ley marcial ha sido declarada por casi todos los gobiernos, pero por lo que sabemos no ha podido ser aplicada efectivamente en ningún país.

»Parece existir una absoluta falta de cooperación entre los miembros de las facciones opuestas, a todos los niveles. Incluso aquellos que simpatizaban más con los problemas de los otros se hallan ahora atareados, usando las palabras de Mary McLeod Bethune Washington, «ocupándose de los suyos propios». Las organizaciones interraciales, los grupos sociales e incluso los matrimonios tropiezan con la barrera del color.

»Tenemos algunos informes procedentes de los Estados vecinos que creemos pueden interesar a nuestros telespectadores, relativos a las condiciones en esas zonas en el momento actual. El estado de emergencia ha sido declarado en los siguientes municipios de Nueva

Jersey: Absecon, Adelphia, Allendale, Allenhurst, Allentown, Allenwood, Alloway, Alpha... Bueno, dándole un vistazo a esta lista de más o menos ochocientas o novecientas ciudades, observo que tan sólo hay unas pocas que *no estén* relacionadas, principalmente Convent Station y Peapack. Es de suponer que las cosas deben estar igual de mal por *todas* partes. Lo mismo ocurre en los estados de Nueva York, Pennsylvania y Connecticut.

»He aquí ahora algunas filmaciones tomadas en Newark más o menos diez minutos después de la declaración de New Haven. La situación es más bien tensa allí, ahora. Los expertos analistas de la información se han asombrado de la rapidez con que se ha producido la demarcación entre los partidos opuestos. Observemos ahora las filmaciones.

»Aparentemente, tenemos algunas dific...

-No lo entiendo, qué es lo..., hemos experimentado personalmente algo de esta interferencia con..., la negativa a...

-...rrorífico. Corren por todos lados como maníacos, disparando y...

-...llamas y el humo es..., pueden ver las nubes ascendiendo hacia el cielo, entre los edificios, como oleadas de...

Era una octavilla rosa multicopiada. Frunciendo el ceño, se la metió en el bolsillo. Una octavilla relatando la verdad, ¿eh? Hacía varios días que Stevie no veía ninguna octavilla que relatara la verdad.

Nadie decía *nada* que valiera la pena escuchar. Las octavillas habían comenzado a ser distribuidas desde el segundo día, con su previsible contenido de ataques y acusaciones, pero todo el mundo se había dado cuenta rápidamente que no iba a tratarse de ese tipo de guerra. A nadie le importaba *lo* que le ocurría a nadie. Al tercer día, los pocos virulentos alegatos que se produjeron fueron contestados con «nuestras propias fuentes no nos indican nada de esto; de hecho, ningún incidente así está ocurriendo actualmente», o con un corto: «¡Tranquilo, chico!», o, simplemente, con ningún tipo de respuesta. Ahora las octavillas se limitaban a vanagloriarse, a prevenir o a amenazar.

Stevie estaba haciendo autostop, lo cual era peligroso, pero no más peligroso que permanecer sentado en un apartamento esperando las antorchas encendidas. Creía que, si debía convertirse en un blanco, al menos era mejor convertirse en un blanco móvil.

Llevaba una pistola y un rifle que había liberado de Abercrombie & Fitch. El cálido sol matutino brillaba en la cremallera y en los botones de su chaqueta de piel negra. Estaba de pie junto al estacionamiento, sonriéndose tristemente a sí mismo mientras esperaba a alguien que le llevara. Cada automóvil que tomaba la curva era un desafío que estaba dispuesto a aceptar. No había mucho tráfico últimamente, y Stevie lo lamentaba. Comenzaba realmente a darse cuenta.

Un coche se acercó, el último modelo Imperial, negro, con los faros encendidos. Se tensó, dispuesto a saltar a la zanja que había al lado de la cuneta. Observó a través del parabrisas mientras el coche se acercaba. Soltó el aliento: era una chica blanca. Parecía como si ella también hubiera liberado el coche; quizá estaba buscando a alguien para formar equipo con él. De todos modos, al menos podría arrastrarle un trecho.

El Imperial pasó por su lado, frenó, y se detuvo a un lado de la carretera. La chica se inclinó y bajó el cristal de la ventanilla del pasajero.

-Apresúrate, idiota -le gritó-. No tengo intención de pudrirme aquí.

Corrió hacia el coche, abrió la portezuela para entrar. Ella la cerró de nuevo con un chasquido, y Stevie se quedó de pie allí, confuso.

-¿Qué infiernos...?

-Cállate -restalló ella, tendiéndole otra octavilla rosa-. Lee esto. Y aprisa.

Leyó la octavilla. Su garganta se secó inmediatamente y su cabeza empezó a zumbar. En la parte superior de la hoja había el familiar símbolo del puño del Women's Lib. En una

reglamentaria retórica incendiaria, unos pocos párrafos explicaban que las altas esferas habían decidido que ya era tiempo de combatir por la libertad. Durante aquel período de gran desorientación, las mujeres del mundo entero tenían la oportunidad de derrocar la supremacía de los cerdos revisionistas machos. No eran tan sólo las minorías raciales oprimidas las que debían lanzarse al combate, decía. El frente popular para la liberación de la mujer no conocía límites de color. ¿A quién demonios creían estar engañando?, pensó Stevie.

-Así que prefieres revolearte con alguna puta negra, ¿eh? -dijo. La miró. Ella le estaba apuntando con su pistola directamente al pecho. El zumbido en su cráneo aumentó.

-¿Quieres dejar esa hoja en el montón? -dijo ella-. No tenemos bastantes para sembrarlas por todas partes.

-Mira -dijo Stevie, dando un paso hacia el coche. Ella levantó un poco más la pistola como advertencia. Él se tiró al suelo, paralelamente al auto, y rodó contra la rueda delantera derecha. La chica se asustó, abriendo la puerta para dispararle antes que él pudiera huir. Stevie hizo fuego dos veces antes que ella pudiera verle, y la chica se derrumbó en la hierba del arcén. Stevie no perdió tiempo en comprobar si estaba muerta o tan sólo herida; le arrebató la pistola y se metió en el coche.

-Mis queridos norteamericanos -la voz del Presidente era tensa y cansada, pero seguía conservando su famosa sonrisa desesperanzada. La imagen del Jefe Ejecutivo era la primera que alteraba la nieve de coloreados confettis que había cubierto las pantallas de televisión durante dos semanas-. Estamos aquí esta noche para discutir la intolerable situación en la que se halla nuestro país. Conmigo está hoy -señaló a un negro de una cierta edad- el reverendo doctor Roosevelt Wilson, al que he invitado para que les hable directamente a vuestras conciencias. El reverendo Wilson es conocido por muchos de ustedes como un hombre honesto, conductor de una comunidad, y una voz que merece confianza en estos tiempos de incertidumbre y de inseguridad fiscal.

A lo largo y a lo ancho de toda la nación, hombres con ropas negras corrieron lanzando llamas y liberaron aparatos de televisión que se llevaron delicadamente, apresurándose para poder seguir aquella emisión especial. A lo largo y a lo ancho de toda la nación, hombres y mujeres de todas las creencias contemplaron a Wilson y murmuraron:

-¡Bueno, ahí tenemos otra vez a ese viejo negro tan limpio!

El reverendo Wilson habló con una voz insistente y entrecortada por la emoción.

-Debemos hacer todo lo que nuestros dirigentes nos digan. No debemos tomar la ley en nuestras manos. Debemos escuchar las llamadas a la razón y a la calma, y hallar esa solución equitativa que estoy seguro que todos deseamos.

Aquella emisión televisada había sido un auténtico esfuerzo. Su organización era un tributo a la cooperación de una serie de hombres insatisfechos que hubieran preferido estar afuera liberando material para jardinería. Pero el mensaje de aquellas dos paternales figuras autoritarias era más importante.

-Gracias, doctor Wilson -dijo el Presidente. Permaneció de pie, sonriendo a las cámaras, y avanzó hacia un gran mapa que había sido instalado a su derecha. Tomó un puntero en una mano.

-Esta -dijo- es nuestra doliente nación. Cada mancha verde representa una región donde la violencia que nos asola ya no puede ser contenida dentro de unos límites. -El mapa era una enorme extensión casi completamente verde, la primera vez que los Estados Unidos se veían tan monocolores desde el siglo diecisiete-. He pedido la ayuda de las fuerzas armadas del Canadá, México y Gran Bretaña, pero aunque he enviado mis peticiones hace casi dos semanas aún no he recibido ninguna respuesta. Sólo puedo suponer que tendremos que arreglárnoslas por nosotros mismos.

»Así entonces, voy a hacer una declaración relativa a la política oficial del gobierno. Como saben ustedes, este estado de cosas terminará técnicamente dentro de quince días. En aquel momento, el gobierno perseguirá *severamente* a todo aquel que se oponga o esté en conexión con los que se opongan a las actividades federales. Esto no es una amenaza vacía; cont...

Un joven negro corrió ante las cámaras, se giró para gritar un slogan incoherente. El reverendo Wilson vio la pistola en la mano del muchacho y se levantó, con el rostro distorsionado por el miedo y la envidia.

-¡El destino de Norteamérica se halla *en* el comercio! -gritó, y se desplomó en su silla al tiempo que el militante negro disparaba. El presidente se llevó la mano al pecho y gritó:

-¡No *debemos*... perder...! -y se derrumbó al suelo.

Las cámaras parecieron bailar en todos sentidos, mientras los hombres se empujaban en un indescriptible desorden. De algún lugar apareció un hombre blanco, probablemente un técnico, enarbolando su propia pistola. Corrió hacia el escritorio, gritando:

-¡Por la anarquía! -y disparó a bocajarro contra el doctor Wilson. El asesino blanco se volvió, y el asesino negro hizo fuego contra él. Los dos homicidas iniciaron un prudente aunque ruidoso duelo a pistola en el estudio. En aquel momento la mayor parte de los espectadores cerraron sus aparatos. «De muy mal gusto», pensaron.

El cartel en el exterior decía: SEGUNDO BANCO NACIONAL DE NUESTRO SEÑOR, EL GRAN INGENIERO. IGLESIA UNIVERSAL DE DIOS O DE ALGÚN TIPO DE ENCARNACIÓN CÓSMICA DE DIOS.

Sobre la puerta de entrada de la iglesia ondeaba un estandarte fabricado a toda prisa. El símbolo masculino había sido groseramente pintado sobre un trapo blanco; la enseña blanca significaba que los feligreses eran blancos de sexo masculino, y que los negros y las mujeres eran «bienvenidos»..., bajo su propia responsabilidad. La población estaba ahora dividida en cuatro facciones que se oponían mutuamente. Los diferentes grupos estaban empezando a darse cuenta que debían mantener a sus miembros reunidos en lugares bastante restringidos. Las calles y los edificios de apartamentos eran trampas mortales.

En el interior del templo los hombres permanecían silenciosos, rezando. Estaban dirigidos por un viejo diácono, cuya inexperiencia y confusión no era ni mayor ni menor que la del resto de los miembros de la congregación.

-Dios misericordioso -rezaba-, cualquiera que sea la forma que Te den los miembros aquí reunidos, Entidad corporal o Espíritu insustancial. Te pedimos que nos guíes en este tiempo de enorme peligro.

»El hermano levanta la espada contra su hermano, y el hermano contra su hermana. Marido y mujer se separan pese a Tus sagrados vínculos. Protégenos, y danos la respuesta adecuada. Quizá sea cierto que la venganza sólo te pertenece a Ti; pero háblanos, entonces, de las Represalias Preventivas y de las otras alternativas. Esperamos una señal, pues es cierto que estamos perdidos en los problemas de la vida de cada día.

El diácono continuó su plegaria, pero inmediatamente resonaron unos golpes en la puerta. El diácono dejó de hablar por un segundo, levantó nervioso la mirada y llevó su mano al costado donde estaba su arma. Pero como no ocurría nada, terminó su plegaria y los miembros de la congregación añadieron, los que quisieron, su amén.

Al final del servicio, los hombres se levantaron para irse. Se detuvieron en la puerta, poco presurosos de abandonar el refugio de la iglesia. Finalmente, el diácono los condujo al exterior. Inmediatamente se dieron cuenta que habían clavado una octavilla de color amarillo en la parte de afuera de la puerta. Los católicos romanos del barrio habían decidido terminar con el cisma que duraba desde hacía tantos siglos. ¿Por qué no ahora, cuando cada cual afirmaba sus diferencias? Una Solución Final.

Una bala levantó astillas en la madera del marco de la puerta. Los hombres que permanecían de pie en los escalones penetraron de nuevo precipitadamente en la iglesia. Una voz gritó desde la calle:

-¡Condenados Protestantes ateos comunistas! ¡Vamos a limpiar vuestra ralea y a enviar vuestras almas heréticas directas al Infierno! -Más disparos. Los vitrales de la iglesia saltaron hecho añicos. Se oyeron gritos en el interior.

-¡Han matado a uno de los eclesiásticos!

-Son esos malditos católicos. Debimos enviarlos donde se merecen cuando aún podíamos hacerlo. Maldita sea, ahora estamos atrapados aquí.

Al día siguiente, una octavilla de color azul circuló en la comunidad judía, explicando que ya estaban hartos que todos escupieran sobre ellos, y que a partir de ahora sería mejor que todos tuvieran cuidado. Por todo el mundo, los grupos que quedaban se fraccionaban de nuevo, según las bases de sus creencias.

Se estaba llegando a un punto en el que uno no sabía *en quién* podía confiar.

Stevie iba conduciendo hacia la ciudad cuando el coche se averió. Hizo algunos ruidos preliminares, tosiendo y cliqueteando y reduciendo su velocidad, y luego se detuvo. Por lo que sabía, era muy probable que se hubiera quedado sin gasolina. Quedaban todavía ocho días para los treinta establecidos, y necesitaba un vehículo.

Sacó el fusil y las dos pistolas del Imperial, y esperó al lado de la carretera. Era mucho más peligroso hacer autostop ahora que hacía unos días, sencillamente porque había muchas posibilidades que el recién llegado fuera del otro lado de *una* de las numerosas barreras ideológicas. Sin embargo, confiaba en ser recogido sin demasiados problemas, o al menos poder tomarle el coche a quien fuera.

Había muy poco tráfico. Varias veces Stevie tuvo que tirarse de cabeza tras cualquier protección mientras un conductor hostil se lanzaba contra él disparándole salvajemente mientras conducía. Finalmente, un viejo Chevy se detuvo, conducido por un grueso hombre blanco que Stevie juzgó debía rozar los sesenta.

-Vamos, sube -dijo el hombre.

Stevie subió al Chevrolet, gruñendo su agradecimiento, y se instaló prudentemente en el asiento.

-¿Adónde vas? -preguntó el hombre.

-A Nueva York.

-Hum. Tú, este, ¿eres cristiano?

-Hey -dijo Stevie-, no empecemos creándonos problemas. Podemos simplemente viajar juntos hasta donde podamos ir juntos. Sólo quedan ocho días, ¿no? Entonces dejemos a un lado las preguntas, y durante ocho días a partir de ahora *ambos* podremos estar muy contentos.

-De acuerdo. Es un buen punto de vista, creo, pero no va con todo esto. Quiero decir que no parece estar en consonancia con el espíritu de las cosas.

-Oh, bueno, el espíritu empieza a estar ya un poco cansado de todo esto.

Rodaron en silencio, haciendo turnos en la conducción. Stevie notó que el viejo no dejaba de observar su fusil y sus dos pistolas. Stevie registró el coche con la mirada del mejor modo que pudo, y llegó a la conclusión que aparentemente el hombre no tenía ningún arma. Pero no dijo nada al respecto.

-¿Has visto alguna octavilla últimamente? -preguntó el hombre.

-No -dijo Stevie-. No he visto ninguna desde hace días. Ya estoy cansado de todo esto. ¿Qué es lo que están haciendo *ahora*?

El viejo le dirigió una furtiva mirada, luego volvió a fijar sus ojos en la carretera.

-Nada -dijo-. Absolutamente nada nuevo.

Tras un instante, el hombre le pidió algunas balas.

-No creía que tuvieras un arma -dijo Stevie.

-Oh, sí. Un.38, en la guantera. La tengo allí porque así no pienso en utilizarla.

-¿Un.38? Bueno, entonces estas balas no te van a servir. Además, aún no he pensado en repartirlas con nadie.

El hombre le miró de nuevo. Se humedeció los labios, pareciendo tomar alguna decisión. Apartó por un instante sus ojos de la carretera y se lanzó a través del asiento en un esfuerzo por tomar una de las pistolas cargadas. Stevie le golpeó la garganta con el filo de la mano. El hombre cloqueó y se derrumbó en su asiento. Stevie paró el motor y condujo el coche a un lado de la carretera, donde abrió la portezuela y empujó afuera el inmóvil cuerpo.

Antes de poner de nuevo el coche en marcha, Stevie abrió la guantera. Había un revólver descargado y una octavilla arrugada. Stevie tiró el revólver junto al hombre caído, y alisó el papel. La juventud del mundo, proclamaba la octavilla, había declarado la guerra a toda persona de más de treinta años de edad.

-¿Cuándo vas a terminar con esa octavilla?

El hombre delgado con el traje verde dejó de escribir a máquina y levantó los ojos.

-Yo qué sé. No es fácil descifrar tu maldita escritura. Quizá otros quince minutos. ¿Se están impacientando ahí afuera?

El hombre con la chaqueta bebió un sorbo de su humeante café.

-Sí. Me hubiera gustado hacer un anuncio, pero al diablo. Dejémosles que esperen. Han votado, saben muy bien lo que va a pasar. Termina la octavilla. Quiero que esté impresa y distribuida antes que esos condenados Artistas se nos adelanten.

-Mira, Larry, esos tipos raros no van a pensar nunca ellos primeros. Tranquilízate.

El hombre del traje escribió en silencio durante un rato, Larry paseó nerviosamente por la fría sala de reunión, colocando las sillas en su sitio y mascando su cigarro. Cuando la placa de impresión estuvo terminada, el hombre del traje lo sacó de la máquina de escribir y se lo tendió a Larry.

-Bueno -dijo-, ya está. Quizá sería mejor que se lo leyeras primero. Hace ya un par de horas que están esperando ahí afuera.

-Sí, creo que sí -dijo Larry. Se abrochó su chaqueta verde y esperó a que el hombre del traje se echara por encima su abrigo. Apagó las luces y cerró la puerta de la sala. Afuera había un nutrido grupo de hombres, todos ellos blancos y todos de mediana edad. Aplaudieron cuando Larry y el otro hombre salieron. Larry levantó sus manos reclamando silencio.

-Muy bien, escuchen -dijo-. Aquí tenemos nuestra octavilla. Antes de imprimirla se la voy a leer, para que la oigan. Dice exactamente lo que nuestro voto ha decidido, de modo que deberán sentirse satisfechos.

Leyó la octavilla, deteniéndose de tanto en tanto para dejar que se apaciguaran los bravos y los hurras. Contempló el nutrido grupo. Son todos ellos bravos veteranos, pensó. De hecho, eso es lo que somos: Veteranos. Hemos pasado a través de todo eso. Somos los que sabemos lo que está ocurriendo. Somos los Productores.

La octavilla explicaba, en lenguaje sencillo que contrastaba con las acerbas diatribas de los otros grupos, que los trabajadores -los Productores- del mundo entero estaban hartos de realizar todo el trabajo mientras que una gran parte de la población -aquellos condenados tipos raros de Artistas- no hacían nada más que devorar los frutos de un honesto trabajo de nueve a cinco. Los Artistas no contribuían a nada, y malgastaban grandes cantidades de nuestros preciosos recursos. Era simplemente lógico ver que los alimentos, las ropas, los alojamientos, el dinero y las facilidades de distracción que no aprovechaban a los Productores era como si se tirasen a la basura. Los Productores trabajaban cada vez más duro, y recibían

cada vez menos a cambio. Entonces, ¿qué esperaban que ocurriera? Todo iba a ir peor para todo el mundo.

Los hombres aplaudieron. Había llegado el momento de librarse de los parásitos. Nadie se lamentaba cuando uno quemaba una sanguijuela. Y nadie podía lamentarse cuando uno destruía los parásitos de una sociedad normal, organizada y Productiva.

Larry terminó de leer la octavilla y preguntó si había alguna pregunta o comentario. Varios hombres empezaron a decir algo, pero Larry los ignoró y siguió con su discurso.

-Ahora -dijo-, esto significa que debemos barrer a todos aquellos que no trabajen siguiendo un horario regular como hacemos nosotros. Pueden comprender que hay gentes con las que es difícil discernir si son Productores como nosotros o simplemente piojosos Artistas. Como la gente que hace televisión. Podemos utilizarlos. Pero debemos ir con cuidado, porque hay un montón de Artistas camuflados entre ellos, que intentan hacernos creer que son realmente Productores. Recuerden simplemente esto: si es algo que se puede utilizar, no es Arte.

La gente aplaudió de nuevo, luego comenzó a dispersarse. Algunos de los hombres se quedaron por los alrededores, discutiendo. Uno de los grupos de Productores que avanzaba lentamente hacia el estacionamiento estaba sumergido en un profundo debate acerca de los límites que separaban a los Artistas de los Productores.

-Quiero decir, ¿cuándo vamos a detenernos? -dijo uno de ellos-. No me gusta esta forma de irnos dividiendo y dividiendo y dividiendo cada vez más. Muy pronto no va a quedar ningún grupo al cual pertenecer. Nos quedaremos encerrados cada uno en nuestra casa, temerosos de ver a quienquiera que sea.

-Esto no nos hace ningún bien -reconoció otro-. Si uno sale para tomar lo que necesita, quiero decir, tomar algo de un almacén o de otro lado, bueno, pues todo el mundo lo sabe cuando lo llevas a tu casa. Entonces *uno* es el blanco. Ahora tomo muchas menos cosas que al principio.

Un tercer hombre miró sombríamente a los otros dos. Sacó una octavilla del bolsillo de su chaqueta.

-Eso es hablar como estúpidos -dijo-. No comprenden absolutamente nada. Déjenme hacerles una pregunta. ¿Son diestros o zurdos?

El primer hombre levantó los ojos de la octavilla, sorprendido.

-No veo que esto represente ninguna diferencia. Quiero decir, soy básicamente zurdo, pero escribo con la mano derecha.

El tercer hombre se lo quedó mirando furiosamente, sin acabar de creerle.

Bang.

YANG y YIN: Macho y hembra. Caliente y frío. Masa y energía. Liso y rugoso. Par e impar. Sol y luna. Silencio y ruido. Espacio y tiempo. Esclavo y amo. Rápido y lento. Grande y pequeño. Tierra y mar. Bien y mal. Abierto y cerrado. Negro y blanco. Fuerte y débil. Joven y viejo. Luz y sombra. Fuego y hielo. Enfermedad y salud. Duro y blando. Vida y muerte.

Si *existe* realmente un plan, ¿no deberíamos saberlo?

Una hora más.

Millones de gentes ocultas en sus madrigueras, esperando a que transcurran los últimos minutos de la guerra. Ya no quedaba nadie por las calles. Nadie empezaba a beber para celebrar el fin, aunque faltara tan poco tiempo para la hora prevista. En la oscuridad de la noche, Stevie podía oír aún ráfagas de fusil en la lejanía. Algunos cretinos prosiguiendo su lucha tan sólo una hora antes del momento.

Pasó el tiempo. Prudentemente, la gente fue saliendo al aire libre, manteniéndose siempre al amparo de las sombras, aún no habituados a andar al descubierto. Las armas de los entusiastas tabletearon; nunca volverían a tener una oportunidad como esta, y no quedaban

más que quince minutos. Los cromados cuchillos de la calle cuarenta y dos se alojaron en algunas gargantas y entre algunos omóplatos.

Times Square estaba aún vacía cuando Stevie llegó. Cuerpos en descomposición se apilaban ante las tiendas porno y los almacenes de discos. Unas pocas siluetas se movieron atravesando las calles, pero muy lejos de él.

La gran bola pendía equilibrada. Stevie la miró, aburrido, con asesinos merodeando a su alrededor. La brillante bola del Año Nuevo estaba a punto de caer, no esperaba más que la medianoche y la multitud de juerguistas y los besos de Año Nuevo. Y allí estaba Stevie, a quien no le importaba nada de todo aquello, y los saqueadores, intranquilos en los ennegrecidos, tiznados de humo, saqueando almacenes.

Allá arriba señalaba: las 11.55. Cinco minutos aún. Stevie se deslizó al interior de un portal, diciéndose que sería humillante dejarse cazar ahora, sólo cinco minutos antes del final. Los vagos gritos que oyó le indicaron que algunos sí lo habían conseguido pese a todo.

Ahora la gente estaba corriendo. La plaza se estaba llenando. Las 11.58, y la bola estaba a *punto* de caer: la repentina llegada de tanta gente provocó algunos disparos, pero la multitud siguió aumentando. Hubo el inicio de un murmullo, un simple rastro de delirio anunciando el fin de la guerra. Stevie se unió al río de los recién llegados, dejándose invadir por el alivio.

Las 11.59... La bola se estremeció..., vaciló..., ¡y cayó! ¡Las 12.00! El canto se hizo más fuerte, el canto de Nueva York, el orgullo regresando con toda su sórdida fuerza. «¡Somos los mejores! ¡Somos los mejores!» La fría brisa empujó los gritos hacia las calles a oscuras, arrastrándolos y depositándolos en los humos y los olores fecales. Se necesitará un largo tiempo antes que pueda volverse a vivir aquí, ¡pero somos los mejores! Había aún algunos disparos esporádicos, pero eran ya los asesinos habituales de la Ciudad de Nueva York, continuando aquella incesante y no declarada violencia que nunca se apreciaba.

¡Somos los mejores!

Stevie se puso a gritar pese a sí mismo. Estaba junto a un gran negro empapado en sudor. Stevie sonrió; el negro sonrió. Stevie le tendió la mano.

-¡Chócala! -dijo-. ¡Somos los mejores!

-¡Somos los mejores! -dijo el negro-. Bueno, quiero decir, ¡*nosotros*! Vamos a poner de nuevo todo esto en pie, pero, quiero decir, ¡todo lo que queda es *nuestro*! ¡No más luchas!

Stevie le miró, dándose cuenta por primera vez de cuál era su situación.

-Tienes razón -dijo, con voz enronquecida-. Tienes mucha razón, Hermano.

-Perdónenme.

Stevie y el negro se giraron, para ver a una mujer extrañamente vestida. Sus ropas cubrían completamente su identidad, pero la voz era definitivamente femenina. La mujer llevaba una larga túnica muy suelta, decorada caprichosamente con flores y mariposas y bordada con bisutería, de tal modo que el conjunto daba la impresión de plateada baratura. La cabeza de la mujer estaba cubierta por un casco en forma de bol, y su voz formaba bajo él excitantes ecos.

-Perdónenme -dijo-. Ahora que han terminado las escaramuzas preliminares, ¿no creen que habría que llevar todo esto más lejos?

-¿Llevar qué?

-La Guerra Definitiva, la última. La guerra contra nosotros mismos. Sería insensato evitarla ahora.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Stevie.

La mujer tocó el pecho de Stevie.

-Ahí. Vuestra culpabilidad. Vuestra frustración. No se sienten realmente mejor, ¿verdad? Quiero decir, las mujeres no odian realmente a los hombres; odian sus propias debilidades. La gente no detesta a la otra gente por su religión o por su raza. Es tan sólo que ver a alguien distinto a uno mismo les hace sentir menos seguros de sus propias creencias. Lo que odian en realidad es su propia duda, y proyectan este odio contra los demás.

-¡Tienes razón! -dijo el negro-. ¿Sabes?, pienso que sería mucho menos importante si me odiaran por *mí mismo*; pero a nadie parece preocuparle.

-Eso es lo frustrante -dijo ella-. Si alguien debe odiar tu yo *real*, ya sabes quien debe ser.

-Tú eres de ese Culto de la Benevolencia, ¿no? -dijo en voz muy baja el negro.

-El *Shinsetsu* -dijo ella. Sí.

-¿Quieres que nos dediquemos a la meditación o algo así? -preguntó Stevie.

La mujer rebuscó en un amplio saco que llevaba colgado del brazo. Tendió a cada uno de ellos una bolsita de celofán llena de un líquido incoloro.

-No -dijo el negro, tomando la bolsita-. Esto es queroseno.

Stevie tomó la bolsita de queroseno, poco convencido, y miró a su alrededor por toda a plaza. Había otras personas vestidas de aquella misma manera *Shinsetsu*, y todas ellas estaban hablando con grupos de gente que se iban formando a su alrededor.

-¿Declararme la guerra a mí mismo? -dijo dudando Stevie-. ¿Debo publicar primero una octavilla?

Nadie le respondió. Las gentes más cercanas a él se acercaban para oír a la mujer Shinsetsu. Ella seguía tendiendo sus bolsitas mientras hablaba.

Stevie se deslizó fuera de la multitud, intentando apartarse de la congestionada plaza. Cuando alcanzó una calle lateral, miró hacia atrás: la multitud estaba ya sembrada con la huella de pequeñas hogueras, como los montones de hojas secas que él encendía en el jardín de su infancia.

NOTAS BIOGRÁFICAS

Gregory Benford

Es uno de los tantos científicos, en este caso un físico, que escribe ciencia-ficción en sus ratos libres. Su primer libro publicado, *Deeper than the darkness* (Ace, 1970) lo ha asentado firmemente en la preferencia de los lectores. Vive en la bahía de San Francisco, donde, en la época que se publicó esta antología, era vecino de su gran amigo Gordon Eklund.

Gordon Eklund

Nació y creció en Seattle, Washington. Antes de ser escritor profesional hizo todo tipo de trabajos, desde cartero a jefe de una oficina postal. Ha publicado numerosos cuentos y varias novelas desde la aparición de su primer libro, *The eclipse of dawn* (Ace, 1971) hasta el último, *The grayspace beast* (Doubleday, 1976). En 1975 recibió el premio Nébula al mejor cuento corto por su relato *If the stars are Gods* (en colaboración con Gregory Benford), el cual será publicado en Universo 4.

Actualmente reside con su esposa e hijo en El Carrito, California.

Robert Silverberg

De todos los autores incluidos en este volumen, Bob Silverberg es sin duda el más conocido por los lectores de lengua castellana. Este fenómeno se explica fácilmente, pues es uno de los más productivos autores del género; según sus propias declaraciones escribe «unas diez mil palabras diarias». Desde su primer libro impreso, *Thirteenth immortal* (Ace, 1958) hasta uno de los últimos como *The stochastic man* (Harper & Row, 1976), su estilo cambió enormemente. Con John Brunner, es quizás el autor que más ha mejorado su prosa, y esto lo ha hecho publicando continuamente. Sus primeras y tibias historias melodramáticas se han transformado en magníficos relatos depuradamente escritos.

La novela *Thorns* (Ballantine, 1967) lo afirmó como escritor y lo impulsó. Ha recibido muchos premios:

Hugo 1969 por *Nightwings* (novela corta).

Nébula 1970 por *Passengers* (cuento corto).

Nébula 1972 por *A time of changes* (novela).

Nébula 1972 por *Good news from the Vatican* (cuento).

Nébula 1974 por *Born with the dead* (novela corta).

Silverberg y su esposa Barbie (que es ingeniero electrónico), viven actualmente en Oakland, California.

Edward Bryant

La más reciente generación de escritores de ciencia-ficción estadounidenses proviene del College Clarion de Pennsylvania, en donde se efectuaron cursos de verano para graduados en letras bajo la dirección de Robin Scott Wilson, e instructores invitados como Fritz Leiber, Damon Knight, Kate Wilhelm, Samuel R. Delany, Joanna Russ y Harlan Ellison.

Edward Bryant es uno de esos alumnos (uno de los tres incluidos en este volumen). Ya ha publicado: *Among the dead and other events leading up to the Apocalypse* (Macmillan, 1973) y *Cinnabar* (Macmillan, 1976). El relato *Jade Azul* pertenece a la serie de historias sobre Cinnabar, la Ciudad en el Centro del Tiempo. En uno de los próximos volúmenes de *Universo* publicaremos otro relato del ciclo: *The legend of Cougar Lou Landis*, el último héroe. Según sus propias declaraciones, estas historias están inspiradas en J.G. Ballard y la decadente comunidad de Vermilion Sands.

Al margen de su profesión de escritor enseña literatura inglesa y es un aficionado al paracaidismo.

R. A. Lafferty

Raphael Aloisious Lafferty es uno de los escritores más hábiles para combinar la ciencia-ficción y la fantasía, y sin embargo es prácticamente un desconocido para los lectores de lengua castellana.

Entre lo mejor de su producción podemos citar *Fourth Mansions* (Ace, 1969), y *Past Master* (Ace, 1968).

En 1973 recibió el premio Hugo al mejor cuento corto por su relato *Eurema's Dam*.

No es extraño para la ciencia-ficción que Lafferty sea un ingeniero electricista, lo extraño es que tenga una prosa tan depurada y que recién haya comenzado a escribir a los cincuenta años; nació en lowa en 1914.

Wilson Tucker

Es uno de los más veteranos escritores del género; publicó su primer cuento en la revista *Super Science Stories* en 1941, y desde entonces no ha dejado de escribir.

Nunca ha sido un autor de primera línea, pero sus historias han entretenido a varias generaciones de lectores; por otra parte es uno de los pocos veteranos que han logrado evolucionar y seguir publicando.

Entre lo mejor de su extensa producción podemos citar *The long loud silence* (Rinehart, 1952) y *The year of the quiet sun* (Ace, 1970).

El relato incluido en este volumen es el primer cuento corto que publica en muchos años y fue escrito especialmente para la antología.

Gerard F. Conway

El segundo de los alumnos de Clarion demuestra la amplitud de miras con que esos cursos se desarrollaron: si Bryan se ha inclinado por una línea surrealista, Conway es más afín con la línea «dura», con la ciencia-ficción técnica.

Su primer libro publicado fue *The midnight dancers* (Ace, 1971). El cuento incluido aquí, *Nave mental* ha sido expandido y publicado como novela con un título homónimo por DAW Books.

Barry N. Malzberg

Es uno de los más prestigiosos de los autores «nuevos». Antes de decidirse a utilizar su nombre publicó gran número de novelas y cuentos con el seudónimo de K.M. O'Donnell.

En 1972 ganó el premio John W. Campbell Memorial instituido para premiar a los autores noveles por su novela *Beyond Apollo* (Ramson House, 1972).

Además de esta novela podemos citar *Herovit's world* (Ramdon House, 1973) y *Guernica's Nigth* (Olimpia Press, 1975).

Joanna Russ

Otra escritora que se suma al selecto grupo que forman Úrsula K. LeGuin, Kit Reed, C.L. Moore y Kate Wilhelm.

Nació el 22 de febrero de 1937 en Nueva York. Es bachiller en letras y licenciada en teatro. Actualmente comparte su profesión de escritora con la enseñanza.

En 1972 recibió el premio Nébula por su cuento corto *When it changed*, luego ampliado y transformado en la novela *The Female man* (Bantam, 1975).

Vive con su esposo e hijos en Binghamton, Nueva York.

Ron Goulart

Es un escritor que maneja con mucha habilidad la veta humorística con intención satírica y crítica. Refiriéndose al cuento de este volumen dijo: «Es un relato tipo "space opera" sobre lagartos, problemas urbanos y domésticos, la CIA, las enfermedades sociales, la búsqueda de la identidad y la ubicación del individuo en el estrato medio de nuestra sociedad».

Entre sus libros pueden mencionarse: *Gadget Man* (Doubleday, 1971), y *What's become of screwloose?* (DAW, 1971).

Edgar Pangborn

Posiblemente uno de los mejores escritores estadounidenses en cualquier orden.

Nació el 25 de febrero de 1909 en Nueva York y estudió en la Universidad de Harvard y en el conservatorio de música de Nueva Inglaterra, pero pronto comenzó a escribir y dejó sus otras actividades.

Su primer relato de ciencia-ficción, *Angel's egg*, fue publicado en la revista Galaxy en 1951.

Sus principales obras son *A mirror for observers* (Doubleday, 1954), con la que obtuvo el prestigioso Premio Internacional Fantasy y *Davy* (St. Martin's, 1964), con la que inició una serie de relatos sobre un mundo post-atómico.

Falleció el 19 de febrero de 1976 de un ataque cardíaco.

George Alec Effinger

Es el tercero de los alumnos de Clarion incluidos en este volumen, y sin duda alguna es el mejor de ellos. Su prestigio actual es tan grande, que importantes autores como Sturgeon, Silverberg y Ellison no vacilan en colocarlo entre los más grandes.

Sus obras: *What entropy means to me* (Doubleday, 1972), *Relativas* (Harper & Row, 1973), *Mixed feelings* (Harper & Row, 1974), *Irrational numbers* (Doubleday, 1976) y *Those gentle voices* (Warner, 1976).

Ediciones Andrómeda proyecta editar la mayoría de ellas.

Actualmente reside en Nueva Orleans.

Terry Carr

Nació en Grants Pass, Oregon, y vivió sucesivamente en San Francisco, Berkeley y Nueva York. Como escritor *freelance* publicó cuentos y artículos en *Fantasy & Science Fiction, Esquire, The Realist, Galaxy, The Saint Mystery Magazine* y muchas otras. Ha seleccionado docenas de antologías de ciencia-ficción y fantasía, entre ellas *New Worlds of Fantasy y World's Best Science-Fiction* (en colaboración con Donald A. Wolheim, en Ace, y desde 1972 en forma total en Ballantine).

Fue nominado cuatro veces para el premio Hugo por su labor de antólogo. En 1973 ganó dicho premio como el mejor ensayista del género.

Ediciones Andrómeda ha decidido publicar sus antologías *Universo,* al margen de la calidad de sus cuentos, por la amplitud de miras en la selección. Es muy común que los antólogos sólo seleccionen relatos que responden a sus gustos personales.

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

Gregory Benford

-*Más profundo que la oscuridad* (Deeper than the darkness) (cuento) (en el libro: *Ciencia-Ficción Selección Nº 15)* Ed. Bruguera, Colec. Libro Amigo, Barcelona, 1975.

Robert Silverberg

-*Alas para la noche* (Nightwings) (cuento) (En el libro *Los mejores cuentos de ciencia-ficción* [The Hugo Winners], selec. de I.Asimov) Ed. Emecé, Colec. Ciencia-Ficción Nº 6, Buenos Aires, 1975.

-*Tiempo de cambios* (A time of changes) (novela) Ed. Tiempo Cero, Colec. Ciencia-Ficción Nº 1, Buenos Aires, 1976.

-*Alas nocturnas* (Nightwings) (novela) EDHASA, Colec. Nebulae (2º Época) Nº 4, Barcelona, 1976.

-*El mundo interior* (World Inside) (novela) Ed. Acervo, Colec. Ciencia-Ficción Nº 10, Barcelona, 1976.

-*La danza del sol* (Sundance) (cuento) (en *La Revista Ciencia-Ficción y Fantasía Nº 1*) Ed. Orion, Buenos Aires, 1976.

R. A. Lafferty

-*El planeta Pani* (cuento) (en la revista *Géminis Nº 2*) Ed. Géminis, Buenos Aires, 1965.

-*Entra en una lata* (Ride a tin can) (cuento) (en *La Revista Ciencia-Ficción y Fantasía Nº 2*) Ed. Orion, Buenos Aires, 1976.

-*Llegada a Easterwine (autobiografía de una máquina ktisteca)* (Arrive at Easterwine (novela) Ed. Acervo, Colec. Ciencia-Ficción Nº 18, Barcelona, 1976.

Wilson Tucker

-*Los señores del tiempo* (The time masters) (novela) (en revista *Más Allá Nº 18/19*) Ed. Abril, Buenos Aires, 1954.

-*El clamor del silencio* (The long loud silence) (novela) (en revista *Más Allá Nº 37/38)* Ed. Abril, Buenos Aires, 1956.

-*Los amos del tiempo* (The time masters) (novela) Ed. J. Muchnik, Colec. Fantaciencia Nº 2, Buenos Aires, 1956.

Joanna Russ

-*Iniciación* (Initiation) (cuento) (en *Ciencia-Ficción Selección Nº 14)* Ed. Bruguera, Colec. Libro Amigo, Barcelona, 1975.

Ron Goulart

-*Muscadine* (Muscadine) (cuento) (en *Ciencia-Ficción Selección Nº 10)* Ed. Bruguera, Colec. Libro Amigo, Barcelona, 1974.

-*El hombre mecánico* (Gadget Man) (cuento) (en *Ciencia-Ficción Selección Nº 12)* Ed. Bruguera, Libro Amigo, Barcelona, 1974.

Edgar Pangborn

-*El Planeta Lucifer* (West of the Sun) (novela) Ed. Novaro, Colec. Nova-Dell Nº 113, México, 1969

-*Rojos collados estivales* (cuento) (en el libro *En otra parte de la Galaxia,* Selec. De Groff Conklin) Ed. Géminis. Colec. Ciencia-Ficción Nº 5, Barcelona, 1968

Terry Carr

a) Como autor:

-*Amigo saltador* (Hop-Friend) (cuento) (en revista *Minotauro Nº 6*) Ed. Minotauro, Buenos Aires, 1965.

b) Como recopilador (en colaboración con Donald A. Wolheim):

-*Universum 66* (World Best Science Fiction 1965) Ed. Géminis, Colec. Ciencia-Ficción Nº 1, Barcelona, 1967.

-*Áster* (Aster) Ed. Géminis, Colec. Ciencia-Ficción Nº 4, Barcelona, 1967.

-*Antología de Novelas de Anticipación Nº 14* (World Best Science Fiction 1969) Ed. Acervo, Barcelona, 1972.

FIN